

Memorias de un anarquista barcelonés (1936-1975)

Agustín Guillamón Nebot

A la memoria de mi madre Carmen Nebot, superviviente de las calamidades de una guerra civil y de cuarenta años de dictadura militar. Víctima de la explotación laboral.

A mis hijos y nietos, sangre de mi sangre, herederos de los nuevos tiempos, y de las luchas del pasado por permitirles que algún día puedan llegar a ser lo que ellos quieran.

Introducción

Mi padre, Agustín Guillamón Nebot, escribió sus memorias a finales de los setenta. Se trata de tres carpetas plastificadas, con las hojas extraíbles escritas a mano y numeradas. En la bolsa de la primera carpeta se guarda la foto de su abuela materna, Ana María, a quien tanto amó; mi bisabuela.

Durante muchos años no pude leer nunca la totalidad de su trabajo, porque me hacía daño su recuerdo, demasiado reciente. Finalmente, en julio de 2018, leí todo su trabajo, y me decidí a guarnecerlo con una gramática y un estilo apropiados. El motivo de tal decisión tenía un empuje y una causa externa, no por inesperada y ajena menos importante y urgente. Mi sobrina Clara, hija de mi hermana Elo, quiso hacer un trabajo de investigación de bachillerato fundamentado en las memorias de su abuelo, fallecido en 1996, cinco años antes de su nacimiento en 2001.

Era bonito e irresistible: las memorias del abuelo recuperadas por una nieta a la que no había llegado a conocer. Realizado el trabajo de investigación, comprendí que las memorias de mi padre eran lo bastante valiosas, incluso fuera del ámbito familiar, como para ser publicadas y leídas. Solo había que vestirlas con gramática, ya que las memorias de mi padre andaban desnudas; algo de estilo literario, que no dulcificara la dureza de la experiencia vivida, y una redacción que respetase la fuerza expresiva de una narrativa escrita en primera persona, característica fundamental de la picaresca.

Pero todas estas cuestiones estéticas y literarias carecían de importancia, porque el objetivo no era, ni podía ser otro, que presentar al lector de hoy el testimonio vital de mi padre, peón del textil y camarero, nacido en 1926, que perdió una guerra a los doce años de edad y que falleció en 1996, a los setenta años, enfermo de un cáncer con el que la dictadura del hambre le condenó en su juventud, cuando le contrataron en la limpieza de unas calderas de amianto.

No soy ni pretendo ser un juez imparcial, porque no hay nada que juzgar y porque ésa es una especie que no ha existido nunca; pero me atrevo a vaticinar que las memorias de mi padre entroncan con la mejor tradición literaria hispana. Sin olvidar que el pícaro era un personaje fruto de la miseria e injusticias de su época que, por eso mismo, reflejaba fielmente las peculiaridades e injusticias de la sociedad que lo había creado, embrutecido y desnutrido. Sí, un pícaro proletario crecido bajo el franquismo, una de las dictaduras más terribles e injustas del mundo occidental durante el siglo 20.

Estas memorias aportan además ciertas noticias que contienen importantísimas novedades o perspectivas, que merecen ser estudiadas en profundidad por la historiografía, como son los comités de defensa de barriada de los años treinta, los Regimientos de Marcha de los Voluntarios Extranjeros, la huelga general de 1951 en los barrios obreros barceloneses, los orígenes y naturaleza de los comisionados obreros ya en los años cincuenta, el asalto obrero al sindicato vertical en los sesenta y tantos otros temas, en ocasiones solo esbozados, pero en otras muy marcados y extremadamente originales.

Y es que, pese a quien pese, la gente anónima en algunas ocasiones, muy pocas, toma la palabra, y con ese acto condena al infierno del recuerdo, de la realidad histórica y de la verdad a los poderosos y privilegiados que vivían y viven sobre la explotación, los sufrimientos y la miseria de la inmensa mayoría. Si la pequeña historia no encaja en la historiografía académica, el desafío y la credibilidad son un problema que afecta solo a la Gran Historia al servicio del Gran Hermano, amo que paga el sueldo a esos sesudos universitarios, que reescriben sin descanso el palimpsesto de la Historia Sagrada de la burguesía.

De las memorias de mi padre destaca, sin duda, la enorme integridad y combatividad de un obrero, pobre de solemnidad, que llevaba un mundo nuevo y mejor

en su corazón, al tiempo que practicaba una ética ajena a la burguesa, solidaria con su clase y con los suyos y enemiga de sus enemigos, porque el derecho a la vida y la libertad nunca se mendiga, se conquista día a día. La dignidad es siempre el primer paso hacia la libertad y la conquista del futuro.

Mi abuelo guerreó en las batallas de Belchite y del Segre; en 1940 estuvo en Alsacia y en el canal de las Árdenas y, en 1944, en el maquis que liberó los departamentos del sur de Francia. Mi padre libró batallas de aquellas que no aparecen en los libros de historia. Mi abuelo ganó dos medallas, como combatiente y como resistente. Mi padre, ninguna. La Gran Historia y la pequeña historia.

Mi abuelo jamás habló de su larguísima trayectoria militar. Sospecho que se sintió traicionado y superado por ese trueque de revolucionario anarquista en soldado antifascista y liberador de la nación francesa. Ni lo entendió, ni lo aceptó. Quizás por ello nunca quiso hablar francés en sus treinta años de exilio; pero aceptó, como no podía ser de otro modo, dada su precariedad económica, la pensión que comportaban aquellas medallas.

Ambos se enfrentaron al fascismo y la tiranía. Su combate late ahora en estas páginas, sin halagos ni embelecocos, sin alardes ni fanfarrias, espero que liberador y pedagógico. En todo caso son nuestras raíces, al menos las mías. Es la batalla y la esperanza de dos generaciones de anarquistas, que el lector de hoy debe enfocar desde su presente y someter a la crítica implacable e inmisericorde del tiempo, que todo lo modifica y destruye; también son eco de luchas y hambre.

Agustín Guillamón Iborra

Memorias de un anarquista barcelonés (1936-1975)

Agustín Guillamón Nebot

Mis abuelos

Mis abuelos maternos se llamaban Agustín Nebot y Ana María Nebot; eran primos hermanos. El abuelo era tratante en caballerías, trabajaba sus propias tierras y hacía de sacristán. Se lo llevaron forzado a la Guerra de Cuba. Cuando lo licenciaron se casó con Ana María y tuvieron cuatro hijos: José (el tío Pepe), Carmen (mi madre), Asunción y Vicente (que murió en la Guerra civil). Todos nacieron en Cortes de Arenoso, un pueblecito del Alto Mijares en la provincia de Castellón.

El abuelo Agustín murió joven, después de vender todas las tierras para pagar médicos y medicinas con que curarse las fiebres que se había traído de Cuba. La abuela Ana María se vino a Barcelona con sus cuatro hijos, todos en edad escolar, pero sin escolarizar. Se fueron a vivir al barrio de Pueblo Nuevo, donde existía la posibilidad de encontrar trabajo.

Mis abuelos paternos se llamaban Manuel Guillamón y Manuela Herrándiz. Localizables gran parte del año en Torrechiva, otro pueblecito del Alto Mijares. El abuelo era jornalero del campo. Cuando no tenía trabajo en el pueblo o cercanías se marchaba, insertado en cuadrillas y grupos de aldeanos, a trabajar en las minas de plomo o allá donde los contratasen. Pasaba largas temporadas lejos del pueblo.

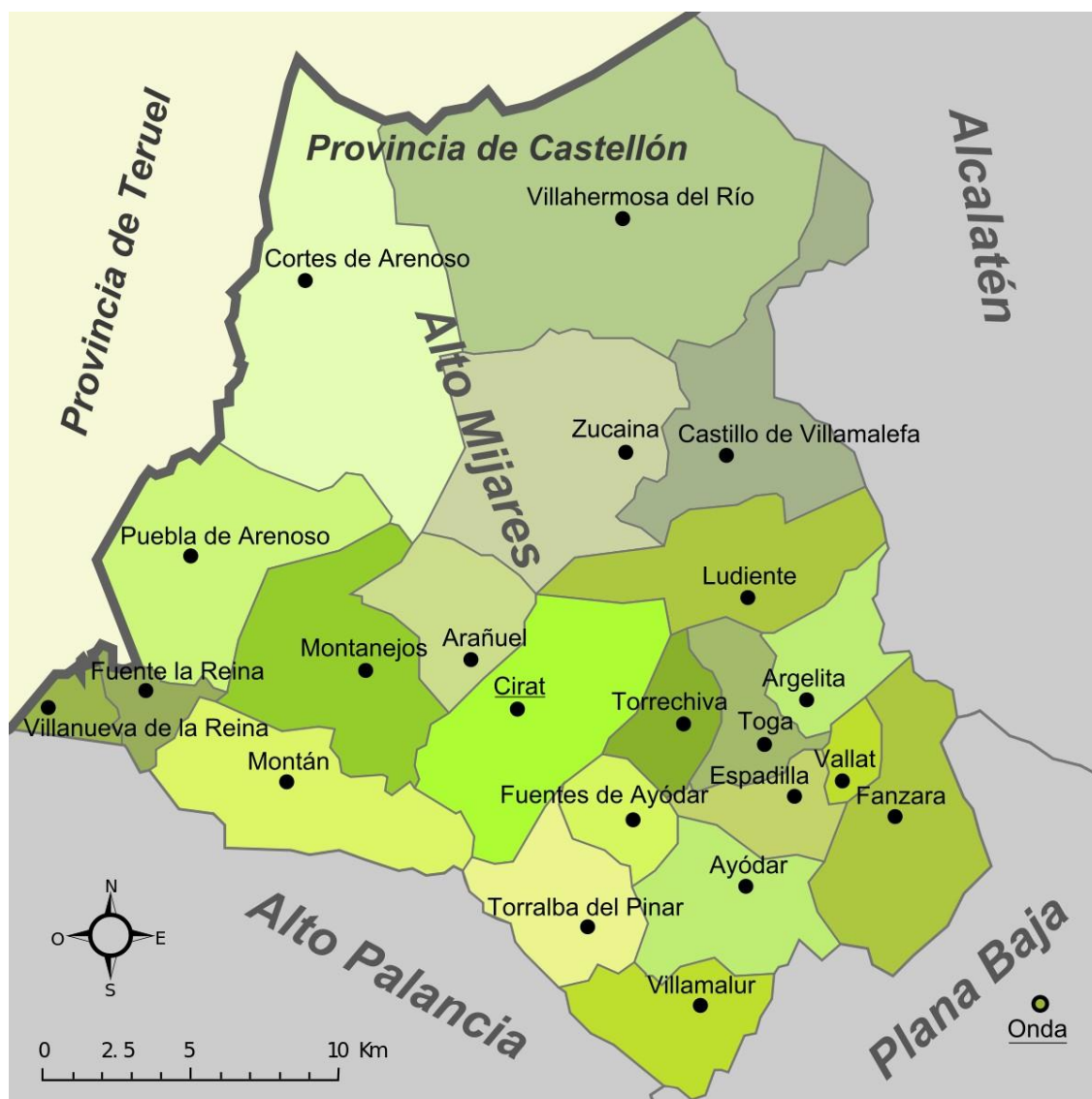
Se casaron muy jóvenes y tuvieron numerosos hijos, de los que recuerdo los nombres de Pascual, Ramona, Manuel, Vicente, Felicidad, Plácido, Virginia, Dora y Eliseo (mi padre). Todos nacieron en Torrechiva. Los Guillamón eran conocidos por el mote de “*los buscaretas*”, porque eran muy inquietos y no se mostraban pacíficos y resignados cristianos ante las injusticias o la miseria, sino rebeldes paganos.

Mi padre, que desde muy joven estuvo trabajando en aquella rueda infernal de minas y de alquiler por jornadas en trabajos del campo por los distintos pueblos, decidió marcharse a Barcelona, junto con algunos de sus hermanos. Preveían mejores ofertas de trabajo en tierras catalanas.

Mi padre, Eliseo Guillamón Herrándiz, jornalero y minero, había nacido en 1899. Mi madre Carmen Nebot, nacida en 1903, aprendió el oficio de *tripaire* (tripera: confección de embutidos y cuerdas de guitarra). Se casaron canónicamente en 1924. Tuvieron cinco hijos: Eliseo, Agustín, Carmeta, Libertad y Natura.

Yo, a quien mis padres pusieron Agustín, debería haberme llamado Floreal, nombre anarquista como el de mis hermanas Libertad y Natura, como era voluntad de mi padre; pero finalmente mi madre consiguió que me pusieran el nombre de mi abuelo materno, el de las fiebres de Cuba. Lo de Eliseo quizás tenía algo que ver con el geógrafo Eliseo Reclús, o así le gustaba explicar a mi padre.

Nací el 14 de mayo de 1926 en unas casas baratas que llamaban “la cordillera”, situadas entre la pared del cementerio y el muro del ferrocarril, en Pueblo Nuevo.



Mi infancia

Mi padre era un hombre alegre, aficionado a tocar la bandurria.

Recuerdo que un día vino un pobre. Mi padre lo hizo sentar en la mesa y comió con nosotros; después estuvieron hablando. Cuando se marchó nos dijo “que no dejásemos nunca de ayudar a ese hombre fuese de la forma que fuese; con el tiempo ya oiríamos hablar de él”. Yo solo vi a un hombre roto: su rostro parecía una máscara por los sufrimientos que estaba pasando.

Al anochecer de un caluroso día de verano estábamos tomando el fresco. Desde nuestra galería se veía una ventana que daba a una habitación donde un matrimonio, completamente desnudo, hacía el amor. Los cuatro estábamos mirando y cuando terminaron mi padre les dijo a voces: “que sea fuerte y sano el que nazca”. Tanto la pareja como él, se echaron a reír. Mientras la pareja de jóvenes cerraba la ventana, nuestro padre nos dijo a mi hermano Eliseo y a mí que lo que habíamos visto era el verdadero amor, que nadie se tenía que avergonzar, ni el que lo hacía ni el que lo había visto, por ser la entrega voluntaria de dos seres para que de esa forma continúe la especie humana.

Mis primeras lágrimas fueron por un perro callejero de color negro con manchas blancas que yo tenía. Se llamaba Estrella. Pasábamos muchas horas jugando. Un día se

escapó. Yo le llamé desde el terrado de mi casa. Al oír mi voz saltó bruscamente, corriendo de una acera a otra sin poder verme. Apareció un tranvía y lo destrozó con sus ruedas de hierro. Mi hermano y yo recogimos su cuerpo y lo enterramos en unos campos, cerca de nuestra casa, en la carretera de Mataró.

Pasaba algunas temporadas viviendo con mi abuela materna y con mi tío Vicente. Este siempre le decía a mi madre que se separase de mi padre y se fuese a vivir con ellos, que nada le faltaría.

No entendía por qué mi tío Vicente le hablaba a mi madre de aquella forma.

Un día mi tío Vicente me regaló un sombrero y una espada, como la del general Prim, y un aparato de radio a su madre, que se estaba quedando ciega por cataratas, para que se distrajese el tiempo que él estuviese en el servicio militar.

Mi tío Vicente tenía una novia que se llamaba Paquita. Los dos se querían mucho. Salían con otras parejas de amigos, reuniéndose en el bar que había debajo de la casa donde vivíamos, en la Rambla del Pueblo Nuevo, cerca del Casino de la Alianza, donde hacían baile. Antes de ir al baile cantaban todos juntos una canción *charleston*, llamada el caliqueño.

Por aquel entonces me enteré de las razones por las cuales yo vivía con mi abuela y por qué mi tío Vicente le decía a mi madre que dejase a mi padre: era un militante y hombre de acción de la CNT-FAI.

Por tal motivo teníamos que cambiar de domicilio continuamente. Por muy trabajador que fuese, cuando en la empresa se enteraban de su militancia, o destacaba en la defensa de sus compañeros, le echaban o tenía que abandonar el trabajo.

Cuando esto ocurría, se dedicaba a buscar caracoles, que vendía en el Mercado de Pueblo Nuevo, o se dedicaba a tocar la bandurria en las fiestas, hasta que le salía otro trabajo.

Mi madre, al no poder confiar en el jornal de mi padre, tenía que trabajar duro. En lo que saliese. Yo siempre la he visto fregando y lavando para otros o en la fábrica. El mismo día que paría a mi hermana Carmen, se puso a lavar un cubo de ropa sucia.

Recuerdo que, en una ocasión, mi padre hacía varios días que no aparecía por casa. Mi madre cogió a todos sus hijos y nos llevó a una sala de fiestas llamada “*La Gavina Blava*”, en la calle Milans del Bosch, cerca de plaza de España. Mi padre estaba tocando la bandurria y delante de todos los participantes en la fiesta, mi madre le dijo: “Aquí tienes a tus hijos, a ver si los puedes criar mejor que yo. Me tienes harta con tus tonterías”.

Cambiábamos de domicilio frecuentemente: Olesa de Montserrat, Mollerusa, Lérida, Tarrasa, y en el barrio de Pueblo Nuevo de Barcelona estuvimos en “la cordillera”, unas casas baratas cercanas a la vía del tren; también junto al campo de fútbol del Júpiter, en el paseo del Triunfo (Rambla de Pueblo Nuevo), en el Pasaje Nazaret, en la carretera de Mataró, en la calle Llull, en Wad-Ras, en Lope de Vega y en la calle de la Amistad. Parecíamos unos caracoles, siempre con la casa a cuestas. Y así pasaban los años de nuestras vidas.

Olesa era una especie de refugio en épocas de paro o de persecución. Íbamos a casa de la tía Ramona, una gran matrona muy fuerte y robusta, casada con un marido un tanto alfeñique. Tal contraste era motivo de divertidos y cariñosos comentarios de mi padre, que nos hacían reír. Era una masía con huertas y una pequeña granja de animales, en las que mi padre podía trabajar como pago de la estancia.

Recuerdo que, durante una temporada, mi padre trabajó en una fábrica de productos químicos (y tóxicos) en la calle Perelló de Pueblo Nuevo. Llevaba varias calderas, donde se hacía hervir la corteza de los árboles para sacar un líquido que servía para cortar las pieles.

Mi padre iba con el torso desnudo por el sofocante calor. Aquello se parecía al mismísimo infierno, sudando continuamente y echando la corteza por arriba a las calderas y por abajo el carbón a los hornos.

Cuando abría la portezuela, salían unas lenguas de fuego que le amenazaban, como si se lo quisieran engullir. Yo le llevaba la comida y me quedaba en el patio. A la espera de que terminase de comer, para llevarme el cesto. Veía como comía sin parar de trabajar, alimentando de carbón y corteza aquellas enormes calderas.

Mi madre trabajaba en Casa Armaches, en la calle Wad-Ras. Los trabajadores de esa empresa ganaron un juicio por las infracciones laborales existentes, que terminó con una indemnización dineraria, con la cual mis padres pudieron comprar dos colchones de lana y ropa de vestir para toda la familia. Por entonces vivíamos en la calle de la Amistad. Era un edificio de tres plantas de altura, con nueve puertas por planta, comunicadas por un corredor/balcón, en cuyos extremos estaba el váter comunitario. Le llamábamos “el hospicio”, porque había sido construido como tal y por la cantidad de gente que vivía en el edificio.

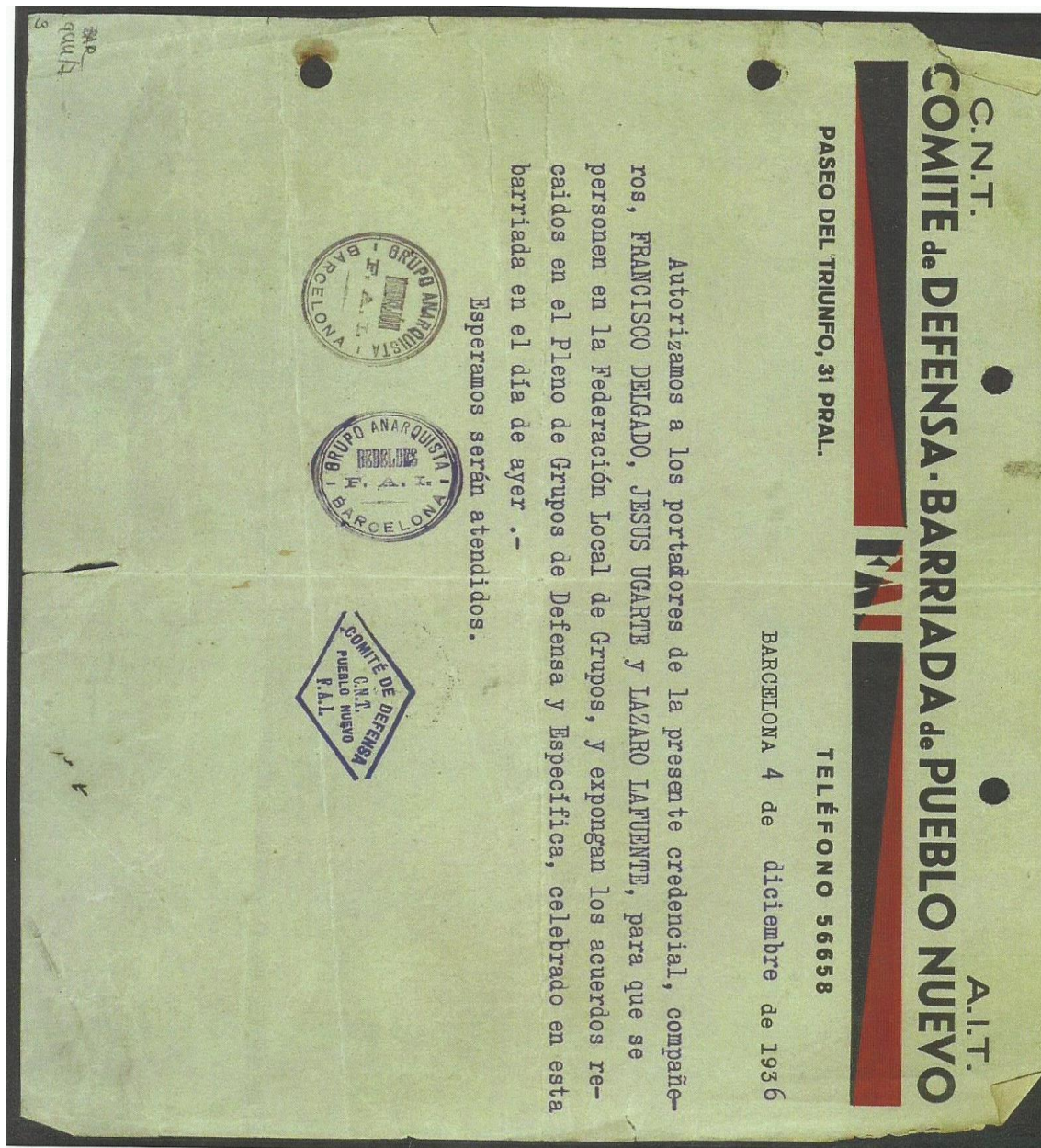
Por esas fechas se intensificaron las persecuciones policiales por actividades sindicales y anarquistas. Fuera porque cobraba algo tocando la bandurria o porque huía de las autoridades, mi padre, con frecuencia, pasaba varios días sin regresar a casa. Así estuvimos hasta el inicio de la Revolución.

De lo que más me acuerdo es de lo más antiguo, quizás porque se lo he oído contar a mi madre numerosas veces y eso ha hecho que se me grabara en la memoria.

Cuando se proclamó la Segunda República estábamos en el Rompeolas. Mi madre tenía en brazos a mi hermana Carmen y cogido de la mano a mi hermano Eliseo. Yo iba con mi padre, que llevaba un cesto con la comida. Estábamos allí para pasar el día al aire libre, como otras familias. La gente parecía inquieta, entonces surgió una avioneta y todos empezaron a gritar y a saltar dando muestras de alegría. El aeroplano llevaba una estela que decía “¡Viva la República!”.

Mi padre me apretó en su pecho y dijo “ya se han terminado las calamidades, ahora habrá trabajo y pan para todos los obreros”.

Me dolía el cuerpo del apretón que me dio. Aún hoy, al recordarlo, lo hago con cariño. Aquel abrazo fue uno de los pocos que me ha dado en su vida, y siempre he recordado sus palabras como si acabara de oírlas.



Revolución

En la madrugada del 19 de julio de 1936 nos despertó el aullido de las sirenas, que vibraban estrepitosamente, llamando a las armas a todo el barrio obrero de Pueblo Nuevo.

Ese domingo las campanas de las iglesias habían enmudecido. Solo las sirenas de las fábricas dejaban oír sus fuertes pitidos. La gente se asomaba a los balcones. Por las calles empezaban a circular los hombres y mujeres en dirección al campo de fútbol del Júpiter. Hablaban a gritos. Decían que las sirenas eran “la señal convenida”.

Algo más tarde se oyeron disparos y ráfagas de ametralladora. Provenían de la avenida Icaria. Nuestra madre nos prohibió salir de casa. Le dijo a mi hermano que jugásemos en la escalera, pero que no lo hiciésemos en la calle, como de costumbre.

Mi hermano Eliseo me había hecho una plataforma de tres ruedas. Sin hacer caso de las prohibiciones maternas fuimos a probarla en la Rambla de Pueblo Nuevo. Yo la conducía y mi hermano la empujaba. Cuando cogía la velocidad deseada, de un salto se

ponía detrás de mí. Oímos unos disparos que sonaban muy cerca. Gritaban “que no escapen, que son fascistas”.

Un grupo de hombres armados corría hacia la esquina. Uno de ellos se paró y nos dijo: “chavales, marcharos para vuestra casa, que no es día de jugar en la calle”. Nosotros continuamos jugando, sin hacer el menor caso, mientras él seguía corriendo detrás del grupo que se alejaba.

Antes de llegar al Casino vimos que, de un almacén junto a Casa Viñas, un grupo de hombres repartía armas y municiones. Se las daban a todo aquel que las pedía, siempre que fueran conocidos. Jugando con la plataforma llegamos a la altura del colegio de monjas. En mitad del paseo habían hecho una hoguera con muebles, esculturas en madera de santos y libros de misa. Mientras mirábamos cómo ardía la fogata, sonaron disparos que procedían de un coche que sembraba la confusión y el pánico. Corrimos a refugiarnos en el portal de una panadería, donde había dos hombres armados con fusiles que, al tiempo que disparaban, nos gritaban: “¡tiraos al suelo!”. Entre ellos comentaban que “esos perros falangistas están por todas partes”.

Mi hermano me cogió de la mano. Nos marchamos corriendo hacia casa, arrastrando la plataforma. Enfilamos la calle Pallars. Al torcer la esquina con Mariano Aguiló vimos que la iglesia de Santa María del Taulat estaba en llamas. Se oían disparos por todo el barrio.

Al llegar a la calle de la Amistad encontramos a nuestra madre angustiada, que nos estaba buscando. Le preguntamos por nuestro padre. Nos dijo “que pronto estaría con nosotros”. Creo que preguntamos por él, no porque le echásemos en falta, ya que estábamos acostumbrados a su frecuente ausencia de casa, sino porque en aquellos momentos teníamos miedo.

Mi madre nos puso a todos en una habitación, y ella no dejaba de mirar por la ventana. En aquella habitación pasamos toda la noche y parte del día 20, oyendo los disparos, las ráfagas y el estruendo de los cañones. Supimos por los vecinos que habían asaltado el cuartel de los Docks, cerca de nuestra casa, en la avenida Icaria.

Cuando dejaron de oírse los disparos, mi hermano y yo salimos de casa. Fuimos por la calle del Taulat en dirección al cementerio. Al llegar a la avenida Icaria, por todas partes se veían huellas de la lucha violenta que allí había tenido lugar, horas antes de nuestra llegada.

Había escombros en los muros del cuartel de los Docks, así como en los edificios próximos. También había enormes balas de algodón, grandes bobinas de papel y cajones de madera amontonados para formar barricadas o parapetos, muchos muertos en medio de la calle y hombres o mujeres sudorosos, exaltados, agarrados a sus armas. Otros, con nerviosismo, levantaban las armas sobre su cabeza como señal de alegría. Algunos llevaban vendajes ensangrentados y la mayoría daban muestras de agotamiento.

Entre gritos de vivas y muera nos unimos a un grupo de gente, la mayoría mujeres y niños de nuestra edad. Miraban asombrados lo que había sucedido. Les movía, como a nosotros, la curiosidad y la esperanza de hallar a sus seres queridos.

Al no encontrarlos en la avenida Icaria, fuimos todos por una calle estrecha que cruzaba las vías del tren por unos campos cercanos a la fábrica Forest, en dirección al Parque de la Ciudadela. A la altura de los cuarteles Alcántara y Badajoz, un grupo de hombres armados nos desvió por unas calles cercanas, sin dejarnos pasar por el parque.

Aquel reducido grupo de mujeres y niños, al que nos habíamos incorporado instintivamente, vagaba de una a otra parte, atravesando calles a ciegas hasta desembocar por azar en la plaza de Cataluña.

Por el camino se repetía la escena, barricadas hechas con adoquines o sacos de arena, otras con diversos materiales y por todas partes hombres armados, tanto paisanos

como militares, la mayoría con pañuelos atados al cuello con los colores rojo y negro y las iniciales CNT y FAI.

De vez en cuando camiones volcados, coches abandonados y algún disparo o ráfaga de ametralladora en la lejanía. En la plaza de Cataluña vimos cadáveres de hombres y de caballos en plena calzada.

Mientras mirábamos, oímos unos disparos procedentes de las Ramblas. Pronto tiros y detonaciones se fueron acercando y multiplicando. Mi hermano empezó a correr, y yo detrás de él. La gente del grupo hacía lo mismo. Las ráfagas de ametralladora regaban la propia plaza. Quienes poseían armas se apostaban dónde podían, devolviendo los disparos. Los que iban desarmados se aplastaban contra el suelo o corrían a refugiarse. Mi hermano y yo no paramos de correr hasta llegar a casa.

Ya en la calle de la Amistad, le contamos a nuestra madre lo que habíamos visto. Ella riñó a mi hermano por haberse alejado de la escalera y cerró la puerta de nuestra casa para que no volviéramos a marcharnos.

Al día siguiente, martes 21 de julio, amaneció en calma. Nuestra madre estaba hablando con las vecinas de lo sucedido. Luego, dejó a mi hermano Eliseo al cuidado de mis hermanas Carmen, Libertad y Natura. Ella y yo fuimos en busca de nuestro padre. En el Hospital Clínico preguntamos por él. Nos dijeron que lo buscásemos nosotros, porque había tantos heridos y muertos que no nos podían atender, y todavía menos decirnos si estaba en aquel centro, puesto que muchos carecían de documentación.

Mi madre y yo fuimos mirando por las distintas salas y pasillos. A veces mi madre levantaba la sábana o lienzo que cubría la cara de un cuerpo sin vida, porque creía reconocer algo.

Así pasamos varias horas entre lamentos y quejidos, buscando en aquella masa de carne ensangrentada, llena de muertos, heridos y mutilados, muchos de ellos irreconocibles. Había mucha gente explorando, como nosotros. Finalmente, si no encontraban a nadie, marchaban a otros hospitales, para seguir investigando.

Mi madre me dijo: “vámonos para casa; cuando todo se normalice será más fácil dar con el papa. A lo mejor lo estamos buscando sin necesidad”. De regreso, por las calles solo se oían disparos muy aislados. Por todas partes había camiones pintados con siglas y cargados de milicianos armados y con casco de hierro, cantando canciones revolucionarias y levantando los brazos con el puño cerrado.

Al llegar a la calle de la Amistad, donde vivíamos, vimos que en la barricada de la calle Taulat, esquina Mariano Aguiló, había un coche parado que llevaba las siglas CNT-FAI pintadas en blanco, y de su interior bajaba mi padre, que se puso a hablar con los milicianos de la barricada. Fuimos corriendo hacia él, nos abrazamos y regresamos juntos a casa.

Mi padre llevaba un mosquetón, una pistola y un casco. Anudado al cuello un pañuelo rojo y negro con las iniciales CNT-FAI.

Después de descargar las armas se echó a dormir. Iba muy sucio, con barba de varios días, con los ojos hundidos hasta las cavidades, con una mirada que asustaba; no sé si era debido al cansancio o era resultado de lo que había visto.

Mientras dormía, en la habitación contigua mi hermano y yo jugábamos con sus armas. Esas, y otras herramientas bélicas, serían nuestros juguetes favoritos durante mucho tiempo.

Al levantarse, después de lavarse y afeitarse, nos contó que durante varios días estuvieron vigilando el movimiento que había en los cuarteles. La Confederación esperaba el inminente levantamiento de los militares.

Nos dijo que “cuando el día 19 se dio la señal del toque de las sirenas se puso en marcha el comité de defensa, que salió del campo del Júpiter. Nosotros, los del comité de

defensa del Pueblo Nuevo, ya estábamos apostados en el cuartel de los Docks en la avenida de Icaria, esperando que saliesen los militares.

Cuando la mayor parte de la tropa estaba ya en la calle nos echamos por sorpresa sobre ellos. Tuvimos una lucha encarnizada para arrebatarles armas y cañones.

Cada vez era mayor el número de obreros que acudían, que hacían barricadas y hostigaban a la tropa. Muchos soldados, al ver que los rebeldes eran ellos, se pasaron a nuestro lado, desorientando así al resto, que intentaba regresar a su cuartel.

Al terminar la lucha fueron presos varios jefes y oficiales militares, que fueron entregados para que fueran juzgados.

Al pasar delante del edificio de Gobernación, en plaza Palacio, cargados con las armas que habíamos cogido, vimos un grupo de guardias civiles que nos vitoreaba, diciendo “que se pondrían a luchar a favor del pueblo”. Los hijos de puta aún no habían decidido en qué bando combatirían. Como no nos fiábamos de ellos, seguimos nuestro camino con las armas a punto de disparar al menor movimiento hostil que hicieran.

Al llegar a la plaza del Teatro, donde estaba la mayor parte del Comité de Defensa Confederal, les entregamos las armas, confirmando que los cuarteles de los Docks estaban en poder del pueblo”.

Allí, el Comité de Defensa acordó ir a combatir a los fascistas que luchaban en el Paralelo, delante del Molino, y a los que bajaban por la parte alta de la ciudad en dirección a la plaza Cataluña. También se decidió que otros grupos reforzaran el cerco al cuartel de San Andrés, reclutando a los compañeros que esperaban en las barriadas del Clot y Pueblo Nuevo.

Mi padre comentó que le había sido imposible venir antes a casa, porque estuvo con los compañeros en el asalto de los cuarteles de San Andrés, y que ahora (21 de julio por la tarde) se iba al sindicato de la construcción, que había convocado una reunión. Que cuando todo estuviese controlado volvería para estar con nosotros.

Paseos con mi padre

Uno de aquellos días nuestro padre, con un coche de patrullas, nos llevó a mi hermano y a mí a que viésemos cómo vivían los ricos.

Recorrimos varias torres y palacetes de ensueño, con sus jardines, piscinas, campos de deporte, sus salones y habitaciones con lujosos muebles, cortinajes, lámparas, cuadros y toda clase de adornos y enseres.

De todo lo visto me quedó esculpido en la memoria un váter que vimos acolchado, en una de esas mansiones. Se parecía a un sofá, todo de cuero, decorado con unos dibujos de personas y adornos grabados en el cuero, en relieve. En el centro de aquella obra de arte había una tapadera, disimulada entre los dibujos donde se sentaban para cagar. Más que un váter, parecía un trono.

Pese a mi corta edad, comprendía que no era justo que unos tuviesen tanto lujo, mientras otros solo conocíamos la miseria.

Otro día nos llevó a ver el convento del paseo de San Juan. Casi todos los conventos estaban abiertos al público, para que el pueblo pudiese pasear en su interior.

En la puerta de entrada al convento había unas cajas que contenían cadáveres. Formaban una larga hilera desde la entrada hasta el patio. En la calle, contra la pared exterior del convento, estaban expuestos varios ataúdes, con momias.

Una de las celdas, mayor que el resto, era en realidad una sala de torturas. Colgaban de las paredes látigos de diversas formas, tamaños y usos. También había collares de cuero y de hierro para atar las muñecas, pies o cuello y varias herramientas, como si de una fragua se tratase.

En un lado de aquella tétrica habitación había una plancha de hierro con clavos. Parecía la alfombra de un faquir indio de tebeo. También había una cama de hierro, con cuerdas y barandillas con cables eléctricos y tubos de goma cogidos al somier.

Al llegar a los lavaderos de ropa, en los sótanos del edificio, en una nave grandiosa, un grupo de hombres con la cara cubierta con pañuelos estaba derribando falsos tabiques, para desenterrar a los cadáveres que había allí emparedados.

Todo aquel edificio era un cementerio. Nuestro padre hacía sus observaciones sobre todo lo que estábamos viendo.

Muchos de aquellos cadáveres estaban atados de pies y manos, con señales de haber sido sepultados en vida. Había también recién nacidos. El público miraba horrorizado, algunos padecían arcadas y malestar físico, otros rompían en maldiciones e insultos contra la religión y el clero.

Nuestro padre nos dijo que la República era un atraso y el clero el verdugo del pueblo. Que mientras hubiese sotanas, militares y capitalistas el pueblo pasaría hambre.

En otra ocasión nos llevó de paseo por Barcelona. En el puerto nos enseñó un barco de pasajeros llamado Uruguay, donde un tribunal popular juzgaba a los militares y fascistas sublevados el 19 de julio.

En Atarazanas, nos señaló una corona de laurel y flores, depositada en el suelo, entre la calle del Mediodía y la calle Montserrat, cerca de la iglesia quemada de Santa Mónica. Nos dijo con cierta solemnidad que allí había caído Francisco Ascaso, un compañero anarcosindicalista, camarero de profesión; un militante y hombre de acción, uno de los principales coordinadores del Comité de Defensa. Con su muerte la CNT perdía a uno de sus más activos y mejores hombres.

Se veían camiones con hombres y mujeres armados que marchaban al frente, cantando canciones revolucionarias.



Pascual (con la mano amputada) y Eliseo, hermanos

Mi abuela y mi hermano

Cuando empezó la Revolución, mi tío Vicente estaba haciendo el servicio militar en Zaragoza y quedó en la zona ocupada por los sublevados. A los de la zona sometida a Franco se les llamaba fascistas o nacionales; a los de la zona republicana, rojos.

Que su hijo Vicente quedara en zona fascista fue un duro golpe para mi abuela, que esperaba ansiosa su licenciamiento y regreso. Ciega por las cataratas, se quedó postrada en un sillón, sin apenas capacidad para moverse. Aquel aparato de radio, regalo de su hijo, era su única distracción.

Un día, de los muchos en que mi hermano y yo íbamos a visitar a nuestra abuela en el pasaje Nazaret, donde vivía con mis tíos, al pasar por delante de la iglesia quemada de Santa María del Taulat, en la calle Sant Joan de Malta, vimos que entre las ruinas había

varios chicos jugando a la guerra. Nos unimos a ellos. Mi hermano estaba escondido en un hoyo y de repente le cayó una pared encima, quedando sepultado por los escombros. La mayoría de muchachos huyeron asustados, mientras los que nos quedamos quitábamos los cascotes que cubrían el cuerpo de mi hermano. A los gritos que dimos acudieron varias personas mayores, consiguiendo al fin sacarlo con vida de aquel agujero.

En el dispensario donde lo examinaron, el doctor nos dijo que había recibido un fuerte golpe en la rodilla. Nos aconsejó que le llevásemos al hospital.

A causa de ese accidente mi hermano estuvo enfermo durante varios años. Se le hizo un tumor y le tenían que sacar el agua de la rodilla con mucha frecuencia. Al estar en edad de desarrollo se le quedó una pierna más corta que la otra y más delgada de lo normal. Al principio pasó mucho tiempo en la cama. Solo salía de casa cuando mi madre se lo llevaba a la playa de Pueblo Nuevo. Era el consejo médico, que le diera la sal y que se revolcara por la arena, como en una especie de gimnasia. Mi madre dejaba a Eliseo en la playa, acompañado por mi hermana Carmeta y algún que otro amigo del barrio. Cuando mi madre salía del trabajo, iba a buscar a Eliseo a la playa para traerlo de nuevo a casa, cargado sobre sus espaldas.

Yo me cuidaba de obtener el racionamiento con las cartillas que nos habían dado. Esas cartillas tenían unos cupones que se entregaban a la venta de los alimentos, en los establecimientos indicados. También se podía ir a los comedores populares. Había comedores escolares, en los que todas las paredes estaban cubiertas con dibujos de cuentos infantiles. A la familia le salía más a cuenta comprar en los comercios y cocinar en casa.

Mi madre trabajaba medio día. Yo, por las tardes, iba a un colegio de las Juventudes Libertarias, en un primer piso, encima de un taller de mecánicos, en la calle Luchana número 23, en Pueblo Nuevo. Por entonces mi padre estaba en patrullas.

El entierro de Durruti

El 20 de noviembre de 1936 mi padre me dijo que habían matado a Durruti en el frente de Madrid. El domingo 23 lo enterraron en Barcelona. Varios vecinos de la escalera, mi padre y yo fuimos juntos al entierro en la vía Layetana. Había una imponente concentración de gente. Por todas las calles de los alrededores se iban amontonando más y más personas.

Había muchos milicianos, recién llegados del frente, con sus armas. Toda la Barcelona proletaria estaba en aquel entierro. Había gente subida a los árboles y a las farolas, para ver mejor al héroe del pueblo, a Buenaventura Durruti. Apareció el ataúd, llevado a hombros, cubierto por una bandera roja y negra y las iniciales CNT y FAI.

Me dijo mi padre: “cuando se marchen los vecinos, te vas con ellos para la casa; yo iré cuando termine el entierro”. Y se sumó al cortejo fúnebre.

Yo me quedé entre los vecinos, contemplando aquel desfile de hombres en silencio, con sus rostros endurecidos por la guerra.

Camino de casa, por todas partes había grupos de aquellos hombres rudos, hablando a gritos, con sus ojos llenos de ira. Decían: “Durruti ha sido asesinado”. Hablaban de traer a los milicianos del frente y entrar a tiro limpio en Barcelona, para hacer una limpieza de la escoria de la naciente burocracia. Porque desde que había empezado la Revolución, la entorpecían en beneficio propio.

Unos milicianos hablaban de regresar al frente; otros de quedarse en la retaguardia. Se repetía una y otra vez que “con la muerte de Durruti se había decapitado la Revolución Libertaria”.

Bombardeos

Un día del mes de febrero de 1937, al alba, nos despertó violentamente el tronar de los cañones de unos barcos que bombardeaban Pueblo Nuevo y el resto de la ciudad.

Un obús fue desviado al tocar una chimenea de la fábrica Riviera, entró por la ventana de un edificio de la esquina de la calle Granada con Llull, matando a una familia que estaba durmiendo. Todo el barrio estaba asustado y comentaba alarmado lo sucedido.

Días después llegó un avión que volaba muy bajo y hacía mucho ruido. La gente lo miraba con más desprecio que miedo.

El primer bombardeo de la aviación en Pueblo Nuevo fue el de la fábrica de Can Girona, en la calle Taulat, al lado de la estación de tren. Murieron seis obreros, a los que se hizo un entierro a escala local. Salió de la fábrica un camión con los ataúdes, y detrás otro camión cargado de flores. Lo acompañó todo el barrio, con banderas y pancartas de protesta por el crimen de la aviación fascista. El séquito partió de la fábrica, siguió por la calle Taulat, la avenida Icaria y paseo de Colón hasta el cementerio de Montjuic. El silencio fue absoluto en todo momento.

Barcelona fue bombardeada muchas veces. Barcelona estaba indefensa ante esos ataques. Solo disponía de los cañones antiaéreos de Montjuic y de la batería del Carmelo. A veces, de forma extraordinaria, salía algún avioncillo ligero desde El Prat para enfrentarse a la flota de bombarderos fascistas. En muchas ocasiones, las alarmas de bombardeo empezaban a sonar muy tarde, cuando los aviones ya habían arrojado su carga de explosivos sobre la población civil.

En los ataques de marzo de 1938 no se sabía si la alarma anunciaba el principio o el fin del ataque aéreo, porque cada dos horas se producía una nueva oleada de bombardeos. Todos aprendimos más en la práctica, que por la información recibida sobre lo que debíamos hacer.

La mayoría llevábamos colgado al cuello un palo, como si se tratase del bocado de un caballo. Al oír el silbido de las bombas nos tirábamos al suelo boca abajo, con las manos sobre la nuca y los codos en el suelo. Los codos nos protegían de que la cara golpease contra los adoquines; el palo atravesado en la boca, apretándolo con los dientes para mantener la boca abierta, evitaba que la onda expansiva de una bomba cercana pudiera reventarnos.

Por todas partes se construían refugios contra los ataques de la aviación. En calles y plazas se levantaban los adoquines, se hacía una especie de túnel de hormigón y cemento, colocando encima la tierra extraída y los adoquines, para conseguir un fuerte techo en el que se estrellaran las bombas.

Muchos utilizaban esos refugios y el metro de la ciudad como dormitorios, para resguardarse de los horribles ataques nocturnos. Al anochecer la ciudad quedaba completamente a oscuras. Cuando sonaba el aviso de alarma, la ciudad se iluminaba intermitentemente por las explosiones, los disparos de los cañones antiaéreos y los reflectores que buscaban a los aviones. A esto se sumaban los incendios producidos por las bombas.

Cuando cesaban los estruendos de las explosiones, se empezaban a oír los gemidos y gritos de auxilio exteriores. En el interior de cada persona crecía el dolor, el espanto y el odio.

La gente se desmoralizó y solo pensaba en salvarse y que la guerra acabase cuanto antes. A otros nos importaba muy poco el morir, incluso lo preferíamos a vivir de aquella manera que nos había impuesto el fascismo. No era extraño ver por la calle a personas que, durante los bombardeos, continuaban su rutina sin hacer caso de alarmas o bombas,

diciéndose “que de algo había de morirse uno”, reafirmandose una y otra vez “que solo se moría cuando a uno le había llegado la hora”-

Así lo pensábamos mi madre y todos nosotros. No buscábamos protección, no íbamos al refugio, solo confiábamos en la suerte, en nuestro instinto y en estar todos juntos en los momentos de peligro.

El odio contra los aviadores y sus bombardeos llegó a ser tan fuerte que al conocerse que había sido derribado un avión, caído en Pueblo Nuevo en los campos cercanos a la calle Enna, esquina Provencals, muy cerca de la fábrica de vidrio, la multitud corrió a despedazarlo con sus manos desnudas.

Mientras, la guerra hacía estragos en toda España, y el Pacto de No Intervención favorecía la ayuda militar de las potencias fascistas al gobierno de Franco, al tiempo que se negaba al gobierno legítimo y democrático de la República la posibilidad de comprar armas o aviones.

Al disolverse las patrullas, nuestro padre nos dijo que estaría una temporada sin vernos. Antes de marcharse, mis padres y mi hermano Eliseo fueron a ver al doctor Moreno. Al regresar del médico manifestaron su contento. Nos dijeron que mi hermano Eliseo había salvado la pierna, gracias a la constancia de nuestra madre en llevarlo a la playa diariamente para que caminara sobre la arena y tomara baños de sol con la pomada que el doctor había recetado. Ya no se le hacía agua en la rodilla.

El doctor prescribió un zapato con la suela de corcho de diez centímetros de grueso, para que las dos piernas quedasen al mismo nivel, y que acompañado por un par de muletas pudiese andar por sí mismo. Aconsejó que su alimentación fuese abundante en vitaminas, para que en su desarrollo el fortalecimiento de los huesos fuese normal.

Al verlo con aquel aspecto de lisiado todos nos pusimos muy tristes y llorosos; pero nos invadió una alegría, al ver que andaba solo, sin ayuda de nadie.

Para celebrar el acontecimiento, nuestro padre nos llevó a comer al Restaurante Marina, en la plaza Palacio. Las paredes del restaurante estaban pintadas con motivos marineros, sobresaliendo unos veleros. Nos sirvió un camarero con chaqueta blanca. Fue una jornada festiva para todos.

Al llegar a casa mis padres se encontraron con unos amigos y vecinos. Eran un matrimonio de jóvenes que acaban de regresar del frente. Se llamaban Paco y Ángeles. Ella era muy guapa. Ambos habían ido voluntarios al frente en los primeros días de la Revolución, con su mono azul y el pañuelo rojinegro anudado al cuello.

Decían que todo había cambiado a peor. A él se lo llevaban de nuevo al frente, pero ahora uniformado y a la fuerza. Decían que en el frente faltaban armas y municiones. Que en ocasiones no podían avanzar por falta de material.

Hablaron del nuevo gobierno Negrín y de los numerosos presos, militantes de la CNT-FAI y del POUM, después de los Hechos de Mayo. Luego comentaron la matanza producida por el bombardeo de Guernica.

A los pocos días se marchó mi padre, también uniformado y obligado.

Mi madre trabajaba media jornada. Yo ya no iba al colegio, porque pasaba las horas y los días haciendo cola en las tiendas.

Un día, era agosto, estaba en una cola cuando empezaron a bombardear. La gente decía que había caído una bomba en la calle Wad-Ras, en la horchatería del Tío Che.

Esa horchatería estaba cerca de mi casa. Fui corriendo. Al pasar por delante de lo que había sido un edificio de cuatro pisos de altura, me detuve. Se había convertido en un enorme montón de escombros, entre los cuales un puñado de vecinos intentaba rescatar a quienes habían quedado sepultados. Un viejo me llamó gritando, pidiéndome que tirase de una mano que sobresalía entre las piedras, mientras él retiraba los cascotes de alrededor. Me repetía: “¡tira, tira, que está vivo!”. Cogí la mano, para tirar con fuerza de

ella. Al primer tirón me quedé con un brazo entre mis manos. El resto del cuerpo no estaba allí, solo era un brazo desgajado. Lo puse en un cesto que se iba llenando con los pedazos que se iban sacando de entre las ruinas. El viejo, sin hacerme el menor caso, seguía hurgando y removiendo los cascotes con sus manos ensangrentadas. Perseguía el cuerpo de aquel brazo.

Miré hacia arriba, a lo más alto de lo que había sido un edificio de cuatro pisos. Entre los hierros de la estructura del edificio colgaba un pedazo de pared, con una telaraña de alambres, entre los que se balanceaba ahorcado un gato negro. Me lo quedé mirando un buen rato. No sé por qué, pensé en todos mis hermanos.

Me fui a casa. Al doblar la esquina vi que varios vecinos señalaban la fachada del edificio donde vivíamos. Una grieta cruzaba el inmueble desde el terrado hasta el piso debajo del nuestro, pasando por mitad de la habitación de mi madre.

Subí corriendo las escaleras. Al abrir la puerta de casa pensé que no encontraría a nadie con vida, dado el silencio existente. Al llegar a la habitación del fondo encontré a todos mis hermanos mirando a la calle a través de la grieta.

Cuando llegó nuestra madre marchamos al pasaje Nazaret, a vivir con mis tíos mientras arreglaban los desperfectos de la pared.

En casa de mis tíos escuchaban todas las noches la radio fascista. Cuando hablaba el general Queipo de Llano, un general borracho que decía barbaridades soeces, daba asco, pero notificaba la serie y número de los billetes de banco que serían válidos cuando los fascistas ganaran la guerra. Nuestra tía Asunción guardaba todo el dinero que coincidía con las series y números escuchados en la radio. El general aconsejaba a sus simpatizantes que tuviesen muy en cuenta lo que hacían sus vecinos rojos, para pasarles cuentas cuando llegase el momento propicio. Luego se reía a carcajadas.

No era raro ver en la calle mujeres de la clase media o burguesa enlutadas, que decían que sus maridos, propietarios de comercios o industrias, habían sido asesinados por los rojos. Nosotros sabíamos que no era cierto. La mayoría de ellos se ocultaba para no ir al frente; otros se habían pasado a la zona nacional o se metían en la quinta columna.

1938: miedo y hambre

Un día de enero de 1938 volvieron a sonar las sirenas alertando de un nuevo bombardeo. Estábamos en el pasaje Nazaret. Nos pusimos en el hueco de la escalera, apiñados todos en torno a mi abuela Ana María. Decían que aquel era el lugar más seguro de todo el edificio. Desde allí oímos el silbido de las bombas al caer. Sentíamos el temblor de la casa por las explosiones, los cristales se rompían. Las bombas estaban cayendo muy cerca.

Pasado el peligro, salimos al patio de la finca, a respirar algo de aire fresco. Entonces vimos sorprendidos que en mitad del patio había una bomba clavada en el suelo. Era tan alta como yo. El miedo se reflejaba en nuestras caras. Pasaron aviso del incidente y vino un carro de esos que transportan botas de vino. Unos hombres desmontaron la espoleta de la bomba, que aseguraban era incendiaria; la cargaron en el carro, bien fijada con cadenas, y se la llevaron.

Los vecinos, que habíamos sido desalojados de nuestras viviendas a causa del peligro, pudimos entonces regresar a nuestras casas.

Mi madre decidió que debíamos volver a la calle de la Amistad. Si teníamos que morir, mejor hacerlo en nuestra casa. Algunas semanas después de este suceso se llevaron a mi tío Pepe al frente. Mi abuela murió a los pocos días de su marcha. En sus labios, el nombre de sus hijos.

Los bombardeos se habían recrudecido y eran más frecuentes.

Mi trabajo era hacer colas. Haciendo cola en la Barceloneta, cerca de la plaza de toros, oí el rugir de los aviones. Miré al cielo y vi una nube llena de aviones. Jamás había visto tanto avión junto. Vi cómo se acercaba el resplandor de las explosiones de las bombas, en un día soleado y claro. Me arrojé al suelo, con el palo entre los dientes y las manos en la nuca, apretándome los oídos con los antebrazos para atenuar la fuerza del silbido que hacían las bombas al caer.

Mis esfuerzos eran inútiles. No solo oía el silbido, sino también el insoportable trueno de las explosiones, más cercanas. Yo estaba aplastado contra los adoquines, en medio de la calle. Un humo de polvo y de incendio me ahogaba, mientras mi cuerpo se levantaba y bajaba del suelo una y otra y otra vez.

Las explosiones eran continuas y aterradoras. Cuando tocaba el empedrado notaba que la tierra se movía y vibraba bajo mi cuerpo. Y así durante una indefinible eternidad. En cuanto empecé a oír gritos y lamentos supe que podía ponerme en pie. Estaba torpe y atontado. Los edificios que me rodeaban ya solo eran montañas de escombros. Junto a los cadáveres y heridos que llenaban la calle había vacas reventadas. Había gente que gritaba y corría hacia una escuela que acababa de ser bombardeada.

La plaza de toros había desaparecido. Andaba como un sonámbulo. Un zumbido me llenaba la cabeza con un trueno constante. Mi cuerpo, ajeno, me respondía como un autómata mecanizado. No sabía si había terminado ya el bombardeo o si del cielo seguían cayendo bombas y muerte. Sin saber cómo, llegué a mi casa.

En febrero, mi padre se presentó en casa con un permiso de varios días. Decidió que nos iríamos a vivir a Tarrasa, porque allí no bombardeaban tanto como en Barcelona.

De camino a la Estación de Francia, en el Parque de la Ciudadela, a la altura del Invernadero, empezaron a sonar las sirenas de alarma. Luego cayeron las bombas.

Nos echamos al suelo, junto al Invernadero. Mi madre aconsejó: “tirémonos en aquel césped en medio del jardín”. Todos corrimos hacia el lugar indicado. Mientras bombardeaban nos arrojamamos sobre la hierba. Las bombas explotaban muy cerca.

Cuando pasó el peligro y nos levantamos del suelo, mi hermano Eliseo tenía el pecho sucio, porque se había tendido encima de una mierda. A mi padre le brotaba sangre de la nariz, creo que del porrazo que se dio al arrojar a tierra, y estaba furioso; reñía a mi madre, diciéndole que “si nos hubiéramos quedado junto al invernadero, nada nos habría pasado”. Al mirar atrás, hacia el invernadero, vimos que había sido totalmente destruido.

De camino a la estación, al pasar junto al pedestal vacío de lo que había sido un monumento con la estatua ecuestre del general Prim, mi hermano le preguntó si era cierto que lo habían sacado de allí para hacer cañones. Mi padre le respondió que ya se lo explicaría en otro momento.

Al llegar a la estación vimos que había sido bombardeada. No le quedaba una cristalería entera. Aquella enorme masa de hierro y cristal, admiración de todo aquel que la contemplaba, se había convertido en un monstruoso esqueleto de hierros retorcidos. Todo el colorido, brillo y belleza de sus cristalerías de colores y formas diversas había desaparecido.

Por fin llegamos a Tarrasa. Mis tíos vivían detrás de la Escuela Industrial. A Pascual, hermano de mi padre, le faltaba la mano derecha. Pasado un tiempo me enteré, a través de mi hermano Eliseo, que se la habían amputado a causa de una herida recibida en los enfrentamientos contra el levantamiento militar de julio de 1936. Mi padre, su hermano Pascual y un sobrino suyo, llamado Mingo, lucharon juntos contra los fascistas sublevados.

La casa de mis tíos se componía de dos pisos. El de arriba era la vivienda. En la planta baja había un taller, en el que se fabricaban telas metálicas y rollos de alambre. En

ese taller trabajaba toda la familia. En aquel momento las máquinas estaban paradas y los hijos en el frente. En la casa solo permanecían el matrimonio y las dos hijas.

Mi tío nos buscó vivienda; era un almacén con el techo de uralita y el suelo de tierra. En la entrada había una prensa y en el fondo del almacén tres camastros con colchones de hojas de maíz. Como vecinos, una cuadra de cabras y una vivienda con un matrimonio con un hijo de mi edad. Alrededor solo había campos y viñedos. Un interminable camino de tierra nos unía a una calle asfaltada y los primeros edificios de las afueras de Tarrasa.

Un día mi padre me llevó al bosque, para enseñarme a cortar leña. Me dijo: “antes de marcharme os dejaré bastante leña cortada, pero cuando me haya ido no dejes de venir al bosque a por leña, porque necesitaréis mucha para cocinar y calentar la casa”.

Gracias al patinete que me había regalado mi hermano Eliseo no tenía que llevar la leña a la espalda. Aquel juguete era ya mi primera herramienta de trabajo.

Mi padre nos llevó, a mi madre y a mí, a un almacén en el que fabricaban jabón líquido de estraperlo. Nos lo ponían en unos envases de hojalata. En Barcelona, en la calle de la Amistad, lo cambiábamos por alimentos. ¡Nos habíamos convertido en estraperlistas!

Los tiempos habían cambiado; los comestibles escaseaban y todo se obtenía no comprando o vendiendo por dinero, sino mediante el trueque.

Una noche, oímos a nuestros padres que hacían el amor. Le dije a mi hermano Eliseo: “mira si tienen poco entendimiento que están haciendo otro hijo”. Mi hermano me dijo que “era natural”. Yo le respondí: “a ti te da igual, pero para mí significa más trabajo”.

Al día siguiente, mi padre y yo bajamos el jabón a Barcelona. Yo llevaba a la espalda una lata de diez kilos, puesta dentro de un saco. Mi padre, que iba cargado a tope, me dio un empujón, diciéndome “corre, ¡burro!, no ves que el tren está punto de salir”.

El empujón que me dio me hizo rodar por el suelo y empecé a llorar. Un zarpazo de mi padre me puso en pie y zarandeándome me dijo: “¡cállate!, ¡los hombres no lloran!”. Sin dejar de llorar le respondí: “solo tengo doce años, y si soy burro es porque tú no has sido nunca un padre para mí. Nunca me has llevado a la escuela y en casa quien alimenta a la familia es la mama. Tú solo sabes hacer hijos”.

Se me quedó mirando, mientras perdíamos el tren que se había puesto en marcha. Temí que descargara su ira sobre mí. Regresamos a casa en silencio. Luego quiso llevarme de paseo por el campo con mis hermanas, para cortar algo de leña. Pasamos por un lugar vallado, en el que crecían higueras. Mi padre le pidió al payés, que vigilaba la propiedad desde su barraca, que le vendiese unas cuantas higas para comer. El payés le dijo que no estaban en venta y que nos marchásemos de allí o nos pegaría un tiro con la escopeta de caza que portaba. Mi padre, que llevaba el hacha para hacer leña, me dijo: “Agustín, súbete a la higuera y tira las higas a tus hermanas, pero solo las que tengáis ganas de comer”. Y encarándose al payés le dijo: “Tú, hijo de puta, si tienes cojones me disparas, pero será lo último que hagas en tu vida, porque con esta hacha te abriré en canal”.

Subí al árbol, lanzando las higas a mis hermanas y mirando cómo, debajo de mí, los dos hombres estaban en tensión: el payés sosteniendo la escopeta y mi padre con el hacha alzada para ser arrojada, al tiempo que le decía: “¡Dispara, cabrón, dispara! Mientras cuidas de tus campos yo estoy en primera línea y ahora ¿me niegas el venderme un puñado de higas para mis hijos?”.

Bajé del árbol temblando. El payés dejó de apuntar a mi padre y tenía la escopeta pegada al costado. Por el camino a casa fuimos cantando, todos, una canción que nos había enseñado nuestro padre, llamada “El Cazador”. Al día siguiente mi padre salió para el frente, destinado a la 153 Brigada Mixta.

Tarrasa

En Tarrasa nuestras vidas se iban acoplando a los cambios de la guerra. La tarea principal consistía en bajar el jabón a Barcelona cuatro días a la semana, único medio de obtener alimentos y dinero. El resto de días lo pasábamos trabajando en espigar los campos, buscar o hacer leña para uso propio y para vender. Si me encontraba con el payés de las higas apretaba el hacha contra mi cuerpo y lo miraba con indiferencia, recordando la escena vivida con mi padre.

En la casa de Tarrasa teníamos una pequeña biblioteca, que había traído mi padre, que no fue nunca un intelectual, ni mucho menos, ya que solo sabía lo justo para no ser considerado un analfabeto. Yo siempre he visto libros en mi casa, viviese donde viviese.

Mi hermano Eliseo los leía, y por las noches nos explicaba su significado. Aquellas veladas siempre terminábamos hablando de las formas de vida de otros países donde no había guerra. Yo me lo pasaba muy bien oyéndole explicar sus lecturas. A mí no me quedaba tiempo para leer, porque cuando acababa de hacer mi trabajo del jabón, de espigar los campos, de cortar leña o de hacer hierba para el cabrero, tenía que ayudar a nuestro vecino y a su hijo a limpiar la cuadra. Las cabras no salían nunca de la cuadra y el pago por limpiarla era un litro de leche.

La casa del cabrero, cercada toda por un alto muro, era un mundo aparte en el que reinaba la abundancia. Además del rebaño de cabras tenían cerdos, patos, gallinas, conejos, palomas, sacos de legumbres y de patatas, jarras de conservas; los tomates y las panochas colgaban del techo. Si yo podía entrar en aquella casa no era tanto porque necesitasen mi trabajo, como para que el hijo del cabrero tuviese con quien jugar, mientras limpiábamos la cuadra. Cuando el cabrero no me veía, me ponía debajo de las cabras y bebía su leche directamente de las ubres, igual que hacían los chotos. Así, el litro de leche que me daba pasaba intacto para mi familia. Pero un día el cabrero nos vio a mí y a su hijo haciendo el choto y me echó a empujones de su casa, diciéndome que estropeaba el braguero a sus cabras.

Desde entonces, nos daba el litro de leche y algunos comestibles a condición de que no dijésemos a nadie cuantas cabras tenía y que le siguiésemos llevando la hierba que mi madre y yo segábamos en los campos.

Por aquel entonces, fueron apareciendo en el lugar varias familias de refugiados aragoneses, que acampaban en los alrededores con sus carros y animales. Hablaban y hablaban de las atrocidades de la guerra, afirmando que preferían la muerte a caer en poder de las tropas de Franco.

Todos los refugiados venían a buscar el agua que necesitaban a nuestra casa. Me hice amigo de un chico de mi edad. Su familia estaba compuesta por un matrimonio y dos hijos. Eran los únicos supervivientes de lo que había sido una familia muy numerosa, mermada por las atrocidades de la guerra. Los cuatro vivían en un carro, tirado por un mulo enorme que se llamaba igual que mi amigo: Atanasio. Mi amigo y yo nos montábamos en su lomo y mientras caminaba le decíamos: “Atanasio, tira para allá” y torcía hacia la derecha. Cuando le decíamos “Atanasio, tira para acá”, torcía a la izquierda.

El cabrero ignoraba conscientemente a los refugiados. No quería trato con ellos. No los podía ni ver. Por mucho que se le suplicase que les vendiese algo de leche para algún niño; él respondía que no tenía cabras, que se las habían requisado. Mientras tanto, el balido de las cabras se oía en la distancia, y se sabía que un camión llegaba en la madrugada para llevarse la leche a escondidas.

Los días que bajábamos a Barcelona, mis tías nos esperaban en la estación, como de costumbre, para quedarse parte de la mercancía sin pagarla, razón por la que las cuentas no salían y a cada viaje teníamos que bajar más cantidad de jabón.

Estando descansando en la casa de la calle de la Amistad, después de vender o hacer trueques con el jabón, empezaron a bombardear. Acabado el bombardeo fuimos a buscar unas gafas, que el oculista me había recetado por tener la vista cansada. Seguían bombardeando y el tren salió con mucho retraso. Los aviones llegaban en oleadas sucesivas, de seis en seis. En un intervalo entre bombardeos el tren se puso en marcha. Llegamos a Tarrasa cuando ya había oscurecido. Desde nuestra casa se veían y oían las explosiones; los reflectores iluminaban el cielo a la busca de aviones. No paraban de lanzar bombas sobre una población indefensa. Pasamos toda la noche mirando: Barcelona estaba en llamas.

Enero de 1939

Un día de enero de 1939, mi padre se presentó en Tarrasa. Le dijo a mi madre que recogiese todos los enseres y la comida que pudiese. Él tenía que ir a Barcelona para solucionar algunos asuntos. Al mismo tiempo se llevaría a Eliseo y Carmeta y los dejaría en casa de alguno de sus hermanos. Cuando terminase, volvería a buscarnos a Tarrasa lo antes posible, en un coche, para estar todos juntos, porque en Barcelona se plantaría resistencia a las tropas fascistas.

Pasaron las horas y mi padre no aparecía. Los refugiados aragoneses y sus carros habían desaparecido sin decir nada. Mi madre fue a ver a Pascual, el hermano de mi padre, quien le dijo que los fascistas avanzaban más deprisa de lo que se había pensado en principio. Que los trenes ya no funcionaban. Pasamos la noche esperando la llegada de mi padre. Justo al alba mi madre decidió ir a Barcelona andando. Yo cogí la plataforma, puse encima medio saco de nabos y a mi hermana Libertad, envuelta en una manta. Mi madre llevaba en brazos, envuelta en otra manta, a mi hermana Natura. Antes de salir de casa, cogí el hacha, un puñal y en la cintura una pistola *star* con las cachas de marfil blancas. Tiraba de la plataforma-carro con una cuerda.

Al llegar a la carretera vimos lo que parecía un desfile multitudinario. Había toda clase de vehículos imaginables; todos en dirección a Barcelona. La mayoría iba andando, cargada con sus pertenencias. Paisanos y militares iban mezclados. Solo se oía el estruendo, más y más cercano, de la artillería. Mientras, la gente apresuraba el paso. Cuando aparecían los aviones, todos nos tirábamos en las cunetas. La carretera quedaba desierta. Se oía el desabrido tableteo de la ametralladora del avión y el huraño impacto de las balas en el asfalto.

En cuanto nos poníamos en pie, siempre se quedaba alguien tumbado, ya muerto o herido, mientras los demás marchaban en silencio, sordos a los gritos de los heridos y de sus familiares, que se apagaban en la distancia a medida que se iba avanzando camino.

Empezamos a oír unas deflagraciones mucho más fuertes que las acostumbradas. Mi madre preguntó a unos militares qué era aquello. Le respondieron que eran los puentes por donde habíamos pasado poco antes; estaban siendo dinamitados para obstaculizar el avance de las tropas fascistas.

La plataforma se me hacía demasiado pesada. Me detuve y tiré el medio saco de nabos. En cuanto me di cuenta de que muchos militares se iban despojando del material que les estorbaba, echando en la cuneta las armas, yo les gritaba: “¡no las tiréis, que en Barcelona os harán falta!” Me miraban, pero nadie me hacía caso. Mientras mi madre me decía que me callara, yo no dejaba de gritar y de recoger las armas tiradas, poniéndolas encima de la plataforma. Un soldado dinamitero, barbudo y con cazadora de cuero, me

dijo: “¡Qué chaval! ¿Tienes hambre?”. Le dije que sí. Nos llevó al pie de un puente, donde estaban comiendo una paella de arroz, mientras la gente acababa de cruzarlo. Lo iban a volar pocos momentos después. Nos preguntaron si queríamos comer, aceptamos inmediatamente, y de tal forma compartimos paella con los dinamiteros. Mientras comíamos, nos aconsejaron que no fuésemos por la carretera, que era peligroso, porque si volaban algún puente antes de llegar nosotros tendríamos que ir campo a través, donde estaban emboscados los moros. Nos aconsejaron que fuésemos por la vía del tren, junto con otros paisanos y militares. Uno de ellos me dijo: “si vas tan cargado, no llegarás a Barcelona. Y por la vía no podrás llevar el carro. Déjalo aquí, que en Barcelona ya encontrarás más armas. Y tú con lo que llevas en la cintura, ya tienes suficiente.”

Mi madre cogió a Libertad y yo a Natura. Nos las ligaron a la espalda con las mantas y empezamos a andar por en medio de los raíles de la vía del tren, en dirección a Barcelona. Allí, en la cuneta, quedaba la plataforma, cargada con las armas que había recogido. Al poco de haber empezado a caminar, estalló una fuerte explosión a nuestras espaldas; seguramente era el puente en el que habíamos comido, que el de la chaqueta de cuero había dinamitado.

Mientras andábamos por la vía, aumentaba la cantidad de gente que nos avanzaba viniendo de atrás. Se había formado una especie de cola. Con el peso de mi hermana a la espalda, el hacha se me clavaba en el costado; así, pues, la dejé escondida bajo los raíles, fijándome en una caseta de guardagujas que tenía delante, por si tenía que venir a recuperarla algún día. Seguimos marchando. Muchos abandonaban junto a la vía las posesiones que ya no podían llevar, por agotamiento. Otros aceleraban el paso cuando oían las explosiones, siempre más fuertes y cercanas, que estallaban a nuestras espaldas. Mientras que, por delante, hacia Barcelona, se intuía y se temía el bombardeo de los aviones.

Nos preguntábamos, unos a otros, si a nuestra llegada a Barcelona la ciudad ya estaría tomada por los fascistas. Mi madre me insistió mucho en que tirase de una vez todas las armas que llevaba, para no tener un disgusto si nos cogían por el camino. Dejé el puñal, igual que había hecho con el hacha, pero no quise dejar la pistola. Es más, le puse el cargador en la culata, preparada para disparar, y me la escondí entre las ropas. Había oído demasiadas barbaridades cometidas por las tropas de Franco como para abandonarla sin más. Cuando entramos en Barcelona ya era noche cerrada. La ciudad estaba desierta y en silencio; en las calles solo había pequeños grupos de hombres armados, o con fardos en la espalda. Cada cual iba a lo suyo, sin fijarse en los demás, ocultándose en la oscuridad.

Al llegar a casa de mis tías, en la avenida María Claret, esquina Castillejos, encontramos a mi padre y al resto de hermanos (Eliseo y Carmeta). Mi padre llevaba su equipo militar al completo: mosquetón, pistola, cazadora, gorro de cuero y una manta sobre el macuto. Nos abrazamos todos, mientras yo le contaba a mi padre lo que habíamos visto por el camino. No me hizo ningún caso. Mi padre le dijo a mi madre que todo estaba perdido y que se marchaba a Francia junto con el Paco, un vecino y amigo de la calle de la Amistad. Que nos cuidásemos todo lo posible. Que ya sabríamos de él. Le dijo a mi madre: “Carmen, si las cosas se hiciesen dos veces...”. Nos besó a todos. Y se fue. Lo mismo que el día que empezó la Revolución, con el mosquetón en las manos.

Barcelona, de ciudad abierta a ciudad ocupada

Al día siguiente, por la misma calle por la que mi padre se había marchado, entraban las tropas de Franco. A través de los visillos de la puerta vimos cómo unas tropas navarras desfilaban por la calle, cantando marchas legionarias.

Mi hermano y yo nos fuimos a buscar comida. Deambulando por la ciudad llegamos a la plaza de Tetuán, donde había un almacén con depósitos a ras de suelo, llenos de aceite. Eran unos pozos bastante grandes y profundos. La gente intentaba sacar el líquido mediante cubos atados con cuerdas o cinturones. Lo ponían en toda clase de recipientes. Buscamos un bote para sacar el aceite por donde menos gente había. Mientras lo llenábamos, vimos que había un hombre ahogado flotando. Nadie hacía el menor caso y seguían sacando aceite del pozo, empujando al muerto de uno a otro lado. Había unos montones de botes de cinco y diez litros y hasta bidones muy grandes.

Al llegar a casa, mi madre nos dijo que no volviéramos a salir, que era muy peligroso lo que estaba pasando en la calle.

[illegible]

24

Al llegar a casa de mis tías, mi madre estaba muy disgustada. Inmediatamente nos marchamos a la calle de la Amistad. No podía tolerar que hermanas y cuñadas usaran a sus hijos para saquear almacenes. Y así fue como en casa de mis tías quedó todo aquello por lo que habíamos arriesgado la vida.

En mitad del comedor de la calle Amistad, nuestra casa, había dos grandes sacos de patatas, que mi padre había dejado allí antes de marcharse a Francia. Mi madre nos mandó que no nos moviésemos de casa hasta que volviese la normalidad, pues era muy extraño lo que estaba sucediendo.

Mi madre cambiaba con los vecinos patatas por otros alimentos. Y así pasamos algunos días. Todo el mundo procuraba no moverse de su casa, porque intuíamos o sabíamos que ese saqueo popular tapaba el auténtico saqueo, el que hacían las tropas fascistas, especialmente los moros. También se conocía que se estaban cometiendo crímenes de todo tipo. La basura y los desperdicios se amontonaban en la calle. Pasaban los días, uno detrás de otro, y quienes no tenían ya nada que comer, buscaban en las basuras. A veces pasaban camiones echando chuscos de pan, que la gente se peleaba como perros por arrebatarlo al vecino o al desconocido.

Mi madre había roto y quemado todos los papeles, documentos y fotos. Tiró todas las armas al mar de Pueblo Nuevo. Una y otra vez, sin cansarse de hacerlo, nos repetía una y mil veces “si vienen a preguntar por el papa, decid que no sabemos nada de él, decid que ha desaparecido y que probablemente está muerto”.

Mi tío Vicente

Un día del mes de febrero de 1939, mi madre me dijo: “Agustín, vámonos a Tarrasa a buscar la ropa y todo lo que allí tenemos”. Cogimos el tren y al llegar a la casa donde habíamos vivido en Tarrasa, vimos que la puerta había sido arrancada de cuajo. Dentro todo estaba deshecho y quemado. Los libros, los colchones de hojarasca, la ropa...

Parecía como si hubiesen encendido una hoguera con todo aquello en mitad de la nave. Y lo que no pudieron quemar quedó esparcido por el suelo; todo destrozado y hecho pedazos. Buscamos qué podía aprovecharse, pero no pudimos llevarnos ni una cuchara. Fuimos a casa del vecino. Nos abrió la puerta el niño de mi edad, que llevaba puestas mis gafas, sin los cristales, como si fueran su juguete nuevo. En cuanto nos vio, empezó a gritar: “¡padre, padre!”. Salió el cabrero con el uniforme de Falange. Mi madre, al verlo, me cogió de la mano y nos fuimos corriendo a casa de Pascual, el hermano de mi padre. Pero, antes de llegar, una conocida llamó a mi madre, advirtiéndole: “Pero Carmen, ¿qué haces por aquí?” Estuvieron hablando aparte y en voz baja, mientras yo vigilaba si detrás venía el cabrero. Cuando terminaron de hablar nos fuimos a la estación, sin pasar por casa de mi tío. Subimos al tren para Barcelona. Mi madre se pasó todo el trayecto llorando. Yo no le pregunté nada. Ya sabía que los falangistas habían asesinado al hermano de mi padre, pero no quería oírsele explicar.

Cuando llegamos a casa, mi madre reunió a todos sus hijos y nos dijo: “si preguntan por el papa, ya sabéis: desapareció a la entrada de los nacionales y posiblemente está muerto”.

Toda la noche estuvimos registrando muebles y armarios para encontrar cualquier cosa que hubiese pertenecido a mi padre. No encontramos nada, porque ya lo habíamos quemado todo, incluso su ropa. Pero mi madre buscaba y buscaba. Lo único que no tiró, rompió o quemó fue la bandurria, que pusimos encima del armario ropero.

No paraba de repetirnos la cantinela: “ha muerto, ha desaparecido, ha muerto, ha desaparecido, ha...”, hasta que nos quedamos dormidos.

A los pocos días vinieron la policía y los falangistas. Preguntaron por mi padre. Registraron toda la casa, sacando y tirando al suelo los cajones del armario, desparramando todo su contenido. Examinaron los colchones. Como no encontraron nada, empezaron con gritos y amenazas. Nos interrogaron a todos. Siempre decíamos lo mismo: “nuestro padre ha desaparecido, probablemente ha muerto, no sabemos nada de él”. Los gritos y las amenazas subieron de tono. Por fin, se marcharon, llevándose a varios vecinos de la escalera, entre ellos a Ángeles y a su marido Paco, aquellos jóvenes milicianos amigos de mi padre. También se llevaron al hijo de la portera, apellidado Mulet, el que había requisado el coche de las beatas de la mercería de la calle Castanys.

Los metieron a todos en un camión, mientras el resto de vecinos, asomados a ventanas y balcones de la calle de la Amistad, miraban aterrorizados el secuestro.

Algunos días después, la policía y los falangistas volvieron de nuevo a nuestra casa. Querían más. Después del registro de rigor, a mi hermano y a mí nos preguntaron: “¿dónde está vuestro padre?”. Respondimos: “ha desaparecido”. Comentaron que estábamos bien adiestrados, pero que quienes deberían haber desaparecido éramos nosotros, hijos de rojos. Ya nos cuidaremos de que vayáis desapareciendo para siempre. Estábamos muy asustados. Y todos gritaban y amenazaban.

De las amenazas pasaron a los hechos. Mi hermano Eliseo estaba tieso, sin moverse, aguantando las bofetadas que le daban, sin siquiera cubrirse la cara, mirando con desprecio y un odio infinito a quien se las daba. Recordé las palabras de mi padre: “Agustín, los hombres no lloran”. Me puse delante de mi madre, para protegerla de los golpes en aquella rueda de interrogatorios y bofetones, en los que ella siempre decía lo mismo: “ha desaparecido y probablemente ha muerto”.

En cuanto se marcharon, nos miramos los tres unos a otros. Teníamos las caras encarnadas e hinchadas por las bofetadas recibidas. Nadie había llorado. Nadie había confesado que nuestro padre había marchado a Francia. Solo nuestras hermanas lloraban, desconsoladas y asustadas, en un rincón del comedor.

Mi hermano y yo nos asomamos a la ventana, gritando “hijos de puta, desgraciados”. Falangistas y policías nos amenazaron que ya volverían otro día, mientras el camión volvía a llevarse a más vecinos de la calle de la Amistad.

Mi madre nos sacó de la ventana y nos riñó, ya que eran días de saber callar, si queríamos seguir con vida, porque no respetarían nuestra corta edad de 15 y 13 años. Nos dijo que estaban sedientos de sangre y de venganza. Que cometerían cualquier atrocidad al menor motivo o sinrazón, por mínimo e irracional que fuese.

Días después, quizás, porque el tiempo parecía tener dimensiones hasta entonces desconocidas, se detuvo delante de nuestra escalera un lujoso coche oficial, con la bandera nacional en un lateral del parabrisas. Bajaron del coche varios militares con graduación de oficiales. Un capitán preguntó por mi madre: Carmen Nebot. Toda la calle de la Amistad estaba sorprendida y pendiente del acontecimiento.

Ya en nuestra casa, los militares le dijeron a mi madre que venían a traerle las pertenencias de su hermano Vicente, y a darle el pésame. Por ser la hermana mayor del sargento Vicente, al haber fallecido la madre, ella era la destinataria de “ese honor”.

Le dijeron a mi madre que su hermano Vicente había muerto en combate, en el Frente de Madrid. Que estaba enterrado en Carabanchel, en la tumba número 23. Le entregaron una cartera con varias fotografías y documentos, una medalla de oro con la imagen de la Virgen del Pilar y un recordatorio del Ejército, que decía más o menos así: “Vicente Nebot, muerto por Dios y por España: presente. Virgen del Pilar, que quizás das

la Gloria a los mártires y a los que murieron por ti, Jesús, y por tu España. Frente de Madrid, 3 de abril de 1938”.



Fotomontaje de Vicente Nebot con su novia Paquita

Luego venía una larga oración que no podía comerse, ni protegía de las bofetadas de los falangistas y de la policía del Régimen, en un lenguaje pomposo, ajeno y vacío, que hablaba de unidad nacional, de la unidad de clases, de la unidad espiritual, de mártires que habían derramado su sangre, y de la Gloria de Dios que había sido víctima del Odio, en mayúsculas, de los rojos. Que las bofetadas que nos daban eran por Amor, en mayúsculas. Que no había héroes anónimos.

Los militares, muy marciales, después de alabar las hazañas de su hermano Vicente y de exaltar su valor en el combate, le dijeron a mi madre que cualquier cosa que necesitara que se lo pidiera, que se lo concederían de inmediato.

Mi madre se dio cuenta de la creciente incomodidad de aquellos oficiales en nuestra miserable casa, por la pobreza y hambre que ellos no esperaban encontrar y preferían ignorar que existiera en la Nueva España. Que nuestra indigencia les perturbara era una especie de victoria y orgullo. Y como los pobres no saben ni pedir, mi madre les dio la dirección de su hermano menor Pepe, en la calle Castillejos.

Más tarde supimos, a través de mis tías, que fue a visitarles un capitán. Mi tío Pepe, desde aquel momento, consiguió un buen empleo, gracias a que ese capitán era el hermano de la madrina de guerra del sargento Vicente, y muy querido por toda la familia. Si el sargento Vicente no hubiese fallecido, habría ascendido pronto en el escalafón.

Desde la visita militar, los vecinos de la calle de la Amistad nos miraban con recelo. Las beatas de la mercería y los comerciantes nos examinaban con simpatía y respeto, al enterarse de que en nuestra familia teníamos un muerto por Dios y por España. Seguramente fue nuestra salvación. Policía y falangistas dejaron de molestarnos.

Del Cànem al Campo de la Bota

La fábrica de sacos del cànem (cáñamo), en la calle Enna, se convirtió en prisión. Era propiedad del Conde de Godó, editor de *La Vanguardia*, que la cedió graciosamente al Estado franquista. En los años treinta había sido una de las fábricas más contaminantes de Pueblo Nuevo.

Todos los días la gente se amontonaba a las puertas, con el fin de obtener noticias de sus seres queridos, allí encarcelados. Salían dos guardias civiles y varios uniformados de Falange, que leían una lista interminable de nombres. Después de una lectura plomiza de nombres y apellidos, añadían: “Han sido trasladados al Campo de la Bota”. Eso significaba que les iban a fusilar.

Al lado de esa fábrica, transformada en depósito de aspirantes a cadáver, se levantaban unos pisos con las ventanas tapiadas con maderos clavados, para evitar que los vecinos pudieran ver a los presos. Algunos de esos inquilinos, por piedad y con riesgo de su vida, permitían a algunos familiares que avistasen entre las rendijas de las tablas a los condenados a muerte, que paseaban por el patio en espera de la hora de “su traslado” al Campo de la Bota.

El Campo de la Bota era una fortaleza militar, coronada con cuatro torres, en plena playa. Creo que había sido una batería de cañones de costa. Ahora estaba medio en ruinas. Cerca había una gran loma de arena, que era donde los fusilaban. Las balas quedaban atrapadas en la arena del montículo.

En el barrio no paraban de levantarse iglesias. Por cada iglesia quemada se construían tres de nuevas. Todos los comerciantes, burgueses y acomodados que habían desaparecido durante la guerra, porque habían sido asesinados por los rojos, y cuyas mujeres o madres vestían de luto por su pérdida, iban apareciendo uno detrás de otro, vivitos y coleando. Unos vestían de falangistas y otros de requetés, saliendo como ratas de sus escondites a medida que el nuevo régimen se consolidaba. Todos ofrecían su dinero para la construcción de iglesias y a mayor gloria del régimen de Franco. Se estaba formando una fuerte comunidad de intereses personales y mutuos, en la que todos apoyaban incondicionalmente la tiranía.

La clase obrera había sido vencida, marginada y escarnecida. Para poder trabajar y no morir de hambre era necesario obtener un aval de buena conducta.

El obrero estaba obligado a presentarse todos los días en la puerta del taller o fábrica ante el dueño o director encargado, que escogía con el dedo a quien quería que trabajara ese día. Y al día siguiente lo mismo. Siempre bajo vigilancia policial y falangista: no existía la posibilidad de quedarse en casa.

Los obreros eran apaleados a la menor ocasión, vivían acobardados y hambrientos. Entre ellos se hacían las mil perrerías para ganarse el favor de los patronos. Una sonrisa podía suponer un día de trabajo; un disgusto con cualquiera de ellos, la cárcel.

Mi madre iba todos los días a misa, con el objetivo de ganarse la confianza de quien pudiese darle trabajo. De esta forma, un día fregaba el suelo de la tienda de comestibles o de la tocinería; otro lavaba la ropa de una señorona o limpiaba los cristales de la mercería.

En una ocasión trajo dos vales, para que mi hermano y yo fuésemos una semana de campamento. Se los habían dado las beatas de la iglesia. Esos vales significaban que

mi hermano y yo podríamos comer todos los días durante una semana. Ese campamento juvenil estaba a las afueras de Barcelona, en unas masías destinadas a acoger a los huérfanos de guerra. Había niños de todas partes de España, pero sobre todo de Madrid, que no fue ocupada por las tropas franquistas hasta el 28 de marzo. Sus padres aún seguían combatiendo a Franco en zona roja; pero ellos desplazados de la capital para salvarse de los bombardeos, habían quedado en zona nacional. Así se lo decían los guardianes de forma despreciativa. Esos niños estaban asustados y eso les hacía desconfiados. Los chavales habían levantado un muro de silencio a su alrededor y no querían saber nada con nadie. El campamento se asemejaba más a un campo de concentración que a un albergue de juventud.

Todo el caserón estaba ocupado por esos chicos, entre presos y exiliados. Se dormía sobre colchonetas militares mugrientas, tiradas por el suelo. Mi hermano y yo nos refugiábamos en un palomar de aquella masía. En un cobertizo del patio se había montado una cocina militar de campaña. Todos los días, a toque de corneta, hacíamos la instrucción y cantábamos canciones militares y nacionalistas. Nos hablaban de Franco, el libertador, y de la Falange.

Por la noche, antes de cenar, nos instruían en el evangelio y nos hacían confesar. Mi hermano y yo nos habíamos puesto de acuerdo sobre lo que debíamos decir y, sobre todo, en aquello que nunca podíamos explicar al confesarnos. Siempre decíamos que nos la pelábamos. El cura decía que aquello carecía de importancia. Insistía en preguntarnos sobre nuestro padre o sobre la familia. Nosotros respondíamos invariablemente lo mismo. Que nuestro padre había muerto, Que había muerto en un bombardeo y estaba en una fosa común. Y enseguida nos dejaban en paz y perdían todo interés. Había quien había hablado demasiado en estas confesiones y después su familia había pagado muy caro las indiscreciones con el chivato del cura.

Mi hermano y yo guardamos el pan que nos daban cada día, de forma que cuando regresamos a casa, mi madre pudo hacer sopas con todo aquel pan seco.

En las temporadas en que mi madre no conseguía trabajo, me enviaba con mis tías Asunción y Remei para que nos fiaran dos pesetas con las que poder comprar el pan de la cartilla de racionamiento. Mi tía Remei me recibía siempre con la misma exclamación: “¡Dios mío, otra vez! Mira, hoy te lo doy, pero no lo malgastéis”. Y luego me indicaba que en otra ocasión se lo pidiera a mi tía Asunción, “que no le faltaba de nada”.

Odiaba tener que pedir esas dos pesetas, y su voz, y sus recomendaciones o regañinas, como si nos gastáramos ese dinero en vino, o en otra cosa que no fuera comprar un pedazo de pan para no morirnos de hambre. Pan con pan, sin nada que añadir. ¡Ya no se acordaban del jabón que les regalábamos cuando llegábamos en tren desde Tarrasa, y que ellas cambiaban por alimentos, ni de lo mucho que les habíamos ayudado!

Orgullo de clase

Por aquel entonces habían dado unas cartillas de racionamiento que te permitían comprar los alimentos que aquella semana se habían puesto a la venta. Se formaban unas colas enormes, sobre todo en la panadería. La gente se peleaba por ser de los primeros, porque cuando se terminaba el pan cerraban las puertas, y quienes no habían podido comprarlo se quedaban sin la ración que les correspondía. Mi madre ya hacía cola a las dos de la madrugada, aunque no abrían hasta las nueve. De este modo cogía varios números y antes de que abriera el establecimiento vendía los números sobrantes a quien los pudiese comprar, ahorrándose así el tiempo perdido en la cola. El dinero ganado servía para comprar nuestro pan y yo no tenía que ir a pedirselo a nuestras tías.

El resto del día, mi madre lo tenía libre para hacer faenas en las tiendas en las que la llamasen a trabajar. Mientras tanto, nosotros en casa quitábamos silenciosamente las puertas interiores para poder cocinar. Íbamos mercadeando la lana de los colchones a medida que nos hacía falta. Todo lo que tenía algún valor, se lo vendíamos al traperero. Arrancamos las tuberías de plomo del interior de la casa, para comprar alimentos con lo poco que nos dieron por ellas. Los obreros hacían cola en las traperías para regatear sus pertenencias.

Un día mi madre me encargó que fuese al paseo de Gracia, donde comerciaban los moros. Ella no podía ir porque no eran de fiar, y mi hermano Eliseo tenía que cuidar de mis hermanas. Me dio su sortija de casada y la medalla de mi tío Vicente, “muerto- por-dios-y-por-España”, para cambiarlas por la comida que pudiese. Cogí la sortija, desgastada por el trabajo, y la medalla de la Virgen del Pilar de un soldado nacional para comprobar si valían para calmar en algo nuestra hambre.

Recorrí varios puntos de la ciudad. Los moros ponían unas mantas en el suelo para cambiar alimentos por joyas, plata, oro y objetos de valor. El paseo de Gracia se había convertido en un zoco de paradas morunas, donde la gente entregaba, más que negociaba, sus tesoros familiares a cambio de los víveres que les quisieran dar.

En una de aquellas paradas, le dije al moro: “paisa, ¿qué me das por esto?”, enseñándole la sortija y la medalla. El moro no me hizo ni caso. Al insistirle, me lo cogió todo, no me dio nada a cambio, y me dijo: “¡vete, vetel!”, empujándome. Al ver el forcejeo, un legionario, que estaba allí para controlar el orden público, preguntó qué pasaba. Le conté lo sucedido. El legionario obligó al moro a enseñarle lo que me había robado. Cuando vio que el moro se resistía, le cogió la manta y arrojó todo el género en medio de la calle. La gente se peleaba por recoger las latas y provisiones que rodaban por el suelo. Pude coger dos chuscos de pan y una lata de sardinas, mientras el legionario le propinaba al moro fuertes culatazos con su mosquetón. El moro, acurrucado en el alcorque del árbol, intentaba cubrirse de los golpes con sus brazos extendidos.

Al ver aquella escena me marché más contento que asustado; alegre por la paliza que había recibido el moro a cuenta mía, pensando en las atrocidades y atropellos que cometían todos los días contra la población civil.

Uno de aquellos terribles días, las beatas de la calle de la Amistad le dijeron a mi madre que nos pusiera a todos en el asilo. Ellas le arreglarían toda la documentación necesaria. Mi madre les dijo que no. Que mientras estuviese viva y tuviese dos brazos para trabajar, estaríamos todos con ella.

Las beatas y el cura insistieron en que tenía que cambiarles el nombre a las niñas Libertad y Natura. Mi madre no les hizo caso; pero un día se presentaron dos hombres en casa que se llevaron a mis hermanas para bautizarlas en la iglesia. Les cambiaron su nombre. A Libertad le pusieron Ana María y a Natura, Cruz.

Mi madre estaba fregando en la tocinería, cuando le avisé de lo sucedido. Al llegar a la iglesia, las beatas nos dijeron que las niñas ya eran cristianas. Era un atraco. ¡Hasta el nombre querían robarnos! No podíamos protestar en voz alta. Mi madre estaba crispada y en tensión por aquel abuso, delante del altar. Y ambos, ella y yo, mudos de indignación. Desde entonces, así constan los nombres en el registro civil.



Natura y Libertad

Por esas fechas mi madre fregaba el suelo del local de Auxilio Social en Pueblo Nuevo. A cambio de su trabajo le daban cinco raciones de rancho, un cazo por hijo. Yo iba todos los días a buscar la comida con una lechera. En la calle se organizaba una cola de gente que llenaba toda la acera, dando la vuelta a la manzana de casas. La gente llevaba todo tipo de cacharros para llevarse el rancho. En la puerta del local se colocaban dos uniformados de Falange, vigilando y poniendo orden en la cola, mientras otros dos, con una olla grande, tipo cuartel, daban un cazo de rancho por persona y un pedazo de pan. Cuando me tocaba a mí, les decía: “soy el hijo de la Carmen, la que friega el suelo”. Me ponían las cinco raciones en la lechera y me daban cinco pedazos de pan. En casa lo repartía entre mis hermanos. Mi madre comía en el local que fregaba.

Mucha gente se comía la ración, allí mismo, en cuanto se la daban, pidiendo que les diesen más. Era imposible repetir, porque había muchos en esa cola que se quedaban sin nada, a la espera de tener más suerte al día siguiente.

Pero un día, al ir a recoger los cinco ranchos, me pidieron el carné de la Falange. Les dije que no lo tenía. Me respondieron que no me darían la comida hasta que no les enseñara el carné. Solo me dieron dos raciones de rancho y dos pedazos de pan, en pago por el trabajo de mi madre. Mis hermanas se apuntaron a la Falange y pocos días después hacían la Comunión con aquel uniforme, junto a otras niñas de Auxilio Social. Mi hermano y yo le dijimos a nuestra madre que no queríamos apuntarnos a la Falange. Ella nos dijo que hiciéramos lo que nuestra conciencia nos dictara. A causa de eso, pocos días después se quedó sin trabajo.

La gente revolvía las basuras en busca de algo que comer. Otros arrancaban las cortezas y ramas de los árboles para poder encender el fuego en sus hogares. Algunos viejos se fumaban las hojas secas. Infinidad de gente de todas las edades hablaba sola por las calles.

Uno de esos días, mi hermano y yo vimos en la esquina de Lull con Lope de Vega un solar abandonado por haber sido bombardeado el edificio. Entre los escombros y cascotes donde se echaban los detritus asomaban unas pieles de habas tiernas. Sin decirnos nada, nos echamos sobre el montón de desperdicios para rebuscar y remover entre la inmundicia, para coger hasta la última de aquellas pieles, antes de que otros hambrientos nos las quitasen. Las pusimos entre la camisa y el cuerpo. Ya en casa, nuestra madre puso a hervir las pieles. Aquel día fueron nuestro alimento.

El Grito

Mi hermano y yo nos conjuramos: nunca más comeríamos de un basurero. Si era necesario robar para comer, robaríamos. Y robaríamos todo lo necesario para el sustento de la familia, ayudando así a nuestra madre, que trabajaba todas las horas que podía. En el barrio se formaban pandillas o grupos de chicos, sin más objetivo que el de sobrevivir. Nos dedicábamos a coger el carbón de las máquinas de tren en el depósito de Pueblo Nuevo, asaltábamos los carros de legumbres de la estación del Morrot, o del Bogatell, desvalijábamos los tinglados del puerto donde se almacenaban provisiones, desmontábamos railes y vagones para vender todo lo metálico, quitábamos los paquetes que los estraperlistas tiraban en la estación del Clot, recogíamos la leña que el mar arrojaba en la arena de la playa, arrancábamos las tapaderas de hierro de las cloacas de las calles. Casi todo se lo vendíamos al traperero. También hacíamos de descuideros en el mercado o los días de pago a la salida de las fábricas.

Pero lo más frecuente, rápido y beneficioso era asaltar los carros de legumbres. Teníamos que escondernos en función de la dirección del carro. Si el carro iba desde la estación de Pueblo Nuevo hacia la Barceloneta, por la avenida de Icaria, debíamos apostarnos en cualquier esquina de la calle del Taulat. Pero si el carro salía desde la estación del Morrot hacia el Campo de la Bota, al no ofrecer la pared del cementerio ningún refugio, debíamos ocultarnos en algún recoveco de esa pared o en el hueco de la puerta que solo se abría el día de difuntos. En estos casos, el olor a orines era insoportable. Pero ese era el sitio que nos había tocado, ya que el barrio estaba repartido entre las diferentes pandillas que nos dedicábamos a aligerar la carga de los carros.

Uno debía arraparse a la pared, sosteniendo uncuchillo en la mano, a la espera de que apareciese el carro adecuado. Junto al carro iba siempre un guarda, provisto de una escopeta y un látigo.

Si el carro que aparecía era el esperado me abalanzaba sobre los sacos con mi navaja en alto. Les pegaba unos profundos cortes, mientras de la garganta me brotaba un grito salvaje. Con el grito soltaba los nervios contenidos y provocaba la sorpresa y sobresalto del guarda. Luego corría zigzagueando por la calle para ponerme a salvo de los disparos.

Mientras tanto el grano caía sobre el empedrado y, aunque el carretero lo intentara recoger, siempre quedaba algo entre los adoquines. Suficiente cantidad como para que el resto de compañeros del grupo y mi hermano Eliseo lo recuperasen y repartiesen con quien se había expuesto a ser tiroteado. En ocasiones, el muchacho al que le había tocado acuchillar los sacos era alcanzado por una descarga. El guarda, entonces, antes de entregarlo a la policía lo maltrataba a latigazos en plena calle.

Cuántas veces, esperando arrapado en la pared del cementerio con mi navaja en la mano, había deseado estar en paz entre los muertos, dentro del cementerio, al otro lado del muro, donde reinaban la paz, la tranquilidad y el silencio, en lugar de estar allí fuera, en aquel infierno diario por sobrevivir.

Por esas fechas (marzo de 1939), un cuerpo especial de guardias municipales se dedicó a retirar de las calles a todos los pedigüños o a aquellos que dormían o vivían y robaban en las calles. Estaban autorizados a entrar en pensiones o domicilios, poner orden en las colas de racionamiento, requisar la mercancía a los vendedores ambulantes y detener a las prostitutas y maricones.

Uno de esos guardias, apodado “el grabado”, tenía la cara marcada por la viruela. Gozaba con su trabajo y con el sádico uso de su látigo, que utilizaba como sustituto de la porra reglamentaria. Era famoso en Pueblo Nuevo por su crueldad. Estos guardias habían sido reclutados entre excombatientes y falangistas.

Muchas veces, buscando carbón entre las vías del tren, cuando llegábamos a la altura del Campo de la Bota veíamos camiones cargados de gente, que atravesaban el paso a nivel y se detenían junto al fortín de la playa.

La tropa disparaba varias veces al aire para alejar a los curiosos y como advertencia para que la gente marchara o se escondiera. Pegados al suelo, asustados y alarmados, entre las vías del tren o las maderas de los alrededores de la estación, mirábamos cómo pasaban los camiones que transportaban a los condenados a muerte. Unos reflejaban en sus caras la sorpresa ante la proximidad de su fin; otros el terror del inminente vacío.

Unas veces eran fusilados contra las paredes del castillo; las más frente al montículo de arena; las menos dándoles a la ley de fugas, corriendo hacia el mar. Eran asesinados todos a la vez, excepto dos que dejaban para el final, cuando habían recogido y subido al camión los cuerpos de sus compañeros de infortunio. Terminado su trabajo, esos últimos dos reos eran asesinados sobre los cuerpos apilados. Era la ley del mínimo esfuerzo.

Cuando ya se habían marchado del lugar, salíamos de nuestro escondrijo para buscar los casquillos de metal esparcidos sobre la arena ensangrentada. Luego se lo vendíamos todo al traperero, junto con las piezas y pedazos de metal encontrados junto al depósito de la estación, en los vagones o en las vías férreas.

Alguna noche no pude dormir, al recordar esas escenas de los fusilamientos del Campo de la Bota. Me impresionó, y lo recordaré toda la vida, la ocasión en que uno de esos penados a muerte quedó herido sobre la arena, mirando a los ojos al falangista que le dio un tiro en la sien. Aquel cuerpo, como si fuese de goma, saltó un metro de altura desde el suelo donde estaba tendido.

Nos enteramos que la guerra había terminado. Franco y su ejército habían vencido. Era el 1 de abril de 1939. Las calles de Barcelona se llenaron de pasquines que reproducían el último parte de guerra.

Había terminado la guerra, pero la paz no había llegado y el hambre no se había marchado. Por-el-Imperio-hacia-dios. Todo era muy sencillo de entender: los capitalistas eran los vencedores, los obreros los vencidos.

El saco

Algunos días después, mi madre se fue con mi hermano Eliseo para buscarle trabajo en la fábrica llamada Can Serra, en la que había trabajado mi tío Vicente. Cuando la dueña se enteró del fallecimiento en el frente de Madrid, por el bando nacional y por-dios-y-por-España, según decía el recordatorio que le enseñó mi madre, inmediatamente

le dio trabajó a mi hermano Eliseo, orgullosa además de que mi tío Vicente hubiese trabajado en su fábrica.

Mi madre, que no se había aprovechado en ningún momento de la muerte de su hermano, sí que lo hizo en esta única ocasión, porque mi hermano tenía edad suficiente para trabajar, pero como cojeaba no le querían en ningún sitio.

Yo continué con la pandilla. Nos dijeron que, en los túneles abandonados del metro, en El Clot, se guardaba mucha munición de diversos calibres. Allí que fuimos y nos encontramos, a flor de tierra, varios cajones semienterrados con balas. Nos pasamos el día desmontando las balas, extrayendo la pólvora para vendérsela al trapero, porque éste no quería saber nada de las balas enteras.

Cuando volvimos al día siguiente había mucha gente y estaba lleno de policías. Decían que a unos chicos que jugaban con la munición les había estallado una bomba, matando a uno de ellos e hiriendo a varios.

Nos fuimos a la estación del Clot, al lugar donde los trenes, al llegar a Meridiana, aflojaban la velocidad, lo cual era aprovechado por los estraperlistas para tirarse en marcha, aferrados a sus paquetes. Nosotros, en cuanto se presentaba la ocasión, les quitábamos los bultos, actuando conjuntamente como un enjambre: uno arrebatava el fardo, otros se cruzaban para impedirle el paso al perseguidor, los de más allá corrían y saltaban como si fueran quienes habían cogido el bulto. Después nos reuníamos todos para repartir lo que habíamos conseguido expropiar a los estraperlistas.

Un día que estábamos en el puerto, a la espera de lo que pudiéramos distraer en el proceso de carga y descarga de los barcos, vi al Uruguay, aquel buque donde se había juzgado a los militares golpistas. El barco estaba quemado y medio hundido. Yo pensé en el día en que fuimos con mi padre a verlo, y recordé sus palabras: “aquí un tribunal popular juzgará a esos traidores”.

Mi madre nos comunicó que la señora Elisa, dueña de la tocinería de la calle de la Amistad, nos había dado trabajo para los tres (mi madre, mi hermano Eliseo y yo) una noche a la semana. El trabajo consistía en pelar las cebollas que el tocinero necesitaba para elaborar las butifarras semanales. A cambio, el tocinero nos daba una cazuela grande con el agua donde había cocido las butifarras. Según decía el tocinero se trataba de un caldo de gran alimento. Los lunes por la noche, cuando mi hermano salía del trabajo, bajábamos a la tocinería, nos poníamos en el patio, debajo de un tejadillo de uralita con una bombilla en el techo. Y mientras todo el mundo dormía, los tres pelábamos cebollas. Un saco y después otro. Llorando con el escozor en los ojos. Ya de madrugada se levantaba el tocinero, hervía las cebollas, y antes de marcharse nos daba una gran olla con el caldo en el que habían hervido las butifarras de cebolla. Era un caldo fortísimo de grasa y especias. Ya en casa teníamos que rebajarlo con agua para poder comerlo. Era tan fuerte que siempre que lo comíamos, andábamos con el estómago revuelto. El tocinero, cuando había llenado nuestra olla, como pago por el trabajo realizado, tiraba por la alcantarilla el resto sobrante.

Mi madre se hizo una bolsa de fuerte tela que cuando se levantaba de dormir, antes de marchar al trabajo, se ataba a la cintura y a las rodillas, por debajo de la falda, de manera que le quedaba disimulada entre las piernas. Todo el día iba con la bolsa arriba y abajo, fregando, cosiendo, barriendo, planchando, lavando, ya fuera en la mercería, en la tienda de comestibles o en la tocinería. Siempre con la bolsa entre las piernas.

La bolsa se llenaba con todo aquello que imprudentemente se ponía al alcance de mi madre: lentejas, judías, jabón, conservas... ¡cuántas veces, mientras pelábamos cebollas, se alzaba las faldas para poner en el saco lo que había podido pillar y apresar, para luego continuar trabajando hasta que ya en casa llegaba el momento adecuado para liberarlo!

Era una condena, una mujer joven encadenada a una bolsa, pendiente de ella y con ella a cuestas, temiendo todo el día que la descubriesen en cualquier momento. De aquella bolsa pendía la vida de seis personas. La bolsa alejó el hambre de casa.

Muchas veces, por la noche, mi hermano Eliseo y yo hablábamos con mi madre. Y hacíamos cábalas. Que, si la guerra ya había terminado, cuándo regresaría nuestro padre de Francia. Si había podido sobrevivir, o no, y en qué condiciones. Unos a otros nos preguntábamos si habría fallecido. Siempre terminaba igual: los tres nos quedábamos mirando la bandurria. Era lo único suyo que nos quedaba.

Un día mi madre trajo del Born un saco de alcachofas y me dijo: “Agustín, has tenido mucha suerte hasta hoy. Y a tu manera me has ayudado mucho, trayendo comida y dinero a casa. Pero la forma de ganarlo es muy peligrosa, así que he pensado que tú y tus hermanas podéis vender el género que yo traiga del Born. Algo ganaremos. Dame esa navaja que siempre llevas contigo, porque así viviré más tranquila”. Y así lo hicimos; cogimos un puñado de alcachofas en la mano, como si fuesen flores, y las íbamos ofreciendo a las mujeres por la calle y el mercado de Pueblo Nuevo. Cuando terminábamos de vender las que habíamos cogido, corríamos a casa, subiendo las escaleras de dos en dos peldaños, tomábamos otro puñado y volvíamos a la venta callejera, con la esperanza de conseguir como mínimo el dinero que había costado el saco. Así podríamos comprar otro. Los beneficios reales era habernos comido lo que no habíamos vendido.

Una mañana mi madre estaba en la cola del pan, mientras nosotros vendíamos alcachofas en la calle. En aquella cola se produjo un alboroto, porque se estaba terminando el pan y todo el mundo quería conseguir su ración. Llegaron varios guardias, entre ellos *el grabado* con su látigo. Éste quiso imponer orden pegando latigazos a diestro y siniestro. Uno de aquellos latigazos le dio a mi madre, a quien además empujó para sacarla de la cola. Me lancé contra *el grabado*, pegándole como podía y donde podía, diciéndole que era un hijo de puta. Me dio un golpe que me tumbó en tierra, descargando su furia contra mí a golpes de látigo. Yo estaba acurrucado, tapándome como podía con los brazos. Mis hermanas me cubrieron con sus cuerpos, mientras mi madre me arrastraba para alejarme del *grabado*.

En cuanto llegué a casa, busqué mi navaja por todas partes, gritándole a mi madre que me la devolviera. Le dije que quería matar a aquel malnacido. Mi madre mentía que la había tirado, diciéndome: “Agustín, deja al *grabado*. Olvídalo. No creas que es más hombre quien más genio tiene y más violento es, sino al contrario, quien sabe sacrificarse por los suyos. Olvida al *grabado*, que nos traerá la perdición y la desgracia”.

Me marché de casa, andando en dirección a Tarrasa por la vía del tren, con la esperanza de recuperar mi hacha y el puñal de mi padre que, durante la retirada, huyendo de las tropas de Franco, había escondido entre las vías. En cada caseta de guardagujas, o en los lugares que creía recordar, buscaba debajo de los raíles. Me cansé de buscar y escarbar. Regresé a casa de madrugada, donde me esperaban mi madre y mis hermanos. Había pasado fuera todo un día y una noche. Pocos meses después me alegró la noticia de que *el grabado* había sido apuñalado y estaba muerto. ¡Cagoendioóos!

Frágiles y rotas

En ocasiones, mientras vendíamos esto o aquello en la calle, había visto a la portera, madre del Mulet, aquel miliciano que había requisado el coche de las beatas de la mercería durante la guerra. Se colocaba de rodillas frente a la tienda y les suplicaba que le devolviesen a su hijo, que estaba preso a causa de su denuncia. Las beatas, entre visillos, la miraban disgustadas, telefoneaban a la policía y al poco se la llevaban a rastras hasta

la otra punta de la calle de la Amistad, amenazándole de que en próxima ocasión la llevarían a comisaría. Pero ella volvía una y otra vez, con los brazos en cruz, arrodillada ante la mercería. Suplicaba que le devolviesen a su hijo. Las beatas podían pasar horas y horas mirando entre visillos. Un día a la madre del Mulet le dio un ataque, amenazaba y suplicaba, reía y gritaba o lloraba. En esta ocasión la policía se la llevó de mala manera, pues la arrancaron a palos de la puerta de la mercería, donde se había agarrado. Estuvo una temporada encarcelada.

La madre del Mulet le había comentado varias veces a mi madre que no sabía la suerte que tenía por no saber nada de su marido y no tenerle en aquel infierno. Supe mucho tiempo después que su hijo estuvo quince años en la cárcel, de donde salió envejecido y medio loco.

Una madrugada, mi madre y yo fuimos al Born para comprar el género que teníamos que vender aquella semana. Al pasar por el Arco del Triunfo nos encontramos casualmente con Ángeles, aquella miliciana joven y guapa, vecina nuestra en la calle de la Amistad. Al instante se abrazó a mi madre y le contó que había hecho cola en la Sanidad Nacional, en la plaza del Comercio. Para pasar una revisión médica a su cuerpo, porque hacía de puta y periódicamente la obligaban a ir a ese centro. Le explicó que habían fusilado a su marido y con ella habían hecho lo que quisieron, lo que les dio la gana. Y la encerraron en la prisión. Al salir, con sus antecedentes de roja, no encontraba otro trabajo más que el aprendido con los nacionales.

Meses después nos enteramos por confidencias de la Elisa, madre del Francisco, otra de nuestras vecinas que también hacía de puta, que Ángeles había muerto de sífilis.

La Elisa estaba de puta en un bar de la plaza de Palacio, delante de la Lonja. A ese bar acudían los marinos mercantes y militares. Yo sabía que el Francisco quería mucho a su madre y que siempre le decía a mi hermano: “Eliseo, tú sí que tienes suerte, porque tienes una madre de quien no te has de avergonzar y a la que nadie tiene nada que reprocharle. Vosotros podéis ir con la cabeza bien alta. Yo cuando pienso que cualquiera puede acostarse con mi madre, me pongo enfermo”.

Yo pensaba que ese chico, además de envidioso, era un cobarde. Le había dicho muchas veces que, si él la ayudaba, su madre no tendría que hacer de puta: “Yo con solo trece años y más joven que tú, ayudo a la mía en todo lo que puedo. Haz lo mismo y no te quejes. Ya conoces el camino a seguir: únete a la pandilla para robar o dedícate a vender lo que sea en la calle”.

Finalmente, mi hermano consiguió que lo admitiesen en Can Serra. A mí no me quisieron, pero encontré trabajo en una fábrica que cogía a todo el que lo pidiera. Estaba situada en la calle Enna, esquina a Provensals. Era una fábrica de vidrio. Cuando lo supo mi madre, me dijo que no fuese, porque en esa fábrica todos los chicos enfermaban a causa de la toxicidad de los productos empleados. Continué como vendedor callejero.

En el desfile de la victoria se dieron gritos y vivas al ejército y a la Falange, era a principios de agosto. En los periódicos se hablaba de un pacto germano-soviético de alianza entre Hitler y Stalin; todo eran rumores, pero no pintaba bien.

En el puerto de Barcelona hubo expectación ante el embarque de las tropas moras. Los legionarios registraban los petates de los marroquíes y extraían todo el botín incautado por éstos en los días en que Barcelona fue una ciudad abierta, o procedentes del trueque posterior, cuando Barcelona fue una ciudad hambrienta, una ciudad ocupada militarmente. Oro, plata, joyas y objetos de valor se apilaban en el suelo. Los moros solo se llevaron los culatazos que les daban los legionarios al empujarlos a subir al barco.

A primeros de septiembre Alemania invadía Polonia por el oeste, mientras Rusia lo hacía por el este. Algunos días después, Francia y Reino Unido declararon la guerra a Alemania. Había empezado la segunda guerra mundial.

Enero de 1940

En enero tuvimos noticias de nuestro padre. Había escrito como si fuese una hermana de nuestra madre. Firmaba con el nombre de Elisa. Solo nos decía que estaba en Francia. Todos nos alegramos al saber que estaba con vida. Mi madre quemó la nota y todos nos comprometimos a guardar un absoluto silencio. Aquellas buenas noticias debían ser un secreto inquebrantable.

Por aquel entonces, mi madre empezó a trabajar en Casa Céspedes, en la calle Paredes de la Barceloneta. Era un trabajo propio de su oficio: limpiar tripas para hacer embutidos y cuerdas de guitarra.

En casa, nuestra hermana Carmeta cuidaba de Libertad y Natura, mientras yo vendía el género comprado en el Born. También me ocupaba de comprar los alimentos después de hacer las colas, auténtica hazaña de cada día.

El racionamiento oficial era ridículo y para morir de hambre. Una muestra de lo que daban por semana y persona: 300 gramos de azúcar, un litro de aceite, 400 gramos de garbanzos, un huevo, pan los días impares, o sea, tres días a la semana, a razón de 500 gramos por persona.

Lo que cambiaba, de una a otra semana, no era la cantidad, sino el producto. Se suponía que con tales cantidades habíamos de comer toda la semana.

Con mucho dinero, en el mercado de estraperlo tenías todo lo que querías.

A veces iba a buscar a mi madre al trabajo. Me quedaba en la puerta, mirando como trabajaba, con un delantal de saco en la cintura, unos zuecos de madera rellenos de paja, los brazos desnudos metidos en agua fría, rascando con una media caña el sebo de las tripas, que ponía en unas botas de madera llenas de sal. Eran horas y horas sin parar ni un momento. El agua chorreaba por el saco de su cintura y empapaba su cuerpo. No paraba de toser. Al rato me miraba y decía: “espérate un momento, que ahora termino y nos marchamos juntos para casa”. Así pasaban las horas y yo miraba entristecido cómo trabajaba a destajo, hasta que terminaba.

Entraba a trabajar a las seis de la mañana y la hora de salida era cuando se terminase la cantidad de tripas asignada para el día. Al llegar a casa, todos la esperábamos, y juntos comíamos lo que yo había podido conseguir ese día. Nuestra madre solía decirnos: “comed, comed, que yo ya he comido antes en el trabajo”. Todos sabíamos que no era cierto y la obligábamos a comer con nosotros, hasta que el cansancio la vencía. Así un día y otro día.

Primer trabajo

El 22 de febrero, por mediación de unos vecinos, me contrataron en la Casa Huciol SA de la calle Fluví número 12. Era una fábrica de pinturas y barnices. Era mi primer trabajo oficial, pues aún no había cumplido los 14.

Era una fábrica pequeña de dos plantas. En la planta baja se fabricaban las pinturas y barnices. En la primera planta había unos tendederos donde se secaban los colorantes, y además estaban el despacho, la casa del encargado y en un rincón una habitación sellada, sin ventanas ni aberturas, donde se empaquetaba un polvo negro parecido a las cenizas. Solo con tocarlo ya se formaba una enorme polvareda que te envolvía y ahogaba. Ese era uno de mis trabajos: empaquetar y pesar el *full d'estampa*; así se llamaba. Para no estropearme la ropa, me desnudaba y me vestía con un saco, haciendo agujeros para pasar la cabeza y los brazos. Una mascarilla me cubría nariz y boca. Cuando terminaba me daban un vaso de leche, que decían limpiaba los pulmones. Me lavaba con agua caliente

y un puñado de sosa para arrancarme una capa negra de suciedad que me cubría la piel. Cuando salía de aquel cuartucho solo se me veían blancos los dientes y la nariz.

En aquella fábrica trabajaban quince hombres, una mujer joven, llamada Juanita, y yo. La Juanita tenía preso a su padre, por lo que era el único sostén económico de la familia. Vendía su cuerpo por dinero, dando placer a quien le pagaba. La Juanita ponía las etiquetas en los botes de pintura. Los quince hombres hacían las pinturas y barnices.

Yo, además del *full d'estampa*, iba con un carro de mano a buscar virutas de madera a una carpintería, que servían para embalar los botes, y ayudaba a los demás en su trabajo.

Como estaba en todas partes, pronto me di cuenta que todos y cada uno de aquellos obreros cogía lo que podía de los distintos productos que se elaboraban en la fábrica, para venderlos y alargar así algo el mísero jornal que se cobraba.

Había un trabajador, apellidado Martínez, que en sus ratos libres hacía de pintor de brocha gorda, que era el principal comprador de lo que se perdía en la fábrica. El Martínez siempre me decía: “¡Chaval! No sé cómo te las arreglas, porque eres a quien más género compro, sin que te haya visto nunca coger nada”. Pero a mí no me gustaba vender al Martínez y pasé a vendérselo al trapero, porque ese no preguntaba ni sabía nada, y pagaba igual que el otro, demasiado parlanchín y sabihondo para mi gusto.

Mi método secreto, que tanto sorprendía al Martínez, consistía en meterlo todo en un saco en el primer piso y desde allí lanzarme a la calle con el saco en bandolera. Escondía el saco en una acequia de aguas residuales de las fábricas. Regresaba a la fábrica, trepando por el desagüe que iba desde el tejado hasta la acera. Luego, cuando salía para ir a algún recado o a buscar las virutas, recogía el saco y vendía los botes de pinturas, colorantes o barnices al trapero.

En los alrededores de la fábrica todo eran campos de cultivo.

Franco había unido su suerte a la de los nazis alemanes. Los rusos, con permiso de Alemania, ocuparon Finlandia. En mayo de 1940 los alemanes invaden Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo con 141 divisiones, dos flotas aéreas con alrededor de cuatro mil aviones y un cuerpo de ejército de tanques. Tropas franco-británicas penetran en territorio belga. El ejército inglés estuvo a punto de desaparecer en la bolsa de Dunkerque. La Línea Maginot es rebasada y copada por su retaguardia. El 14 de junio los alemanes entran en París y Franco (oportunista) ocupa la ciudad internacional de Tánger. El 22 el gobierno francés firma el armisticio. Francia se divide en dos: la ocupada por Alemania y la de Vichy.

Los españoles, con Franco en el poder, son clasificados en tres categorías, de primera, de segunda y de tercera. Según los ingresos se adjudican las nuevas cartillas de abastecimiento. A nosotros, los de tercera clase, nos toca un puñado de garbanzos remojados, unos trozos de bacalao y un pedazo de membrillo por persona a la semana. Hambre, enfermedades y miseria seleccionan a los que deben ser aniquilados silenciosamente y tranquilamente por el bien de la patria, por-el-imperio-hacia-dios. Solo los privilegiados por el régimen y los falangistas tienen futuro y desfilan sin descanso, cantando himnos patrióticos y charangas mil.

El emisario (1941)

España era una cruel y férrea dictadura militar. Un Estado autárquico extendía la pobreza, el miedo y el desaliento hasta convertirlos en naturaleza común de casi todos los españoles. Los obreros no disponían de recursos para acceder al mercado negro. Hambre y miseria. Perros y gatos habían desaparecido de las calles. Falangistas y adictos al régimen tenían carta blanca para cometer cualquier atropello, colmar su sed de venganza o satisfacer cualquier vicio. No faltaban presos que torturar, condenados a muerte que

asesinar, o carne humana en venta a precio de ganga. Los más indeseables y corruptos se habían hecho millonarios en pocos meses, a costa de las privaciones y de la indigencia de la mayoría. Mientras tanto la clase obrera, esclavizada con jornadas de 12 o 14 horas, apenas podía alimentar a sus hijos.

La prostitución barata de esquina no dejaba de incrementar su oferta. De todas las edades y condiciones: muchachas solas, hijas de padres ejecutados o presos; enfermas y hambrientas, sin recursos.

En no pocas ocasiones la prostitución se realizaba con la tolerancia y aquiescencia del entorno familiar, para salvar situaciones catastróficas, como en el caso de la hermana de un vecino de la calle de la Amistad. Su hermana, una andaluza guapa y joven, tenía a su esposo encarcelado y ella hacía de puta para sostener a la familia, entre los que se encontraba un escondido en casa de sus padres. A veces la veía bajar de un coche lujoso que la dejaba a tres calles de su domicilio, para evitar murmuraciones de vecinos.

Lo mismo pasaba con la Lorenza, la Juana, la Nieves y otras más de la misma calle Amistad. Muchas caían en las periódicas redadas de la policía. Manzanas enteras eran acordonadas y las putas corrían como bestias acosadas, intentado huir del cerco, mientras otras se defendían como furias hasta que las metían en las camionetas de la policía, que se las llevaban a comisaría. La mayoría eran menores de edad sin más delito ni vicio que el hambre.

No todas las mujeres cayeron en la prostitución. Hubo quien fue sometida a pruebas muy duras de miseria y penurias, pero supieron mantener un temple de heroínas, firmes ante el despeñadero de la desesperanza. Otras, más débiles o más fuertes, no encontraron más salida que el suicidio.

Puedo citar varios ejemplos de aquellas que siguieron ese camino trágico. Como la María del segundo piso de nuestra escalera, precisamente el piso inferior al nuestro, que se ahorcó en la barandilla del corredor común de la segunda planta del “hospicio”.

A estas calamidades debía sumarse las mil y una enfermedades que acompañaban a la pobreza de los obreros bajo el franquismo: el piojo verde, la sarna, las garrapatas, la tuberculosis, la tiña, la difteria, el paludismo y las venéreas. Pero lo más temible de todo eran las muertes por hambre, cuyos cadáveres se encontraban por los rincones y cunetas, en los portales y descampados. Siempre medio ocultos y como avergonzados, pidiendo perdón por haber existido. Como entre los escombros del Campo de la Fenicia en Pueblo Nuevo, o en las arenas de la playa, adonde se habían ido para no molestar, con las últimas fuerzas que les quedaban.

Y todo esto entre vivas a Franco y al fascismo y al ejército y a Cristo-Rey y a la religión y a la patria-pan-justicia de la Falange. Y cada uno de esos vivas era un muera para el trabajador.

En febrero, Franco se entrevistó con Mussolini, el Duce, en Bordighuera, y con el Mariscal Pétain en Montpellier. El Reich se extiende por los Balcanes y Grecia. Belgrado es destruido por un bombardeo nazi. Los paracaidistas alemanes toman Creta...

España mantiene una ambigua neutralidad, favorable a los nazis. Se organiza el envío de un fuerte contingente de trabajadores españoles “voluntarios” a Alemania, custodiados militarmente.

Por ese tiempo (abril/mayo de 1941) un misterioso individuo se presentó en nuestra casa. Nuestra hermana Carmeta nos avisó que ese hombre, al no encontrar a nadie mayor, le dijo que volvería por la noche para hablarnos de nuestro padre. Ya muy entrada la noche, se presentó de nuevo en casa y nos entregó una carta de nuestro padre, en la cual nos contaba que había estado en un campo de concentración, después de pasar la frontera con la tropa. Por tal razón, no había podido enviarnos ninguna ayuda. Ahora ya estaba

mejor, y pronto nos ayudaría en cuanto pudiese, aunque su mayor ilusión era reunir a toda la familia. Pero de momento la guerra en curso lo hacía imposible.

Nosotros le escribimos una carta de respuesta a nuestro padre. Pero al terminarla, mi madre rompió las dos cartas, la escrita por padre y nuestra respuesta. Nos alertó que todo aquello era muy peligroso. Le explicó a aquel hombre, solo de palabra y nada por escrito, lo que debía decirle a nuestro padre. Solo mi hermano Eliseo escribió una breve nota que decía: “Papá, te queremos mucho, Eliseo”. Aquel hombre se marchó y nosotros quedamos con la inmensa alegría de saber que nuestro padre vivía y que algún día nos juntaríamos todos de nuevo.

Madre nos repitió miles de veces que, si alguien preguntaba por aquel hombre, nosotros dijéramos que era un pobre pidiendo caridad. Que no dijésemos nada a nadie. Que no teníamos noticias de nuestro padre, porque había muerto en la retirada.

Al día siguiente se presentaron en nuestra casa la secreta y los falangistas. Lo registraron y revolvieron todo. Le dijeron a mi hermana Carmeta que nos presentásemos todos en comisaría o vendrían a buscarnos al trabajo. Ya en comisaría, empezaron a preguntarnos si el hombre que se había presentado en casa era nuestro padre. Que si esto y aquello. Nosotros empezamos a contradecirnos unos a otros. A mi hermano Eliseo le empujaban y le daban de bofetadas, advirtiéndole: “Tú pagarás por tu padre. Dinos dónde está”.

Mi madre les dijo que su marido había desaparecido. Polis y fachas respondieron que éramos todos nosotros los que debíamos desaparecer. Yo repetía: “Está muerto, está muerto”. Ellos me decían: “No, aún no lo está, pero lo estará dentro de muy poco. Hemos introducido un infiltrado y pronto van a caer todos”.

Durante unos días vigilaron nuestro domicilio, pero con el paso del tiempo todo se tranquilizó y volvió a esa extraña normalidad que era la cotidianeidad franquista.

El 22 de junio de 1941 la Alemania nazi desencadenó un furioso ataque contra la Unión Soviética. Pronto Leningrado estuvo sitiado y Moscú al alcance de las tropas nazis. Ucrania invadida, incluida Crimea.

Grupos falangistas gritaban “¡Gibraltar español!”. Serrano Suñer decía que Rusia era culpable de nuestra guerra civil y de la muerte de José Antonio y que España debía participar en aquella nueva cruzada. Se formó la División Azul.

Pero nuestra guerra era la guerra por el pan nuestro de cada día. La otra, la suya, la de la División Azul, también la pagaríamos nosotros de una u otra forma. Y así fue: restricción de carburantes; cantidades menores en el racionamiento; solamente tres días de trabajo por semana, cobrando la paga solo por esos tres días; cortes continuos de electricidad y más miseria, y más hambre, y más verborrea por-el-imperio-hacia-dios.

El 5 de diciembre se inició el contrataque ruso. El 7 de diciembre los japoneses atacaron Pearl Harbur y entraron en guerra con Estados Unidos. El 11 Hitler declaró la guerra a Estados Unidos. El general invierno hizo retroceder a los nazis, ya a las puertas de Moscú. El Eje Roma-Berlín-Tokio parecía invencible. Era medianoche en el siglo.

Las chaquetillas toreras (1942)

Mi amigo Pancho, de Pueblo Nuevo, con quien había compartido aventuras y repartido beneficios y paquetes de comida, descuidados o extraviados por nosotros en la estación de ferrocarril del Clot, fue acompañado al patíbulo por los hermanos de la Cofradía de la Caridad, encapuchados y con antorchas o cirios encendidos. Empeñados los frailes en obtener algún arrepentimiento de aquellos niños aterrorizados, no dejaban de cantar y orar. Era una pandilla de jovencuelos sin suerte ni fortuna, entre los que mi

amigo Pancho de 17 años era de los más maduritos. Tuve suerte, porque yo podía haber estado allí, si mi madre no me hubiese canjeado la navaja por las alcachofas.

Mi madre compró por aquella época algunos metros de una tela de algodón, de color verde aceituna, con la que nos encargó a mí y a mi hermano unos trajes. Los confeccionó una mujer que solía hacer cotillas, sita en la calle Wad-Ras junto a la panadería “El Sol”. Como la tela era insuficiente las chaquetas se convirtieron en chaquetillas toreras. Mi madre estaba contentísima al vernos vestidos con ropa nueva y reluciente. Por fin podía echar a la basura aquellos vestidos zurcidos y viejos que llevábamos encima.



El domingo, y como estreno de los trajes, nos fuimos al baile. Era la primera vez que lo hacíamos. Fuimos junto con el Sorita, el García y el Francisco, vecinos y amigos nuestros. Al llegar al baile de la cooperativa “Paz y Justicia”, en Pueblo Nuevo, a mi

hermano y a mí no nos dejaron entrar, por no ir adecuadamente vestidos. Calzábamos alpargatas en lugar de zapatos. Nos dijeron que aún no era carnaval y que parecíamos un par de picadores en una corrida de toros. En toda mi vida olvidaré las carcajadas de mis amigos: del Sorita, del García y del Francisco; y de algunos desconocidos, presentes cuando nos impidieron el paso a la sala de baile. Me sentí insultado y vejado por el letrado que había a la entrada: “paz y justicia”.

Desde aquel momento pillamos todo lo que pudimos con el objetivo de conseguir unos vestidos decentes que no provocaran la risa: mi hermano algodón, mi madre tripas y yo pintura. Algún tiempo después fuimos a Casa Pancraccio, una de las muchas tiendas de compraventa de ropa usada del Barrio Chino, donde la clase trabajadora alquilaba o empeñaba según necesidades de cada momento. Pudimos comprar dos trajes y dos pares de zapatos para mi hermano y para mí. También adquirimos algunos vestidos para mi madre y mis hermanas. Aunque trajes y vestidos eran usados y los zapatos remendados, ya podíamos tirar los harapos viejos que nos atrevíamos a llamar ropa de vestir.

Y por fin, mi hermano y yo pudimos entrar al baile, con gran satisfacción de nuestra madre. Al García parecía que le hacía de menos venir con nosotros, por lo que mi hermano le dijo: “nosotros, lo que llevamos puesto, lo hemos conseguido entre todos con nuestro esfuerzo; cosa que tú llevas gracias al alquiler del coño de tu hermana, ya que de otro modo serías un muerto de hambre”. Luego se dirigió al Francisco: “Y tú lo mismo”. No sé si mi hermano sabía que la hermana del García me hacía favores especiales, gratis.

Desde aquel momento comprendí que los amigos no sirven para nada; la vida me estaba enseñando que me iba mejor solo que con amigos. Mi hermano continuó saliendo con el Francisco y el García; yo no. Todo aquello me sirvió para reflexionar sobre la situación en que se encontraba nuestra familia.

En cuanto tuve ocasión, me traje para casa toda la pintura y el material necesario para pintar toda la casa. Aunque apenas había muebles, que habíamos tenido que vender para comer, y aunque faltaban las puertas interiores, que habíamos usado para poder cocinar; la pintura le dio al piso cierta alegría y la sensación (falsa o no) de que nos estábamos arrancando la miseria de encima. Yo sabía que la pobreza tiene color de penas y privaciones.

Gracias a la bolsa llena de tripas, que aumentaba en un cien por ciento el mísero jornal de mi madre, y al trabajo de mi hermano y mío, podíamos ir tirando.

Por aquel tiempo llegaron noticias sobre la guerra mundial: los nazis estaban perdiendo batalla tras batalla. En el Santuario de Begoña falangistas y carlistas resolvían sus diferencias a tiros. Franco formó un nuevo gobierno en el que caía el Cuñadísimo Serrano Suñer, demasiado comprometido con los nazis. En el Magreb se había producido un desembarco aliado. Hubo un llamamiento extraordinario de quintas.

Elodia (1943)

El 2 de febrero de 1943, en Stalingrado, la guerra mundial cambió de signo. Era el principio del fin, de la derrota de los nazis. Friedrich Paulus, general del sexto ejército alemán, pidió la rendición. El sitio de Stalingrado se había iniciado en agosto de 1942.

El 3 de marzo, la España franquista autorizó la apertura de una Oficina de Representación de la Francia Libre. Los exiliados, emigrados o transeúntes procedentes de Francia lo hacen con mayor tranquilidad y garantías de no ser detenidos y enviados a Alemania. El 17 de marzo se abrieron las Cortes franquistas, otra pantomima que sirve para disfrazar el régimen dictatorial de Franco ante los Aliados, ¡y para presentarse como mediador entre Inglaterra y Alemania!

En mayo conocí a Elodia, la que con los años sería mi esposa y compañera. Un sábado por la noche, en la cooperativa La Flor de Mayo, en la calle Wad-Ras esquina pasaje Bori, se hacía un baile familiar. Al empezar el baile, lo hice con una chica que vestía un pichi verde. Era muy alegre y se reía por cualquier cosa. A mí sus risotadas, que atraían la atención de todo el mundo, no me gustaban. Durante el transcurso del baile me fijé, sorprendido, en otra chica que vestía igual que la de las carcajadas. Le pregunté y me dijo que era su hermana. Se llamaba Elodia.

El trato con Elodia se me hizo inmediatamente familiar y cómodo, como si la conociese de toda la vida. Me sentí atraído por ella al momento, y toda la noche estuve bailando con ella. Para mí, no había en toda la sala de baile más muchacha que Elodia, de apariencia débil, pero que al hablar me transmitía una fortaleza y seguridad en mí mismo que jamás había conocido hasta entonces. Me encontraba bien a su lado.

Empecé a salir con Elodia. Comprobé que no le importaban las ropas que vestía, ni el poco dinero que tenía en los bolsillos. Veía en mí a la persona, al ser. Nos hicimos novios. Solo por estar juntos, ya éramos felices.



Pie de foto: Elodia y Agustín a los 17 años

Felicidad sin más nubarrón que la madre de Elodia, algo ignorante y zafia, que me rechazó en cuanto supo, por murmuraciones de los vecinos, que mi padre había desaparecido, pero aún era buscado por rojo, y también por mi fama de golfo. Nos hizo mil perrerías con el objetivo de conseguir nuestra ruptura. Pero cuanto más nos hacía, más unidos estábamos.

Los Aliados invadieron Sicilia. Para celebrar el aniversario del 18 de julio de 1936 se fusilaron 66 rojos en el Campo de la Bota.

El 25 de julio, el Gran Consejo Fascista depuso a Mussolini y permitió que el Mariscal Badoglio formara gobierno. El 8 de septiembre, el gobierno Badoglio se rindió

incondicionalmente ante los Aliados. Italia se dividió en dos, Roma y el Norte estaban ocupados por los alemanes; el sur, por los Aliados. En noviembre las tropas soviéticas liberaron Kiev. Había rumores y noticias inciertas sobre la actividad del maquis en el sur de Francia. El giro desfavorable de la Guerra Mundial tuvo repercusiones en el interior de España. El 20 de agosto se ordenó la retirada de la División Azul del frente. Los 1500 voluntarios que combatían en las SS perdieron la nacionalidad española.

Parecía que el régimen franquista se maquillaba para ser aceptado por los Aliados. Pero todo seguía igual: el mercado negro, el fraude, los fusilamientos, los presos, el hambre, los salarios de miseria, la corrupción...

La subida del alquiler (1944)

La ciudad era triste, sucia y oscura. Olía a orines, a caca de perro en el zapato y a miedo. Sin anuncios luminosos, los escaparates apagados. Las fábricas solo trabajaban dos días a la semana. La gente no vivía, apenas vegetaba y sobrevivía. Las personas ya no paseaban por las calles, sino que deambulaban sin rumbo, como sonámbulos. El horizonte había desaparecido de las miradas, vacías.

La censura se endureció y apenas había nuevas del mundo exterior. Solo rumores sin fundamento. Las emisiones en español de la BBC de Londres informaban sobre el curso de la guerra. Excepcionalmente, alguna hoja clandestina.

Se habían levantado los sitios de Leningrado y Stalingrado. Al parecer, la ofensiva del ejército soviético había reconquistado Ucrania y avanzaba hacia Alemania.

Mientras tanto, una orden del gobierno sobre inquilinato decidía que debían pagarse, ahora, todos los recibos que no se habían pagado durante la guerra civil en el bando rojo. Los propietarios podían desahuciar a quienes no pagasen. La propietaria de nuestra vivienda, la señora Margarita, vino para decirnos que por pura caridad no nos echaba, pero que nos subía el alquiler al doble, de cincuenta a cien pesetas. Por misericordia cristiana. Y añadiría un tanto, a cuenta de los meses no pagados. Por auténtica clemencia religiosa.

Aquello era un mazazo inesperado y un gravísimo problema para nuestros escasos recursos. Pero ¿a quién le importaba que los trabajadores no pudiesen comer, ni vestirse dignamente, o que echaran a la calle a una mujer con cinco hijos menores?

La calle siempre será nuestra; de los trabajadores libres de toda propiedad y derecho, para tener dónde morirnos de hambre. Por la calle vagaban los sin trabajo, los que buscaban comida entre las basuras. La calle era nuestra, porque no teníamos nada más; la calle era de los trabajadores en harapos. La calle era de los vencidos que habían perdido una guerra. En la calle se vendían los cuerpos. En la calle erraban rebaños, catervas y fárragos de niños amarillentos, secos, evaporados, flacos, mortecinos, enfermizos y débiles, sin edad definible; atrapados por la miseria, envejecidos de alma y cuerpo, excéntricos cuerpos esqueléticos con el vientre hinchado. La calle era la única pertenencia de los miserables, y siempre será nuestra, como la mierda y el hambre.

En las iglesias se pedía caridad para auxiliar a los pobres en los días de fiesta y sobre todo en Navidad. El cura que lo pedía podía ser un excombatiente o un falangista, que usaba las confesiones de los menores para meter a sus padres en presidio. Hasta Franco hacía limosnas para socorrer a los pobres.

El 6 de junio los Aliados, principalmente franceses, británicos, canadienses y estadounidenses, pero también polacos, checos, rumanos y un puñado de españoles, desembarcaron en Normandía. En el sur de Francia la Resistencia (las Fuerzas Francesas del Interior o FFI) se mostró muy activa en acciones de sabotaje y retraso de las divisiones nazis para trasladarse al norte de Francia y enfrentarse al desembarco aliado. El 15 de

agosto se produjo el desembarco de Provenza. El 24 de agosto, París fue liberado por la novena compañía de la Segunda División Blindada de las Fuerzas de la Francia Libre (FFL), bajo el mando del general Leclerc. Los nombres de los primeros tanques que llegaron al centro de París eran Madrid, Jarama, Ebro, Teruel, Guernica, Belchite, Guadalajara, Santander, España Cañí, Brunete y Don Quijote. El 27 de agosto eran liberados Toulon y Marsella.

Las noticias, rumores y explicaciones sobre los bombardeos masivos de los Aliados sobre la población civil francesa, aunque fuese como consecuencia secundaria del bombardeo de las defensas alemanas, no pintaban bien. Las matanzas de población civil francesa en Normandía mostraban la animalidad de los demócratas británicos y americanos. ¡Tanta muerte!

A quien le caían las bombas le daba igual que fueran amigas o enemigas. No en vano en Barcelona sabíamos qué eran los bombardeos. Las bombas eran franquistas, italianas y alemanas. Pero ¿si hubiesen sido británicas o americanas hubiesen sido mejores? Aún era medianoche en el siglo.

En octubre hubo un intento fallido de invasión del Valle de Arán, protagonizado por el Partido Comunista de España. Se pretendía provocar un levantamiento popular contra la Dictadura de Franco y establecer el dominio sobre un territorio que permitiera la restauración de la República. No existían preparativos, ni organización, ni condiciones para que se produjera tal insurrección. Los españoles que habían participado en la Resistencia ejercieron una enorme presión sobre el gobierno francés para obtener su tolerancia. Pero el gobierno franquista había previsto esa invasión. La defensa de la frontera contaba con unos 50.000 hombres.

El resultado final fue un total fracaso de la operación, que duró menos de una semana; no llegándose nunca a ocupar la capital del valle, Viella, y retirándose a Francia los últimos guerrilleros, el 24 de octubre.

El García se me puso farruco con el bombo de su hermana. Le corté elegantemente que compartía su furia, pero su pretensión de que fuera mío no era posible, ni inteligente.

Can Serra (1945)

En 1945, las noticias de la guerra mundial se atropellaban unas a otras. En México se reunían las Cortes de la República española. En Yalta, los grandes se repartieron el mundo. Roosevelt, Stalin y Churchill colocaron tres cerillas sobre un mapa de Europa para delimitar las respectivas áreas de dominio. España no pinta nada, ni interesa a nadie, basta con una condena formal.

Enero: Hungría capitulaba; el 17 los soviéticos entraban en una Varsovia que había sido destruida en un noventa por ciento. La contraofensiva alemana en las Árdnas había fracasado.

La primavera trajo la liberación de toda Italia. Mussolini es fusilado por los partisanos y colgado pies abajo en un gancho de carnicería, al aire libre, en una plaza de Milán. La gente desfila para escupir y mearse en el cadáver del Duce y de su fulana.

En febrero, unos guerrilleros asesinan a dos falangistas en Cuatro Caminos de Madrid. A los guerrilleros, la prensa fascista les llama bandoleros. Bandoleros fusilados, bandoleros abatidos en los montes y caminos.

Salta la esperanzadora noticia de que el 8 de mayo Alemania había sido derrotada y Hitler se había suicidado. Berlín había sido ocupada por los soviéticos. La policía recogía las octavillas arrojadas en la calle y hacía redadas para apresar a quienes las lanzaban.

Estalla una huelga espontánea que afecta a varias fábricas y transportes. Prosigue varios meses, aquí y allá, bajo el lema “sin comida no se puede trabajar”. Se exige más racionamiento y mayor jornal. Pero la huelga es débil y la represión brutal.

Existe la esperanza de que la caída de los fascismos europeos arrastre a la dictadura franquista. Pero el régimen se endurece, se militarizan las fábricas más reacias. Los trabajadores son apaleados, despedidos o encarcelados más o menos arbitrariamente. El movimiento reivindicativo desaparece bajo el terror más absoluto. La esperanza se desvanece.

En San Francisco se rechaza la aceptación de la España franquista como miembro de la ONU. Franco convierte formalmente su dictadura en un Reino sin rey.

Mientras estábamos en el trabajo, oímos unos disparos, que procedían del cercano *Rec*. El encargado de la fábrica, señor Pepito, el Martínez y yo salimos para ver que sucedía. En las sucias aguas, donde yo había escondido tantas veces potes de pintura, estaba el cuerpo del señor Cisa, el dueño de la fábrica Huciol. Se había formado un charco de barro y sangre. El señor Pepito marchó a informar a la policía. Cuando lo sacaron del barro, vieron que tenía dos heridas de bala, entre el pecho y el cuello, según nos dijeron.

Se rumoreaba que todo se debía a los líos de faldas en que andaba metido, aunque otros apuntaban a no sé qué asuntos políticos y aún terceros opinaban que eran cuestiones de negocios. Lo cierto es que nadie lamentó su defunción.

Con la muerte del señor Cisa todos sabíamos que podíamos contar con un patrón menos para explotarnos. Solo el señor Pepito y el químico se lamentaban por la pérdida de su trabajo. Los demás nos limitamos a buscar trabajo en otras fábricas.

Le dije a mi hermano Eliseo que me buscara trabajo en Can Serra, donde empecé a trabajar a primeros de mayo. Lo curioso es que había estado trabajando en Casa Huciol lo que había durado la segunda guerra mundial, y que en ambos casos el jefe había resultado muerto.

En la reunión de Potsdam, los amos del mundo se lo repartieron entre sí. El régimen dictatorial de Franco, aunque fue formalmente condenado y rechazado, se salió de rositas.

El 6 de agosto se lanzaron bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. El 2 de septiembre se produjo la capitulación de Japón. La segunda guerra mundial se había cobrado unos sesenta millones de muertos.

Can Serra estaba situada en la calle Almogávares, cerca del puente de Marina. Ocupaba un gran edificio que abarcaba toda una manzana. Tenía dos pisos de altura.

Se entraba por un portalón de hierro, que a las horas de inicio de la jornada laboral se abría de par en par. Igual hacían para dejar paso libre a los carros tirados por caballos. Cuando se cerraba el portalón, podía pasarse por una puertecilla abierta en su mismo centro. La sirena sonaba para marcar el inicio y final de la jornada de trabajo. A la salida, los obreros teníamos que pasar de uno en uno por la puertecilla, formándose una humillante cola.

El director desde su despacho contemplaba la salida y, de cuando en cuando, señalaba a alguno para que se apartase de la cola y fuera cacheado por el portero. Si al que registraban se le encontraba algodón, metal o cualquier otra cosa, y en función de la cantidad hallada, se le decía que no regresara ya al trabajo, o bien se avisaba a la policía, que se lo llevaba esposado. Si al trabajador que había sido registrado y cacheado no se le encontraba nada, no recibía ninguna disculpa, sino que el director aparecía contrariado y molesto.

La fachada del edificio estaba jalonada por varias ventanas enrejadas. Viejas y recias rejas de hierro oxidado, que habían dejado sucias regatas de óxido en el muro. Tras las rejas se adivinaban unos ventanales de cristales, algunos rotos, empañados por el vapor

y la mierda. Los marcos de metal aparecían agrietados por el sol y la humedad, por los años y la pringue. Los muros tenían un color de olor de mugre.

En mitad de la fábrica brotaba una enorme chimenea fálica, muy alta, que superaba la altura de los tejados más elevados de las distintas naves y secciones. Chimenea que escupía humo y partículas de polvo, metales y hollín que contaminaban los alrededores de la empresa. Según lo quemado el humo cambiaba su color: negro, azulado, rojo con lenguas de fuego, amarillento enfermizo, blanco de vapor. Tóxico, o no, nada ni nadie lo regulaba.

Cada día lo mismo. Uno y otro día. Cuando cruzaba la puerta de entrada se veía una larga calle interior, larguísima, que atravesaba todo el recinto de la fábrica. En cada uno de los costados de la calle trepaba la suciedad de los grises y negros muros de las naves, pisos y secciones, donde se hacían los distintos tratamientos que requería el algodón. A la derecha de la puerta del despacho del director se abría una estancia limpia. Repleta de mesas de escritorio. Destacaba la fotografía, colgada en una blanca pared, de José Antonio, fundador de Falange y la del Generalísimo Franco. Entre ambas fotos, un crucifijo. Cristo en la cruz y los dos ladrones, uno a cada costado.

Al mando de todos los administrativos, contables y cajeros estaba el director, un hombre de baja estatura y muy delgado, de naturaleza nerviosa e irascible, de mirada indiferente y altiva que le daba a uno la sensación de ser invisible.

Era uno de esos seres sin más valor ni valía que haber ganado la guerra, porque estaba en el bando adecuado, y por haberse ganado la confianza de los dueños de la fábrica y el desprecio y temor de los obreros.

Al costado izquierdo de las oficinas había una breve habitación, que no medía más de metro por metro y medio. Sin ventanas, ni luz. Casi una garita de cuartel. Empotrado entre los muros, sin marcos en la puerta, parecía un nicho vertical o una perrera de techo alto, más que una portería.

El portero era un valenciano simpático, cojo de una pierna que arrastraba resignadamente, pero con elegancia. Se decía que era un herido de guerra del bando rojo. Era muy callado y asustadizo, siempre pendiente de que algún oficinista le pillase hablando con un obrero.

Durante la guerra había sido encargado en esa misma fábrica. Tanto el director, como los oficinistas, siempre lo llamaban a gritos: ¡Modesto! Constantemente alerta al portalón, que abría de par en par a la entrada.

Modesto reverenciaba el espinazo ante la dueña o el director. Cuando abría la pequeña puertecilla, procuraba cerrarla a la mayor rapidez para continuar con su labor de vigilancia y custodia. Que nada ni nadie saliese si no era controlado por el director. Junto a las oficinas se levantaban unas escaleras que alcanzaban el piso donde vivían los dueños.

Al lado de las escaleras, una enorme báscula pesaba el algodón. A continuación, había una gran nave que se llamaba “el tinte”, que era donde teñían el algodón. Esa nave cobijaba diversos depósitos de madera de distintos colores y tamaños. Por doquier, máquinas de todo tipo que funcionaban ininterrumpidamente. La respiración se hacía pesada a causa del vapor caliente que salía de los depósitos en ebullición. Ayudaba al sopor y fatiga la nula ventilación de la nave, aliviada por los ventanales discretamente rotos desde el interior por los trabajadores. Aunque en invierno se pasaba frío por esos cristales rotos, era preferible el frío a la sensación de ahogo.

El suelo de la nave aparecía siempre encharcado, porque los desagües no engullían lo suficiente. Esas charcas podían ser de agua fría o de agua hirviendo. Mi hermano Eliseo trabajaba allí. Llevaba unos zuecos de madera, llenos de paja, y un saco como delantal. Iba mojado hasta los huesos. Al poco de entrar yo a trabajar, Eliseo se marchó al servicio

militar. Eliseo había decidido no regresar a la fábrica cuando acabase la mili. Buscaría trabajo en otro lugar, porque la humedad le provocaba dolor en la pierna enferma.

Todos los que trabajaban en aquella nave, el tinte, eran jóvenes de la misma edad que mi hermano, excepto el encargado que era mayor. Junto a las escaleras de acceso a la vivienda de los dueños había un montacargas, por el que se subían y bajaban carromatos cargados de algodón mojado, que unos chicos y chicas tendían en los secadores y tendederos de los pisos altos.

Cerca del montacargas, un cuartucho oscuro y húmedo, totalmente cerrado y sin ventilación alguna, con algunas perchas y bancas, hacía las veces de vestidor y de comedor. Uno se sentaba en esas bancas, y si no tenía sitio, lo hacía en el suelo mojado.

Junto al cuartucho, estaban las cuadras. Siete caballos mimados en una nave donde daba el sol, con las ventanas graduables, sin ningún ventanal roto, con la temperatura adecuada y agradable, tanto en invierno como en verano. Los carreteros limpiaban esmeradamente los arreos hasta hacerlos brillar. Cepillaban delicada y meticulosamente a los caballos. Les cambiaban con frecuencia la paja del suelo. Les daban de comer alfalfa y grano seco.

Al lado de las cuadras se abría un gran patio, con un cobertizo para guardar los carros que transportaban el algodón y las tartanas que paseaban al amo. En un lateral del patio, al descubierto, se levantaba una montaña de carbón para alimentar las calderas.

Un hombre ya mayor, llamado Tom, vigilaba día y noche las cuadras. Siempre atento a que los obreros no robásemos el grano de los caballos o que alguien saltara la tapia del patio, regresando por allí a la entrada de la fábrica.

La chimenea era el corazón de la fábrica. Se levantaba humeante sobre las calderas y los hornos, junto a un inyector de vapor que movía las poleas, correas y engranajes que movían toda la maquinaria. Era una nave grandiosa, la mayor de toda la fábrica. Todo se iniciaba con un movimiento lento que iba a más, poco a poco, como una locomotora de vapor. Había cierta belleza en aquella coordinación y encaje de cilindros, pistones, válvulas, correas, cables, ejes, cañerías, ruedas y embarrados. Unas máquinas situadas detrás de otras, dejando un pasillo para el paso de chicos y chicas arrastrando carros que alimentaban constantemente el material necesario. Pero el ruido, los chirridos y las explosiones eran infernales. No se podía hablar ni a gritos. La gente se entendía por señas. Me destinaron a esa nave de producción. La mayoría de peones eran más jóvenes que yo. Parecía un parvulario. Apenas era un complemento de la máquina a la que servía. Tenía que golpear la truca con un palo de madera, para soltar el almidón aprestado. Las máquinas se ponían en marcha tirando muy fuerte de una palanca de hierro. Tenían un pedal que subía y bajaba unos duros cepillos que rascaban el almidón. Teníamos que hundir los hilos en la madeja. La tensión de los hilos te despellejaba los dedos, que podían llegar a sangrar. Era muy peligrosa la corta distancia que existía entre el cepillo y la barra que giraba y tensaba la madeja de algodón. Allí, en un espacio de 25 centímetros, era necesario poner la mano y apretar con fuerza para colocar los hilos en su sitio. Si te equivocabas la barra podía aplastarte la mano y como mínimo te la despellejaba.

El trabajo se hacía a destajo y se contaba por los carros llenos.

Si los errores eran demasiado frecuentes o se paraba la máquina con demasiada reincidencia para evitar el aplastamiento de la mano, o del brazo si no se paraba con rapidez, te cambiaban de destino y te ponían a arrastrar carros, cobrando mucho menos.

En varias ocasiones se había dado el caso de gente a quien la máquina le había atrapado la mano y luego todo el brazo hasta el hombro, sin que nadie parase la maquinaria, porque no se oían los gritos a causa del tremendo ruido existente. La mayoría de esos jóvenes accidentados no se restablecía nunca completamente. El director los echaba de la fábrica y al poco tiempo otros jóvenes sustituían a los accidentados.

Demasiada hambre en las calles. La fábrica producía telas de algodón e inválidos. Vendía los primeros y ocultaba los segundos.

El director, después de uno de esos accidentes, nos decía que debíamos estar contentos y agradecidos, ya que éramos aprendices, pero cobrábamos como hombres adultos un jornal de 119 pesetas semanales. Y, además, se nos concedía un racionamiento especial en la empresa, aparte del racionamiento general.

Yo sabía que faltaba mano de obra adulta a causa del enorme número de presos y exiliados. Que el régimen explotaba a los jóvenes al máximo, como expresión de su rencor, venganza, desprecio, repugnancia y brutalidad hacia los hijos de los vencidos. Que nos convertía en esclavos. Que las jornadas de 12 y 14 horas a destajo enriquecían al patrón, al odiado amo. La fábrica era anuncio, antesala y preparación para la prisión.

Era una condena hora a hora, día a día, que marcaba nuestras vidas, chupando nuestro vigor juvenil.

Ese año 1945 mi hermano Eliseo fue destinado a un destacamento militar de servicios auxiliares de montaña, en Berga. Se rumoreaba que solo haría unos meses de mili, gracias a la enfermedad de su pierna.

Las cartas que recibíamos venían muy censuradas. Me olí algo extraño y decidí ir a verlo. Obtuve un salvoconducto en la comisaría de Pueblo Nuevo. Era un trámite indispensable para viajar a las comarcas cercanas a la frontera francesa. Me lo negaron por estar ya en quintas. Me advirtieron que, si me detenían fuera de la ciudad de Barcelona sin el salvoconducto, me considerarían prófugo y sería juzgado bajo tal acusación.

Cuando llegué a casa desde comisaría le dije a mi madre que me marchaba a Berga. Madre hizo un paquete de comida para mi hermano y me dijo que fuera con cuidado y que tomase todo tipo de precauciones.

Cogí el tren. Hice la mayor parte del viaje encima del techo. Cambié varias veces de vagón. En las paradas de las estaciones bajaba para esconderme. Cuando llegué a Berga me dirigí inmediatamente al destacamento donde estaba destinado Eliseo. Era una masía en lo alto de la montaña. En la casa estaba Eliseo, cinco soldados más, la Paquita y su hermana Lola. Paquita y Lola llevaban tres días en la masía. Quedé muy sorprendido; aquello era inimaginable. Eliseo me explicó que su novia Paquita estaba embarazada y que él solo deseaba marcharse a Francia junto a padre. Y que cuando estuviese establecido en Francia, a la primera ocasión que pudiera, llamaría a Paquita para reunirse con él.

Encontré en Berga a un vecino de la calle Amistad que también estaba haciendo el servicio militar, en automovilismo. Tenía permiso, junto a un grupo de soldados, para pasar unos días en Barcelona. Le conté mi situación y me uní a ellos para regresar a Barcelona sin ningún contratiempo.

Servicio Militar (1946)

El 2 de enero de 1946 ingresé en el servicio militar como marinero, destinado a la isla de San Fernando, en Cádiz. En el cuartel sufrimos tres meses de instrucción, que lucimos con las armas inservibles de la Guerra civil. Durante los ejercicios nos enteramos con alegría que no íbamos a jurar bandera. Jura que se había suspendido en la Marina hasta nueva orden. Terminado el período de instrucción de reclutas me dieron un breve permiso para ir a casa, Por el camino compré aceite, grano y todos los suministros que pudiera vender en el mercado negro al llegar a Barcelona. De tal forma, además de ganar algún dinero, me resultarían gratis los alimentos que me llevaba para consumo familiar.

Al llegar a casa me encontré a mi hermano Eliseo viviendo con la Paquita. Les dije que no estaba bien lo que hacían, porque mi madre tenía que mantenerlos a los dos. Eliseo me dijo que no los querían en casa de la Paquita, que estaba buscando trabajo y

que en cuanto lo encontrara se casarían. Pero Eliseo era de los que nunca se casaba con nadie.

Terminado el permiso, me destinaron al Ferrol del Caudillo. Primero estuve en un dique donde reparaban barcos. Luego me embarqué en un destructor, llamado Lazaga, que junto al Velasco y el Alsedo formaban la escuadrilla de escolta del yate Azor, en el que Franco pescaba o paseaba por las rías gallegas. Esta escuadrilla, cuando no hacía labores de escolta, hacía prácticas de tiro por cuenta de oficiales y guardiamarinas de la Escuela Naval Militar de Marín.

Llegaron vagas noticias sobre una huelga general en Manresa, que había estallado el 27 de enero en rebelión contra el hambre que atenazaba a los obreros. La huelga había sido reprimida salvajemente por la policía, con infinidad de despedidos y encarcelados. A causa de las constantes restricciones eléctricas, consecuencia de la *«pertinaz sequía»*, en cualquier momento la ciudad podía quedarse a oscuras y las fábricas paralizadas. Los obreros tenían que irse a casa, *«a esperar que den la luz»*. Los trabajadores tenían la obligación de acudir al trabajo bajo amenaza de sanción o despido. Y no se pagaba el tiempo no trabajado a causa de los apagones. Ésta fue la causa del primer conflicto. Los obreros exigieron a las empresas el pago de las horas de cortes eléctricos hasta obtener éxito en sus demandas. Acto seguido lucharon por un aumento general de salarios para compensar las constantes subidas de precios en los artículos de primera necesidad. Tras una corta huelga de brazos caídos, los patronos transigieron nuevamente y accedieron al abono de 45 pesetas mensuales en concepto de plus de carestía de la vida.

El 9 de febrero la ONU no aceptó el ingreso de España en esa organización mundial. Ese mismo día el guerrillero Cristino García, militante del partido comunista y héroe condecorado de la Resistencia francesa, y nueve de sus compañeros, fueron condenados a muerte en un consejo de guerra sumarísimo. Este hecho generó un gran revuelo político en diferentes países, sobre todo en Francia. El ministro francés de Interior interpelló ante la ONU por su liberación. En la madrugada del 21 de febrero se cumplía la sentencia y era fusilado en las tapias del cementerio municipal de Carabanchel Bajo, donde fue enterrado. Francia cerró la frontera. En Roma la Iglesia española glorificaba y justificaba la Cruzada franquista.

En una de las numerosas cartas recibidas de mi novia me enteré que mi hermano Eliseo estaba en Francia. Más tarde supe que un guía, contratado por mi padre, se había presentado a la puerta de nuestra casa en la calle de la Amistad. El guía le pasó por Andorra y le dejó a la puerta de la masía que habitaba mi padre en un pueblecito llamado Mirande, en el departamento de Gers.

Las cartas también me informaron que la Paquita había tenido un hijo de mi hermano, al que pusieron de nombre Eliseo, y que ambos vivían en casa de mi madre, en espera de que mi hermano Eliseo les mandase a buscar.

De vuelta a casa, con ocasión de un nuevo permiso, supe que la Paquita se había marchado a vivir con un primo suyo, con el que se acostaba. Supe también que la Paquita iba cada sábado (día de cobro) a esperar a mi madre a la salida del trabajo para pedirle dinero. Luego le daba el crío para que lo aguantara todo el fin de semana, y volvía a buscarlo cuando le parecía.

Padre y hermanos de la Paquita, cuando veían a mi madre por la calle, la insultaban y amenazaban, al tiempo que le preguntaban por su hijo Eliseo en Francia.



Me presenté en casa de los padres de la Paquita, que vivían cerca de nuestra casa, al lado de la Papelera Española de los Godó. Les dije a todos los allí presentes: padres, hermanos y cuñados que mirasen bien el instrumento que llevaba en las manos. Era una navaja de grandes dimensiones, aún cerrada. Que la había comprado pensando en ellos. Que era para quien volviera a insultar a mi madre, o a molestarla en lo más mínimo. Luego, con la navaja ya abierta del todo, medio metro en total, les dije que mi madre no era culpable de lo que su hijo hubiera hecho o dejado de hacer. Añadí que la Paquita podía quedarse en casa de mi madre, mientras se solucionaba la marcha a Francia, o hasta que mi hermano Eliseo decidiese poner fin a aquella relación, dado el proceder inadecuado de Paquita al irse a vivir con su primo.

Terminó el permiso y tuve que volver a la Marina, pero mi madre no volvió a sufrir ningún insulto ni menosprecio. Mi navaja no le gustaba a nadie. La Paquita continuó viviendo con su primo.

El 8 de diciembre de 1946 Franco organizó una manifestación de adhesión a su régimen, como desagravio por la ya inevitable condena de la ONU al régimen fascista vigente en España.

La resolución número 39 de la ONU decía así:

“La Asamblea General,

Convencida de que el Gobierno fascista de Franco en España, fue impuesto al pueblo español por la fuerza con la ayuda de las potencias del Eje y a las cuales dio ayuda material durante la guerra, no representa al pueblo español, y que por su continuo dominio de España está haciendo imposible la participación en asuntos internacionales del pueblo español con los pueblos de las Naciones Unidas;

Recomienda que se excluya al Gobierno español de Franco como miembro de los organismos internacionales establecidos por las Naciones Unidas o que tengan nexos con ellas, y de la participación en conferencias u otras actividades que puedan ser emprendidas por las Naciones Unidas o por estos organismos, hasta que se instaure en España un gobierno nuevo y aceptable.

Deseando, además asegurar la participación de todos los pueblos amantes de la paz, incluso el pueblo de España, en la comunidad de naciones,

Recomienda que, si dentro de un tiempo razonable, no se ha establecido un gobierno cuya autoridad emane del consentimiento de los gobernados, que se

comprometa a respetar la libertad de palabra, de culto y de reunión, y esté dispuesto a efectuar prontamente elecciones en que el pueblo español, libre de intimidación y violencia y sin tener en cuenta los partidos, pueda expresar su voluntad, el Consejo de Seguridad estudie las medidas necesarias que han de tomarse para remediar la situación;

Recomienda que todos los miembros de las Naciones Unidas retiren inmediatamente a sus embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados en Madrid.

La Asamblea General recomienda asimismo que los Estados Miembros de las Naciones Unidas informen al Secretario General, en la próxima sesión de la Asamblea, qué medidas han tomado de acuerdo con esta recomendación.

Quincuagésima nona reunión plenaria, 12 de diciembre de 1946”.

Casi todos los embajadores abandonaron Madrid, a excepción de la Santa Sede, Portugal, Irlanda, Suiza y la Argentina de Juan y Evita Perón. El aislamiento de Franco y la condena de su régimen como Estado fascista era una realidad.

El día 13 de diciembre, festividad de Santa Lucía, era tradicional que los estudiantes acudiesen a la capilla de la santa en la Catedral para reunirse con las modistillas. Pero aquel 13 de diciembre el encuentro no acabó en pasacalle y galanteos. Numerosos grupos de jóvenes, en su mayoría mujeres, empezaron a recorrer las calles céntricas al grito de «*Mueran los estraperlistas*» y «*Abajo el tres onzas*», mote con que era conocido despectivamente el gobernador Bartolomé Barba. La policía disolvió los grupos a golpe de porra, lo que provocó un apedreamiento de tranvías. Aquel alboroto era el principio de una oleada de huelgas.

El referéndum del SÍ (1947)

La dictadura necesitaba maquillarse y romper el aislamiento internacional.

La ayuda de la Argentina de Perón fue fundamental para superar una crisis alimentaria que estaba adquiriendo magnitudes de hambruna. Perón ya había concedido en octubre una línea de crédito a España, que permitió que pudiera importar 400.000 toneladas de trigo argentino, y tras la visita de *Evita* a España, en junio, otra por valor de 750 millones de dólares, a la que se sumó un convenio por el que Argentina se comprometió a abastecer a España con 300.000 toneladas de trigo y a subsanar los déficits de grano que se produjeran entre 1949 y 1951, además de suministrar maíz y aceite comestibles.

El voto siempre favorable a los países árabes en la cuestión judía, el catolicismo militante y la sobada madre patria hispanoamericana fueron las herramientas utilizadas para romper el aislamiento diplomático franquista. La llamada Guerra Fría se instauraba de forma permanente y amenazante: muro de Berlín, guerra de los franceses en Vietnam, guerra civil en Grecia, el peligro comunista contra Occidente...

¡La Guerra Fría hizo de la dictadura de Franco un firme e insustituible aliado de las democracias occidentales!

La creciente actividad guerrillera fue aplastada una y otra vez. Se encarcelaba, se torturaba y se fusilaba hasta el hartazgo. Los falangistas celebraban sus aniversarios a capricho, con sacas de presos en las cárceles. Los comités nacionales o regionales de la CNT cayeron siempre, sin remedio. Volvían a reorganizarse y volvían a caer, continuamente, en una sangría inútil. Solo conseguían palizas, años de cárcel o muerte.

Ya muy tarde, cuando todo había sucedido y ya nada se podía hacer, llegaron rumores de una huelga general en el País Vasco.

Por esas fechas, el acorazado *Lazaga* en el que navegaba, recibió órdenes de ir a Cádiz, donde una explosión en los astilleros *Echabarroeta* había causado más de ciento cincuenta muertos. Pero, sin más, se recibió la contraorden de navegar a lo largo de la

costa. Los rumores, más o menos disparatados, hablaban de una explosión atómica en la base americana de La Carraca, y también de una intensa acción guerrillera. El Lazaga siguió navegando, sin que nadie conociera su misión y destino. Un día nos plantamos ante las costas de Mallorca, donde ya esperaba el Miguel de Cervantes, barco en el que viajaban Franco y familiares. El Cervantes, con catorce buques escolta, puso rumbo a Barcelona. Fondeamos en el puerto a la espera de que Franco y su séquito visitaran Mataró, Montserrat, Vic, Granollers, Tarrasa y Sabadell.

En Barcelona se le preparó a Franco una multitudinaria concentración de trabajadores en Montjuic, que le vitorearon sin parar. Por la noche, comunión con la burguesía catalana en el Liceo. Ningún periódico pudo explicar que los trabajadores acudían a la manifestación amenazados de despido y retirada de la cartilla de racionamiento. El transporte fue prestado por camiones de las propias fábricas, que pasaban lista de los asistentes.

Elodia estuvo en esa manifestación, obligada a asistir por la empresa donde trabajaba. Todo el mundo gritaba vivas a la señal acordada. El sonsonete ¡Franco, Franco, Franco! martilleaba los oídos y envilecía voluntades. Y así hasta que recibieron la orden de regresar a sus casas.

Terminada la farsa, espectáculo para exportar al extranjero la adhesión del pueblo español a Franco, el Lazaga volvió a Vigo. Días después, los destructores Lazaga, Alsedo y Velasco escoltaban de nuevo al yate Azor de Franco por las rías gallegas. Evita Perón era la invitada de honor en el Azor. La prensa machacaba el viaje y peripecias de Evita y las buenas relaciones entre Argentina y España. Estados Unidos acordó un plan Marshall para Europa, del que España había sido excluida. Eso solo suponía más años de hambre y miseria para los trabajadores españoles. Los jerarcas del régimen declaraban que no necesitaban la limosna americana.

Se había convocado un referéndum para el 6 de julio sobre la ley de sucesión que convertía la tiranía de Franco en una monarquía sin monarca. Solo se permitió la propaganda favorable del propio régimen. Para votar era necesaria la presentación y sellado de la cartilla de racionamiento, que quedaba inutilizada sin ese requisito. Las potencias aliadas pronto tendrían formalmente lo que pedían: una votación y un régimen monárquico.

El artículo segundo otorgaba de modo vitalicio la Jefatura del Estado al Caudillo de España y de la Cruzada, Generalísimo de los Ejércitos. Era una fórmula que reunía todas las legitimidades carismáticas de su poder: el partido, la Iglesia y el Ejército, convirtiendo así a Franco en regente vitalicio de una monarquía sin rey, cuyo sucesor nombraría a dedo según su santa voluntad. Franco se permitió un placer de reyes y otorgó al general Moscardó el título nobiliario de conde del Alcázar de Toledo. La construcción de una tumba faraónica en Cuelgamuros, levantada con el trabajo esclavo de los vencidos, ordenada por decretos del 1 de abril de 1939 y 1 de abril de 1940, ya tenía Faraón. Y junto al Faraón se enterraría a vencedores y vencidos, traídos de toda España, para mayor gloria del déspota.

De cara a la galería diplomática, el Estado Nacional-Sindicalista se había transformado en una Monarquía Católica y Social. En el interior, una asfixiante propaganda política advertía, por radio y prensa que, fuera cual fuese el resultado del referéndum, el Caudillo continuaría al frente de la Jefatura del Estado y seguiría siendo Generalísimo de los Ejércitos y Caudillo de la Cruzada.

A medida que se acercaba el día de la votación, las consignas se endurecían y las amenazas atemorizaban al más valiente. El día anterior a la votación Franco hizo un pragmático discurso, señalando que un voto afirmativo no solo servía a la nación, sino al futuro de cada uno.

El domingo 6 de julio se formaron largas colas, vigiladas por falangistas. Cuando alguien les parecía sospechoso, le hacían mostrar su papeleta de voto. Si era afirmativa, le dejaban en paz; si era negativa, le sacaban de la fila a bofetadas y le entregaban a la policía. La mayoría iba a votar mostrando bien visible a todo el mundo el sí de su papeleta. Al votar sí te sellaban un papel con tu nombre y apellidos, certificando tu adhesión al régimen. Era indispensable para regresar el lunes a tu puesto de trabajo y para que no te retirasen la cartilla de racionamiento.

Se estaba representando la farsa que pedían los de la ONU.

El ministro de Gobernación, Blas Pérez González, anunció un grandioso éxito del sí en el referéndum, con un 93 por ciento de votos afirmativos. Se hizo famoso el chiste de que habían votado **SÍ** hasta los muertos, con una doble referencia al fraude y al miedo, porque hasta los muertos, acojonados, se habían levantado de sus tumbas y cunetas para que les sellaran el sí.

El 18 de julio, aniversario del golpe de Estado militar, Franco formó un nuevo gobierno en el que el ministerio estrella era el de Exteriores, encomendado a Alberto Martín-Artajo. Al mismo tiempo desaparecía el Ministerio del Movimiento, escondido como una secretaría anexa al ministro de Justicia, desempeñada por Raimundo Fernández-Cuesta. Romper el aislamiento y maquillar el régimen era la prioridad absoluta. Se inició el declive ideológico de Falange y su influencia, fuertemente aguada, aunque sin llegar a desaparecer, fue progresivamente sustituida por lo que luego daría en llamarse el nacionalcatolicismo. Aunque el inefable nazi Girón continuaba como ministro de Trabajo.

A finales de 1947 la actitud de las potencias occidentales hacia la España franquista empezó a cambiar, al producirse la ruptura en dos bloques de los antiguos aliados de la segunda guerra mundial. Era el inicio de la llamada Guerra Fría, que acabó favoreciendo a Franco, ya que España adquiría un nuevo valor estratégico para el bloque del «*mundo libre*» ante un posible ataque soviético sobre Europa Occidental.

El valor de decir no (1948)

A principios de 1948, licenciado ya de la mili, me presenté en el despacho de Can Serra. El director, muy amable, me ofreció en nombre de la dueña, señora Montserrat, y en consideración a mi tío Vicente, que había entregado su vida por-dios-y-por-España en la Guerra civil, el puesto de encargado en la sección en que, antes de ir a la mili, había trabajado. El actual encargado era ya demasiado viejo

Le contesté que no podía aceptar, porque era yo quien debía ganarse el cargo y no que me lo diesen como recompensa por los méritos de un muerto. Añadí, además, que no servía para encargado, porque en esta vida unos nacen para mandar y yo había nacido para trabajar. Y seguí hablando y hablando, dándoles las gracias por pensar en mí. Intentaba no perder el trabajo, tan escaso en aquel entonces. Pero en mi pensamiento me decía a mí mismo: “Envíalos a hacer puñetas. Lo que quieren es un cabo de varas, un tío sin entrañas que se pelea con los obreros para explotarlos más, aunque ello suponga más mutilados”. Ellos insistían; yo pensaba que eran unos desgraciados, que antes de la mili querían echarme y ahora querían hacerme encargado, convertirme en un perro a las órdenes del director. Y me pagarían con una sonrisa y algo de calderilla, mientras les sirviese.

Y yo hablaba y hablaba, más centrado en mi pensamiento interior que en lo que me decían, hasta que la voz autoritaria del director me devolvió al despacho. Era una voz recia y segura de sí, con un tono paternalista y duro al mismo tiempo. Me decía que me lo pensara bien. Que era una oportunidad de aquellas que solo se presentan una vez en la

vida. Que lo aprovechara para aposentarme bien en la fábrica y asegurarme un trabajo de por vida. Terminó diciéndome que me daba unos días para decidirme. Que estaba seguro de que acabaría aceptando.

A la semana de estar trabajando en la empresa, y al no haber aceptado ser encargado, me cambiaron de sección. Me destinaron a las calderas, en el taller de mecánicos. En ese taller estábamos el Valentín Pradas Nebot, el Narciso Petit Sabaté y yo. Petit era el encargado de la sección de calderas, y se le conocía con el mote de “el Siset”. Allí no se hacía nada sin su consentimiento.

El Valentín me explicó que ambos habían estado juntos en la zona roja durante la guerra, reparando los tanques averiados. Me dijo que al Siset, en la fábrica, le tocaba desempeñar un papel muy difícil. Debía contar con el parabién de la dueña y la dirección, para no topar con contratiempos y seguir trabajando sin problemas políticos.

Me confesó que supo por dirección que yo había rechazado el nombramiento de encargado y que la señora Montserrat se había alarmado y preocupado en demasía. Entonces el Siset le dijo al director que me enviase a su sección, que él me haría cambiar de opinión. Que el Siset lo había hecho para evitar que me despidieran y porque le había gustado mi forma de ser. El Valentín terminó diciéndome que con ellos estaría bien. Que no tendría ningún problema si sabía estar callado.

Me sorprendió todo el discurso. La opinión que en la fábrica tenían los trabajadores del Siset no era la que acababa de referirme Valentín, ya que era considerado por todos como un hombre de confianza de la señora Montserrat, aunque no existían pruebas de que fuese un chivato de la patronal.

Un día, mientras el Valentín y yo estábamos arreglando una bomba de extracción de aguas, muy cerca de la portería, vimos que, a la entrada de un carro lleno de algodón, el caballo resbaló, atrapando al portero (Modesto) entre el muro y el animal. A los gritos del carretero acudieron los oficinistas y muchos obreros del tinte y el apresto. Entre todos, conseguimos apartar al caballo y rescatar al Modesto, que respiraba con muchas dificultades.

Al día siguiente, supimos que Modesto había fallecido. Su esposa puso una denuncia como accidente de trabajo. Se hizo una especie de recogida de datos e información sobre lo sucedido. Ningún oficinista quiso recordar nada. Solo el cuñado del muerto, el Valentín y yo testificamos que el portero había sufrido un accidente de trabajo.

Se disculpó al cuñado por los lazos familiares que le unían al Modesto, sin dejar de mencionar que toda la familia debía estar agradecida a la Empresa por haberle dado trabajo, pese a su penosa condición de rojo exaltado durante la guerra, y que además era cojo. Rojo y cojo: debía felicitarle a la dirección por su acto de caridad en vida del difunto. Valentín defendió al portero, diciendo que era un devoto trabajador, que ya trabajaba en la empresa antes de la guerra y siempre había guardado una buena conducta. Le hicieron callar, advirtiéndole que él también había sido encarcelado por rojo y amenazándole que no tendrían en cuenta lo que acababa de afirmar. Tuvo que aguantar una bronca en público, en la que el director disfrutó humillándole.

El resto de trabajadores se contradecían unos a otros, según les interrogaban los abogados con mucha habilidad y parcialidad.

Yo expliqué lo que había visto, sin excusas ni florituras: “el Modesto había sido aplastado por el caballo”. El abogado de la empresa me preguntó si yo era médico para afirmar aquello. Cuando me negué a firmar la declaración que me presentaron siguió ridiculizándose.

Finalmente, se certificó que el Modesto había fallecido en su casa, a causa de las heridas sufridas durante la guerra y que su familia eran unos oportunistas que intentaban aprovecharse para cobrar una indemnización.

Todos los incondicionales a la empresa se felicitaron unos a otros por el éxito alcanzado. Los trabajadores hicimos una colecta para la viuda y su hija. El Valentín se encargó del dinero recaudado. Me dijo que había recogido una miseria y que muchos no habían dado nada, por temor a las represalias de la dirección. Concluyó que la única justicia que él conocía era la de la metralleta, pero que habían quedado muchos hijos de puta con vida.

Muchos años después, en plena Transición, Valentín, ya desquiciado después de sufrir muchas palizas y varios años de cárcel, iba enseñando su cartera. En un costado del portafotos llevaba el carné de la CNT y en el otro una foto de Franco. Explicaba que así podía engañar a unos y a otros y nadie le daría más golpes. Las palizas y la prisión le habían roto la razón, pero no le habían doblegado. Muy joven, durante la República, había militado en las Juventudes Libertarias y el 19 de julio de 1936 había participado en el asalto al cuartel de los Docks, conduciendo camiones con un ladrillo en el acelerador, para saltar, en el último momento, frente al portal de hierro del cuartel.

El 10 de febrero Francia reabrió la frontera.

Algunos meses después el Valentín, a la entrada del trabajo, me dijo que le habían dado una puñalada al Siset y estaba muy grave. El único remedio para curarle era inyectarle penicilina. Ese medicamento, en la España del momento, era inasequible y solo podía comprarse de contrabando en el puerto, en los barcos extranjeros y en alguna que otra farmacia, pero siempre a precios exorbitantes.

El Valentín me explicó que él y el Siset, en todas las reparaciones mecánicas que hacían, sustituían las piezas de cobre y plomo por otras de hierro fundido. Vendían las piezas así obtenidas en la misma fundición que les suministraba las de hierro. Otras veces la fábrica pagaba unas facturas, visadas por el Siset, sin que se entregara el género comprado. El Valentín me comunicó que desde aquel momento yo formaba parte del negocio. Todas las ganancias las repartiríamos entre los tres. Pero antes de repartir deberíamos recoger el dinero suficiente para comprar la penicilina, porque sin ella el Siset era hombre muerto.

Con lo robado durante varias semanas pudimos pagar a la fundición el dinero que nos había adelantado para la compra de la penicilina. El Siset consiguió la penicilina que necesitaba y una transfusión de sangre, hecha de cuerpo a cuerpo. La sangre era mía y del Valentín.

Nos llegó una carta de Francia. Nuestro padre y nuestro hermano nos reclamaban. El cónsul francés nos facilitó la documentación necesaria. Los viajes para toda la familia ya estaban pagados. Solo faltaba el permiso español para pasar la frontera. Mi hermana Carmeta y yo pusimos algunos impedimentos, porque no sabíamos qué tipo de vida nos esperaba en el vecino país. Antes de ir a Francia, queríamos casarnos y llevar a nuestras parejas. Nuestra madre se entristeció mucho al saber que dos de sus hijos se quedaban en España. Comprendió que ya éramos mayores y nos tocaba elegir cómo y dónde vivir. Nos dijo que los demás marcharían a Francia en cuanto nosotros estuviésemos casados.

Al conocer en Francia nuestra decisión, mi hermano Eliseo vino a Barcelona en moto. Llegó con muchas prisas, porque había pasado la frontera sin la documentación adecuada. Habló con la Paquita, pero no se reconciliaron; y la madre no permitió que Eliseo se marchara con su padre a Francia.

Mi hermano escuchó los inconvenientes que Carmeta y yo le expusimos. Nos respondió que hiciéramos lo que quisiéramos. Que quienes fueran a Francia serían bienvenidos, y que cuando estuviesen allí se vería su forma de vida. Se marchó con la moto tan rápido como había venido.

En la fábrica le dije al Valentín que me casaba aquel mismo año. Él pensaba hacerlo al año siguiente. El Siset nos propuso ganar algo de dinero con la reparación y

limpieza de las calderas de la fábrica. Eran unas calderas viejas de amianto que se estropeaban con frecuencia. Los encargados de su mantenimiento eran unos mecánicos que no se ponían a repararlas hasta que estaban totalmente frías, porque existía peligro de intoxicación. El enfriamiento suponía que dejaran de funcionar durante ocho o diez horas.

El Siset nos ofreció que las arreglásemos antes de su enfriamiento total, evitando en lo posible la intoxicación. La empresa ganaría unas horas de trabajo y nosotros, además del jornal, un extra que él negociaría con la dirección.

Con los chanchullos del cambiazo de piezas y el arreglo de las calderas pude pintar y arreglar el piso de la calle de la Amistad. Además de reponer puertas y cañerías, fui el primero del “hospicio” en poner luz eléctrica. Pedí un préstamo de cinco mil pesetas a Nupcialidad y nos casamos el 28 de noviembre. Como viaje de novios, nos desplazamos a Alcácer, cerca de Valencia, a casa de la tía Paquita, un matrimonio que había hecho de padres de Elodia durante su niñez. Elodia los quería como si fuesen sus verdaderos padres.

Iniciamos una nueva vida. Íbamos con lo puesto, pero no nos faltaba lo esencial: respeto mutuo, amor y ganas de vivir. Éramos felices.

En la prensa menudeaban arriesgadas acciones guerrilleras, calificadas siempre como actos de bandidaje. Sonaban nombres de anarquistas como Ramón Vila, Francisco Sabaté “el Quico”, Marcelino Masana, José Luis Facerías, Los Maños, etcétera. Entraban en las fábricas para animar y alentar a los obreros, hacían sabotajes contra CAMPSA o las instalaciones eléctricas, expropiaban bancos... pero la dictadura era cada día más fuerte. La guerrilla era una inyección de moral y una esperanza, pero era evidente su incapacidad para acabar con el régimen de Franco.

Marchar o no marchar (1949)

A primeros de enero mi hermana Carmeta se casó con Vicente Granell, quedándose a vivir en la calle de la Amistad, con todos nosotros, en espera de que mi madre y mis otras dos hermanas se marcharan a Francia.

Se acababa de crear una enseñanza media profesional, destinada a preparar obreros especialistas. Se prescindía de toda enseñanza humanística. Estaba dirigida por falangistas y estaba patrocinada por Girón, ministro nacional-sindicalista de Trabajo. No tenía más finalidad que la de facilitar a la industria mano de obra especializada, sin demasiadas pretensiones económicas, y que fueran adictos al régimen e incapaces de cuestionarlo.

Por mediación del Siset, fui a una de esas escuelas “industriales” para llegar a ser un buen mecánico, según me aconsejó. A las pocas semanas comprobé que estaba perdiendo el tiempo en aquella escuela de ideología falangista. No iba con mi forma de ser y abandoné las clases.

Al discutir con el Siset comprendí que la empresa había firmado y facilitado la documentación necesaria para ingresar en aquella escuela, sin mi consentimiento. El Siset me soltó un rollo que no pude creerme. Que la empresa quería hacer de mí un hombre de provecho, en quien podrían confiar. Y yo pensaba que lo que la empresa quería era otro chivato, otro látigo, otro vendido a la patronal. ¿Pero qué papel jugaba el Siset en todo aquello?

Hablé con mi esposa y llegamos a la conclusión de que si quería prosperar y encontrar un trabajo digno era necesario aprender más. Dos noches a la semana debía ir a una escuela (no falangista). A pesar de las estrecheces, mi matrimonio era muy beneficioso para ambos y éramos felices.

Franco vino de nuevo a Barcelona. Y otra vez todos los trabajadores fuimos obligados a ir masivamente a vitorearlo. Ya era un hábito. Mi mujer estaba embarazada.

Ambos tuvimos que ir a la manifestación. Que ¡Franco, Franco, Franco! bajo la mirada vigilante de directores y empresarios, con un calor insoportable. Horas y horas en pie hasta que las empresas habían pasado lista, para por fin poder marcharnos a casa. ¡Al día siguiente los diarios daban la sensacional noticia de que Barcelona y Cataluña entera estaban con Franco!

Había rumores sobre una delegación militar estadounidense favorable al ingreso de España en la ONU y en la OTAN. El 3 de septiembre una escuadra norteamericana fondeó en El Ferrol del Caudillo. Era todo un acontecimiento que no pintaba bien. La Guerra Fría estaba rompiendo el aislamiento de la Dictadura.

En noviembre José Sabaté, uno de los dos hermanos guerrilleros, y otros seis cenetistas son acribillados a tiros en las calles de Barcelona. Al día siguiente la prensa, tal como acostumbraba, hablaba de bandoleros y de una larga lista de crímenes y delitos de los asesinados.

1950: un año decisivo

El año 1950 quedaría grabado en nuestras vidas por la importancia de los acontecimientos vividos. Había empezado con la marcha de mi madre y dos hermanas pequeñas a Francia. Se habían llevado la bandurria como un preciado regalo para mi padre.

Al Eliseico, su madre, según el humor que tuviera y, al marcharse la abuela Carmen, lo llevaba con unos o con otros. Durante un tiempo se lo quedó su otra abuela Remedios. Aquel crío era un poco de todos y un mucho de nadie

En la calle de la Amistad habíamos quedado viviendo mi hermana Carmeta con su marido Vicente y su hijo Vicentico, además de mi esposa Elodia y yo.

El 19 de enero nacía mi hijo, y le pusimos de nombre Agustín; Agustinet para la familia. El parto fue muy difícil. Lo tuvieron que sacar con ganchos, desgarrando a la madre. Yo estuve presente y ayudé en el parto, por falta de personal en la clínica de la Ronda de Universidad.

La llegada de nuestro hijo a este mundo fue forzada. Él no quería nacer, no quería abandonar su refugio materno, no quería ver el mundo en el que le había tocado vivir. Se aferraba a las entrañas de su madre, en el silencio de la profundidad de su cuerpo, sin querer salir. Tras una sangrienta lucha, lo sacaron.

Estaba lleno de sangre, con señales del gancho por todo el cuerpo, amoratado hasta el violeta. No quería respirar, ni llorar. Después de unos baños de agua fría y caliente, aún no quería reaccionar a aquella tortura. Solo cuando le pegaron comenzó a llorar, con voz potente, más parecido a gritos de protesta que al llanto de un recién nacido.

Mi esposa Elodia, aún bajo los efectos del cloroformo, pero lúcida, me susurraba: “Agustín, ya tenemos algo nuestro: un hijo; un hijo tuyo y mío”. Era nuestra única posesión, de los dos. Ya teníamos un hijo y nuestro amor.

Todos los días iba a visitarles. Cuando salía me sentaba un rato en un banco, delante del edificio universitario. Me prometí a mí mismo que mi hijo algún día estudiaría allí. Y estaría preparado para la vida que le tocara vivir.

El día que Elodia y mi hijo salieron de la clínica, nos sentamos en aquel banco de la plaza y le expliqué mis sueños ante aquel imponente edificio de la Universidad. Elodia me respondió que allí solamente podían estudiar los hijos de los ricos. Y a nosotros bastante nos cuesta con poder sobrevivir. Al verme disgustado me dijo que cuando llegara el momento haríamos todo lo posible para que nuestro hijo pudiera estudiar.

Desde aquel día, en nuestras conversaciones, era habitual que hablásemos del porvenir de nuestro hijo, siempre relacionado con la Universidad.

La señora Margarita, propietaria del piso de la calle de la Amistad, al enterarse de que habíamos hecho obras y de que mi madre se había marchado, nos amenazó con el desahucio, sin más alternativa que poner el piso a mi nombre. Yo le respondí que el piso seguiría a nombre de mi madre, aunque, para evitar problemas, dejamos que nos subiera el alquiler al doble del que estábamos pagando. Los propietarios tenían todas las de ganar y sus abusos siempre eran respaldados por la autoridad y la ley. Era habitual el uso de la fuerza policial en los desahucios de familias, incluso con menores de edad.

En julio empezó la guerra de Corea. Se agravó la tensión internacional propia de la Guerra Fría. Parecía apuntar una nueva guerra mundial, que además podía ser atómica.

Franco comparó las tropas bajo mando de Mac Arthur con la División Azul. Lo cierto es que la OTAN valoró como muy necesaria y determinante la alianza con España en caso de un ataque soviético en Europa occidental. Estados Unidos recomendó a Francia y Reino Unido que mejorasen sus relaciones con España.

La guerra de Corea había hecho evidente la división del mundo en dos bloques. Franco se permitió el lujo de ofrecer tropas españolas a Estados Unidos para luchar en Corea.

Madre nos escribía con frecuencia, diciéndonos que estaba bien, pero que nos echaba en falta.

Se empezó a hablar del Opus Dei, de lo que era y de su influencia en el gobierno, que parecía desbancar a falangistas e incluso a los de Acción Católica.

China empezó a intervenir en una guerra de Corea que rápidamente se estaba internacionalizando.

El 4 de noviembre de 1950 la Asamblea General de la ONU revocó por amplia mayoría, gracias al apoyo estadounidense y a la abstención de Francia y Reino Unido, la resolución de condena del régimen franquista de diciembre de 1946. Votaron a favor treintaiocho países, en contra diez y se abstuvieron doce. En los meses siguientes regresaron a Madrid los embajadores occidentales y se aprobó la entrada de España en los organismos internacionales especializados de la ONU.

Se inician conversaciones para la instalación de bases estadounidenses en territorio español. Y se negocian créditos norteamericanos para ayudar al desarrollo económico.

A finales de año se presentaron en casa mi madre y mis dos hermanas menores. Mi hermano Eliseo las había acompañado hasta la frontera.

Mi madre nos explicó que cuando llegó a Mirande, padre e hijo solo tenían lo que llevaban puesto encima. Y, el uno al otro, se echaban la culpa de vivir al día. Nos contó que la llevaron a una casa vacía, de una sola habitación. Sin muebles, con dos sacos de paja en el suelo para dormir. Un cajón con una vela encima para alumbrarse.

Mi madre, que había esperado con tanta ilusión, año tras año, la reunificación familiar en Francia, para poder olvidar tantas penalidades... se encontraba ahora que debía empezar de cero, de nuevo, en Francia.

El disgusto fue tan fuerte que enfermó. Los meses que pasó en Francia lo hizo desfallecida en la cama, pidiendo a su hijo Eliseo que consiguiera devolverlas a España. Me explicaron que mi padre siempre calzaba botas de montaña. El ruido de sus botas sobre los escalones de madera era suficiente motivo para que mi madre tiritase por desasosiego y ansiedad. Hasta Natura y Libertad eran conscientes del malestar de su madre.

Rememoró que su esposo unas veces le decía que alquilaría una masía con tierras; otras que cuando regresara a Barcelona lo haría por la puerta grande y con todos los honores, por su lucha antifascista por una España Libre, tanto en tierra española como

francesa. Que a su regreso nada le faltaría. Solo era cuestión de esperar. Siempre aquella frase hueca de “el año que viene en Barcelona”.

En otras ocasiones se marchaba a Toulouse y regresaba sin dinero, porque se lo había entregado al sindicato, para los presos que estaban en las cárceles de España.

Mi madre, al comprobar que no había cambiado en nada, que lo sacrificaba todo a sus ideales como años atrás en España, decidió volverse a Barcelona sin comunicárselo a su marido.

Cuando supe todo esto escribí a mi padre y a mi hermano, reprochándoles su comportamiento y falta de previsión. Que nuestra madre nos supo tener y mantener a todos unidos durante los años más difíciles, pero que ellos habían sido incapaces de hacer nada. Y que para tenerlas unos meses en Mirande, hubiera sido mejor no llamarlas.

Con el regreso de mi madre y mis dos hermanas menores a la calle de la Amistad, se hizo materialmente imposible que viviéramos todos juntos allí. Así que le pedimos a la madre de Elodia que nos alquilara una habitación en su casa, en el pasaje Bori. Nos la alquiló al precio de lo que costaba todo el piso.

Teníamos que aguantar su mal carácter. Siempre nos repetía que nunca tendríamos nada. Que yo era un don nadie y que su hija se había equivocado al casarse conmigo. Oírla hablar y hablar en nuestra contra era desmoralizador y enloquecía a cualquiera.

Elodia y yo no le hacíamos ningún caso. Sabíamos que quería amargarnos la existencia. Todas las noches al acostarnos charlábamos un rato, dándonos ánimos y a la espera de que llegasen tiempos mejores. Nos quedábamos dormidos, abrazados los tres contra el mundo. Bajo las sábanas, cubiertos de pies a cabeza, jugábamos a creernos a salvo del mal y la miseria.

La ayuda americana no se reflejaba en la vida cotidiana. En Barcelona proseguían los cortes de agua y de electricidad. La corrupción era el rayo que no cesa. El racionamiento continuaba siendo un paliativo del hambre.

La huelga de tranvías (1951)

En enero de 1951 la Sexta Flota americana llegó al puerto de Barcelona. Con sus jeeps. Con sus marines repartiendo chocolatinas y chicles por las calles, entre bandadas de niños hambrientos. Grupos de pedigüños los acompañaban constantemente como gaviotas. Las putas hacían horas extras y cobraban en dólares. Todo era un tanto penoso y degradante.

El Valentín y yo nos dedicamos a comprar piezas de bicicleta en los encantos viejos. Junto con el Siset rectificábamos y pulíamos las piezas en el torno de la fábrica. Quedaban como nuevas. Luego las vendíamos. Además de ganar unas pesetas conseguí hacerme una bicicleta para mí.

La Paquita pronto se enteró que mi madre había regresado de Francia. Se presentó en la calle de la Amistad con su hijo Eliseico en brazos. Vestía un abrigo de pieles y pregonaba que no le faltaba de nada. Más tarde supimos que estaba *ajuntada* con el hijo del dueño del bar El Sable, en la calle de Mariano Aguiló.

Mi madre hacía faenas en las tiendas, lavando y fregando, a la espera de que la llamasen de alguna de las empresas de tripas, por mediación del matadero, donde había ido a visitar a sus viejos compañeros de trabajo para pedirles faena. Mientras tanto yo la ayudaba económicamente en lo que buenamente podía.

La dictadura parecía eterna. En la calle se percibía un descontento creciente. El malestar era evidente, generalizado y profundo. El salario de un trabajador en el textil era de 65 pesetas semanales. Una docena de huevos costaba 29 pesetas.

Barcelona vivió, lo quisiera o no, las Jornadas de la Santa Misión. Sermones y pláticas cristianas llegaron a todos los rincones de la ciudad. Pecadores y penitentes debían hacer las paces con su dios. Se hicieron masivos y brillantes actos masoquistas de celebración de las Jornadas.

La compañía de tranvías anunció la subida de tarifas en veinte céntimos para el billete normal. Parecía que toda una colectividad hubiera esperado un pretexto para reventar. El aumento del tranvía fue la chispa que provocó el estallido.

Los días 7 y 8 de febrero circularon por las fábricas consignas que se difundían como un viento huracanado. De fábrica en fábrica, de grupo en grupo, de calle en calle y en los buzones aparecieron octavillas espontáneas y anónimas, hechas a mano y sin siglas, que llamaban a no coger el tranvía. Debía ser un acto de protesta general y masiva. Muchos se sumaban entusiastas, copiando varias veces el mismo escrito, como un eco del hambre.

El 24 detonaron los primeros incidentes y los tranvías fueron apedreados. La cólera de la gente engalanó las calles, que aparecían llenas de piedras y cristales rotos. Era sábado. La policía detenía a estudiantes y trabajadores y a todo el que podía, estuviese o no remotamente relacionado con el motín. Cristales rotos por todas partes.

El 27 se clausuró la Santa Misión. Los disturbios se generalizaron. Más roturas de cristales de los tranvías. La consigna de no coger los tranvías era seguida de forma masiva y total. Los pocos que viajaban en tranvía eran policías o falangistas. El boicot de los usuarios era total y las autoridades y los jerarcas falangistas no acertaban a tomar medidas adecuadas contra gente que había optado sencillamente por ir a pie al trabajo. Era un espectáculo alentador ver como los tranvías circulaban vacíos, con los cristales rotos. El jolgorio general, inédito hasta entonces, invitaba a sumarse al boicot.

El 28 los tranvías salieron a la calle bajo protección policial. El público proseguía el boicot y en cuanto podía, los apedreaban.

El 29 las calles eran riadas de gente acudiendo a pie al trabajo. Era como si los tranvías no existiesen. Los tranvías iban vacíos, la gente sentía dignidad y autoestima en lo que hacía. La irritación, los abusos de las autoridades y el malestar se descargaban con pedradas o simplemente caminando.

Así llegó al 1 de marzo, cuando el boicot a los tranvías amenazó con transformarse en una jornada de lucha. Había gritos de llamada a la huelga general. Un numeroso grupo de obreros golpeó la puerta de nuestra fábrica. Nos rugían que parásemos las máquinas y nos uniéramos a la huelga. Las puertas, aporreadas fuertemente desde el exterior, eran un grito más ensordecedor que los motores, artilugios y poleas. Yo paré la máquina de vapor y en pocos minutos toda la fábrica quedó en silencio. El Valentín y otros abrieron el portalón. Los de afuera gritaban: “¡esquiroles, fascistas!”; y los de dentro, unos voluntarios y otros a empujones, salimos a la calle. Y de fábrica en fábrica íbamos llamando a la huelga general. Unas tras otra, todas las fábricas iban cerrando.

La calle Almogávares era un hervidero de obreros que gritaban “¡libertad y justicia!” con el puño en alto. Ya no era necesario aporrear las puertas de las fábricas porque, antes de llegar la manifestación o los piquetes, las puertas se abrían y sus trabajadores se sumaban a la huelga.

En lo alto del puente de Marina una nube de policías nos estaba esperando. En cuanto nos acercamos, la policía a caballo cargó contra nosotros, aporreándonos. Nos defendimos tirándoles piedras y botellas con gasolina, con un trapo encendido metido en el cuello a modo de mecha. La masa de obreros se deshacía y cada cual intentaba ponerse a salvo. Nos volvíamos a reagrupar en otro lugar y se reproducían de nuevo las manifestaciones.

Al llegar a casa me encontré con Elodia. Ella también había dejado el trabajo, con la consigna de ir a la huelga general. Una consigna espontánea y sin siglas de ningún tipo.

Por la tarde, una manifestación llegó hasta la plaza de Sant Jaume con un lirio en una mano y una botella de Agua del Carmen en la otra, como burla a la vedette Carmen del Lirio, amante del infame gobernador civil, Eduardo Baeza Alegría, jerarca falangista enfrentado a otros jerarcas del régimen franquista.

Los grupos de piquetes se hicieron omnipresentes. En todas las grandes factorías se incitó al paro, que se fue extendiendo por todas partes. Comercios y talleres pequeños también fueron echando el cierre.

El 12 de marzo la huelga general era un hecho real. Casi toda la industria había parado. Era impresionante. Los trabajadores en la calle estaban a la espera de acontecimientos. Los rostros mostraban alegría y esperanza, como el 19 de julio de 1936.

Por la tarde, la Guardia civil ocupaba los edificios públicos y puntos estratégicos. Unidades de la Marina de guerra fondearon en el puerto. Los enfrentamientos con la Guardia civil produjeron varios muertos.

A la mañana siguiente, 13 de marzo, llegaron trenes y camiones repletos de policías, procedentes de otras provincias. La Infantería de Marina desembarcó, tomando posiciones en el puerto y alrededores.

La huelga general continuaba en Barcelona y se extendía a Manresa, Tarrasa y Badalona. El día 14 la huelga aún continuaba en la ciudad de Barcelona, tomada por las fuerzas armadas, la policía y la guardia civil.

La resonancia de la huelga fue extraordinaria, pese a la censura de la dictadura. La prensa y radio extranjeras se hicieron eco de los sucesos de Barcelona, bautizándolos como la primera protesta colectiva contra el régimen franquista.

Finalmente, el gobierno retrocedió. El gobernador Baeza y el alcalde de Barcelona fueron destituidos y un telegrama llegado de Madrid dejaba en suspenso el aumento en el billete del tranvía. Los billetes con el aumento a 70 céntimos fueron estampillados con el precio anterior de 50 céntimos. ¡En Madrid el precio del billete era de 40 céntimos!



Numerosos cenetistas fueron encarcelados en las odiosas mazmorras de Montjuic. Miles de obreros fueron detenidos y juzgados por la jurisdicción militar. Otros muchos fueron despedidos de las fábricas. En numerosas industrias se despedía a toda la plantilla, como en la Hispano-Olivetti.

En cuanto a mí, al presentarme al trabajo, vi que en el portalón estaba el director acompañado por la policía, haciendo una depuración del personal obrero a pie de calle.

Cuando nos llegó el turno, a mí y al Valentín nos dejaron pasar, contrariamente a lo que nos esperábamos.

El Siset nos dijo que había hablado a nuestro favor. Supimos entonces que, al salir de la fábrica para sumarnos a la huelga general, el Siset y otros encargados volvieron para cerrar las puertas y vigilar la fábrica.

El Siset explicó que había dicho a la dirección que él mismo había dado orden de parar las máquinas y abrir las puertas, para evitar que los exaltados pudieran dañar la maquinaria. De esta forma nos salvamos del despido o de la cárcel. El Siset, como siempre, quedaba estupendo, tanto para los trabajadores como para la dirección. Pero nosotros (el Valentín y yo), aunque agradecidos con el Siset, empezamos a dudar de su integridad.

La huelga barcelonesa no terminó, como siempre, con una fuerte represión local, sino que se extendió a otras provincias españolas, alcanzando proporciones gigantescas en Euzkadi los días 23 y 24 de abril. La explicación no era el activismo de los comunistas o de tal o cual sigla, como vendían los franquistas, sino el malestar social, el hambre y la miseria.

A consecuencia de estos disturbios cambió el gobierno, reapareciendo de nuevo con rango ministerial la Secretaría General del Movimiento, que desde 1945 se había camuflado o desaparecido. Se crearon dos nuevos ministerios: el de Información y Turismo, regido por Arias-Salgado y el de Presidencia, encargado a Carrero Blanco.

Continuaban intactas las causas del malestar: sueldos insuficientes, cartilla de racionamiento, miseria y corrupción.

La madre de Elodia nos exigió cobrar por el cuidado de nuestro hijo, mientras Elodia trabajaba de tejedora. Yo intenté aumentar los ingresos haciendo algo de estraperlo de pan. Iba con la bicicleta y una mochila grande a la espalda. Al alba ya estaba recorriendo los pueblos cercanos a Barcelona, para llegar puntualmente a mi trabajo. Vendía el pan en la fábrica y a los vecinos que lo pedían de antemano.

Ese pan me costaba mucho sudor. Siempre con el temor a que me lo quitaran en los controles o por la angustia de llegar con retraso al trabajo. Las ganancias eran dos kilos de pan y algunas pocas pesetas.

Algunas siglas intentaron convocar una huelga general para el primero de mayo, aprovechando las luchas de los meses anteriores, pero la espontaneidad y frescura del boicot a los tranvías ya se había esfumado. Esa convocatoria política fue un fracaso.

Nos llegó noticia de que la Paquita había encerrado al Eliseico en un asilo. Mi madre y yo fuimos a verlo. Estaba en Can Tunis, cerca del cementerio. Nos sorprendió ver cómo los chiquillos vagaban de un sitio a otro por el patio. Todo el día iban amontonados, como en un campo de concentración.

Al día siguiente volví a verlo. Estaba con su abuela materna. Los dos llorando en la reja. Llevaba la misma ropa del día anterior, con mugre hasta en los ojos. Hablamos con el conserje, un hombre mayor. Nos dijo que había tantos niños abandonados que el personal, insuficiente, no podía atenderlos a todos. Hacían lo que podían. Muchos de aquellos niños no tenían ni cama donde dormir. Al ver que me interesaba personalmente por el Eliseico me dijo que lo sacara de allí lo antes posible. Por muy mal que estuviese conmigo, y por muchas carencias económicas que sufriese, siempre sería mejor que permanecer en aquel antro para desgraciados.

Nos informó que, si firmaba la madre un permiso para sacarle del centro, haciéndome yo cargo del niño, y siendo familiar suyo, no habría ningún problema.

Fui al domicilio de la Paquita y después de mucho hablar y hablar y de suplicarle que me firmara el permiso, lo hizo. Pude comprobar que no sabía exactamente dónde estaba su hijo, porque ella hablaba de un colegio y no de un asilo de huérfanos.

Posiblemente el tren de vida que llevaba con su novio rico, los problemas habituales de alcoholismo y su profunda ignorancia, la habían llevado a un comportamiento perjudicial para su hijo, del que no era consciente.

Cuando llegué al asilo con el permiso firmado, el conserje se puso muy contento. Me hizo pasar a un despacho donde firmé unos papeles, comprometiéndome a velar por su educación y sustento. Luego el director y un empleado de la Protectora de Menores mandaron al conserje a por el Eliseico.

Salimos muy deprisa de aquella institución, sin mirar atrás, llorando por dentro nuestra inmensa alegría, que se transmitía de uno a otro con una fuerza inexplicable. Elodia estaba contentísima de que Eliseico estuviese con nosotros. Los cuatro dormíamos en la misma habitación. Lo llevamos a una escuela cercana.

La madre de Elodia no dijo nada. Eliseico le gustaba, o le daba pena. Mi madre empezó a trabajar en su oficio en Sant Boi de Llobregat. Se marchaba al amanecer y no regresaba hasta el anochecer.

Un día, después de la jornada de trabajo, me desmayé en casa. El médico nos dijo que se debía a una intoxicación por la limpieza y reparación de calderas recubiertas de amianto. Que lo dejase o las calderas acabarían conmigo.

De vuelta al trabajo supe que lo mismo le había pasado al Valentín. Y que había discutido con el Siset, porque éste se emperrecía en que continuásemos arreglando calderas. Llegó a decirle que se metiera él en las calderas, que nunca lo había hecho, aunque cobraba lo mismo que nosotros.

El Siset fue a dirección, explicando que las calderas se estropeaban con tanta frecuencia por culpa del Valentín. A las pocas semanas fue despedido, porque el Siset había cargado sobre las espaldas del Valentín todos los chanchullos que manejábamos los tres: el cambio de piezas de cobre por otras de hierro, la remodelación de las piezas de bici y otras de las que ni Valentín ni yo teníamos ni idea.

El Valentín entró a trabajar en la Papelera de los Godó, que cerraba la calle de la Amistad en uno de sus extremos. Yo proseguí en el mismo lugar de trabajo, al margen del Siset, con mis propios chanchullos (como el resto de trabajadores) y el estraperlo del pan.

A finales de año se apreció una ligera mejora en los productos que se abastecían mediante la cartilla de racionamiento. Vimos con asombro que las patatas, los garbanzos y las lentejas podían comprarse libremente, sin tasa alguna de consumo. Se apreciaban síntomas de una próxima salida al espantoso túnel iniciado con la guerra. Los trabajadores pronto dejaríamos de ser muertos de hambre para ascender a la categoría de pobres de necesidad.

La Modelo (1952)

Toda España vivía por y para un acontecimiento extraordinario, que iba a tener a Barcelona como escenario. Era el año del Congreso Eucarístico Internacional.

Toda la ciudad se entregó a las tareas preparatorias de aquel magno acto de fe.

Dado el abandono de la ciudad, pronto se vieron brigadas de hombres que se afanaban en limpiar y dar esplendor a la urbe. Se eliminaron los montones de cascotes que daban aquí y allá sensación de campos de batalla o restos aun no eliminados de bombardeos. Se rellenaban zanjas y nivelaban los baches. Se lustraban fachadas y se arreglaban farolas. Se reponían postes torcidos o señales deterioradas.

La expectativa del gran acto de caridad y amor que significaba el Congreso no fue motivo de perdón o generosidad para los vencidos en la Guerra civil. Se publicó en los diarios el cumplimiento de cinco sentencias de muerte a elementos de la guerrilla urbana.

También se hizo una limpieza espiritual y moral de la ciudad. Se detuvo a personas con antecedentes políticos, putas y carteristas. Las putas, que esperaban hacer su agosto con los congresistas, fueron trasladadas a Tarragona. El Boletín Oficial decía que la población brindaba alojamiento gratuito y voluntario a los congresistas. Fueron muy escasos los particulares que acogieron en sus viviendas a esos huéspedes gratuitos. Se cerraron prostíbulos y *meublés*, aunque estuviesen regentados por militares o falangistas. Se obligó a que se engalanaran balcones y ventanas, con el objetivo de dar un aire festivo a la ciudad. La Iglesia Católica obtuvo la promesa solemne de que ya no se fusilaría a nadie más... en el Campo de la Bota, o que al menos dejaría de hacerse de forma masiva y tan frecuente.

Potentes altavoces hacían sonar repetidamente el himno del Congreso: “Cristo en todas las almas y en el mundo la paz”.

Se vació un piso en el pasaje Bori. Con lo ahorrado por Elodia no teníamos suficiente para comprometernos. Nos hacía falta más dinero. Para conseguirlo me puse en contacto con dos compañeros de la fábrica: Guillermo y Barbero. A la hora de salida, me quedé dentro, escondido. El sereno hacía sus rondas nocturnas. Cuando estuvo muy alejado, abrí la puerta al Guillermo, mientras el Barbero continuaba con un carro cerca del portalón.

Guillermo y yo subimos al primer piso. Guillermo vigilaba al sereno. Yo transportaba las balas de algodón desde la fábrica hasta la terraza, donde la dueña tenía su vivienda. Desde allí los tiraba a la calle. En cuanto el carro estuvo lleno, el Guillermo y yo saltamos desde el primer piso.

Llevamos el carro hasta Badalona, donde se lo vendimos al Martínez, con quien había trabajado en Casa Huciol. Pensé en vendérselo a él porque vivía lejos de Pueblo Nuevo. Sabía que una cantidad tan grande de algodón no pasaría inadvertida. Y que habría jaleo en todo el barrio. Así ocurrió. La policía registró todos los traperos del Clot y de Pueblo Nuevo y detuvo a varios compradores de género robado, que tenía fichados. Pero nadie sabía nada.

Habíamos acordado que el lunes nadie faltaría al trabajo. Pero el Guillermo no se presentó, con la excusa de que estaba enfermo. A los tres días de su ausencia la policía sospechó de él y fueron a su domicilio.

El 7 de febrero, mientras trabajaba en el cuarto de máquinas, el Siset se presentó acompañado de un policía de la secreta y de dos uniformados, y les dijo, señalándome: “ése es”. Me esposaron como a un criminal.

Al paso por la calle interior de la fábrica, todos me miraban con recelo, temerosos de ser los siguientes si yo les delataba. A la puerta del despacho todos los oficinistas estaban a la expectativa. El secreta se dirigió al director, al tiempo que me empujaba y presumía en voz alta: “les hemos cogido a todos; éste es el jefe”. Me introdujo a empellones en un coche de la policía, aparcado ante el portalón.

De camino a la comisaría del Clot, el poli de la secreta me decía: “no tengo nada contra ti; yo cumplo con mi deber. Ya sé que no eres culpable y si un día me encuentras por la calle, espero que tomemos unas copas, juntos. Solo cumplo órdenes”.

En una habitación de la comisaría estaban ya el Martínez y el Guillermo. Éste, al verme, empezó a llorar, gimoteando que le habían pegado hasta confesarlo todo.

El secreta me aconsejó que no me pusiera tonto o me darían una paliza: “Guillermo ya lo ha contado todo”. Me dijo que firmara la confesión, alcanzándome un papel. Yo dije muy seguro que no firmaba nada, y que me daba asco oírle hablar. Por una parte, se hacía el bueno y, de otra, me obligaba a someterme a lo que él quería.

Me levantó la mano con intención de pegarme un puñetazo; pero no sé por qué, no se atrevió. Mandó que me encerrasen en un calabozo.

Al verme recluso empecé a golpear con los puños las rejas y las paredes, hasta que me cansé. Una vez calmado, llegaron los demás. Pusieron una tabla sobre la reja, a modo de puerta con un agujero por el que podían vigilarnos. Desde dentro no podíamos ver que sucedía al otro lado; solo se veían los pies de quien miraba por el visor.

Entre los muchos que por allí pasaron, reconocí las botas de un guarda de la fábrica, los zapatos del director, los de un corredor de comercio, los del chófer y los del Siset, el chivato hijo de puta.

A medianoche, el comisario me hizo subir a su despacho. Yo tiritaba de frío, porque el calabozo era muy húmedo. Me incitó a que firmara mi declaración de culpabilidad. Me negué. Me enseñó el papel, mientras decía que daba igual, ya que tenía suficientes declaraciones firmadas: del director de la fábrica, el corredor, el Siset, varios oficinistas y de los otros dos inculpados.

Al bajar al sótano, en el cuerpo de guardia, me entregaron una manta, que habían traído mi mujer y mi madre, sin que me dejaran verlas. De vuelta al calabozo desaté mi ira contra el Guillermo, dándole de bofetadas, mientras le recriminaba que, si el lunes hubiese ido al trabajo, como habíamos acordado, nada hubiera pasado.

A la mañana siguiente, nos sacaron del calabozo y nos introdujeron en una camioneta, custodiada por policías armados, que nos trasladó a la comisaría de vía Layetana. Allí, nos pusieron en los calabozos del sótano, que estaban repletos por una masa de gente de todas clases y tipos. Unos lloraban, otros se insultaban entre sí; había quien cantaba, pero la mayoría se lamentaba de su mala suerte.

Pasamos la noche y todo un día, amontonados. Me llevaron a los ficheros, donde me hicieron una foto, con un número en el pecho, y debajo del número la palabra “Robo”.

Al día siguiente, una camioneta celular nos condujo a los calabozos del Palacio de Justicia. Allí, pude ver a mi mujer y a mi hijo. Fue una alegría inmensa. Le dije a Elodia que me buscara abogado. Le di la dirección de uno con el que ya había hablado. Era un abogado laboralista que se llamaba Antonio Cuenca y tenía su despacho en la calle Lauria.

Ese mismo día me trasladaron a la Prisión Modelo, en la calle Entenza.



El panóptico

La camioneta nos dejó en el centro del patio. La puerta de entrada, a nuestras espaldas, estaba cerrada. Pasaron lista. Custodiados por cuatro guardias de prisiones, anduvimos en fila india por una galería con forma de túnel. A medida que pasábamos las rejas de las puertas se abrían y volvían a cerrar. El túnel parecía interminable. Por fin, llegamos a una especie de gran plaza central, cubierta con una gran bóveda de cristal, semejante a la de una catedral. En el centro de esa plaza interior se levantaba una glorieta

redonda, elevada sobre el suelo, como si fuese el altar mayor. Era el centro del presidio. Desde esa glorieta, cubierta de cristales irrompibles, los guardias armados visualizaban las distintas galerías que confluían en aquel ojo y eje central de ignominia y esclavitud. Era un panóptico. Muchas cárceles, cuarteles, escuelas y fábricas coinciden en esa misma estructura de panóptico. Un ojo guardián controla fácilmente desde el centro todo el edificio, donde presos, soldados, alumnos y obreros son vigilados, controlados y esclavizados. Es la forma geométrica que define al capital y su esclavismo. España entera era un panóptico, controlado por un asesino desde la Jefatura del Estado.

Veía la cárcel como una estrella de mar. Sus brazos eran las distintas galerías. La bóveda central, o altar mayor, su corazón. Desde la glorieta se controlaban todas las galerías. Cada galería tenía un número. El acceso a las galerías estaba cerrado por una reja, que solo podía abrirse desde la glorieta central. Todo pasaba y se controlaba desde ese eje-ojo-altar central. Cada galería terminaba en un grueso muro de piedra. En ambos costados de cada galería se alineaban las celdas. Cada galería tenía dos pisos de altura. Cada celda tenía un ventanuco a la altura del techo, que daba a un patio interior. Para mirar fuera de la celda era necesario subirse a los hombros de un compañero y agarrarse a los gruesos barrotes del ventanuco, hasta que un guardia a toque de pito nos lo prohibía. La puerta de la celda era una enorme tapa cerrada de hierro, con una trampilla en el centro por donde pasaban la comida.

Las celdas eran muy pequeñas, pensadas para cuatro personas; pero en las que se hacinaba a doce presos. En cada celda había un váter y un pequeño lavabo, en un rincón, a la vista del resto de presos. Se dormía sobre unas colchonetas asquerosas y mugrientas, cubiertas por unas mantas llenas de piojos. Algunos intentábamos evitarlas y procurábamos dormir en el suelo y contra la pared, sentados y vestidos.

El primer día me pelaron al rape, en el pasillo, delante de la celda. Una vez al día abrían todas las cancelas de la galería, para que pudiésemos pasear por la galería de los pasos perdidos y hacer algo de ejercicio. Intenté encontrar a mis compañeros de furgoneta, pero no los encontré. Sí que me topé con muchos conocidos del barrio, gente que a lo mejor solo conocía de vista por haberme cruzado con ellos de ida al trabajo, con el bocadillo envuelto en papel bajo el brazo, muy de madrugada.

La gente se intercambiaba preguntas: ¿cuánto hace que estás aquí?, ¿por qué?, ¿cuándo sales? O hacía observaciones: ¡Mira, aquel es de la fábrica tal o cual!

En una ocasión me saludó un desconocido a quien no recordaba, que resultó ser el Busquet, un catalán que había estado conmigo en la Isla de San Fernando durante el servicio militar. Se había enfrentado a un cabo chusquero legionario que nos amargaba la vida y nos insultaba como a catalanes-hijos de puta-separatistas-rojos de mierda. Le cogió el cuello con una sola mano y cuando consiguieron que soltase al legionario, éste había perdido el conocimiento. Luego desertó. El legionario nunca más volvió a meterse con nosotros. Me interesé por su vida y me contó que había marchado a Francia como prófugo. Había estado en el maquis y hacía pocos días que le habían detenido. Estaba en la Modelo de tránsito al Penal de Burgos. Al día siguiente supe que le habían trasladado a la galería de los presos políticos.

El tiempo se hacía eterno y las condiciones de vida eran inhumanas.

La excarcelación

De modo que un día me llamaron. Me hicieron poner en una fila de presos. Fuimos pasando por el mismo sitio que a la entrada, pero en sentido inverso. Las puertas se abrían a nuestro paso y se volvían a cerrar detrás en cuanto habíamos pasado. Al llegar al patio

nos cachearon de pies a cabeza. Luego pasaron lista, y al final nos gritaron: ¡Sois libres!” y se abrió la puerta de la calle.

Parecía un sueño. Me invadió una inmensa alegría. Miré hacia atrás, hacia aquel terrible edificio y sin querer pensé: “¿hasta cuándo?”. Sacudí la cabeza para echar fuera aquellas oscuras conjeturas. Me puse a correr, porque no tenía dinero para coger un transporte, y también para desahogarme de aquellos paseos dados en la sala de los pasos perdidos. Corría para sentirme libre.

Al llegar a casa encontré a Elodia, que me esperaba ansiosa. Lo primero que hice fue besarla a ella y a nuestro hijo. Me saqué toda la ropa, llena de piojos, y me bañé en un barreño, dentro del lavadero de la galería.

Elodia me explicó, entre lágrimas, que su madre estaba de muy mal humor y nos había quitado el único regalo que nos hizo cuando nos casamos: el colchón donde dormíamos. Ahora teníamos que dormir sobre el somier. Me enumeró que le había hecho pagar el alquiler del piso por adelantado y que quería echarnos a la calle. Además, le hacía pagar el encargarse del pequeño, por día. Mi madre se había llevado al Eliseico para aliviar la situación. Ahora vivía con ella en la calle de la Amistad.

Fui a ver a mi madre Carmen, quien me dijo que podíamos ir a vivir con ella en cuanto quisiéramos, que ya nos arreglaríamos entre todos de la mejor manera posible. Me dio mil pesetas para comprar el colchón.

Al día siguiente fui a ver al abogado. Entre los honorarios, la fianza de mi libertad provisional y los abusos de la madre de Elodia me quedé sin un céntimo de todo lo que Elodia había ahorrado con vistas a buscarnos otro piso, el que había quedado vacío en el pasaje Bori, y así poder vivir solos.

En cuanto salí del despacho del abogado me dirigí a Can Serra. Al verme con la cabeza rapada, recién salido de la cárcel, los obreros me miraban al principio de reojo. Luego muchos me saludaron efusivamente, quizás porque la policía no se había llevado a nadie después de mi detención.

El Siset, en cuanto me vio, vino a saludarme. Me tendió la mano, con una amplia sonrisa de bienvenida en su cara. Le dije: “¡qué hijo de puta eres! ¿Dónde tienes la hombría y la vergüenza?”. Expliqué a todo a quien quiso oír quien era el Siset. Y mirándole a la cara dije, en voz alta para que lo oyera todo el mundo: “¡Lástima de la sangre que te di y de la penicilina que compramos para salvar a un chivato de la patronal!”. Insistí; ¿por qué no le dices a tu ama, la Montserrat, que robamos en la fábrica para salvarte la vida?

El Siset se marchó sin decir nada, y se escondió de todos. Alrededor se había formado un nutrido corrillo de trabajadores. El director gritaba con intención de disolver el grupo, pero como era la hora de comer nadie le hizo el menor caso. Aproveché para gritarle al director que me pagara lo que me debía; los días que había trabajado antes de mi detención. Le desorientó extraordinariamente que utilizara el tuteo.

Ya en el despacho del director, le dije que era un lameculos y el culpable de los numerosos accidentes que se producían en la fábrica, por hacernos trabajar a destajo y sin ninguna medida de seguridad. Que no era director por méritos propios, sino únicamente porque había luchado en el bando nacional. Que de otro modo su lugar de trabajo sería el de limpiar las cuadras de los caballos. Que no servía para nada. Que me pagase lo que me debía la empresa. Que, si no lo hacía, yo ya conocía la cárcel y no me importaba regresar al trullo por romperle la cabeza, allí mismo y de inmediato. Salió del despacho con intención de llamar a la policía, pero al poco volvió con la dueña de la fábrica y dos fornidos encargados. La dueña repetía una y otra vez “que le paguen y que se vaya”. Y se dirigía al montón de mirones en el patio, diciéndoles que también se marchasen. Los encargados bajaron para disolver el grupo de trabajadores, atentos a lo que sucedía.

Mientras tanto, la dueña le decía al director: “viendo que éste ha salido tan pronto de la cárcel, los demás no tendrán miedo y me dejarán en cueros”.

Los obreros no acababan de irse, y estuvieron muy atentos cuando le dije a la Monserrat: “Señora, cuando la revolución del 36, las fábricas fueron abandonadas por los patronos y se las incautaron los obreros. Ustedes las dejaron vacías, sin capital y con las máquinas anticuadas. Cuando perdimos la guerra y regresaron los patronos, las fábricas estaban en mejores condiciones y muchas con la maquinaria renovada. Si los patronos nos pagaran lo que nos ganamos con nuestro trabajo, no tendríamos necesidad de robar lo que es nuestro”.

Ella empezó a gritar y como respuesta a mis razonamientos vociferaba “¡Que lo echen de la fábrica! ¡Que es un anarquista!”. El director me pagó una cantidad en metálico, mientras la dueña se desgañaba, al borde de un ataque de nervios: “¡policía, policía!”.

Procuré marcharme antes de que llegase la policía; contento por cómo había ido todo. Miraba de reojo si a la señora acababa por darle un soponcio. Era un tomate rojo aliñado con aullidos histéricos.

Oficinistas y trabajadores permanecían en silencio. Nadie decía nada. Unos por chivatos y rastros, los otros por prudencia y para conservar su puesto de trabajo. De todas formas, aquellas palabras, aquella escena que habían contemplado, no podía dejar de serles familiar, como el pan que comían cada día, como el pan que ganaban con el robo cotidiano a la empresa, porque no llegaban a comprarlo solo con el mísero sueldo cobrado por su trabajo.

Al día siguiente fui a trabajar como peón con el padre de mi cuñado Vicente. Estaban construyendo unos depósitos de aceite en la avenida Icaria, en un lugar donde se habían levantado anteriormente unos almacenes. Al hacer los pozos se había encontrado un muro de hormigón y hierro construido durante la guerra como refugio antiaéreo, para refugiarse de los bombardeos.

El derribo de ese muro lo cogimos al destajo entre tres, trabajando hasta el agotamiento, con las manos ensangrentadas por el mazo y la escarpa.

El 27 de mayo se procedió a la solemne inauguración del Congreso Eucarístico. El 28 vino Franco. Medio millón de personas recibieron la eucaristía en Montjuic, en un acto grandioso. El cardenal Spellman dijo aquello de “*Comunismo o comunión*”. Ejército, falangistas y deportistas rindieron homenaje a la eucaristía. En el Estadio de Montjuic fueron ordenados ochocientos sacerdotes, de una sola tacada. Se hizo una procesión en la que se dijo que habían participado un millón de fieles. Muchos, como de costumbre, eran trabajadores obligados a asistir a aquellas mamarrachadas. Franco hizo la ofrenda de España a Jesús Sacramentado, fuera lo que fuese que aquello significara. Barcelona vivió unos días de aire festivo. A todo aquello los barceloneses lo llamamos “las Olimpiadas de la hostia”. Y por lo visto y vivido, ¡todo el país era una hostia consagrada de la puta hostia!

El 1 de junio de 1952 saltó a los periódicos una noticia que dejaba marcado con fuego de esperanza aquel año. En el penoso y sufrido camino de recuperación económica, aquel día se decretó la suspensión de las cartillas de racionamiento.

Por aquellos días supe, gracias al madrileño que trabajaba conmigo en el derrumbe del muro de hormigón, que el cura de la Iglesia de Santa María del Taulat facilitaba a los obreros que se lo pedían su ingreso en una nueva fábrica textil, mediante una especie de “recomendación moral”. Allí que me fui junto con mi compañero madrileño. Había una larga cola de obreros frente a la sacristía. Esperaban turno para pedirle trabajo al cura. Al madrileño le dio un pronto, me dijo: “ese curica puede meterse la recomendación por donde le quepa, que yo me apunto a la Legión”, y se fue. Nunca más volví a verle. Cuando

me llegó el turno me dijo el cura que yo era un extraño, que cómo iba a recomendarme, que nunca me había visto en su iglesia. Le respondí que no podía perder el tiempo, porque me pasaba muchas horas en la plaza Urquinaona, donde los prestamistas contrataban peones para las obras. Me dijo el cura que, dado que no me conocía, debía llevarle un aval de Falange o de algún comerciante, o del último lugar donde hubiese trabajado. Argumenté que no podía llevarle más aval que el de mis manos callosas y agrietadas por el trabajo. Que no era ningún ladrón, pero tampoco era creyente; solo necesitaba trabajar. El cura se me quedó mirando en silencio unos segundos, luego escribió unos garabatos en un papel de la sacristía, lo firmó y me lo entregó.



Pie de foto: Eliseico y Vicentico en el corredor de la calle Amistad

La beteá

Al día siguiente me presenté en la nueva fábrica. Estaba en el barrio del Clot, entre las calles Guipúzcoa, Bac de Roda y Huelva. Era inmensa. Abarcaba tres manzanas de casas. Su nombre era Blanqueo, Tintes y Aprestos, y era conocida por su anagrama: beteá. Era una fábrica moderna, que pretendía ser una empresa modelo. Y esa fue la primera impresión que me dio: la de que estaba entrando, otra vez, en la Modelo.

Todo el perímetro de aquella industria estaba rodeado por un alto muro, jalonado por garitas de vigilancia, provistos de aspilleras y huracos por donde mirar sin ser vistos, Desde esas troneras se defendía toda la fachada de la fábrica y la vista se perdía entre los campos circundantes; hostiles y extraños.

Las escasas ventanas que se abrían en el muro estaban protegidas con fuertes barrotes de hierro, cubiertos de tela metálica. Estaban bien pintadas y lustrosas. La puerta de entrada era de hierro forjado y el cancerbero iba uniformado como un almirante.

En el interior se abría un gran jardín. A la izquierda una báscula gigantesca y detrás los despachos y el parking de los directivos y visitantes; a la derecha los comedores,

vestuarios y duchas de los trabajadores, con un letrero que decía que todo aquello estaba a disposición del personal de la empresa. Los obreros ahora éramos personal.

En el comedor obrero había un economato y una cocina. Por poco dinero podías comer allí toda la semana. Todo muy limpio y al estilo de la mili, con unas bandejas con distintos huecos que hacían de vajilla.

Al fondo del jardín había otra puerta de hierro. Desde ese punto se estructuraba toda la fábrica, con una calle central asfaltada con aceras laterales a cuyos costados se levantaban las distintas naves, donde se hacían los distintos tratamientos de las telas.

En el despacho central, donde estaba por primera vez, un oficinista me tomó los datos de filiación. En cuanto vio la carta del cura me hizo pasar al despacho del director general, señor Gispert. Durante la conversación que mantuvimos me preguntó por el cura. Insinué que le conocía desde hacía mucho tiempo. Al terminar la charla llamó al señor Latorre, uno de los muchos subdirectores de sección, que me llevó por la fábrica hasta mi destino.

Las naves estaban repletas de maquinaria modernísima. Cada una de ellas tenía su propio motor eléctrico autónomo incorporado. Solo se oía un leve ruido, casi un susurro. Cada máquina hacía una producción propia, independiente del resto. Y tenía su propio cronómetro y una tablilla donde se anotaban las horas de trabajo, la carga de tarea a realizar y la producción realmente conseguida.

Si uno alcanzaba la productividad asignada era premiado con la concesión de horas extras, que se pagaban aparte del jornal fijo. Si uno no llegaba a la mínima producción fijada, era trasladado a otras secciones, donde el trabajo era más sucio y perjudicial, por los ácidos empleados. Además, desaparecía la posibilidad de hacer horas extras.

En cada sección había dos oficinistas y dos encargados, que controlaban producción y productividad. Cada dos naves había un subdirector, con un despacho tipo garita acristalada, a una altura adecuada para controlar la mayor parte de las dos naves. El panóptico de la Modelo hubiera sido más eficaz que esas modernas garitas acristaladas.

Una brigada de mecánicos, pintores y albañiles tenía como única misión el mantenimiento de cada máquina en particular y del edificio en general. Todo debía estar siempre en perfecto estado, recién pintado, limpio y brillante. Como una sala de hospital para ricos.

El número de oficinistas, vigilantes, directores y subdirectores, encargados, enchufados, chivatos y adictos de distinta procedencia, conservadores de material, limpiadores y toda la serie de inútiles improductivos superaban en mucho al número de trabajadores productivos. Ese era el principal problema de esa fábrica. Faltaba personal productivo, porque estaban obsesionados con la disciplina y no toleraban la mínima protesta o reclamación. A la menor indisciplina se llamaba a la policía y los cabecillas más destacados eran detenidos y conducidos a comisaría. Quienes les habían secundado, eran trasladados a otras empresas del grupo. Siempre faltaba personal productivo. Y esa falta hacía que las condiciones de trabajo fueran de sobreexplotación, y ello causaba malestar y protestas. Era un bucle insoluble.

Fui destinado a la sección de acabados. Mi tarea consistía en repasar las piezas de tela con el objetivo de evitar cualquier tara. El trabajo era limpio y, sin tener que ir al destajo, me permitía hacer horas extra.

En mi sección encontré a un vecino de Pueblo Nuevo con el que establecí cierta confianza. Le pregunté por qué algunos obreros de mi sección me miraban de reojo y desconfiados. Me contestó que sabían que era un recomendado del cura. Que, en la fábrica, unos más y otros menos, todo el mundo cogía ropa “de prestado”. Que nadie se fiaba de los recomendados, porque podían chivarse a la patronal.

Yo estaba contentísimo con mi suerte, porque podía ganarme la vida sin tener que robar. Pero de eso a chivarme había un trecho infranqueable. Con el tiempo, el resto de compañeros así lo entendió, y dejó de esconderse de mí cuando distraían alguna pieza de tela.

A los pocos meses trajeron una máquina nueva que llamaban Sanfor. Había sido importada. Era la primera que existía en España. Procedía de Alemania. Fue montada por unos técnicos alemanes y suizos. Solo uno de esos técnicos hablaba español.

La Sanfor tenía 17 metros de largo por cuatro de ancho y tres de altura. En la nave se le hizo un departamento aparte del resto, con un pequeño laboratorio anexo. Los cimientos para sostener la máquina parecían hechos para sostener todo un edificio. Enviaron a cuatro obreros para ayudar en su montaje. Conseguí estar entre esos cuatro. En cuanto la máquina estuvo montada, impresionante con sus grandes bombas de acero inoxidable, sus filtros de grueso paño, pinzas, zapatas, unidades de vapor, barcas para los líquidos, cadenas de luciente acero y su cuadro de mandos en el centro, desde donde se podía ver el funcionamiento completo, supe que quería trabajar allí. Era fascinante. En cuanto pulsabas un botón del cuadro de mandos, el cerebro de la máquina, que era una estructura cerrada de dos metros de alto por uno de ancho, recibía la orden y ejecutaba con precisión, automáticamente, el programa ordenado.

En el pequeño laboratorio se hacían las pruebas en unos pedazos de paño, según género y acabado a tratar. Gracias a esas pruebas, que se hacían en pocos minutos, se obtenía la fórmula a aplicar. Se introducía esa fórmula en el mando de la máquina, la velocidad más adecuada y se apretaba el botón de inicio del proceso. Era un funcionamiento muy fácil, limpio y hasta divertido.

Esa máquina, con solo cuatro obreros, realizaba ahora el trabajo que antes hacía toda la sección. De esos cuatro obreros, dos no hacían otra cosa que mover los carros para aportar o sacar el género, uno en el laboratorio y yo en los mandos. Los cuatro siempre pendientes de la máquina. Iba a tal velocidad que trabajábamos a destajo, para que no se parase por ningún fallo. Confieso que estaba algo enamorado de la Sanfor.

En el comedor, en ocasiones, se hablaba de política. Un hombre algo mayor, llamado José, nos contaba que Buenaventura Durruti, militante de la CNT-FAI y líder revolucionario, había trabajado con él en una fábrica del textil. Y nos explicaba anécdotas de los años treinta. A mí me gustaba mucho aquella en la que explicaba cómo un encargado, que abusaba sexualmente de las operarias de su sección, se convirtió en perfecto eunuco, desde el día en que un militante del único le puso el cañón de la pistola en la frente y le advirtió que la próxima vez que alguna trabajadora se quejara de él sus sesos se derramarían por el suelo.

Siempre terminaba, más o menos inspirado, con la misma argumentación: “Si hubiésemos ganado la guerra otro gallo cantaría para los obreros. El trabajo, la producción y la tierra serían nuestros y no tendríamos que arrastrarnos ni pelearnos entre nosotros por conseguir hacer horas extras, tan necesarias para completar el jornal de miseria que nos pagan. El día que los obreros digamos basta y nos unamos, los capitalistas y vividores, como en el 36, se pondrán a temblar, y nosotros conseguiremos lo que queramos”.

Eran muchos los que se entusiasmaban cuando le oían hablar y hablar. Y aunque a mí también me gustaba lo que oía a José y a otros parecidos, e incluso me identificaba con ellos, sabía que no estábamos en un momento en el que pudiéramos decir basta. A mi alrededor, en la calle, en el trabajo, tanto si las fábricas eran modernas como antiguas, grandes o pequeñas, lo que encontrabas era una explotación despiadada y un desprecio impresionante hacia la clase obrera. Y lo que predominaba en esa clase no era la rebelión o la protesta, ni tampoco la unión o la solidaridad, sino el sálvese quien pueda.

No perdía la esperanza de que algún día esa unión y esa solidaridad fuesen posibles, pero pasarían tantos años antes de que volviese a existir una situación revolucionaria, capaz de cambiar el mundo y la sociedad, que dudaba estuviese aún vivo para disfrutarla.

Un domingo fui a visitar al Martínez para saber qué era de su vida. Me contó que se le acumulaban los juicios, por haber comprado género robado de las fábricas. Que tenía una serie de problemas que no era capaz de resolver. Que, con las multas, los abogados y los sobornos para aplazar juicios le habían arrancado más dinero del que había robado. Que había suplicado a la familia brasileña de su mujer que les acogieran en ese país.

A fines de año España entraba en la UNESCO, pese a la oposición de una minoría de sus miembros. El diario *Arriba* ofrecía el sacrificio de la juventud española en Corea, en el altar de la gloriosa tradición española, en defensa de no sé qué.

1953

En febrero se produjo una redada que encarceló a cincuenta militantes socialistas, Tomás Centeno fue torturado y asesinado en la Dirección General de Seguridad. Todo seguía igual. La represión era tan bestial como siempre.

En agosto se firmó el Concordato con la Santa Sede. Era un reconocimiento firme y expreso del criminal régimen tiránico del Generalísimo Franco por parte del Vaticano. Se confirmaba la confesionalidad del Estado español y se consagraba un estatus especial y privilegiado para los clérigos. La Iglesia Católica obtenía, además, competencias desmesuradas en la enseñanza, derecho de familia, regulación de la vida civil y guía moral. La financiación estatal de la Iglesia era prácticamente ilimitada y su presencia en las instancias decisorias del aparato de Estado superaba ya con creces a la Falange.

Franco podía nombrar obispos. Su nombre era expresamente citado en las plegarias diarias de todas las iglesias. La Iglesia Católica podía inmiscuirse hasta el hartazgo en la moral y la vida privada de todos los ciudadanos españoles, fueran creyentes o no. La cruz de la Iglesia proyectaba su buena o mala sombra sobre España entera; pero esa cruz era la cruz impía de la victoria.

En septiembre se firmaron diversos acuerdos económicos y militares entre Alberto Martín Artajo, ministro de Exteriores, y el embajador norteamericano, James C. Dunn. Se cedieron cuatro bases militares de Estados Unidos en territorio español. Nunca se desveló que se toleraba el armamento atómico en esas bases navales y aéreas. Era un éxito enorme de la Dictadura, que rompía su aislamiento diplomático. España se convertía en un protectorado de Estados Unidos en la Guerra Fría.

Mi cuñado Manolo fue arrestado en una redada de la policía. Lo tenían preso en la Dirección General de Seguridad, en vía Layetana. Fui a pagar la fianza de parte de su madre Teresa. Supe entonces que lo habían detenido por homosexual. Gracias a mi rápida intervención, aquel mismo día salió de la comisaría. Al conocer su madre el motivo de su detención, su trato con Elodia provisionalmente fue algo más amable. Manolo, a los pocos días, emigró a Venezuela... para huir de la terrible persecución a que le sometía la policía.

Nosotros cuidaríamos y mantendríamos a su madre, pagaríamos el alquiler, agua, luz y gas, a cambio de seguir viviendo en el piso. Pese al abuso, teníamos la suerte que la hermana de Elodia se había casado con un vecino, llamado José Canet, que vivía en los bajos, y no teníamos que compartir la vivienda con ella. Quedábamos prácticamente solos en el minúsculo habitáculo del pasaje Bori.

Por esas fechas se produjo la defunción de Stalin, el dictador de la Unión Soviética. Su muerte supuso la repatriación de los españoles de la División Azul, presos en aquel país desde la derrota de Hitler en la Segunda Guerra Mundial. Habían sufrido un

cautiverio, como machacaban radio y prensa, de doce años, en unas condiciones de vida espantosas. Su llegada al puerto de Barcelona fue un episodio emocionante.

Entre los jerarcas que acudieron a recibir a los héroes estaba el general Felipe Acedo Colunga, gobernador civil de Barcelona, con un sangriento pasado de brutal represor. El año anterior había censado el número de barracas y había ordenado desalojar a las personas que no acreditasen vivir en un domicilio autorizado o que no tuviesen un contrato de trabajo. Recluyó a familias enteras, durante meses, en el Pabellón de las Misiones o en el destartado estadio de Montjuic, en espera de devolverlos a su lugar de origen. Exiliados y marginados en su propio país, sin más delito que el de ser andaluces o murcianos, pero sobre todo por ser pobres sin techo ni trabajo fijo.

Se hizo famosa una anécdota, que quizás solo era un chiste inventado, sobre ese general. Felipe Acedo iba arriba y abajo, nervioso y agitado, saludando y abrazando titanes y semidioses azules, cuando se topó con un muchacho con cara de hambre, pálido y escuálido, vestido con harapos, sin duda un excautivo, al que preguntó apresuradamente: “¿Qué tal muchacho, has sufrido mucho?”. El supuesto superhombre le respondió: “¡Ya se lo puede imaginar! ¡Toda el hambre que quiera, y más!”. Insistió el general: “¿Cómo era vuestra vida?”. Respondió el valiente: “Pues fatal, quitando a los enchufados del partido y a los mandamases del sindicato, todos los demás teníamos que dedicarnos al estraperlo y al robo para poder sobrevivir”. “Así me gusta”, le replicó el general, que explicaba y repetía a todo el mundo las aceradas palabras del muchacho: “para que se enteren de lo que es el paraíso soviético”. Al oír lo de soviético el muchacho le aclaró al general: “Perdone usted, señor, pero aquí hay algún error, yo no soy un repatriado de la Unión Soviética; vivo en un pueblo de la provincia de Almería y he venido a esperar a mi hermano, que se enroló en la División Azul porque aquí no tenía trabajo”.

Era curioso cómo se transformaba la imagen de Franco, o mejor, cómo nos la iban cambiando. A los 60 años se iba convirtiendo en un abuelo bonachón, una especie de benévolo dictador que había traído la paz. ¿La paz, quien era Jefe del Estado por haber obtenido la victoria en una guerra? Un abuelo, pese a todo, que nos tutelaba por nuestro bien y en nuestro bien y para bien de todos. Pero era suficiente el mínimo peligro a su dictadura para que su rechoncha figura se trocara, de nuevo, en el duro tirano que aplicaba generosamente la pena capital. El perfil, la talla y la jeta de Franco eran irrecuperables y su divisa más fiel era la muerte: Franco, asesino.

Encuentro en Bourg-Madame (1954)

En enero de 1954, las inocentes y toleradas manifestaciones estudiantiles se envenenaron con gritos contra la dictadura. El jolgorio universitario de tuno y pandereta se salpicó con gritos contra la tiranía y el hambre. Los estudiantes habían dejado de ser un molesto grano en el culo para convertirse, mediante la sobada y repetida explicación habitual, “en un movimiento de agitación y perturbación del orden, desviado de sus legítimas aspiraciones reformistas por agitadores profesionales y elementos extraños al mundo universitario”. Los estudiantes habían dejado de ser dóciles borregos para convertirse en perversos cabrones.

La ayuda económica americana reactivó la industria española. Y por supuesto, la industria textil. En la fábrica no faltaban las horas extra, sobre todo en la máquina Sanfor que yo llevaba. En cambio, en otras máquinas de la misma sección no se hacía ninguna hora extra. Había más pedidos en las telas de mayor calidad.

En el comedor se convocó una reunión no autorizada de los trabajadores, para hablar del trabajo en la sección de acabados. Los compañeros me indicaron que yo, en la

Sanfor, debía disminuir la producción, en beneficio del resto de la nave. Les respondí que si hacía lo que me pedían sería sancionado y me exponía al despido, o a que otro me sustituyera en el lugar de trabajo.

Tras mucho hablar y debatir se acordó realizar una plantada al día siguiente en el comedor, con el objetivo de exponer el caso a la dirección. Los trabajadores proponían realizar turnos rotatorios en la sección de acabados, especialmente en el manejo de la Sanfor. De este modo se repartirían las horas extra entre todos.

Hecha la plantada, el director se dignó a escuchar nuestra petición. Luego respondió que él daba las horas extra a quien le daba la real gana. Y mientras hablaba y hablaba, en vano, la policía había ocupado el comedor para detener a quienes eran señalados por el dedo acusador del director, que eran quienes se habían destacado en exponer la reivindicación.

Empezó el alboroto. Toda la fábrica se había enterado de la propuesta obrera y de la respuesta de la dirección. La indignación era general. Algunos tiraron piedras contra las cristalerías del despacho y los coches del parking. El fuerte clamor de los insultos era claro y contundente. Llegaron refuerzos policiales. Se ordenó una carga contra los obreros concentrados en el patio, que derivó en corridizas, golpes y destrozos por todas partes.

Terminados los disturbios, la dirección ordenó el despido más o menos arbitrario de varios trabajadores, además de los detenidos.

En los días que siguieron al alboroto la Sanfor disminuyó notablemente su producción, porque la máquina se averiaba con demasiada frecuencia. Me llamaron al despacho para comunicarme que el director general estaba muy disgustado con mi comportamiento. Yo era un recomendado del cura, pero no había cooperado nunca con la dirección. Esperaban mis explicaciones. Querían conocer el motivo y los culpables de las averías de la Sanfor. Si no les convencían mis explicaciones, pensarían que el culpable era yo. Al no obtener una respuesta satisfactoria fui destinado a un grupo ambulante, que realizaba los trabajos más sucios y peligrosos, sin la más remota posibilidad de hacer horas extra.

Yo había aprendido una preciosa lección en Can Serra: que lo que hiciera mi mano izquierda, jamás lo supiera mi mano derecha. Nunca cogí nada cuando alguien podía verme. Y solo sabía lo que podía compensar la falta de horas extra que me habían quitado. Elodia, mi mujer, tras su jornada laboral, confeccionaba en casa colchas, sábanas, blusas, sostenes, vestidos, pantalones, camisas, calzoncillos, cortinas, servilletas, mantelerías: todo para uso personal y de la casa.

Así fui pasando aquella mala temporada, a la espera de perder el trabajo en cualquier momento, con la esperanza de que algún día me levantasen el castigo y pudiera volver a hacer horas extra, complemento indispensable para cobrar un sueldo suficiente.

En la Sanfor no paraban de cambiar al personal, por no acertar con la mano de obra adecuada. Hasta que dieron con un obrero nuevo, llamado Lloveras, que entró especialmente como encargado de la Sanfor. ¡Un capataz para una sola máquina! Pero la máquina empezó a producir como en sus mejores tiempos. Toda la sección perdió la posibilidad de hacer horas extra, que habían continuado haciéndose después de la protesta.

A las pocas semanas, se reanudaron las reuniones clandestinas entre los obreros. Y un día el Lloveras recibió una paliza que le dejó amoratado y malherido. Desde aquel día la producción de la Sanfor volvió a disminuir.

Me llamaron al despacho para proponerme llevar la Sanfor en el turno de noche. Querían que la máquina funcionase las 24 horas del día, en turnos de 8 horas.

En el turno de noche trabajaba el personal indispensable para que las máquinas que interesaban a la dirección funcionasen día y noche, sin parar. Comprobé que los

trabajadores estaban mucho más unidos y coordinados que en otros turnos. Eran más solidarios. Pagaban una cuota mensual a un abogado laboralista, y en su mayoría estaban afiliados a la CNT. Nadie quería hacer horas extras. No robaban, y durante la jornada laboral de ocho horas hacían la producción precisa, sin ir a destajo. Todos producían más o menos igual y de este modo las presiones patronales chocaban contra un muro indiferente y anónimo. Nadie destacaba y no había cabezas de turco.

Los propios compañeros de trabajo me dijeron que, si necesitaba hacer horas extra, me indicarían cómo hacerlo en otras empresas. Me dieron la dirección de una industria metalúrgica en la que podía hacer las horas que quisiera.

Tenía el respeto y la solidaridad de mis compañeros de trabajo. Por primera vez en la vida me sentía seguro de mí mismo. No tenía que humillarme en el trabajo para conseguir que me dejaran hacer horas extras; no tenía que robar para cobrarme lo que no me pagaban, trabajando a destajo.

Me afilié a la CNT, dejé de robar, y cuando lo necesitaba hacía horas extras en la empresa metalúrgica del barrio de Gracia. Estaba satisfecho conmigo mismo.

En una de las cartas de mi hermano Eliseo, escritas desde Francia, me decía que mi padre quería hablar conmigo. Acordamos vernos en el paso fronterizo de Bourg-Madame. Fui a la comisaría de policía para obtener un pasaporte. Tardaban demasiado tiempo en expedirlo. Existía la posibilidad de que te entregasen un salvoconducto hasta Puigcerdá y luego un pase de la frontera de ocho horas de duración, que te lo extendían en la misma frontera, avalado por dos comerciantes o industriales.

En los Encantes Viejos compré dos tampones de viejas firmas comerciales. Subí al tren sin el salvoconducto. Todo el camino fui vigilante para evitar que me detuviera la policía o la guardia civil. En cada parada cambiaba de vagón.

Al llegar a Puigcerdá, me desplazé hasta la Aduana. Compré los impresos de aval, los rellené y firmé y les puse los sellos comerciales con los tampones que llevaba en los bolsillos. En la casilla del motivo del pase de la frontera puse que iba de compras. La policía sabía sobradamente que la mayoría de los pases se utilizaban para encontrarse con los familiares exiliados, aunque oficialmente preferían ignorarlo. Tomaron nota de mi documentación, advirtiéndome que al regreso me presentara en aquella misma garita. Me dejaron pasar, sin hacer el menor caso del pase con mis dos hermosos sellos estampados en el papel. En la zona francesa ni siquiera me miraron.

Volví a ver a mi padre. Habían pasado quince años desde la última vez que lo vi, al finalizar la guerra. Me esperaba junto a mi hermano Eliseo, en la misma frontera, al otro lado del puente internacional. Mi hermano me dio un abrazo en cuanto me vio, y me dijo: “este es el papa”. Mi padre me miraba como si fuera un objeto. Me dijo: “tienes buenos hombros y te ves muy fuerte y sano”. Al rato, nos abrazamos. Yo no sabía qué decirle. Cuando se exilió en Francia yo solo tenía 13 años. Ahora ya había cumplido los 28. Era demasiado tiempo. Mi padre me preguntó por todos, y seguidamente empezó a hablar y hablar del porqué su mujer e hijas menores no se habían quedado a vivir con él, en Francia.

Mi hermano echaba la culpa a mi padre y este a mi hermano. Mi padre, encarándose a mi hermano le dijo: “oye, ¿éste es el que me había de arreglar las cuentas cuando me viera, por no quedarse tu madre en Francia?”. Entonces me planté frente a él y le expliqué: “tú, para mí, de padre solo tienes el nombre; y si les hubiera pasado algo a mi madre o a mis hermanas durante su estancia en Francia, ya haría tiempo que tú y yo nos hubiésemos visto para pasar cuentas”.

Encarándome a mi hermano, le vomité: “tanto tú como él no tenéis vergüenza, ni sentimientos; ¿para esto me has hecho venir? A mí el dinero no me sobra, y este viaje me

ha costado una semana de trabajo, además del peligro que supone venir sin ningún documento oficial”.

Para rebajar la tensión, les expliqué cómo había llegado a la frontera. Mi padre me facilitó una dirección en Puigcerdá, donde me entregarían un salvoconducto para el regreso a Barcelona. Luego les comuniqué que no me encontraba a gusto en su compañía y que me volvía a España.

Mi hermano quiso arreglar las cosas y suavizar mi enfado. Dijo no sé qué de que entre mi padre y yo existía un abismo y que nos costaría mucho comprendernos mutuamente. Porque los dos teníamos el mismo genio. Porque los dos teníamos muchos puntos en común, pero que los presentábamos de formas opuestas. Porque, cuando hablábamos, no hacíamos más que chocar y enfrentarnos, sin el menor esfuerzo por comprendernos.

Le pregunté a mi hermano si ya había olvidado el hambre y las penalidades pasadas, a la espera de que el papa nos llamase algún día a su lado. Le pregunté si un hombre solo durante tantos años no había podido ahorrar algo para reunir a toda la familia. En lugar de eso solo fue capaz de ofrecer a mi madre y hermanas, miseria. Ellas, que con tanta ilusión habían ido a reunirse con su padre, no encontraron ni un techo digno bajo el que hallar cobijo.

Y añadí: “Y tú, que ya llevas unos cuantos años con él, no has hecho más que disfrutar de la vida, día a día, sin pensar para nada en el resto de la familia. Porque los hijos del papa los ha mantenido sola su mujer. Y el tuyo, también”.

Les murmuré que me era imposible seguir más tiempo a su lado, porque cuando me hablaban como lo hacían sus palabras me dolían como patadas en los cojones. Y me marché, sin mirar atrás.

La dirección que me había dado mi padre en Puigcerdá era una especie de trapero. Me hicieron un salvoconducto y pude subir al tren sin ningún contratiempo. Todo el viaje de regreso lo pasé meditando el desgraciado día que había pasado en Bourg-Madame, y el desafortunado encuentro que había tenido con mi padre y hermano.

Demasiados años de promesas y esperanzas rotas. Ya no había excusa posible. En casa todos creían que me habían llamado para planificar la forma de reunirnos toda la familia en Francia. Y liberarnos de una puta vez del fascismo que cada día nos ahogaba en Barcelona.

Le conté a toda la familia lo sucedido. Nadie me creyó. Todos me culparon por mi mal carácter. Dos excepciones: mi madre y mi mujer, Elodia.

Elodia intentó consolarme. Que había sido un encuentro muy breve. Que no había habido tiempo de conocerse y de hablar con serenidad. Que en una nueva ocasión las cosas podrían ir mejor. Yo sabía que nada de aquello era cierto, pero sus palabras al menos aliviaban la profunda tristeza que anidaba en mi ser.

La demagogia de Girón y su propuesta de elección de enlaces sindicales en las empresas que superaban el centenar de trabajadores, abrieron unas perspectivas esperanzadoras para el movimiento obrero. En el metal y el textil existía una posibilidad real y efectiva de infiltrarse en el sindicalismo vertical, para destruirlo desde dentro.

El año terminó con la cómica votación en las Cortes del cambio en el orden de los apellidos del primer nieto varón de Franco. La dictadura militar y católica se sometía a los caprichos del tirano y mostraba maneras, actos y formas de despotismo no ilustrado.

Turistas, comisionados y ONU (1955)

Los americanos lo revolucionaron todo. La economía se reactivó en 1955 con la construcción de las bases, oleoductos, autopistas y aeropuertos. Se hicieron los dueños de

las carreteras con sus enormes autos. En España circulaban un cuarto de millón de vehículos. El seat-1400 coexistía con el biscúter y el iseta, aquel artefacto con forma de huevo. Los productos de primera necesidad se encarecieron con la doble invasión, yanqui y turística. El Obispo de Ibiza y el cardenal Segura alzaban su voz contra la inmoralidad de los bikinis y las costumbres viciosas y escandalosas del turismo europeo. Existía un peligro real, según ellos, de que los valores fascistas y católicos de la juventud fuesen corrompidos por la lujuria de mujeres extranjeras corruptas e inmorales que, sin cartilla de putas, ni reconocimiento médico alguno, venían a nuestro país para follar gratis y libremente.

Las voces del obispo y del cardenal, aunque al principio gozaron de cierto apoyo institucional, pronto se perdieron en la nada ante el inusitado crecimiento turístico y el maná económico que suponía. El incremento de la oferta hotelera pronto se convirtió en prioridad nacional. Turistas y divisas, liberación sexual y progreso eran bienvenidas por la mayoría de la población. El régimen franquista no se sentía amenazado, sino reforzado. Franco celebró un consejo de ministro en Pedralbes. De nuevo, como en otras ocasiones anteriores, los trabajadores fueron obligados a manifestarse en el puerto para vitorear la llegada de Franco a Barcelona. Llegó toda una flota, con barcos americanos de segunda mano, y también el Canarias, que había bombardeado la costa barcelonesa durante la guerra.

Los aviones de nueva adquisición, gracias a la ayuda americana, volaban y cruzaban una y otra vez el cielo barcelonés, para recordarnos quien seguía mandando en España y cómo podía bombardear de nuevo la ciudad, cuando quisiera y a su antojo.

Aquel mismo año se había celebrado también una especie de Congreso Nacional de Trabajadores. Hubo reuniones de enlaces sindicales. Se aprobaron algunas propuestas de salario mínimo, con escala móvil de aumento en función del coste de la vida, jornada efectiva de ocho horas, seguro de paro e igualdad de salarios entre hombre y mujer. Imposible saber si era pura propaganda falangista o existía alguna posibilidad de afianzar y hacer realidad lo que solo parecían brindis al sol. Sin embargo, cabía la ocasión de que tales propuestas se transformasen en plataformas reivindicativas de lucha.

De hecho, finalizado ese congreso falangista, empezaron a menudear aquí y allá conflictos en distintas empresas, que siempre finalizaban con la presencia de la policía a las puertas de las distintas fábricas en lucha.

Un día, tan gris como cualquier otro, mientras estaba trabajando en la Sanfor, vino el encargado para avisarme que al finalizar el turno me pasara por el despacho. Pasé unas horas de espanto, temiendo el despido. Llegada la hora, coincidí con otros cuatro trabajadores en el lugar de la cita. Tampoco sabían qué sucedía. Un oficinista se limitó a comunicarnos que al día siguiente pasaríamos a trabajar en el turno de día.

Habían echado a varios trabajadores de ese turno, no sabíamos por qué. A mí me pusieron de nuevo en el cuadro de mando de la Sanfor, aunque el Lloveras era el encargado del grupo de cuatro obreros que llevaban la máquina y, por supuesto, el hombre de confianza de la dirección.

La Sanfor funcionaba a velocidad normal, sin ponerle el automático. Si el Lloveras ordenaba mayor velocidad, no le hacía ningún caso, y si se atrevía a poner el automático se lo comunicaba a los compañeros del otro turno o de otra sección. Y entonces eran ellos quienes le pedían explicaciones al Lloveras, a quien no era necesario recordarle la inolvidable paliza recibida tiempo atrás. De esta forma, los trabajadores de un turno arreglábamos los problemas de otro turno o sección, sin que pudieran darse represalias ni enfrentamientos.

Cuando surgía un problema importante los obreros nombrábamos por rotación a dos o cuatro comisionados. Estos debían intentar solucionar el problema presentado. De

esta forma se evitaban los despidos masivos o las cabezas de turco. Los abogados aconsejaban cómo actuar a estos comisionados, que recibían el apoyo de toda la plantilla. Era la única forma de lucha abierta contra la patronal, existente en aquel momento. Era la única defensa sindical posible, que no arriesgara los puestos de trabajo. No existía otra forma de defender nuestros derechos.

El 8 de diciembre de 1955 la Asamblea General de la ONU admitió a 18 nuevos miembros, entre ellos España, junto con Italia, Portugal, Hungría, Rumania, Bulgaria, Albania, Austria y otros diez países más. No hubo ningún voto en contra y solo dos abstenciones, México y Bélgica. Era el final del aislamiento del franquismo.

A dios lo que es de dios y al abogado lo que es del abogado (1956)

En febrero de 1956, los universitarios madrileños se apoderaron de algunas facultades, asaltaron el SEU, sindicato falangista de estudiantes, y salieron a la calle en manifestación contra la dictadura. Era la primera ocasión, desde la guerra, que se hacía una oposición abierta al régimen. Se declaró el estado de excepción. La explicación del gobierno era la habitual y sobada conjuración comunista de agentes a sueldo del extranjero. Pero en realidad todo se reducía a una disputa entre dos familias del franquismo, que el dictador resolvió como de costumbre salomónicamente, echando del gobierno a los dos ministros enfrentados: Ruiz Giménez por el sector católico, aperturista y reformista, y Fernández Cuesta, ministro secretario general del Movimiento, del que dependía el SEU, por los falangistas.

El alza de los precios se comía el aumento de los salarios. En Cataluña, los enlaces sindicales del textil se reunieron para pedir un salario de 550 pesetas y 8 horas efectivas de trabajo. La misma reivindicación prendió entre los obreros de Pamplona, y de allí como un reguero de pólvora se extendió a toda Euzkadi. En Donostia y Bilbao se rechazaba el trabajo de las horas extra. Entre el 12 y el 16 de abril, en Barcelona, se fueron extendiendo las huelgas intermitentemente, de empresa en empresa, con la perspectiva de declarar una huelga general. Unos 150.000 trabajadores ya estaban en huelga. La mañana del día 16 la Maquinista se declaró en huelga, que por la tarde ya era general en toda la ciudad de Barcelona. La guardia civil ocupó fábricas en Barcelona, Tarrasa, Sabadell y Manresa.

En cuanto una empresa se declaraba en huelga se nombraban comisiones obreras para coordinar la huelga y extenderla. Si la dirección de una fábrica quería negociar, solo podía hacerlo con esa comisión. El sindicalismo vertical, así como sus burócratas y pistoleros, no tenían espacio ni función.

En Vizcaya fue donde la huelga duró más tiempo. Algunos gobernadores civiles intentaron negociar con esas comisiones, pero millares de trabajadores fueron despedidos, encarcelados o desterrados a remotos lugares.

Los obreros habían conseguido una férrea unidad en la lucha, sin ninguna sigla de partido o sindicato. Se había obligado a patrones y nuevos ricos del régimen a negociar con los auténticos representantes de los trabajadores, los comisionados por las asambleas.

El gobierno subió los salarios. Pero a los pocos meses el aumento de precios se había comido el alza tan duramente ganada.

Mi empresa, después de la huelga, prosiguió con su política de conceder horas extras solo a quienes ellos querían favorecer. En una de las reuniones de los trabajadores en el comedor de la fábrica, Martín y yo fuimos nombrados comisionados. Se trataba de recaudar fondos de ayuda para los despedidos, además de la cuota que se pagaba al

abogado. Al mismo tiempo esta acción debía servir para levantar los ánimos de los trabajadores.

Durante el tiempo de la comida, una hora y media, ambos recorrimos toda la fábrica, pidiendo la cuota sindical y una aportación extra a todos los que estaban trabajando en su turno. Los encargados de sección se marchaban o miraban a otro lado. Era cuestión de no enterarse de lo que estaba pasando debajo de sus narices. Esta actitud animó a muchos obreros a contribuir con sus aportaciones. Era la primera coyuntura en que se recaudaba dinero con fines sindicales, sin tapujos de ningún tipo. Al resto de la plantilla les pedimos dinero en el comedor, sin escondernos para nada. Pasábamos por las mesas sin decir palabra; todo el mundo sabía sobradamente para qué era el dinero recaudado.

Metidos de lleno en esta tarea, fuimos llamados al despacho del director. Estaban los dos principales mandamases, el señor Nonell y el señor Latorre, más dos encargados de sección y dos guardas de seguridad.

Nonell preguntó para quién recogíamos el dinero y qué organización había detrás de todo aquello. Yo respondí que la acción había nacido de mi gratitud y que el dinero recogido era para el cura de Pueblo Nuevo. Ambos directores se quedaron boquiabiertos, sin saber qué decir. Yo continué explicando que lo había recogido a la hora de comer para no faltar a mi trabajo. El director me miró con admiración y dijo que, en otra ocasión, antes de hacer una recolecta para la Iglesia, debería pedir permiso. Luego nos indicó que podíamos irnos.

A la salida del trabajo, el Martín y yo fuimos a visitar al cura de Santa María del Taulat. Le dimos una parte del total recaudado. El cura quedó muy sorprendido y agradecido. Le dijimos que, si en el futuro el señor Nonell nos lo permitía, haríamos otra colecta.

El cura telefoneó inmediatamente al director, dándole las gracias. Acto seguido fuimos al abogado, le dimos la parte del león de lo recaudado y le explicamos lo sucedido. El abogado, Antonio Cuenca, se echó a reír con ganas y nos confió que lo habíamos hecho muy bien, al evitar represalias y conservar el puesto de trabajo. Si nos hubiésemos enfrentado a la empresa solo habríamos tenido problemas y probablemente hubiésemos acabado en prisión. Mejor evitar en aquel momento un enfrentamiento frontal.

Nos aseguró que solo se enterarían de lo ocurrido quienes tuvieran que saberlo. El resto de trabajadores nunca supo que el dinero de la recolecta había sido compartido entre un abogado laboralista y un cura.

<i>Cecilia Biosca i Alonso</i> GRADUAT SOCIAL	08009 · BARCELONA ROGER DE LLURIA, 80, pral. 1.ª TELS. 258 89 93 / 258 78 06 VISITES: hores convingudes
<i>A. Cuenca i Puigdemívol</i> <i>M.ª A. Calavia i Molinero</i> <i>M. Molins i Solé</i> <i>A. Ranz i Martí</i> <i>C. Sanchis i Gil</i> <i>S. Vidal i Marsal</i> ADVOCATS	GRANOLLERS FOMENT, 42, 1.ª, 1.ª Tel. 870 65 51 VISITES: Dill. i Dij. de 5 a 7
	VILANOVA I LA GELTRU Plaça Llarga, 14, Baix Dta.

A Lourdes

Mi hermana Carmeta vino a verme a mi casa en el pasaje Bori. Me comunicó que su esposo Vicente había sido detenido por la policía, en su propio domicilio en la calle de la Amistad. Estaba retenido en la comisaría de Pueblo Nuevo.

El suegro de mi hermana, que se llamaba también Vicente, me expuso que cómo se presentaba él en comisaría, después de haber estado preso tantos años por rojo, para pedir la libertad de su hijo.

Fui a comisaría, donde pude hablar con Vicente. Le habían recluido por distraer, en colaboración con otros obreros, algo de cobre en el taller donde trabajaba. Me pidió que hiciera todo lo que pudiera para sacarle de allí, antes de que lo trasladasen a la Prisión Modelo.

Consulté con el abogado Antonio Cuenca, quien consiguió que saliera bajo fianza de la comisaría de Vía Layetana, a donde ya había sido trasladado.

Poco después, nos llegaron dos cartas de Francia. Una, oficial, de nuestro padre, en la que nos reclamaba a todos en Mirande. La otra era de nuestro hermano Eliseo, quien nos decía que las cosas habían cambiado y que teníamos una casa amueblada de dos plantas a nuestra disposición, donde podríamos vivir todos juntos y con la posibilidad de encontrar trabajo.

Estuvimos hablando todos en casa de madre, en la calle de la Amistad. Finalmente, decidimos que primero iría yo con mi familia y comprobaría si era cierto lo que nos decían en la carta. Luego, según mis explicaciones, cada cual decidiría qué hacer. Lo cierto era que nadie quería aventurarse.

Mi madre no creía que las cosas hubiesen cambiado tan radicalmente, aunque el acuerdo que habíamos tomado le parecía lo más adecuado. Elodia y yo, con mi hijo, marcharíamos como turistas, de modo que si la situación no era como la pintaban, podríamos regresar sin problemas.

Cuando nos hicimos el pasaporte tuve que dejar una fianza de cinco mil pesetas, por tener una causa judicial pendiente. En la fábrica pedí una excedencia de tres meses al señor Latorre, explicándole que era para ir a Lourdes. El señor Latorre era un beato recién casado de misa diaria, que vivía en la calle Amistad, frente a la nueva iglesia. Muy secretamente me dijo que me conseguiría la excedencia, pero a cambio debería hacerle un favor personal. Pero no debía decírselo a nadie, a nadie. Y era que un hermano de su mujer estaba refugiado en Francia, precisamente en Lourdes, por rojo. En España creían que ese hermano había muerto. Yo conocía a toda su familia, y sus peripecias, pero lo que no sabía era que su cuñado aún estaba vivo. El favor consistía en ir a verle, llevarle un paquete con objetos familiares y que al regresar le trajera noticias del cuñado, porque prácticamente no sabían nada de él desde hacía años.

En cuanto tuve la excedencia en mi bolsillo, nos marchamos los tres a Mirande, con la esperanza de no regresar nunca más a España. Francia era también la libertad.

Al llegar a Toulouse, mi padre y mi hermano nos esperaban con un coche. Nos dieron un recibimiento que no esperábamos. Mi padre estaba encantado con su nieto Agustín. Ambos congeniaron enseguida con Elodia.

Mirande

Mirande, en el Departamento del Gers, nos pareció un pueblecito encantador. Muy bonito, con una enorme iglesia con alados contrafuertes. Sobresalía un elevadísimo campanario que, solícito, iba dando las horas.

La calle, muy cercana a la iglesia, llevaba el nombre de Pierre Delisle. En el número trece de aquella calle se alzaba una casa vieja y grande de dos plantas, muy bien cuidada y limpia. Allí era donde vivían.

Nos sorprendió gratamente un grupo de veinte personas, que había venido especialmente a recibirnos. Eliseo nos presentó a una viuda de nombre María Luisa, madre de dos niños algo mayores que nuestro hijo Agustín. Esos niños se llamaban Michel y Estrella. María Luisa vivía maritalmente con mi hermano Eliseo. Era en la casa de María Luisa donde habíamos de vivir todos los que viniésemos de Barcelona.

Marie-Louise era viuda de un exiliado español de Andalucía, llamado Miguel Morfino, muerto en un accidente de trabajo. Había sido electricista de profesión. Durante la ocupación alemana combatió en la Resistencia como dinamitero. Se le conocía con el apodo de “el chato”. Había sido compañero y amigo de mi padre. El Chato y María Luisa se habían conocido en el departamento de Bretaña, cuando ambos combatían en la Resistencia. Dando tumbos de un sitio a otro llegaron a Mirande, donde con el tiempo decidieron casarse.

Había una pareja de catalanes que vivían *ajuntados*. A él le llamaban Paf-paf, porque era muy gordo. En España, durante la guerra, había sido comisario político. En un bombardeo de la aviación fascista sobre Barcelona le habían matado a toda la familia: mujer y dos hijos. En los primeros meses del exilio francés pasó por varios campos de concentración. A la derrota francesa, poco antes de la ocupación nazi, consiguió huir a Argel. Allí se enroló en el ejército libre de Francia. Estuvo entre los libertadores de París, como combatiente en la División Leclerc, en el Tercer Regimiento del Chad, en la Segunda División Blindada (DB), novena compañía.

Su compañera era una hermosísima mujer, con muy buen tipo, y muy agraciada. Había estado presa en un campo de exterminio nazi. Solía hablar muy poco en las habituales, animadas y concurridas reuniones que los exiliados españoles convocaban frecuentemente en una u otra casa. Era una mujer rota, destrozada en sus partes, que llevaba una bolsa de goma en un costado, donde se iban acumulando sus orines. También corría por allí un italiano que había combatido en las Brigadas Internacionales, y que cuando éstas fueron disueltas, continuó luchando. El éxodo de la derrota y huida a Francia le llevó a Argelia. Durante la guerra por la liberación de Francia combatió también en la División Leclerc, aunque en otro Regimiento. Estaba casado con una argelina, tan gorda como simpática y cariñosa. En aquel momento trabajaba como taquillera en el cine del pueblo. Ambas mujeres hablaban un español fluido, con ligero acento, y eran íntimas amigas de mi hermano Eliseo y de Marie-Louise.

Conocí otro matrimonio, compuesto por dos españoles de origen aragonés, que se llamaban Paco y Pilar. A Paco todo el mundo le conocía como “el maño”. Habían tenido dos hijos, que habían luchado en la guerra civil. Habían muerto en el combate contra la ocupación de los nazis. Me fijé que, en un rincón del comedor, casi oculto entre las sombras, había un hombre mayor, sentado confortablemente en una silla.

Como aportación al encuentro, yo había llevado una botella de vino tinto, comprado a granel en España. Pero se había estropeado durante el viaje y estaba agrio. Me excusé e hice gesto de tirarlo. Aquel hombre del rincón se levantó rápidamente y me pidió ese vino estropeado, que yo iba a derramar en el fregadero. Tomó un trago y sus ojos se iluminaron y llenaron de lágrimas, al tiempo que murmuraba: “es el mejor vino que he bebido en mucho tiempo”. Tapó la botella, se la guardó en el bolsillo y volvió a su rincón. Quedé impresionado. Causaba respeto la enorme cicatriz que, desde el ojo izquierdo, cruzaba su cara y se perdía en el cuello. Era un cuerpo mutilado. Le faltaba el brazo derecho. Arrastraba dolorosamente su pierna izquierda. No podía dejar de pensar que medio cuerpo estaba inutilizado y otro tercio enterrado. Supe, luego, que vivía en el

Asilo-Hospital de Mirande, aunque se pasaba todo el día trabajando el huerto con un solo brazo. Cuando iba bebido y alegre, nunca borracho, ofrecía a quien quisiera escucharle unas meritorias y pedagógicas charlas. Era emocionante oírle hablar en plena calle de libertad y esclavitud asalariada, de la muerte de dios, de la abolición del Estado y de todas las fronteras, de democracia directa y de la disolución de todos los ejércitos y de toda policía. Pero el mejor vino tinto era el que había madurado bajo el sol de España, aunque fuera agrio.

En Mirande había más españoles que franceses. En la calle era habitual que se oyera hablar en castellano. Le pregunté a mi hermano Eliseo quien era aquel manco del vino tinto, que evidentemente era muy respetado, tanto por españoles como por franceses.

Me respondió que se llamaba Zafra y era uno de esos tantos españoles que había luchado en España para terminar esclavizados en campos de concentración. En Francia, durante la ocupación nazi, fue *maquisard*, guerrillero me tradujo. En un combate, esos guerrilleros tuvieron que retirarse precipitadamente, para evitar que el cerco de los alemanes les envolviera por completo. Y ese hombre, con una ametralladora, se plantó en mitad de la carretera, a treinta metros de distancia del enemigo, una columna motorizada que avanzaba a fuego abierto. Tuvo la suerte de destruir un camión con explosivos, que destrozó la columna y detuvo su avance. De este modo, había permitido la retirada de sus compañeros, sin ninguna pérdida. Fue citado en la orden del día militar, y más tarde condecorado con la cruz de guerra.

Entre las otras personas que conocí en aquellas reuniones sobresalían la señora Carmen, su hijo Antonio y resto de la familia. La señora Carmen era la persona que había ayudado a mi madre durante su estancia y enfermedad en Mirande, hacía ya más de seis años, cuando mi padre y hermano la habían reclamado para vivir en Francia. La había recogido y cuidado en su casa. Le di las gracias, profundamente conmovido por su bondad y por todas las atenciones recibidas por mi madre. Quise que supiera que le estaría eternamente obligado. El marido de la señora Carmen, refugiado político, había fallecido en Francia; su hijo Antonio, algo mayor que mi hermano Eliseo, era un hombre muy correcto y educado, también muy culto. Se había casado con una francesa y vivía en Toulouse. Tenía dos hijos, que iban a una escuela de monjas. En Mirande poseían una casa rural con muchas tierras de cultivo. Cualquier español que necesitara comida y cama podía ir a esa casa. Algunos pagaban con su trabajo en las tierras, hasta que encontraban un trabajo y se independizaban. Antonio era muy apreciado y querido por todos.

Yo no comprendía porqué llevaba a sus hijos a un colegio de monjas, ni porqué era tan distinto de los demás cuando hablaba de política o de España. Arreglaba los papeles de todos los exiliados o refugiados, obteniendo la documentación legal que necesitaban y representándoles ante los organismos oficiales. Todos los españoles del lugar acudían a Antonio para solucionar los problemas que se les presentaban, por insignificantes que fuesen.



Pie de foto: Mi hermano Eliseo y María Luisa

Reuniones, críticas y espionaje

En una de aquellas reuniones de exiliados, en las que siempre surgía el tema de lo que ellos llamaban la Guerra de España, mi esposa Elodia se puso estupenda y empezó a criticar al bando republicano: “ustedes hicieron la revolución y la guerra, pero se portaron mal con el pueblo”. Dijo Elodia que el pueblo respondió ilusionado, con todas sus fuerzas, con nobleza; pero ustedes, los dirigentes y quienes tenían algún cargo, más o menos oficial, en lugar de ayudar a la gente a superar los malos momentos de hambre y miedo, aún nos amargó más la existencia. Los de las Patrullas de Control nos quitaban la comida que habíamos ido a buscar por los pueblos, y los que lo hacían por lucro proseguían su camino. Una revolución ha de cuidar siempre que no falte el pan, o fracasará. Qué decir de aquellos que se dedicaron a ocupar torres o casas de lujo. Sustituyeron a los ricos para vivir como ricos, aunque fuera la primera vez que se limpiaban el culo con papel o que aún se sorprendían cuando abrían un grifo y salía agua; mientras los pobres que se habían quedado sin domicilio por los bombardeos y los refugiados, llegados de zonas ocupadas por los fascistas, tenían que construirse una chabola o vivir en la calle.

Mientras los nuevos ricos republicanos hacían su revolución, aprendiendo el uso de la cubertería de plata y diferenciando el vaso de vino del de agua o licores, esos refugiados y los desgraciados que habían visto bombardeada su casa, malvivían en el peor de los abandonos. Elodia hablaba y hablaba. Sus críticas eran más y más arbitrarias,

desordenadas y aceradas. Los rostros de quienes escuchaban se endurecían en una muda indignación, que peligraba terminar con un estallido. La reunión finalizó muy educadamente, pero el ambiente se había enrarecido y la situación era tan densa y tensa que el malestar podía cortarse en el aire con unas tijeras.

Mi hermano Eliseo nos dijo que midiésemos las palabras, que aquella gente había sufrido mucho y no podía comprendernos. Ellos habían vivido una época de la que nosotros lo desconocíamos todo. Hablábamos más de oído que por un conocimiento inteligente y real de lo sucedido. Que no advertíamos la profunda influencia que las ideas franquistas y la propaganda falangista había operado en cada uno de nosotros. Habíamos interiorizado y apropiado los argumentos fascistas contra la República y la revolución. Supimos entonces que, de no ser por mi padre, ya nos hubiesen dado un disgusto.

Comprendí que mi hermano, a caballo entre dos mundos, conocedor de las ideas y hechos de los exiliados y también de la realidad de la Barcelona sometida al franquismo, era de las pocas personas capaz de entender y valorar las razones intempestivas de unos y el paciente silencio de otros.

Eliseo nos confesó que a él le había pasado lo mismo al principio de su estancia en Mirande. Con el tiempo y el hondo conocimiento de las distintas personas (condenadas a un destierro posiblemente definitivo y sin retorno, pese al machacante lema común de “el año que viene en Barcelona”), Eliseo conoció cosas y hechos que ignoraba, de manera que su forma de pensar fue cambiando. Ahora tenía una perspectiva distinta y pensaba diferente.

Nos advirtió que era mejor que escuchásemos y no habláramos. No solo porque así aprenderíamos una nueva visión del mundo, sino porque de proseguir con nuestras soflamas, que a ellos les sonaba como un discurso fascista, podríamos tener algún susto inesperado. Elodia y yo no volvimos a hablar nunca más de política, ni de España, durante nuestra estancia en Francia.

En aquellas reuniones se vigilaba que no hubiese ningún espía ni infiltrado. Le murmuré a mi hermano: “esta gente está loca, porque no creo que en España nadie esté interesado en conocer las tonterías que aquí se dicen”. Me respondió que la gente que saludaba por la calle, o que hablaba en aquellas reuniones, era muy capaz de pasar la frontera en cualquier momento. Y la pasan, o ayudan a otros a pasarla, cuando quieren y por donde quieren, armados o no. Sus motivos y misiones, ellos sabrán. Pero el peligro de chivatazos y de espionaje policial era muy real. Y era cierto que a veces hablaban demasiado. El problema radicaba, según él, en que cuando se conocía a un español, inmediatamente se confiaba en él y se le hacía republicano, por la estúpida razón de que todos los españoles eran paisanos.

Un domingo mi padre, mi hermano y yo fuimos en bicicleta hasta la masía de Antonio. Tras mucho pedalear por carreteras, caminos y senderos llegamos a una gran casa rural. Las tierras de alrededor estaban muy bien trabajadas, cultivadas con esmero. El paisaje era hermoso. Ya en la casa, saludamos a todos los presentes. En la cocina, sin pedir permiso a nadie, mi padre cogió pan, vino y embutidos. Desayunamos los tres. Aquello parecía la casa de la abundancia de todos.

Había a nuestra disposición un barbero, que nos cortó el cabello a los tres. Mientras me pelaba a mí, le preguntó a mi padre: “¿se quedan o se marchan?”. Mi padre le respondió que era yo quien debía decidir. El barbero insistió: “¿cómo os lleváis?”. Y mi padre le contestó que regular.

Le pregunté a mi hermano qué significaba aquel interrogatorio del barbero. Me explicó que aquello era como una comuna. Y que algunos de aquellos hombres habían sido visitados, en su momento, por familiares que debían decidir si la familia volvía a

reunirse, o no. Por equis o por hace las familias de los que allí vivían habían optado por marcharse. El barbero había sido uno de aquellos rechazados por su propia familia.

Comprendí entonces la angustia y la pena de aquellos hombres, enfrentados a una reconquista de la familia que, en ocasiones, era imposible. Porque el paso de los años los había convertido en extraños, con formas de vida y opinión totalmente divergentes. Al cruzar la frontera ellos habían entrado en un mundo ajeno al que vivían sus familiares, con intereses, vivencias y sueños distintos y desconocidos unos de otros. Eran dos mundos paralelos y distantes, incluso exóticos entre sí.

En España se desconfiaba de todo. Miedo y hambre se habían grabado a fuego en los corazones y la mente. Se malvivía después de trabajar jornadas de 12 o 14 horas. Miedo y miedo en todo y por todo, todos los días. La hipocresía era una necesidad. La ideología fascista del régimen se imponía a golpes de propaganda. Día a día el fascismo impregnaba pensamiento, moral y costumbres, hasta hacerse sangre y carne, segunda naturaleza. En Francia era todo lo contrario. Cruzar la frontera era derrotar al fascismo y vivir en libertad. Y eso no era poco. Allí los españoles se ayudaban entre ellos, y cualquier idea o forma de pensar era respetado.

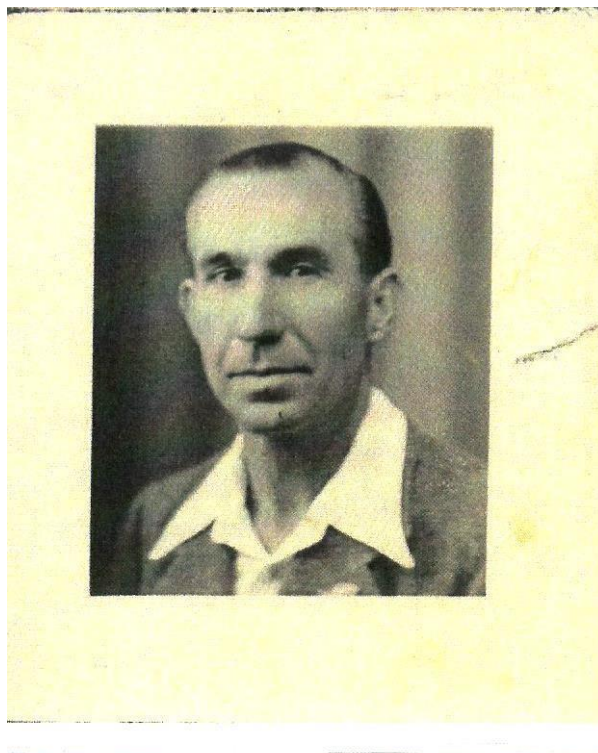
Aquellas personas, sin patria ni familia, viejos mutilados o amargados, formaban una comunidad aislada del resto de la Humanidad y del mundo, que tanto les debía por sus hazañas y valentía. Eran seres excepcionales que habían vivido mucho y sufrido aún más. Pero también eran una especie en proceso de extinción. Vivían en el pasado, un pasado glorioso y heroico, pero sin futuro, sin reconocimiento social o político, sin nada que ofrecer, salvo recuerdos.

El destino y la Historia, en mayúscula, los habían elegido para vivir momentos singulares, para derrotar al fascismo y conquistar la libertad en todo el mundo, excepto en España. Les habían robado las dos cosas que más querían y eran su razón de ser: el futuro y su tierra.

Las aventuras de mi padre

En una de aquellas reuniones de los exiliados españoles en Mirande me enteré que mi padre, en España, había estado en los comités de defensa y luego en las patrullas de esos comités, junto con un sobrino suyo, llamado Domingo, de sobrenombre Mingo, que era como le conocían todos, y otro compañero que vivía en el pasaje Bori de Pueblo Nuevo, de mote “el porricas”. Al disolverse las patrullas, mi padre fue ingresado en Reservas Generales, y de allí pasó a la 153 Brigada Mixta, surgida de los restos de la columna Tierra y Libertad.

Oí que contaban que, en la retirada de Cataluña, al pasar la frontera, ya desarmados, empujados y apaleados por los gendarmes, fueron llevados a pie por carretera, hasta un arrenal de varios kilómetros de playa, rodeado de alambradas y púas de una parte; y de otra por la mar y el viento. Dentro, nada.



Eliseo, mi padre

A aquello le llamaban el campo de Saint-Cyprien. A la entrada le registraron y se lo quitaron todo. Lo arrojaron a la arena de la playa entre otros miles más. Se morían de hambre y de sed y del frío. Era invierno y soplaba la tramontana. Vigilaban las alambradas y púas unos moros senegaleses, alistados en el ejército francés, y algunos gendarmes. Unos patrullaban a pie y otros a caballo. Había puestos con ametralladoras. Estaban presos como peligrosos criminales. Solo estar allí dentro era ya una tortura dantesca, peor que el infierno fascista.

Unos soldados franceses arrojaban la comida por encima de las alambradas desde un camión en marcha. Al otro lado, una muchedumbre famélica se peleaba por coger algo de comida. Esta innecesaria desorganización duró lo bastante como para que muchos cientos muriesen de hambre, frío y enfermedades. Poco a poco se levantaron barracones, contruidos por los propios presos con el material que por fin les facilitaban. Y se introdujo un racionamiento ordenado en pacíficas colas. Sarna, piojos, cólicos, maltratos... y mucha muerte.

Pero a los pocos meses se consiguió imponer una autodisciplina y una organización, que unos llamaban militante y, otros, militar. Los refugiados se habían convertido en cantera de mano de obra barata y carne de cañón para el ejército.

El 12 de enero de 1940, mi padre se enroló en los Regimientos de Marcha de los Voluntarios Extranjeros. El alistamiento lo era por la duración de la guerra. Con esa firma había pasado de ser una vil piltrafa de la sociedad a un glorioso soldado del ejército francés.

Tras el encuadramiento en los primeros batallones se constituyó formalmente el Primer Regimiento. Salieron a toda prisa a los frentes de Alsacia, y, de allí, a las Árdenas. Su armamento era viejo y estaban mal equipados para enfrentarse al mecanizado ejército germano. En el ejército francés eran conocidos como regimientos *ficelles*, esto es, como regimientos basura o de pacotilla. Fueron barridos por el imparable avance alemán. Los aviones (stukas) y los blindados (panzers) fueron decisivos. Muchos muertos, heridos y

desaparecidos. La batalla de Francia fue un desastre. El 22 de junio se firmó el armisticio. Los españoles que no habían sido hechos prisioneros y enviados a campos de concentración alemanes, regresaron a los campos de origen, donde habían sido internados a su llegada de España.

Mi padre pudo retroceder hasta la zona llamada libre, para ser encerrado en el mismo campo de concentración del que había salido meses antes: Saint-Cyprien. Entonces empezó la criba ordenada por los nazis en los campos de concentración y en todas las ciudades francesas. La Francia de Vichy creó el STO o Servicio de Trabajo Obligatorio. Quienes se habían destacado políticamente eran enviados a España o Alemania, donde eran exterminados. Los demás recibían un trato de esclavos y su destino aún era indefinido. Muchos fueron llevados finalmente a trabajar a Alemania; otros, como mi padre, fueron trasladados a la Francia ocupada, para la construcción del llamado Muro del Atlántico. Años más tarde vi algunas fotos tomadas en Saint-Michel.

Mi padre se quedó gratamente sorprendido cuando al llegar a su destino se encontró con su vecino y amigo Paco, de la calle de la Amistad, al que no había visto desde el paso de la frontera, en febrero de 1939.

Trabajar para los alemanes en la construcción de defensas militares contra el desembarco aliado significaba servir a la maquinaria de guerra germana. Esto repugnaba profundamente a los republicanos españoles. Se hacían sabotajes, arrojando palas y cemento al mar, con riesgo de ser enviados a campos de exterminio en Alemania, o ser fusilados allí mismo. Lo peor era padecer tortura para ejemplo de los demás. Pero el mejor sabotaje era la huida.

El Paco le confió que los alemanes estaban haciendo una carretera no lejos de donde estaban. Si conseguía que le trasladasen a trabajar a la carretera había más posibilidades de escapar. Por otra parte, que le destinaran a uno a trabajar en la carretera no era difícil, porque los traslados se hacían por grupos y de forma rotativa.

Un día pidieron torneros. El Paco dio un paso al frente en la fila, como otros muchos más. Ya no volvieron a verle. Más tarde supieron que había sido enviado a trabajar en fábricas de producción bélica, en Alemania.

Mi padre, con la vida pendiente de un hilo por su agotamiento y debilidad física, decidió huir lo antes posible. Tuvo suerte. Llegó a un bosque donde trabajaban leñadores. Fue bien acogido como leñador y carbonero. Era un buen refugio, de muy difícil acceso para la gendarmería francesa. Sin papeles y fugado del STO no tenía más opciones.

Como leñador y carbonero, a veces jornalero del campo, fue recorriendo pueblos y departamentos, según soprase el viento. El paso del tiempo incrementaba las vocaciones obligadas de leñador. Primero con el único objetivo de sobrevivir, más tarde fueron convirtiéndose en *maquisards*. Los *maquisards* vivían entre los matorrales del monte. La palabra es sinónimo de guerrillero y de resistente. Tuvieron varias escaramuzas con la gendarmería. Efectuaron sabotajes contra depósitos de municiones, postes telegráficos y vías férreas. Protagonizaron atentados contra colaboradores significados y oficiales alemanes.

En el invierno de 1942 se integraron en la Resistencia organizada.

Tras el desembarco de los aliados en Provenza, incrementaron notablemente sus actividades, sin dejar un momento de reposo al ejército alemán y dificultando su movilidad. Con su propio esfuerzo liberaron 34 departamentos del sur de Francia.

Mi padre, dando tumbos aquí y allá, llegó al bosque de Mazous, en Lupiac, cerca de Mirande. Se estableció por fin en el departamento del Gers, alternando el trabajo con la guerrilla, hasta el 15 de agosto de 1944, cuando todo el departamento había sido ya liberado. Los alemanes, en retirada hacia Toulouse, fueron interceptados por el maquis el

20 de agosto en un pueblecito llamado Isle-Jourdain. Los soldados alemanes fueron cercados y finalmente se rindieron a los *maquisards*.

El regreso a Barcelona

Supe, gracias a la señora Carmen, la que cuidó a mi madre varios meses en 1950, que mi padre había trabajado y ganado más dinero que cualquiera de los exiliados españoles en Francia. Pero solo vivía para él. En aquel momento la querida de turno era una francesa tan joven que podía ser hija suya. Cuando mi hermano fue a Francia, la señora Carmen pensó que mi padre cambiaría su forma de vivir. Pero sucedió todo lo contrario, eran dos los que vivían al día. También me advirtió que Eliseo, desde que se había unido sentimentalmente a Marie-Louise, había cambiado por completo y a mejor.

Intuí que mi padre era un ser que nunca había sido vencido y que era invencible. Aquello era bonito, e incluso poético y heroico, pero tenía su cara oscura en la vertiente familiar. Sus ideales y pensamientos no habían sido derrotados y no cambiarían nunca, por nadie ni por nada. Buscó en Francia una forma de vida acorde con sus ideales. Su pensamiento estaba arraigado en la idea de regresar muy pronto a Barcelona, cada año al año siguiente. En Francia solo tenía el cuerpo, la mente estaba en España, en la Barcelona del 36. Su familia solo era un vago y lejano recuerdo. Y la Barcelona del 36 había dejado de existir hacía ya mucho tiempo.

Le pregunté a María Louise por la bandurria; me respondió que nunca la tocaba y que se estaba pudriendo en el desván. Comprendí entonces que nunca podríamos vivir todos juntos en Francia. Mi padre no tenía nada que ofrecer a mi madre, como no fuese la casa de la mujer de su hijo. Los demás teníamos que empezar de cero. ¡Ni familia, ni bandurrias!

Recibí una carta de mi tío Pepe, que me ofrecía trabajo en una fábrica de motos, con un sueldo digno. Decidí regresar a Barcelona.

Comuniqué mi decisión a mi padre y a mi hermano. Les dije que ya era hora de que pensarán en la familia, pero que si de verdad querían reunirla en Francia debían buscar una vivienda, con un mínimo de comodidades, y trabajo digno para quienes quisieran rehacer su vida en Francia. Que no mirasen tanto al pasado. Que había un presente y un futuro para vivir. Que el primer paso era soltar el lastre de los recuerdos y trabajar por el porvenir.

Mi padre se puso morado y me dijo que no había de dar cuentas a nadie, ni explicaciones de su vida y de sus luchas, que solo a él le pertenecían. Y que haría con su vida lo que quisiera. Quien lo admitiese y aceptase serían bienvenido a su lado; quien no, allá él.

Mi hermano le disparó que, para hacer la vida que hacía, hubiera sido mejor no casarse ni tener hijos, pues al casarse había hecho de su mujer una esclava y de sus hijos unos huérfanos.

Mi padre, dolido, respondió que siempre había luchado por nuestro bien, y prosiguió un discurso enfático, vano y sin sentido, hablando y hablando sin nadie que escuchara sus palabras.

Eliseo terminó diciéndole que era nuestra madre quien nos había criado. Que, aunque hubiese tenido cinco hijos con su mujer, apenas conocía a ninguno de ellos.

Un día, mi hermano y yo fuimos a comprar el billete de tren. Se celebraba en Toulouse un mitin de la CNT. Mi hermano me llevó a una cervecería en la que probablemente encontraríamos a mi padre, porque era el punto de reunión de los cenetistas españoles. Lo encontramos y estuvimos charlando los tres amigablemente.

Cuando llegó el momento, mi hermano y yo regresamos a Mirande, mientras mi padre, con varios compañeros suyos, se fue a visitar a Federica Montseny en su casa.

El día anterior a nuestra marcha nos desplazamos en coche hasta Lourdes. Debía entregar el paquete que me había encargado el director de la fábrica para su cuñado. El próspero negocio milagrero montado por las sotanas en el santuario era realmente impresionante y pomposo. Todo el pueblo de Lourdes vivía directa o indirectamente de la idólatra veneración a la santa y mística Bernadette, una visionaria con más éxito de taquilla que la Virgen María que tantas veces se le había aparecido a la pastora. Cruel espectáculo el de aquellos enfermos, inválidos y tullidos, que sumergían en las gélidas aguas para hurtarlos del río glacial pocos minutos después, sin milagro ni cura, arrancada ya de un terrible manotazo toda huera esperanza. Lloraban su tristeza, mojados, helados y desesperados, pero sobre todo sentimentalmente quebrados y con el ánimo roto.

Fuimos todos juntos al domicilio indicado. Encontré un hombre muy abierto y educado, que gozaba con la conversación. Pero estaba poseído por un miedo atroz. Estaba casado con una francesa y tenía un hijo. Me dio una carta para que fuese entregada en mano a su hermana, en Barcelona. En la charla que tuvimos me di cuenta rápidamente que no podía ver a su cuñado, el señor Latorre, ni en pintura. Entre otras cosas, me dijo que su cuñado había prosperado en el trabajo porque era un chaquetero lameculos. Y me contó sus idas y venidas como correveidile por la fábrica, con más detalle que si yo estuviera contemplándolas en directo.

Al regreso de Lourdes, pasamos a recoger las maletas para hacer el equipaje, ya que salíamos al día siguiente. Las maletas estaban en el desván de la casa de Marie-Louise. Vi allí una maleta pequeña, una caja de herramientas, la bandurria y varias cañas de pesca. En el interior de la maleta encontré una pistola, un reloj de bolsillo, una fotografía familiar de mi madre con sus cinco hijos y muchos folletos de la CNT-FAI. En la caja de herramientas había dos medallas bastante grandes: una con el busto de Napoleón y la otra con una mujer que alzaba una bandera, con un laurel alrededor. Le pregunté a mi hermano Eliseo de quién era todo aquello. Me explicó que las cañas de pescar y las herramientas eran suyas; la pistola, los libritos y las medallas “de tu padre”. El reloj y la bandurria de quien lo necesitase empeñar o vender.

Al día siguiente, muy temprano, padre y hermano nos acompañaron en coche a la estación del ferrocarril, en Toulouse. En el momento de la despedida mi padre besó a mi hijo con pasión, al tiempo que nos decía: “si necesitáis algo de mí, ya sabéis donde encontrarme”.

Durante el trayecto, Elodia me dijo que de Francia le gustaba su forma de vida y la libertad que se respiraba, pero que el ambiente cerrado de los exiliados en Mirande era asfixiante. De no ser así, nos hubiésemos quedado, pues nada teníamos en España, ni nada nos ataba a la dura y hostil ciudad de Barcelona, aunque hubiésemos nacido allí.

Ya en casa, le expliqué a toda la familia lo sucedido, sin esconder nada. Mi madre no hizo comentarios. Mis hermanas y cuñados no quisieron creerme. Alguno incluso afirmó que en cuanto pudiese iría a Francia, para hacerse un juicio propio.



Pie de Foto: Mi madre con sus cinco hijos

La OSA

Volvimos al piso del pasaje Bori, con la madre de Elodia. Al día siguiente empecé a trabajar en la fábrica de motos OSA, con mi tío Pepe. Mi trabajo, en la fundición, consistía en remover las tierras con una pala, para que los fundidores hiciesen los moldes de las piezas de los motores. Cuando estaban hechas limpiaba asperezas, rebabas y remates con una lima. El trabajo era pesado, sucio y a destajo, sin límites de horario. Lo hacía muy ilusionado, esperando de que un día me hiciesen fijo. En tal caso cobraría el doble de lo que había cobrado en la fábrica de tintes y aprestos, llevando la Sanfor. Necesitaba ganar mucho más dinero, porque era urgente poder conseguir un piso propio.

Por esos días apareció de nuevo Manolo. Acababa de llegar de Venezuela. Parecía un indiano. Todos pensábamos que se había hecho rico en las Américas. Regaló a sus dos hermanas unas pulseras de las que colgaban monedas de dólar de oro. Llenó a su madre de pendientes, sortijas, pulseras y nomeolvides, en oro o plata. Durante su estancia en España no paró de viajar: Madrid, Toledo, Valencia, Zaragoza, Andalucía, Mallorca...

Parecía que le sobrase el dinero. Hablaba de Venezuela como de la Tierra Prometida a Moisés. Tan maravilloso nos lo pintaba que Elodia le pidió que nos llevase con él. Desde ese momento se hizo el desentendido y no nos volvió a hablar de América.

Con motivo del Congreso Eucarístico se habían construido unas viviendas sociales de renta limitada. Nos falta muy poco dinero para dar la entrada. Se lo pedimos prestado a Manolo. Sorprendentemente me respondió que no, que ya estábamos bien en su casa, cuidando de su madre. Y que cuando regresara definitivamente, en un par de años, ya hablaríamos de lo que haría con nosotros. Supe entonces que era muy urgente conseguir piso, porque cuando regresara íbamos a sobrar.

Por entonces en la fábrica OSA me dijeron que se había acabado el trabajo para mí. Que los trabajadores fijos habían acabado con el pedido extra y ya no me necesitaban. No era cuestión de que los fijos perdieran sus horas extra, compartiendo el trabajo conmigo. Suavizaron el despedido diciéndome que cuando hubiese otro pedido extra me avisarían, mi tío Pepe mediante.

Como aún era vigente el permiso de trabajo que había tramitado en la fábrica, regresé donde pensaba que jamás volvería. Para gran sorpresa mía, ahora se hacían horas extra en todas las secciones. Le entregué la carta al señor Latorre, para que se la hiciese llegar a su mujer. Me destinaron de nuevo a la Sanfor, con jornadas de trabajo de 12 a 13 horas diarias.

El 15 de noviembre llegaron rumores del fallecimiento de Negrín, unos días antes. Las noticias también se hacían eco del nombramiento en no sé qué de Laureano López Rodó, socio numerario del Opus Dei y mano derecha reformista del mandamás Carrero Blanco.

Terminaba el año con la alegría de que, a nuestro hijo, que iba a la Academia Domingo, le habían dado en el grado preparatorio la calificación de “sobresaliente, premio y medalla de honor”.

Los tranvías a Ifni (1957)

Empezó 1957 con el boicot a los tranvías de Barcelona. El 9 de enero el gobernador Felipe Acedo Colunga dictó la subida de las tarifas de los transportes urbanos en 20 céntimos. Ese mismo día millares de octavillas, muchas de ellas firmadas por organizaciones de estudiantes, llamaban al boicot para el día 14. Ese día nadie debía tomar el transporte en Barcelona. Y así sucedió. Al día siguiente, los estudiantes ocuparon el edificio universitario de la plaza de la Universidad, donde fueron lanzados a unahoguera los retratos oficiales de Franco y de José Antonio.

Se rumoreaba que Franco estaba preocupado, porque consideraba que a la organización sindical en Barcelona le fallaban sus resortes de control de la población.

El día 17 cayó una nevada en la ciudad, que no impidió que la huelga de usuarios de tranvía continuase hasta el día 25. La huelga tuvo un coste de quince millones para la compañía.

El general Juan Bautista Sánchez González, capitán general de Cataluña, se negó a sacar a las tropas a la calle como había ordenado el Generalísimo.

Ese general, de simpatías monárquicas, había sido el 17 de julio de 1936, cuando aún era coronel, uno de los primeros oficiales en iniciar el Alzamiento contra la República. Era un general africanista que durante la guerra civil estuvo en los principales frentes de batalla: Bilbao, Covadonga, Brunete, Teruel, Belchite, llegada al Mediterráneo, entrada en la ciudad de Barcelona y llegada a la frontera francesa en Le Perthus. Destacó por su gran capacidad profesional, honradez y austeridad. Estaba enfermo del corazón. A finales de enero estaba efectuando un viaje de inspección de los destacamentos de la frontera. El 30 de enero de 1957 falleció de un ataque al corazón, en su habitación del Hotel del Prado de Puigcerdá, a raíz de conocer su destitución, ordenada directamente por Franco.

Fuese por el disgusto ante tal noticia, o por la discusión mantenida con los generales Ríos Capapé y Muñoz Grandes, encargados de transmitirle la brutal e inesperada decisión, su muerte se sumaba a la de tantos otros generales o rivales que, en su momento, habían proyectado la menor sombra sobre el Generalísimo, que nunca debe olvidarse que es el superlativo de general.

En Barcelona, la represión de la ya finiquitada huelga de usuarios se cebó en la detención indiscriminada de estudiantes, que pedían la liberación de los compañeros detenidos. Todas las autoridades académicas, a excepción del vicerrector García Valdecasas, fascista confeso, habían dimitido de sus cargos.

El 22 de febrero se celebró consejo de ministros y por primera vez en la historia del franquismo no se anunciaba, al mismo tiempo del cese de ministros, el nombramiento de los nuevos titulares. No hubo gobierno durante tres días. La columna vertebral del nuevo gobierno reposaba en Carrero Blanco y en López Rodó. Fueron nombrados ministros algunos hombres duros como Camilo Alonso Vega en Interior (compañero de juventud del ahora Caudillo de las Españas), que durante muchos años había desempeñado el cargo de director de la guardia civil. En la dirección General de Seguridad se puso a Carlos Arias Navarro, conocido popularmente como “el carnicero de Málaga”, por su sangrienta actuación como juez, en esa ciudad, durante la guerra civil. En los ministerios de carácter económico se colocó a hombres del Opus Dei, tecnócratas afines a López Rodó. Los nombramientos eran fáciles de entender: hombres duros y adictos a Franco en los cargos de represión y tecnócratas asépticos en economía. Los falangistas debían probar que aún servían de algo y Franco eligió al maleable Solís.

El Opus Dei, bautizado por sus oponentes como la Santa Mafia, era una organización católica y conservadora. Algo así como una prelatura personal del Papa en el seno de la Iglesia, que no tenía que dar cuenta de sus acciones a nadie, con excepción más teórica que práctica, del propio Obispo de Roma. Había sido fundada por Josemaría Escrivá de Balaguer ya antes de la guerra civil y se internacionalizó al acabar la segunda guerra mundial. Su característica esencial era la vida comunitaria y la confesión colectiva. Sus miembros eran cooptados entre los profesionales y universitarios más prometedores, que de esta forma eran aupados en su carrera profesional. Podían ser clérigos o seglares. Dentro del régimen franquista suponían una modernización; oponían los tecnócratas y la gestión eficiente de la economía a la huera, casposa e inútil palabrería, ideología y rituales falangistas.

En el campo represivo también eran más eficaces e inteligentes que los decrepitos y obsoletos fascistas: aprobaron la congelación de salarios y decretaron una ley de responsabilidad colectiva, en caso de huelga. Sabido es que los obispos no creen en dios, ni los banqueros en el dinero, porque ni a unos ni a otros les hace falta.

El 16 de julio Franco vino a pasar cuatro días en Barcelona. La visita incluía la final de Copa entre el Barça y el Real Club Deportivo Español. Volvió a venir el 8 de octubre para inaugurar los Hogares Mundet. Siempre el mismo ritual, desembarco en la Puerta de la Paz, frente a la estatua de Colón y masivo recibimiento de los trabajadores, obligados a asistir por los empresarios.

En noviembre los marroquíes atacaron las posiciones españolas en Ifni, que después de la independencia de Marruecos se había convertido en un enclave costero, rodeado por tierra marroquí. Franco envió varias banderas de la Legión. La guerra se agudizó. La invasión marroquí era un éxito. Ifni era logísticamente indefendible. Franco envió diversas oleadas de paracaidistas desde Canarias. Paracaidistas que en su mayoría llegaban muertos al suelo, ya que eran ametrallados a medida que iban descendiendo. La batalla duró diez días, durante los cuales Franco recordaba y soñaba con los paracaidistas alemanes sobre Creta. Pero Ifni no fue Creta. La carnicería de Ifni se convirtió en una

guerra oculta y vergonzosa, que pagaron los desgraciados españolitos que hacían el servicio militar en aquel momento. Estuvieron muriendo como moscas hasta marzo de 1958.

La gente se enteró del fin de la guerra porque Franco retiró a su guardia mora del nodo, sustituida por una guardia nacional especial con la misma capa larguísima que los de antes, pero no tan bonita.

Leyes, huelgas y represión (1958)

A Franco le dio por promulgar leyes importantes para su régimen. 1958 fue el año de las nuevas leyes. La de Principios del Movimiento Nacional, “consciente de su responsabilidad ante Dios y ante la historia”. ¡Franco, asesino consciente! La ley de convenios colectivos y el Plan de estabilización, que bloqueaba los salarios. El Ministerio de Trabajo se reservaba el derecho de dictar normas de obligado cumplimiento, cuando no se llegaba a un acuerdo entre los obreros y la patronal. Derecho de huelga, nulo.

El frecuente uso de la norma de obligado cumplimiento hizo obsoleta la organización sindical, puesto que en la práctica anulaba los convenios colectivos y cualquier instrumento que fuera eficaz para la lucha obrera. Era el fin del sindicalismo vertical.

La ley de Principios suponía la superación de la etapa fascista del franquismo. El maquillaje de la dictadura convertía la figura dictatorial del muy superlativo general en una especie de Regente de una monarquía sin Rey, sobre todo para el extranjero. La subida al poder del Opus Dei podaba del frondoso árbol del franquismo las podridas y obsoletas ramas falangistas. Se puso de moda lo que llamaban gestión eficiente de la economía. Los tecnócratas al poder y los falangistas al baúl del olvido.

A la clase obrera solo le quedaban las organizaciones clandestinas. Pero ¿eran un instrumento válido? En la práctica, las luchas autónomas de los trabajadores eran recuperadas por esas organizaciones, con el único objetivo de anotarse el mérito si tenían éxito. Esa era la política en la que destacaban sobre todo los comunistas.

Llegaron rumores de las formidables luchas de los mineros de Asturias, que habían empezado hacia el 15 de marzo. Se suspendió el Fuero de los españoles, como si eso significara algo, como si la policía y los civiles no tuviesen siempre carta blanca para ejercer la represión más brutal. Las detenciones indiscriminadas y la tortura se hicieron habituales en las cuencas mineras asturianas. Las minas María Luisa y La Camocha se convirtieron en mitos de la lucha obrera. Pero la represión fue tan dura que el 25 de marzo se puso fin a la huelga.

Se formaron consejos de guerra contra los mineros detenidos, que se prolongaron durante todo ese año. Pero ese mismo día 25 empezaron a desencadenarse huelgas en las grandes empresas barcelonesas: Enasa, Hispano-Olivetti, Can Batlló, Casa Illa, Seat y otras muchas más.

El gobernador Felipe Acedo ordenó cerrar cinco fábricas en las que el paro era total. La huelga fue creciendo y extendiéndose a Euzkadi. En Guipúzcoa numerosas fábricas se sumaron al paro. En todo el país hubo conatos de huelga. En Valencia empezó por la papelería Malvarrosa, en Castellón por la fábrica de zapatos de Can Segarra. Las huelgas obreras, duramente reprimidas, fueron acompañadas por huelgas de estudiantes en las Universidades de Zaragoza, Sevilla, Barcelona, Madrid...

Surgieron organizaciones obreristas de carácter católico. Afirmaban que el régimen franquista era incompatible con la doctrina social de la Iglesia y los últimos escritos del Pontífice, Juan 23. Criticaban al sindicalismo vertical.

Enrique Pla Deniel, uno de los cardenales españoles más conservadores de la época, sin abandonar su acérrima adhesión al franquismo, se opuso a la expulsión de un sacerdote por haber criticado al régimen en *Ecclesia*, un diario de Acción Católica. Ese artículo defendía el apostolado obrero frente a la dictadura.

El malestar entre Iglesia y dictadura se plasmó en el enfrentamiento entre el abad de Montserrat y el gobernador civil de Barcelona. El abad del Monasterio benedictino de Montserrat, monseñor Escarré, era un buen organizador y hombre de Iglesia que había sido elegido abad en 1946. En 1958, el gobernador civil Felipe Acedo Colunga aprovechó la ausencia de Escarré, que estaba en Roma en audiencia papal, para cargar en un discurso pronunciado en Granollers, el 30 de noviembre, contra el separatismo que minaba a la juventud amparándose en la Iglesia, en clara referencia al movimiento scout. El discurso, publicado en *Hoja del Lunes* el 1 de diciembre, mereció la respuesta del abad en la homilía del día de la Purísima, donde sin decir nada del régimen, cargó contra Acedo, mientras una hoja clandestina, *Catòlics catalans*, redactada por el abogado e historiador Josep Benet, difundía la discusión. Ni Franco, ni Camilo Alonso Vega, ministro de Gobernación, apoyaron a Acedo; al contrario, se desmarcaron del tema considerándolo un conflicto entre el Gobernador y el abad, no con la Iglesia.

Socialistas, cristianodemócratas y comunistas politiqueaban en congresos propios, ententes internacionales entre organizaciones varias y reconciliaciones con esos nuevos sectores obreristas de la Iglesia Católica. Nacen nuevas organizaciones, como la Hermandad Obrera de Acción Católica, los *felipes* del Frente de Liberación Popular y otras gilipolladas diversas de niñatos de la pequeña burguesía, sin arraigo popular ni obrero.

Todos juntos protestan y preparan una jornada de reconciliación nacional, aprovechando la ola de protestas y huelgas espontáneas. El 5 de mayo tenía que ser el día de esa Gran Jornada de Lucha. Solo se registraron algunos tímidos y breves paros en empresas de Valencia, Madrid y Barcelona, pero la jornada solo pudo calificarse como un gran fracaso.

El aislamiento del partido comunista entre la oposición democrática, el miedo a la represión y la fragilidad de unas reivindicaciones políticas artificiosas, pese al profundo y extenso malestar popular existente, demostraron que el aparato burocrático del partido comunista era incapaz de liderar nada de nada. Al finalizar el año saltó la noticia de una gran estafa de evasión de capitales a Suiza.



Estabilización (1959)

La tensión social no disminuyó con el Nuevo Año de 1959. Huelgas en Tarrasa, manifestación en Sevilla y paros en los talleres de Renfe, en Madrid.

Las protestas giraban en torno al tema de los convenios colectivos de trabajo y su bloqueo por la patronal o el régimen. El cambio de la peseta había bajado al sótano de la historia. La miseria estaba en un punto álgido y era aplastante. Se inició un éxodo masivo.

En las fábricas era habitual que los compañeros organizaran su huida económica a Suiza, Alemania, Francia o las mil Américas. El sindicato vertical se encargaba de todo. Organizaba el viaje, entregaba el papeleo ya hecho, daba a firmar el contrato de trabajo en tal o cual empresa y negociaba la vivienda en la ciudad de destino. Facilitaba hasta la inscripción de los niños en las escuelas de destino.

Con el tiempo, supimos que las viviendas que ofrecían eran míseros barracones provisionales, semejantes a campos de concentración. Que el salario pagado, aunque traducido al cambio de la peseta parecía muy elevado, no era nada comparado con los precios vigentes en el país de acogida. Que los trabajos ofrecidos eran de lo peorcito del país. La protección sindical de la emigración española era nula. Familias enteras fueron trasplantadas de la espantosa miseria española a una emigración miserable, de la que se desconocían además lengua y costumbres.

La congelación de salarios y la miseria atrajeron un turismo de sol y playa, con mayor poder adquisitivo que los españoles, incrementando aún más los precios de los alimentos y productos básicos. La especulación del suelo, el boom de la construcción y el negocio fácil envían al falangismo y al nacionalcatolicismo al baúl de los recuerdos. Una muralla de edificios oculta el mar a la mirada del paseante solitario. Se construyen algunas urbanizaciones para extranjeros, prohibidas a los españoles. Turistas y divisas para el Estado, más miseria para la mayoría y el gran negocio para unos pocos. Luego a eso se le llamaría el milagro español.

El 1 de abril, en el 20 aniversario de su Victoria, Franco inauguró en Cuelgamuros el Valle de los Caídos, la tumba del Faraón sobre la grandiosa ofrenda y sacrificio de una fosa común de más de treinta mil fallecidos de la guerra civil, de ambos bandos, trasladados allí sin el permiso de sus familiares. El monumento era fruto de un trabajo de esclavos, hecho por presos republicanos en unas condiciones degradantes. Una enorme cruz de granito coronaba la pirámide faraónica de aquella tumba, iglesia y abadía. Quizás algún día la maldición de esa cruz desaparecería del firmamento, dinamitado el granito en millares de piedras pequeñas. Piedras que arrojar contra los tiranos de este mundo, piedras para construir viviendas dignas, piedras donde esculpir lápidas de libertad para los muertos vivientes que habitaban las pesadillas del franquismo. Toda España era un Valle de Vencidos y un enorme cementerio de hambrientos en harapos.

La inversión realizada en su construcción era un lujo que no podía permitirse la economía del país, prácticamente en quiebra por las deudas de guerra. Era un despilfarro inaceptable en un país de miseria y hambre. Las suscripciones “voluntarias” eran un impuesto forzoso que se malgastaba en aquel horror: la pirámide del faraón. Era el fruto amargo y podrido de la tiranía.

¿Qué aberración ideológica o psíquica podía justificar la edificación de aquel monumento a la vanidad y la muerte? ¿Ser enterrado sobre los muertos, propios y del enemigo, de la guerra que le había dado la victoria y el poder! Franco, asesino por la Gracia de Dios. Su paz, la de los cementerios. Su cruz, la gamada.

Camilo Alonso Vega aceptó una invitación de Escarré a la consagración del nuevo altar el día de la Virgen de 1959, indicando que iría con todos los gobernadores civiles de las provincias, Acedo incluido. Pretendía acorrallar al abad de Montserrat. El padre

Albareda, prefecto de la Biblioteca Vaticana, hizo comprender a Juan 23 que era imprescindible en la ceremonia la presencia del cardenal Eugène Tisserant, que convertiría la derrota de Escarré en una victoria. Felipe Acedo nunca llegó a entender cómo un abad separatista llenaba Montserrat con ochocientos sacerdotes y unos veinte mil fieles, dos ministros, tres directores generales, cuarenta y cuatro gobernadores civiles y toda la larga lista de autoridades provinciales. Escarré, victorioso y exultante, estuvo más seductor y cautivador que nunca; mientras Acedo a la hora del café aguantaba las burlas de sus compañeros gobernadores que le gastaban bromas destacando la simpatía del abad. De este modo, el abad Escarré se convirtió en un referente para los catalanistas y antifranquistas, gente de las Congregaciones Marianas, del grupo CC, del Torras i Bages..., que contactaban y dialogaban con él. Eran tiempos de ebullición: el 21 de junio estalló el caso Galinsoga.

Galinsoga, después de asistir a una misa, protestó en la sacristía de la iglesia por el hecho de que la homilía se hubiese hecho en catalán. La misa había sido en latín. Galinsoga, sin atender razones y explicaciones gritó la frase: "¡Todos los catalanes son una mierda!", que al hacerse pública causó una honda irritación en la sociedad catalana. Un grupo de jóvenes católicos, "*Cristians Catalans*" o CC, liderado por Jordi Pujol, organizó una campaña de protesta contra *La Vanguardia*. Se rompieron y quemaron ejemplares del diario en la calle, se enviaron cartas a los anunciantes para que se dieran de baja en su publicidad y se repartieron folletos explicando los hechos.

En Euzkadi surgió ETA, organización armada de los nacionalistas vascos. ETA significaba algo así como Patria Vasca y Libertad.

Mi hermana Carmeta decidió marchar a Francia con su familia, con la firme intención de quedarse allí definitivamente. No compraron billete de vuelta. A los dos meses ya había regresado a Barcelona. No hicieron ningún comentario. Solo dijeron que era una lástima que no supieran hablar en francés y que el papa no tuviera una casa propia. Decían que en Francia se vivía bien y existían posibilidades de encontrar un buen trabajo.

En la fábrica se palpaba un creciente malestar. La explotación desaforada de los trabajadores se había hecho manifiesta, descarada y cruel con la aparición de los cronometradores. Se convocó una reunión clandestina urgente. El lugar era un sótano del pasaje de la Paz, junto a la plaza de Medinaceli, donde solían hacerse las asambleas de la CNT. En el momento en que doblé la esquina del pasaje de la Paz, un sexto sentido me advirtió que no entrase en el local de la cita. Pasé de largo. Di una vuelta a la manzana.

Noté que en el pasaje había más gente de lo habitual. Y que en las calles adyacentes se veía demasiada policía. Sin embargo, muchos compañeros entraban en el edificio, sin que pudiera avisarles del peligro. Por otra parte, con qué fundamento. Solo era una corazonada. Me fui alejando lenta y prudentemente del lugar, enfadado conmigo mismo por lo que ya me parecía una cobardía inadmisibile. De repente, sonaron unos silbatos, se oyeron gritos, empezaron las carreras y persecuciones. Entré en un bar. La redada fue un éxito policial. Vi cómo eran detenidos y subían a las furgonetas varios compañeros de trabajo y distintos conocidos y militantes del ramo fabril y textil.

De camino a casa reflexioné seriamente sobre mi situación. Me dije a mi mismo que debía dejarme de tonterías y preocuparme que no me sucediera lo mismo que a mi padre. Pero, al mismo tiempo, no podía quedarme con los brazos cruzados ante tanta injusticia. Los intestinos se sublevaban y no podía abandonar mi tarea sindical. Debía estar afiliado en algún sindicato, para actuar colectivamente y defender mis derechos. Yo pertenecía a la clase obrera y la lucha de clases era irrenunciable. Pero, ante todo, estaba la familia y, si me detenían, ellos serían los primeros en pagar las consecuencias.

Me borré de la CNT. Pensaba que haría lo mismo en mi lugar de trabajo, con o sin carné de la CNT. Pero estar afiliado significaba que mi nombre estaba en una lista y, si

me detenían por chivatazos o por azar y encontraban mi nombre en el registro de una organización clandestina, todo sería más grave e iría a peor. Sabía, por propia experiencia, que las reuniones cenetistas estaban muy bien, daban ánimos, instruían e informaban, daban fuerza y envalentonaban... pero en la vida cotidiana no servían de nada.

La práctica me había demostrado que en las reuniones sin importancia nunca ocurría nada, pero cuando eran importantes y de interés... la policía siempre conocía el lugar de la reunión, los motivos y debates en curso, quién decía qué, y hasta el número del zapato que calzaba cada uno de los asistentes.

Conocía a individuos que militaban en CNT o UGT y otros sindicatos o partidos obreros clandestinos que, además, estaban enchufados en el sindicato vertical, trabajando junto a falangistas y franquistas. Eran los mismos que luego, en las reuniones clandestinas, exaltaban a los obreros para que promoviesen huelgas y elaborasen plataformas reivindicativas en tal o cual casa. Y a la hora de la verdad, no los veías en ninguna parte. Era evidente que había muchos infiltrados. Tampoco era rara la figura de hombres rotos, viejos militantes torturados salvajemente, que se habían convertido en confidentes, aunque en su interior aún se consideraban combatientes de la clase obrera. Eran los más peligrosos, porque a ratos llegaban a creerse lo que hacían y decían.

Dejé de estar afiliado a la CNT. Debía observar durante algún tiempo qué sucedía en la organización, porque se debatía en un océano de contradicciones. El resto de sindicatos o partidos no satisfacían mi forma de ser y pensar. Concluí que sin carné podía seguir siendo un anónimo sindicalista; lo importante era la lucha en el lugar de trabajo.

Se hicieron llamamientos para convocar una huelga nacional. El comité de huelga fijó el 18 de junio. El Partido (los comunistas se autodenominaban así) y los *felipes* (del Frente de Liberación Popular), la Democracia Cristiana y no sé cuántos grupos y siglas iniciaron una campaña publicitaria de más calado aún que la del año anterior. Querían vender bien su huelga nacional. La represión había desarticulado a la mayoría de las organizaciones, practicando numerosas detenciones en las principales ciudades del país.

La Huelga General Pacífica fue un total fracaso. Era muy curioso que, bajo la dictadura franquista, las huelgas generales solo tenían éxito cuando eran espontáneas y sin siglas de partidos o sindicatos. La gente respondía y combatía siempre por sus necesidades reales y contra la tiranía; nunca al llamamiento de cuatro políticos, acomodados en el extranjero o escondidos detrás de unas siglas que no significaban ni garantizaban nada...

El 23 de diciembre, el general Franco saludó al general Eisenhower en la base militar norteamericana en Torrejón de Ardoz. Era la primera entrevista con un Jefe de Estado desde 1940, cuando Franco se había entrevistado con Hitler en Hendaya. De los nazis a los americanos, de oca a oca y tiro porque me toca. Los arbolitos de Navidad empezaron a rivalizar con los pesebres.

Algo cambia (1960)

El diario sensacionalista y de sucesos *El Caso* iba lleno de informaciones sobre la guerrilla antifranquista. Era algo inusual la extensión y claridad del tema tratado, pese al lenguaje inequívocamente despectivo que utilizaba.

El 5 de enero el anarquista Quico Sabaté Llopart fue asesinado a tiros por el somatén, en la calle Santa Tecla de Sant Celoni. Era un destacado luchador antifranquista, que la prensa de la época había denunciado como "el enemigo público número uno del régimen". Huía de la guardia civil, que lo acosaba desde el día anterior, cuando su grupo de maquis había sido descubierto cerca de Bañolas. Malherido, emprendió una fuga de película de aventuras; cruzó a nado el río Ter, llegó a Fornells de la Selva y allí tomó un

tren en dirección a Barcelona. Descubierto, tuvo que saltar del tren en marcha, a la altura de Sant Celoni. Mientras buscaba un médico que le curase las heridas de bala, se topó con unos somatenistas. Tras el intercambio de tiros por las calles de Sant Celoni, Quico Sabaté cayó muerto. El día anterior habían sido acribillados por la guardia civil sus compañeros: Antoni Miracle Guitart, Roger Madrigal Torres, Francisco Conesa Alcaraz y Martín Ruiz Montoya; que habían pasado desde Francia para liberar a uno de los miembros del grupo; detenido, juzgado y condenado a muerte por el régimen franquista.

Ese mismo enero, el partido comunista de España no quiso reconocer públicamente, en las entrevistas concedidas a la prensa internacional, sus continuos fracasos en las convocatorias de huelgas generales. Su desprestigio era evidente. Pero en el sexto congreso del partido, reunido en Praga, se había insistido en proseguir la política de Reconciliación Nacional y de convocatoria de una Huelga General Pacífica. Santiago Carrillo era el nuevo secretario general y la Pasionaria su presidente. Eran miembros de la ejecutiva: Santiago Álvarez, Santiago Carrillo, Fernando Claudín, Manuel Delicado, Ignacio Gallego, Juan Gómez, Dolores Ibárruri, Enrique Líster, Ramón Mendezona, Antonio Mije, José Moix, Simón Sánchez Montero y Federico Sánchez (nombre de guerra de Jorge Semprún). Como miembros suplentes: Gregorio López Raimundo y Francisco Romero Marín.

Las protestas contra Galinsoga consiguieron que el periódico perdiera cerca de 2000 suscriptores y que redujera su tirada en 30.000 ejemplares. Ante la situación creada, el conde de Godó pidió al gobierno que tomase alguna medida. Finalmente, el 5 de febrero de 1960, el consejo de ministros destituyó a Galinsoga como director de *La Vanguardia*. Era el primer triunfo de la oposición democrática.

En marzo fueron juzgados los guerrilleros Antonio Abad Donoso y Justiniano Álvarez Montero, por colocar una bomba en un local madrileño de Falange. Justiniano Álvarez fue condenado a 30 años de cárcel. Antonio Abad sufrió garrote a manos del verdugo Antonio López Sierra, el mismo que mató en 1963 a Francisco Granado Gata y a Joaquín Delgado Martínez, el mismo que en 1974 ejecutó a Salvador Puig Antich. El asesinato a garrote vil de Abad provocó protestas internacionales contra el franquismo en toda la Europa civilizada.

El 29 de marzo, Franco y Juan de Borbón volvieron a entrevistarse por tercera vez, para tratar temas de interés nacional, como la educación del hijo del Borbón.

Franco, el asesino, vino a Barcelona, donde efectuó su estancia más prolongada, desde el 30 de abril hasta el 24 de julio. En el Nou Camp se celebró la Tercera demostración sindical, vergonzosa parada de bailes folclóricos y otras menudencias. Se decretó la cesión del castillo de Montjuic a la ciudad de Barcelona, a la que se otorgaba una Carta Municipal, esto es, un régimen especial de administración.

El desfile de la victoria hizo gala del nuevo material comprado a los americanos.

La visita a Montserrat y la fría recepción de las autoridades catalanas señalaron con fuerza una latente conflictividad y malestar. Finalmente, la tensión estalló en el concierto celebrado en el Palacio de la Música. El 19 de mayo, en el homenaje al poeta Joan Maragall, con ocasión del centenario de su nacimiento, acto al que asistían cuatro ministros, se prohibió el canto de “*la senyera*”. Tal prohibición estaba vigente en realidad desde el fin de la Guerra civil. La actuación de la coral del Orfeó Català solía cerrarse con la interpretación musical de “*la senyera*”, pero en esta ocasión el gobernador Felipe Acedo la suprimió del programa. El sector más activista de la organización CC, ahora *Cristians Catalans*, movimiento cultural catalanista surgido en 1954, que había dirigido un exitoso boicot contra el director del periódico *La Vanguardia* unos meses antes, organizó una protesta para dicho concierto.

Cuando se inició la interpretación del himno, parte del público, confabulado con antelación, se puso en pie para cantarlo. Se lanzaron octavillas de reprobación a la dictadura. Jordi Pujol, aunque no estuvo presente en el Palau de la Música, era autor del texto de las octavillas.

Al día siguiente hubo unos 20 detenidos, entre ellos Jordi Pujol, que en un primer momento quiso esconderse, pero su mujer Marta Ferrusola le empujó al escenario público, porque había llegado el momento de iniciar su carrera política y ampliar su lista de servicios a la patria.

Franco sabía bien que no le convenía irritar a la oposición catalana, no por temor a nada, sino por mera prudencia y equilibrio entre las familias del régimen.

El juicio fue muy rápido y las penas muy leves. Había mucho beato y demasiados curas. La élite y los patricios quedaron agradecidos al Caudillo. Todos los detenidos fueron puestos en libertad inmediatamente. Un par de bofetadas o cuatro palmaditas en el culo, una fianza y a la calle. Los más destacados protagonistas fueron penados con algunos meses de prisión, que dieran lustre a su currículum. Nada que ver con el trato que se daba habitualmente a los obreros detenidos por actividades sindicales.

La colaboración pública y manifiesta de Juan de Borbón con Franco destruyó y avergonzó a las distintas facciones monárquicas.

Toda esta proliferación de partidos, grupos y grupúsculos era engañosa. Muchas de esas organizaciones eran de derechas. Otras simplemente nacionalistas o catalanistas, esto es, defensoras de los intereses gremiales de los patricios catalanes. Algunas, aunque con pomposos nombres de socialistas, comunistas o radicales, no eran más que plataformas políticas de la pequeña burguesía, oteando un futuro más o menos lejano en el que la democracia sustituyera a la dictadura. Había mucho profesional laborando por un currículum antifranquista y demócrata para quienes la cárcel era un buen título, máspreciado que el universitario.

Frente a una masa totalmente despolitizada, aunque capaz de movilizarse más o menos espontáneamente en ocasiones especiales, todos esos movimientos eran absolutamente minoritarios, y contaban a sus seguidores por decenas, cuando no eran estructuras pedantes y vacías, sin apenas militantes.

La movilización de esas masas no era ningún misterio, excepto para los comunistas y esas organizaciones “obreras o “revolucionarias”. La gente solo se movilizaba para luchar por sus cosas y sus intereses, en defensa de sus salarios, de sus condiciones de vida, del aumento injusto e injustificado de precios... pero nunca por tal o cual sigla, o por abstracciones como la Reconciliación o la Democracia.

La clase obrera estaba demasiado atareada en la solución de sus problemas cotidianos y en la defensa contra la explotación capitalista, como para meterse en líos ajenos y extraños. La Ley del Tricornio imponía la ley del más fuerte.

Se vivía una represión brutal de los trabajadores, con demasiados detenidos; despidos masivos por las regulaciones de empleo, uno y otro día; fábricas enteras se convertían en emigrantes a Europa. El hambre acechaba atentamente en cada esquina. El descontento solo podía susurrarse. La libertad era una palabra proscrita, clandestina. Por todo esto, la lucha obrera contra el régimen se iniciaba por derroteros y con medios distintos a los propuestos por la sopa de siglas, fueran de derechas o de izquierdas.

Con motivo de la boda de mi hermana Nati con su novio Mario Inglés, un vecino de Pueblo Nuevo, Marie-Louise y mi hermano Eliseo vinieron a Barcelona. Llegaron con coche propio, después de realizar un breve tour turístico para que Marie-Louise conociera algo de España. Eliseo explicó que ahora trabajaba para una multinacional, que se dedicaba a la prospección petrolífera, abriendo pozos por toda Francia e incluso en las colonias.

La boda de Nati con Mario fue un tanto accidentada. El capellán que oficiaba la ceremonia le dijo a mi hermana que no podía casarlos, porque los papeles no estaban en regla. Según la partida de nacimiento de mi hermana, ella se llamaba Cruz, y había una anotación explicando que Cruz sustituía el anterior nombre de Natura, pero no constaba en ninguna parte el nombre de Natividad, con el que la conocían los testigos y todo el vecindario. El cura manifestaba y repetía martilleante que su identidad no quedaba clara. Y que no podía casarla. Ante la cabezonería del párroco, mi hermana le explicó que su padre era anarquista y le había puesto Natura, y que de ahí que todo el mundo la conociese como Nati. Y que no sabía nada de Cruz ni de cruces, pero que además le parecía un nombre horroroso. Tras una discusión sinfín y de características dadaístas, mi hermana le planteó a aquel funcionario con faldas un ultimátum, que también era un dilema ético para quien se creía representante de dios, y todos sus santos, en la tierra. Que el convite ya estaba pagado y que ella, que sí o que no, aquella noche dormía con Mario, fuese o no fuese su marido. Que, si los casaba, bien; pero que, si no los casaba, también; porque vivirían en pecado y santas pascuas y después gloria. Ante tales palabras y decisión el sacerdote cedió y casó a Mario con Nati, fuera quien fuese esa a quien casaba, que todo el mundo conocía como Natividad, aunque su partida de nacimiento dijese Natura y rectificase Cruz.

Poco después de esa boda fue cuando se pusieron en venta los pisos del pasaje Bori. Se daban muchas facilidades de compra para los inquilinos. Elodia y yo le propusimos a la madre de Elodia la compra del piso. Ella viviría con nosotros. Teresa no dijo nada, pero sin que nosotros lo supiéramos mandó escribir una carta a un vecino (era analfabeta) para Venezuela, en la que explicaba a su hijo lo del piso en venta. Manolo le mandó el dinero y yo la acompañé a comprar el piso, que puso a su nombre y de Manolo.

Desde entonces vivimos un infierno. Cualquier motivo era suficiente para gritarnos que ella era la dueña del piso. Que cuando viniese su hijo Manolo nos pondrían un alquiler mucho más elevado por la habitación que ocupábamos. Que si no estábamos de acuerdo que por la puerta se iba a la calle.

Elodia y yo escudriñamos por todas partes para encontrar una solución. Manolo podía llegar en cualquier momento. Nos juramentamos para que aquel tormento cotidiano al que nos sometía Teresa no dañara nuestro cariño. Que nuestro amor no sufriese a causa de aquella bruja que estropeaba cuanto había a su alrededor, más por ignorancia y ansia de dominio que por maldad. Aunque también.

Camarero

Antonio, un compañero de trabajo, que también hacía de barbero en una cooperativa, me comentó que, en la Hermandad Barcelonesa, como se llamaba aquella cooperativa de consumo, necesitaban camarero para los fines de semana, sábados por la noche y todo el domingo. Pagaban a cien pesetas, más las propinas.

Me presenté en aquella cooperativa. Estaba en una calle estrecha y sucia, en el casco viejo de Barcelona. Olía a humedad, orines y basura. Estaba en el primer piso de un edificio destartado, de color mugriento. En una sala grande y alargada se abría una especie de escenario, donde se hacía teatro y, en ocasiones sonadas, baile al son de un moderno tocadiscos.

En esa sala se celebraban comuniones, bodas y bautizos. En un saloncito anexo, más pequeño, habían colocado el mostrador del bar. Cuando no había banquetes se jugaba a las cartas, al dominó y otros juegos de mesa. Al fondo había una gran mesa, siempre reservada, en la que se hacían partidas de cartas no permitidas por la legislación vigente, en la que se apostaban respetables cantidades de dinero.

Mi trabajo, los sábados por la noche, consistía en servir las mesas de juego. Los domingos me dedicaba exclusivamente a los banquetes, y luego al baile. Me pasaba todo el fin de semana trabajando duro y hasta muy tarde. Había que recogerlo todo, limpiarlo y barrer todo el local.

A la hora de pasar las cuentas, si no cuadraba lo servido con lo cobrado tenía que abonar la diferencia de mi bolsillo. Por tal motivo uno tenía que estar muy despierto de cobrar todo lo servido y no despistarse.

Cuando servía las mesas de juego, había visto muchas veces cómo alguno de aquellos desgraciados se jugaban toda la semana a las cartas, mientras la mujer e hijos iban con cualquier excusa para arrancarlo de la mesa, con el fin de evitar que lo perdiera todo. Yo les servía, mientras de reojo miraba a sus hijos y mujer, angustiados y miserables. Y pensaba, para mis adentros, que eran personas enfermas.

Mientras los que ganaban me daban propina por su suerte, quienes perdían apenas podían pagar sus consumiciones.

El jornal percibido, incluidas todas las propinas, en relación con el número de horas trabajado era un pago miserable e insuficiente. Pero me permitía ahorrar algo. Todo sumaba en la cantidad que necesitábamos para la compra de un piso propio.

Un día me llegó noticia de que un camarero llamado Ferran, que trabajaba en el restaurante Iruña de la plaza de Medinaceli, necesitaba personal para un banquete que se hacía en la ONCE. Fui a verlo y le dije que hacía de camarero de la cooperativa. Que, si le servía, aunque no tuviese otra experiencia. Me respondió que como se trataba de un banquete para ciegos, nadie notaría si lo hacía mal. Que me presentara con el uniforme de chaqueta blanca. El chiste me pareció cruel, para los ciegos y para mí.

Al salir del Iruña, fui por las Ramblas, mirando a los camareros de los bares; cómo iban vestidos y cómo lo hacían. Unos llevaban chaquetillas de colores, otros negra, pero la mayoría la llevaban blanca. Las formas también eran muy variadas. Unos llevaban corbata; otros, lazo. Algunos iban en mangas de camisa. Aquello era un caos.

Fui a una tienda de la calle Hospital, especializada en ropa de trabajo. Vendían prendas para camarero y cocinero. También tenían ropa de ocasión. El dependiente era un hombre viejo y avezado. Le expliqué claramente lo que necesitaba. Que tenía que hacer un jornal de camarero y necesitaba un uniforme completo, pero que no sabía si haría otro jornal más o sería el único. Que, por lo tanto, no me interesaba gastar demasiado dinero. El viejo me vendió una chaqueta blanca y un lazo negro, y me aconsejó que me pusiera una camisa blanca, combinada con pantalones, calcetines y zapatos negros.

Ya en casa, Elodia me advirtió que ya me había gastado en la chaqueta blanca el jornal que aún tenía que hacer. Le respondí, no demasiado convencido, que era una inversión de futuro para hacer más jornales de camarero.

Sabía que yo podía introducirme en aquella especie de rueda de jornales de camarero. Aunque desconociera el oficio, con el turismo masivo que llegaba a España no me faltarían nuevos jornales. Era evidente que con dos jornales de camarero ganaba lo mismo que toda una semana en la fábrica.

Elodia me tiñó de negro unos pantalones y cuando llegó el día me presenté en la ONCE de la plaza de Medinaceli. Éramos cuatro camareros, dos ayudantes de camarero y el Ferran, que hacía de maître. Yo parecía, entre ellos, lo que era; alguien que no sabía nada de nada del oficio. Aquello no era la cooperativa, ni por asomo. Con aquel uniforme hacía el ridículo. Me alegré infinitamente que los clientes no pudieran verme. El maître, en cuanto terminamos el servicio, me dijo que me daría menos dinero que a los demás por no ser del oficio y porque parte de mi trabajo lo habían hecho los demás camareros. Me dijo que tenía mucha voluntad y que, si algún día le faltaba alguien, ya me llamaría. Me dio 250 pesetas.

Había sumado una experiencia y ahora sabía que para seguir trabajando tenía que ir bien vestido y aprender bien el oficio. Me compré un libro que trataba de cocina, cócteles y cómo servir la mesa. Debía saber cómo se servían los platos de carne, pescado y mariscos, los vinos, las salsas, cócteles y todo aquello que me sirviera para seguir en aquel empleo.

En la cooperativa hacía las prácticas, sirviendo con soltura y llevando bien la bandeja con la mano izquierda, utilizando las pinzas...

Un día me tropecé con Ester hijo, uno de los camareros que había estado conmigo en el banquete de la ONCE. Me explicó que su padre organizaba brigadas de camareros para cubrir banquetes. Que fuese al centro de camareros de la calle Unión y preguntase por Ester padre.

En el primer piso de un edificio antiguo, pero limpio y cuidado, se encontraba el centro donde se reunían los camareros. Había varias mesas donde se jugaban el dinero o se pasaban el día bebiendo y charlando. En realidad, todo el mundo estaba a la espera de que los jefes de brigada llegaran, para que le contratasen. Esos jefes de brigada gozaban de la confianza del sindicato vertical de hostelería y de la patronal.

Me di cuenta rápidamente que aquellos jefes de brigada eran los únicos que podían ofrecer trabajo e introducirte en el ramo de la hostelería. Esos jefes se habían repartido Barcelona y comarcas vecinas. Era una auténtica mafia. Si ellos te contrataban trabajabas, si no lo hacían solo trabajabas muy ocasionalmente. El sindicato y la patronal les llamaban telefónicamente para pedirles equis camareros para tal o cual restaurante, tal o cual día. Las solicitudes de trabajo podían ir desde un servicio puntual a toda una temporada estival, o incluso para un contrato fijo.

Adiviné, y poco después lo confirmé, que esos jefes, además de cobrar sus servicios a la empresa, también cobraban un porcentaje por dar trabajo a los que allí esperaban. Además, se dejaban convidar la consumición en el mismo momento de cerrar el trato.

Para hacerme conocer, iba allí siempre que podía. Con mi mejor ropa. Con mucho dinero en el bolsillo, para que lo vieses cuando pagaba la cerveza que yo me tomaba. Nunca les invitaba. Cuando me daban trabajo en día laborable, que no podía aceptar porque aún trabajaba en la fábrica, lo rechazaba mintiendo: “no, gracias, ese día trabajo, pero si fuera el sábado o domingo sí que lo podría aceptar”. De este modo fui adquiriendo fama de que siempre tenía trabajo.

Cuando le dije al encargado de la cooperativa que no volvería más, quiso subirme el sueldo al doble. Ya me salían más jornales de camarero de los que podía hacer, ya que solo disponía del sábado noche y domingo, más los festivos.

Había conseguido hacerme conocer por los principales jefes de brigada, ganando fama de serio y eficaz. Me había comprado dos uniformes nuevos y elegantes, de lo mejorcito en vestidos de camarero. Uno era un esmoquin negro, con solapas y faja de seda. La pechera era de crepé, almidonada. El otro era blanco con las solapas redondeadas, de tergal. Y, aunque parezca pretencioso, llevaba el esmoquin con más salero y soltura que Joan García Oliver en las sesiones de un consejo de ministros.

Cuando iba al centro de la calle de la Unión siempre alardeaba discretamente de llevar mucho dinero en el bolsillo, para que todo el mundo supiese que me ganaba bien la vida. Sabía, por experiencia, lo ruin que es la naturaleza humana. Que cuando necesitas ayuda no debes ir como un mendigo, sino como un ricachón.

Pedí el turno de noche en la fábrica, para poder aceptar jornales algunos días laborables. De esta forma pasé muchos días con sus noches durmiendo solamente dos o tres horas, de las veinticuatro que tarda el planeta en girar completamente sobre su eje.

Me había propuesto una meta muy sencilla: mejorar la vida de los míos y conseguir ahorrar lo suficiente como para encontrar un piso. Aunque para ello tuviese que llegar al agotamiento.



Pie de foto: En el centro con esmoquin

El gran desengaño (1961)

En la universidad se produjeron enfrentamientos entre el Opus Dei y Falange. En la Facultad de Derecho se promovieron distintas manifestaciones, de escasa incidencia. Pero en abril se hicieron masivas y se extendieron a las protestas por la subida del precio de los autobuses. Mientras tanto, el gobierno no dejaba de incrementar su propaganda favorable al ingreso español en el Mercado Común.

En un viaje por Andalucía, Franco se enteró casualmente de la existencia de chabolas en Almería. En Córdoba le pusieron delante unas pancartas en las que se leía: “tenemos hambre”. En Jaén, suspendió algunos actos, debido a la agitación y ruidosas protestas de los jornaleros. Todo ello tuvo repercusiones inmediatas, encaminadas no tanto a resolver los problemas existentes como en multiplicar la represión. Detenciones arbitrarias y procesos con duras condenas.

Se formó una especie de agrupación de fuerzas democráticas, que abarcaban desde la socialdemocracia a la democracia cristiana, y desde los comunistas a los nacionalistas vascos y catalanes. Se trataba de combatir el franquismo y promover un régimen transitorio, que convocara elecciones libres para formar unas Cortes Constituyentes.

ETA, siglas que respondían a Euzkadi Ta Azkatasuna, esto es, Patria Vasca y Libertad, intentó un sabotaje en la vía férrea con el propósito de descarrilar el tren que transportaba a unos excombatientes franquistas desde Bilbao a San Sebastián.

Nos llegó carta de mi hermano Eliseo. Escribía que nuestro padre nos pedía una nueva reunión con todos nosotros para planificar el futuro. Acordamos día y lugar de la cita: no recuerdo exactamente qué día, en el Hotel de los Pirineos, en Bourg-Madame.

Todos teníamos el salvoconducto en regla y el día acordado llegamos a Puigcerdá, en tren. En una dirección, que llevábamos anotada en un papel, nos reunimos con un guía, para pasar todos juntos la frontera. En el bar del Hotel de los Pirineos nos esperaban mi padre y mi hermano. Ambos iban muy elegantes. Desayunamos en el bar del Hotel. Dado el número de personas que éramos, a mediodía decidimos comprar la comida y bebida en una tienda y hacer un picnic en un prado cercano, a modo de almuerzo.

Allí podríamos hablar con entera libertad, sin miradas ni oídos indiscretos. El prado era muy hermoso y cerca fluía plácido el rumor del agua de un torrente.

Ya sobre la hierba, empezamos a hablar del pasado y del presente, y de cómo podría ser el futuro de todos nosotros, juntos en Francia. Existía un interés y un propósito común de encauzar firme y adecuadamente la situación. Nuestros padres se trataban cariñosamente. Con ganas de agradarse mutuamente. Parecían enamoradizos.

Mi padre nos explicó que tenía una masía muy grande, en la que todos podíamos vivir y trabajar. Había suficiente espacio para todos. Plantaríamos tabaco, porque daba mucho dinero. Todos estábamos ilusionados en quedarnos en Francia. Solo Mario y Nati mostraban alguna reticencia y decían que debían meditarlo.

Mi padre insistía en que, ya que estábamos en Bourg-Madame, desde allí mismo podríamos irnos a Mirande, y ya en el pueblo arreglaríamos los documentos necesarios. Hablábamos y hablábamos. Hacíamos planes y proyectos. Mi padre estaba alegre y entusiasmado. Hablaba y hablaba. Y empezó a parlotear de política. Que cualquier día el rey tomaría el poder y Franco habría de marcharse. Que nosotros, los exiliados y refugiados, regresaríamos a España por la puerta grande. Que al poco, pondríamos la República. Y que no pararemos hasta conseguir lo que empezamos en 1936. Que el año que viene, o el otro, haríamos una entrada triunfal en Barcelona. Nuestro padre parloteaba y parloteaba. El resto estábamos callados, sorprendidos o desengañados. Todo aquel entusiasmo, que habíamos sentido sinceramente unos minutos antes, se desvaneció en el aire. Era vapor que se lleva el viento. Comprendimos que aquellas cábalas e ilusiones eran una quimera. Mi padre vivía en las nubes y carecía de cualquier contacto con la realidad. Desvariaba. Su alocada cháchara evidenciaba que nuestros planes y proyectos de reiniciar una nueva vida en Francia eran solo un delirio familiar, que no se realizaría jamás.

Solo mi padre, y, no sé hasta qué punto mi hermano, seguían creyendo que la reunificación familiar era posible. Al despedirnos, en la misma raya fronteriza, todos sabíamos que jamás regresaríamos. Que cada cual continuaría luchando por mejorar su situación personal. Que lo de trabajar y vivir en Francia no era una opción realista. Y mucho menos si era algo provisional, como concebía mi padre.

El único resultado práctico de todo aquello fue que Eliseico, Vicentico y Agustinet pasaran una quincena de vacaciones en Mirande.

Nos llegaron confusas noticias de que *El campesino* acababa de cruzar la frontera por Euzkadi, dinamitando una central eléctrica. Tras un enfrentamiento armado con los civiles había vuelto precipitadamente a Francia. Apenas un pellizco para el monstruo.

La conflictividad laboral crecía constantemente y se generalizaba. En mi empresa se pedía un salario mínimo de cien pesetas. En Altos Hornos de Sagunto los obreros fueron a la huelga y se enfrentaron a la policía, pero finalmente consiguieron ese salario mínimo de cien pesetas que reclamaban.

La conflictividad se extendió a Beasain, empresa auxiliar de ferrocarriles. Allí los obreros fueron desalojados de la fábrica que habían ocupado. Se enfrentaron a la policía en las calles. Hubo disparos, heridos y detenidos. Los obreros demostraron contablemente los beneficios millonarios de la empresa y los dividendos repartidos. Pero aquí la huelga

fracasó, porque los que más se habían distinguido en la lucha, comisionados y jurados, fueron despedidos.

En la Bazán de Cartagena fueron a la huelga exigiendo un salario mínimo de 125 pesetas. Y aumento de las horas extraordinarias. Se encerraron en el interior de la fábrica durante cinco días. Las protestas y plantes de solidaridad se extendieron a otras empresas. Las luchas se fueron desplegando y reproduciendo en todas partes. Esa era una debilidad del régimen franquista: dado que las condiciones de vida y miseria eran tan semejantes, en cuanto una empresa cedía a las exigencias obreras, el ejemplo cundía y las luchas y huelgas prendían rápidamente en todas partes.

En vísperas de Nochebuena, Franco sufrió un accidente de caza. Al parecer, le estalló la escopeta con la que disparaba y le hirió gravemente en la mano izquierda. La alarma rozó el pánico en las altas esferas del poder. Se llamó a los generales Muñoz Grandes, Alonso Vega y Barroso para que estuviesen vigilantes y preparados ante cualquier eventualidad.

El incidente, que no pasó a más, le sirvió al cardenal Pla y Deniel como excusa para urgirle a Franco que ese accidente era un aviso de la Divina Providencia. Que debía dejarlo todo atado y bien atado. Y que ahí tenía al hijo de Juan de Borbón para asegurarse un sucesor.

Su justicia (1962)

Los movimientos huelguísticos del año anterior se fueron perfilando con mayor violencia. Desde Basconia de Bilbao hasta Materiales y Construcciones de Valencia, o la Bazán de Cartagena, los conflictos estallaban sin previo aviso para enconarse y eternizarse sin visos de solución. En Beasain se produjeron despidos en masa. En Cádiz se inició una huelga entre los jornaleros y braceros; en Asturias entre los mineros. El conflicto en el pozo La Nicolasa se extendió rápidamente por toda la cuenca minera y finalmente por toda la minería asturiana y leonesa. Y de allí saltó a la industria siderometalúrgica vasca. Luego, como mancha de aceite, a Madrid y Cataluña.

Era una huelga general de ámbito nacional sin el concurso de ningún partido o sindicato. Era, sin duda, la acción obrera más importante desde la guerra civil. Afectaba a más de trescientos mil trabajadores. El gobierno puso en pie de guerra a las fuerzas policiales y militares para incrementar la represión efectiva. Efectuó millares de detenciones, disolvió manifestaciones, cerró numerosas empresas en lucha... pero la conflictividad no disminuía y el sindicalismo vertical aparecía totalmente desbordado e inútil. Muchas empresas empezaron a ceder y a negociar con las comisiones enviadas por los obreros huelguistas, único portavoz válido para terminar con la huelga. El movimiento obrero había roto la congelación salarial gubernamental, vigente desde 1957. Finalmente, el gobierno se vio obligado a emitir un decreto de subida generalizada de salarios.

Mientras tanto, la oposición democrática celebró un banquete en Madrid, con participación de Gil Robles, quien manifestó que España no podía ingresar en el Mercado Común Europeo hasta que no se hubiese implantado una democracia parlamentaria.

Santiago Carrillo, por el partido comunista de España, proseguía con su mantra de la Reconciliación Nacional y la Huelga General Pacífica como único medio válido de lucha por la democracia.

Todos esos partidos y el resto de organizaciones intentaron apropiarse de aquel movimiento obrero huelguístico espontáneo, sin otra raíz ni otro organizador que el instinto de supervivencia contra la sobreexplotación de la dictadura franquista.

Solo los *felipes*, quizás porque eran absolutamente minoritarios y sin ninguna influencia real, parecían entender y reconocer que las huelgas habían sido resultado de un

movimiento de solidaridad y protesta de la clase obrera. Y que ningún grupo político podía pretender la exclusividad o protagonismo de aquel movimiento huelguista de los trabajadores. Que se había roto la efectividad de la represión de la dictadura. Que aquel movimiento de masas, organizado por comisiones de obreros, era capaz de rebasar las estructuras del régimen, ya incapaz de contener aquella nueva organización. Los patronos sabían que para negociar el fin de una huelga no servía el vertical; era necesario negociar con las comisiones de su empresa.

Hasta la revista *Ecclesia* del obispado afirmaba la necesidad de reconocer el derecho de huelga. En este ambiente de hostilidad, Girón convocó el 27 de mayo una reunión de alféreces y excombatiente en el alto de Garabitas, desde donde durante la guerra civil se había cañoneado Madrid. De Garabitas al cielo por cortesía del Caudillo.

Allí Franco, en un acto al aire libre, arropado por los suyos, lanzó un discurso ultraderechista que empequeñecía a Girón y los nazis más cavernícolas del régimen franquista. Dijo, entre otras muchas perlas, que el liberalismo era la puerta del comunismo y finalizó con la afirmación de que pese a sus años se sentía joven y fuerte. Y en todo caso que lo dejaba todo “bien atado”.

Llegaron confusas condenas por parte del régimen del llamado “contubernio de Munich”, una reunión congresual de la oposición democrática celebrada en junio en esa ciudad alemana, sin fuerza ni influencia alguna en el interior de España, pero recibida con muchas alharacas y algarabías entre los exiliados y la diplomacia extranjera. En realidad, otro intento de hacerse con los créditos políticos del movimiento huelguístico de aquel año. Es decir, otro atraco al movimiento obrero espontáneo; eso sí, un atraco demócrata. Los comunistas no habían sido invitados al Congreso.

Los asistentes al Congreso eran detenidos en cuanto llegaban a España. Algunos eran desterrados a Fuerteventura o lugares remotos, otros elegían el exilio permanente. La durísima reacción del régimen causó terribles y merecidas críticas en el extranjero, sobre todo en el Mercado Común, al que España había solicitado la asociación pocos meses antes; solicitud que quedó descartada tras la represión generalizada contra los participantes en el congreso de Munich. Unas semanas después, en julio, Franco destituyó, dentro de una crisis amplia de gobierno, a Arias Salgado como ministro de Información, a quien responsabilizaba de los ataques de la prensa europea a su dictadura. Le sustituyó Manuel Fraga Iribarne.

Las huelgas mineras proseguían en Asturias, ajenas a politiquerías y compromisos de mercachifles.

Recibí una notificación del Juzgado número 13 de Barcelona, convocándome a la celebración del juicio contra Agustín Guillamón Nebot, y otros tres más, advirtiéndome que en caso de no presentarme sería declarado “en rebeldía” y se extendería “una orden de búsqueda y captura” en todo el territorio nacional.

El día señalado me presenté en el Palacio de Justicia, donde me tropecé con el Guillermo y el Barbero, también encartados en el asunto de Can Serra por robo. De los cuatro acusados, el Martínez se había fugado al Brasil. Al no presentarse se le dio un parte de búsqueda y captura, lo cual no significaba nada, ni tenía repercusiones, porque no había tratado de mutua extradición entre Brasil y España. Papel mojado. A los demás, nos hicieron entrar en una salita con un techo muy alto. Los bancos, atornillados al suelo, tenían forma de herradura. Delante estaba la presidencia, donde el juez se sentaba en un sillón colocado sobre una tarima, de forma que siempre estaba situado muy por encima de los abogados y aún más sobre las cabezas de los encausados. A su lado había una especie de corredor con sillas, a nivel inferior del juez, pero más elevado que los acusados y el público.

El público estaba en la herradura, sentado en unos bancos que no podía llevarse a casa. Los abogados, fiscal y defensores, en ese corredor de sillas a media altura, y sobre las cabezas de todos, en el trono sobre la gran tarima, el juez, que debía impartir su justicia a diestro y siniestro, como un júpiter sus rayos.

Cada inculcado llevaba su propio abogado.

Antes de que el juez hiciera su entrada en la sala, un ujier se situó detrás de nosotros. Era una especie de director de escena que, en todo momento, nos decía qué hacer o qué decir. Y así se presentó y así nos lo dijo.

El juez entró en la sala. Abogados y público se pusieron en pie. Nosotros, los delinquentes acusados, ya lo estábamos, pues no teníamos ni sillas.

El juez preguntó si éramos culpables. El ordenanza dijo que dijésemos que sí, usía. Y nosotros dijimos que sí, usía. Se leyeron las declaraciones efectuadas en comisaría años antes, en el momento de nuestra detención. También se leyeron las declaraciones de los testigos, que habían firmado lo que había querido la policía en nuestra contra.

Ninguno de esos testimonios estaba presente. Leídas las acusaciones alguien gritó mi nombre y una orden: “Agustín Guillamón, dé un paso adelante”. El bedel me dio un empujoncito. El fiscal, que era quién leía, preguntó si me declaraba culpable de robo con nocturnidad. El ujier, a mi espalda, me dijo que dijera sí, usía. Yo respondí: “señor juez, el bedel que tengo a mi espalda me sopla lo que tengo que decir, y me está diciendo que diga “sí, usía”; pero yo creía que quien tenía que hablar en mi defensa era mi abogado, que está a su lado, que para eso le he pagado”.

Se produjo en la sala una algarabía de voces. La bulla aún sonaba cuando mi abogado se plantó a mi lado en dos o tres brincos. Y mi defensor me susurró al oído que estábamos haciendo un arreglo, una especie de teatro de mentirijillas. Que, como habían pasado tantos años, la pena que me pusieran quedaría absorbida por el tiempo transcurrido. Que había estado en libertad provisional bajo fianza. Y me puso un ejemplo: “si usted no hubiera pagado la fianza, haría diez años que estaría en prisión, pero si en el juicio le sale un año, como ya ha cumplido nueve años de más, sale en libertad inmediatamente”.

Ya restablecido el orden, el fiscal leyó de nuevo la pregunta: “¿se declara culpable del delito de robo con nocturnidad?”. Yo respondí que, si ellos llamaban robar a lo que hace un trabajador cuando, después de una jornada laboral de 12 o 14 horas, se cobra por su cuenta las horas extras que ha hecho sin cobrar, entonces soy... El juez se levantó de su poltrona y, a gritos y berridos, mandó desalojar la sala.

Mi abogado me dijo que de aquella manera no iba a ninguna parte. Lo único que iba a conseguir era que el juez me pusiera una pena más elevada. Le respondí que hasta que llegásemos a los diez años aún tenía cuerda para rato, para explicarle al juez qué era o qué no era robar, o que la clase obrera es obligada a robar para sobrevivir. El abogado, muy paciente y realista, me dijo que al juez no le importaba un comino lo que yo pensara o dijera. Que lo único que iba a conseguir con un comportamiento excéntrico era que me encerrasen por rebeldía y desacato a la autoridad. Y por otras cosas reales o que se inventaran. Y que me condenarían entonces por esos nuevos delitos, sin juicio ni fianza, y por tiempo indefinido.

Me pusieron el último de la fila del grupo que iban a juzgar. Los encausados iban pasando de uno en uno ante el fiscal, que les preguntaba si se declaraban culpables del delito del que eran acusados. Respondían que “sí, usía” y el juez entonces les imponía la misma pena de cuatro meses y un día. Desfilaban todos, uno a uno. Delante de mí pasaron mis excompañeros de fábrica y colaboradores en el robo. Tanto el Guillermo como el Barbero vomitaron su “sí, usía”. Me tocó el turno. El fiscal volvió a preguntarme por tercera vez: “¿se declara culpable de robo con nocturnidad”? El ordenanza, rápido como

un relámpago, respondió por mí: “sí, usía”, y, antes de que pudiese reaccionar, el juez me dijo: “te impongo la pena de seis meses y un día, dos meses más que tus compañeros por ser el promotor”. Y se levantó, dando por terminado el juicio.

El tuteo condensaba su profundo desprecio y sentimiento de superioridad. El ujier nos dijo que ya podíamos marchar. Que en el despacho número 13 nuestros abogados nos esperaban para firmar el acta de libertad.

Se me nubló la vista por una rabia que no podía contener. Aquella sala de techo tan alto se me venía encima y me aplastaba. Los bancos daban vueltas alrededor mío. Y aquel trono, donde había estado sentado el juez, se convertía en un pozo al revés que llegaba hasta el techo y me tragaba hasta el fondo de su podredumbre.

El látigo del “*grabado*” hería en la piel, eran heridas superficiales; la iniquidad de ese juez ardía y quemaba en lo más profundo de mí.

Mis pensamientos eran martillos que me golpeaban en la cabeza, como si fuese un yunque: “¿esto es la justicia?; ¿para esto he estado esperando en sufrimiento tantos años, teniendo que presentarme todos los meses en comisaría, padeciendo porque en la fábrica no se enterasen de que estaba pendiente de juicio?”

La justicia era un teatro. Todo estaba ya dicho de antemano. Todo estaba ya pactado y decidido antes de empezar. Si el acusado se oponía y protestaba, el juez echaba al público fuera de la sala, porque el inculcado se salía de su papel y no lo representaba adecuadamente. Sumisión total o acusación por rebeldía y desacato. Aquello no era un juicio, ni tampoco se buscaba hacer justicia. Se trataba de cerrarme la boca. No existía otro objetivo que el de conseguir mi absoluta rendición y vasallaje. Era necesario que encajara en la gran rueda del sistema y que esta continuase girando, sin ningún tropiezo ni obstáculo.

Si protestaba, se hacía necesario cerrar las puertas y aislarme.

Yo, como acusado, quería ser juzgado públicamente por el delito cometido. Quería explicar, ¡inocente de mí!, que la clase obrera estaba obligada a cobrarse por su cuenta lo que la explotación capitalista no nos pagaba, cogiendo el producto de lo que producíamos.

Me sacó de tales pensamientos el aviso de mi abogado, al que respondí con un profundo grito mudo, que se me atragantaba en la garganta ronco de rabia, murmurando un ¡hijoputa!, y exclamando que era al sistema a quien debía juzgarse, y no a mí. Que yo solo soy una víctima. Mi abogado me rogó que me tranquilizara. Que no me exaltara más.

Que como tú los hay a cientos y a miles. Que la realidad es lo que es y nunca lo que nos gusta. Que eran muchos los que protestaban porque no se sentían escuchados. Que allí no se iba para ser escuchado, sino para ser castigado. Y que el castigo redimía la culpa y conllevaba la libertad de la sumisión.

Acto seguido me dijo que firmara, señalándome un libro. Firmé, mientras me decía: “Ya eres libre. Lo único que te quedará son los antecedentes penales”. Me explicó que, si no los quería tener, debía pagarle para que tramitara una revisión en la que pidiera a Madrid perdón, para obtener así la gracia de anulación de esos antecedentes. Continuó explicándome que era joven y me interesaba que aquellos penales fuesen finalmente borrados y desaparecieran. El sistema no dejaba resquicios; no solo era condenado sin juicio, sino que además debía pedir perdón, para obtener su gracia y que me borrasen unos antecedentes que, de otro modo, me impedirían obtener un trabajo decente. Era un círculo perfecto para aniquilar cualquier conato de rebeldía; para destruir una afinidad de clase o una personalidad insumisa.

Pero yo, pese a todo, me sabía aún más rebelde; cuantas más contrariedades y adversidades me presentaran el sistema y el aparato estatal, más convencido estaba de la necesidad de arrasarlo todo y construir un mundo nuevo en nuestros corazones. Los papeles del juzgado y los penales dirían lo que aquel juez, miserable, quisiera decir; pero

yo era proletario y anarquista; esas eran mis señas de identidad, escritas a fuego y sangre en mis venas, mientras me latiese el corazón y llegase el último aliento que sostuviera algo de vida en mi cuerpo.

Llegué a casa, donde mi mujer y mi hijo esperaban el resultado del juicio. Al verlos, pensé que ellos eran la única verdad de mi vida y el resto, mentira e ilusiones. Nos abrazamos y les conté lo sucedido.

Pronto se apagaron los últimos ecos del contubernio de Munich. En julio, el general Muñoz Grandes fue nombrado vicepresidente del gobierno, favorable a la figura de un regente sin sangre real. El Opus Dei seguía presionando para que Franco nombrase a Juan Carlos como sucesor. Había cierto nerviosismo e impaciencia entre las tribus políticas franquistas. Franco se dejaba agasajar y aconsejar por unos y otros, sin decidirse definitivamente.

Todo eran intrigas palaciegas, y lejanas, que no afectaban a la vida cotidiana de los trabajadores. ¡Qué más daba aquel espectáculo de aduladores, camarillas, generales, arzobispos, empresarios, zascandiles, falangistas, chulos, aristócratas, carpantas, sinvergüenzas, oportunistas, burócratas, correveidiles, cardenales, almirantes, espías, matones, pícaros, números y numerarios, ministros, putas, comerciantes, estafadores, funcionarios, zánganos, vendedores, zipizapes, conseguidores y vividores, beatos, secretarios generales, requetés, zoquetes, obispos, cazadores y cazafortunas, inútiles y la madre que los parió a todos, disputando entre sí qué títere iba a suceder al tirano en el gran teatrillo del ruedo ibérico!

Lo único seguro era que Franco, después de Múnich, había descartado definitivamente a Juan de Borbón, y que la injustificable espera de su decisión definitiva y arbitraria en el nombramiento de un sucesor, fortalecía y exaltaba su poder personal.

Los nuevos falangistas cambiaban el azul de la camisa por el blanco y escalaban puestos en la administración, prensa, radio y televisión. Los sindicatos verticales se van transformando en una estructura vacía, ineficaz e inútil. Solo funcionan y son apetecibles algunas empresas estatales y las inspecciones de trabajo. La vieja guardia de la guerra civil va siendo sustituida por fieles a Franco, con un perfil profesional o moderno, como Fraga Iribarne, Adolfo Suárez y Martín Villa. La Santa Mafia presenta batalla y copa los cargos de economía y desarrollo, sobre todo en banca, compañías de seguros y centros de enseñanza elitistas.

Era otro mundo; otro planeta. Por una parte, las intrigas palaciegas de la Gran Historia que se representaban en un guiñol de ridículas marionetas; de otra parte, la pequeña historia, la real, esa que nos hacía sufrir o reír, esa de luchas y hambres que dolían intempestivas en los intestinos.

A primeros de octubre, Elodia me contó que en la fábrica les obligaban a llevar dos telares grandes. La obrera que se negaba, o no podía, era despedida y reemplazada.

Unas compañeras de trabajo de mi mujer, Elodia y yo fuimos a ver al abogado, señor Cuenca, para explicarle aquellos abusos de la empresa CEDESPA y pedirle orientación y consejo legal. En ese despacho, tuvimos noticia de que nuestro abogado llevaba el juicio por estafa de una cooperativa de viviendas. Era la Cooperativa Nuestra Señora de la Fe, que construían un edificio de viviendas para sus asociados, en la calle Cantabria, en el barrio de La Verneda.

Charlando con el señor Cuenca, al enterarse de que nosotros buscábamos piso, nos ofreció uno de aquellos de la calle Cantabria. Nos aconsejó que no nos asustásemos por el follón de la estafa, ya que estaban subvencionados por el Estado, y aquello significaba que todo se arreglaría más pronto que tarde. Que en cuanto fuese pagada la diferencia existente por la estafa sortearían los pisos entre los cooperativistas y cada cual sería

propietario de su vivienda. Añadió que se había producido la baja de un guardia civil que había sido destinado a otra ciudad.

Elodia y yo repasamos nuestras posibilidades económicas. Teníamos lo justo. Era como si nos hubiese tocado la lotería. Había que tener mucha fe para arriesgarse, con aquella estafa por en medio. Pero así se llamaba la Cooperativa: Nuestra Señora de la Fe.

Nos lanzamos. Por mediación del abogado, señor Cuenca, le pagamos al guardia civil las cuotas que había pagado como socio de la cooperativa. Porque de eso se trataba para la Cooperativa, del cambio del nombre del socio cooperativista. Con las 33.000 pesetas que pagábamos se cubrían las cuotas pagadas hasta entonces, más el importe de la estafa. El resto a pagar se hacía mediante cuotas mensuales, como si fuese un alquiler, hasta cincuenta años después, cuando pasaría a ser de nuestra absoluta propiedad.

Elodia y yo, con la complicidad de nuestro hijo, acordamos no decir nada a nadie, tanto por si se trataba finalmente de otra estafa, como para evitar conflictos con Teresa, la madre de Elodia. Manolo decía en sus cartas que regresaría pronto, porque la delincuencia y la violencia en Caracas eran insostenibles. Y Teresa nos amenazaba con un alquiler astronómico por la habitación que ocupábamos.

Hacia mediados de noviembre, nos convocaron en Fomento del Trabajo, en vía Layetana, para asistir al sorteo ante notario de las viviendas de la cooperativa. Nos tocó el número 55. Nos dieron una llave, atada con un alambre. Me la colgué al cuello para no perderla. Mi hijo corrió por el pasillo hasta el vestíbulo, donde estaba el plano que indicaba la situación del piso que correspondía a cada número obtenido en el sorteo. Era el número 7 de la calle Cantabria, séptimo piso, segunda puerta. ¡Era el séptimo cielo!

Salimos de Fomento para ir a un restaurante donde celebrarlo los tres juntos. Podríamos ocupar el piso a partir del primero de enero de 1963.

Llegó Manolo de las Américas. Parecía haber hecho fortuna. Él y su madre nos impusieron un alquiler elevadísimo, inaceptable y abusivo. Su respuesta fue que por la puerta se iba a la calle, y que nos fuésemos lo antes posible. Les dijimos que teníamos piso nuevo, que ocuparíamos a comienzos de año. Teresa, la madre de Elodia, no se lo creyó y no dejaba de burlarse de nosotros, pobres desgraciados. Empezamos a empaquetar enseres y ropa, que no hicieron más que incrementar las mofas de aquella mujer tan ignorante y posesiva. La maldad existía.

Yo continuaba trabajando en el turno de noche. Aquellas navidades trabajaba en el Restaurante-Hostal San Antonio. El 24 de diciembre, como caían copos de nieve y hacía mucho frío me puse unas botas de goma. Al llegar al restaurante, me di cuenta de que me había dejado los zapatos negros para el servicio. Pero cuando me preparaba para regresar, llegó Elodia con mis zapatos. Había venido andando desde Pueblo Nuevo, porque todos los servicios públicos estaban paralizados, por efectos de la nevada que estaba cayendo sobre Barcelona. La nieve, en algunos lugares, llegaba ya a las rodillas. El servicio fue prácticamente nulo.

En Navidad, pese al temporal, fui a trabajar de nuevo al San Antonio. La gente tiraba la nieve desde lo alto a la calle, por temor a que el peso hundiese terrados, tejados o azoteas. El peligro para los peatones era evidente. Las autoridades municipales franquistas demostraron su evidente inutilidad, el otro nombre con el que era conocida la dictadura. El pueblo de Barcelona se las apañó como pudo. Hubo quien abrió las alcantarillas para arrojar la nieve. Quien hacía caminitos con palas hasta calles más anchas. A mediodía de Navidad la nieve llegaba a la cintura. Era un hermoso paisaje blanco, pero el caos era total. El restaurante estuvo vacío. No fue nadie, ni quienes habían hecho reserva con mucha antelación. Aquello significaba que no se cobraría el porcentaje.

Fui a ver el pisito de la cooperativa, porque Elodia temía que el temporal de nieve hubiese hundido el tejado. Pero allí estaba, desafiante y formidable, resistiendo enhiesto el temporal de nieve y frío. No había peligro.

El pisito (1963)

Contraté un camión de arena para trasladar muebles y enseres el 2 de enero de 1963. Dadas las condiciones meteorológicas era el único que se arriesgaba a circular por las calles con aquella nieve. Y más aún por los caminos de carbón y tierra que comunicaban el edificio de la Cooperativa con la vieja iglesia de San Martín.

Aquel mismo día ocupamos el piso. Sin agua todavía y con un frío glacial. Pero no importaba. Era nuestro piso. Libres por fin. Aquello era el paraíso. Solo teníamos las camas, la ropa y los cuatro cacharros de la cocina. Ya iríamos amueblándolo todo.

Pasadas las fiestas, tramitamos el traslado del expediente académico de mi hijo desde el Instituto Ausiàs March al Juan de Austria, en el mismo barrio de La Verneda, al otro lado de la calle Guipúzcoa, frente a los pisos del sindicato. No hubo ningún problema burocrático, dado que las notas de Agustín eran excelentes. Seguíamos soñando que algún día entrase en la Universidad.

El pisito tenía sesenta metros cuadrados con tres habitaciones, un comedor-pasillo, lavabo con media bañera, cocina y tendedero. Todo exterior. Desde el balcón, a veinte metros de distancia, podían contemplarse las tareas habituales de una vieja masía, donde Elodia compraba frutas y verduras. Más a lo lejos, a unos cien metros, antes de llegar a la calle Guipúzcoa, se levantaba un bosquecillo de alisos, *verns* en catalán, esto es, una verneda, que daba nombre al barrio. Muy a lo lejos, más allá de la calle Guipúzcoa, se veían grandes chimeneas humeantes y más allá de Pueblo Nuevo, muy lejos, el mar.

Al tener vivienda propia fuimos en busca del Eliseico, que provisionalmente vivía con mi madre. Seríamos una familia de cuatro personas. Pero no nos habíamos dado cuenta de que ya habíamos perdido al Eliseico. Mi madre, con su cariño y atenciones, se lo había hecho suyo. Era más que su abuela, también le hacía de madre. Eliseico solo quería vivir con ella. En realidad, era mi madre quien lo había criado y quien siempre lo había tenido en su casa. Pero me dolió, porque lo consideraba como otro hijo más.

Precisamente, por esas fechas de primeros de año, llegó a Barcelona mi hermano Eliseo. Se presentó por sorpresa, sin avisar. Y, sin más explicaciones, nos dijo que se quedaría unos meses en España. Que, si le iba bien, enviaría recado para que María Luisa e hijos viniesen a Barcelona.

Si no le iban bien las cosas, regresaría a Francia. Se quedó a vivir en mi casa. A los pocos días nos invitó a comer en casa de unos amigos suyos, que vivían en la calle del Gasómetro, junto a la avenida Icaria. Esos amigos eran vascos y algo brutos y bromistas. Antes de empezar a comer nos dijeron que habían cocinado un guisado de patatas con gato. Elodia no probó bocado. En la sobremesa se habló de España y de Francia, de dictadura y de libertad, de quesos y vinos y de todo lo humano y divino. Al despedirnos le dieron a Eliseo una dirección de una fábrica textil, donde empezó a trabajar a los pocos días, sin ningún problema.

Cuando le preguntaba a mi hermano porqué quería quedarse a trabajar en España, con el buen trabajo que tenía en Francia, me respondía que “eran cosas de la vida”. Mucho después supimos que padecía del corazón y se medicaba diariamente. Sea como fuere, a los cuatro meses de su llegada decidió dejar Barcelona y volver a Mirande. Ese día fue el último que lo vimos con vida, porque algunos meses después, ya en 1964, moría de resultas de sus problemas cardíacos. Ahora creo que su precipitada venida a Barcelona fue una despedida, porque se sentía morir.

Mientras tanto, la prensa informaba de la Gran Historia, que algún día se escribiría en libros. El 18 de abril se inició el consejo de guerra contra Julián Grimau.

Grimau había sido detenido en un autobús, en Madrid, en noviembre del año anterior. Había “caído” desde una ventana de la Dirección General y se había fracturado el cráneo, los brazos y las manos. Debería haber muerto a causa de la caída, pero sobrevivió. Julián, policía durante la etapa republicana, había sido torturador de falangistas y trotskistas, entre otros muchos. El Partido, así, en mayúsculas, le había enviado a trabajar en España. Nadie, medianamente informado, podía comprender por qué se enviaba a Grimau al interior. Grimau, ¿ese torturador de fascistas que ahora desempeñaban cargos en los mandos policiales e incluso en la Dirección General de Seguridad! A Grimau le tenían ganas, no solo por motivos policiales, sino personales. Solo podía entenderse esa especie de suicidio si se consideraba que la figura de Grimau era una de las pocas en el Partido que podía hacerle sombra al secretario general, Santiago Carrillo. Grimau se había enfrentado a una difícil alternativa: mártir en España o expulsión del Partido, si se quedaba en Francia. Grimau eligió el martirio. Eran muchos, y muy dispares, los que ganaban matando a Grimau.

Todo era una farsa preparada de antemano. El 19 de abril se celebró un consejo de ministros que aprobó esa condena a muerte, por unanimidad. Llegaron telegramas de todo el mundo pidiendo que no se aplicase. Pero Franco comunicó el enterado.

El 20 de abril Grimau fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento formado por soldados de reemplazo que no acertaron el tiro. Finalmente, el oficial al mando le remató con dos disparos en la cabeza.

Toda Europa estalló en manifestaciones de repudio a la dictadura franquista. La prensa internacional organizó una campaña de desprestigio del franquismo. Las embajadas y consulados españoles fueron apedreados y abucheados en todo el mundo.

Barcelona se llenó de octavillas. Franco, asesino. Aparecieron pintadas contra el gobierno. Pero a los cuatro días volvió la normalidad. No había pasado nada, o casi nada.

Las elecciones sindicales, celebradas ese mismo mes de abril, tuvieron que declararse nulas por el descontento existente y el malestar general por los recientes acontecimientos.

Elodia, mi esposa, me comunicó que estaba embarazada. No entraba en nuestros planes de futuro tener otro hijo. Esperábamos con impaciencia que Agustín pudiera ir a la universidad, pero nos alegramos de que aumentara la familia. Solo debíamos renunciar a amueblar el piso y preocuparnos por el que había de nacer. No me faltaba trabajo ni ganas de trabajar. Me salían más jornales de camarero de los que podía hacer.

En julio fueron detenidos los anarquistas Francisco Granados y Joaquín Delgado, acusados de la autoría de los atentados con bomba en la sección de pasaportes de la Delegación General de Seguridad de Madrid. La DGS era un conocido antro de tortura de la policía política de Madrid. Entre sus últimas hazañas estaba la de haber arrojado a Grimau por la ventana.

En juicio sumarísimo, ambos anarquistas fueron condenados a la pena capital. No sirvió de nada la campaña de prensa en el extranjero, ni las peticiones internacionales de conmutación de la condena. Se sabía que ellos no habían sido los autores de los atentados, aunque habían intervenido en su preparación. Pero no importaba; se trataba de un acto de venganza del régimen. Fueron agarrotados.

En Asturias rebrotó la huelga, que puso en combate a quince mil mineros. Policía y civiles intervinieron con una ferocidad inusitada. Franco dio carta blanca a la canalla fascista. Las torturas de los mineros, detenidos arbitrariamente, eran habituales. Sus mujeres y familiares eran apalizados y amenazados de muerte o desaparición. Los civiles

y falangistas se convirtieron en salvajes carniceros y satánicos mensajeros del horror y la infamia. La maldad existía, y vestía camisa azul o tricornio. ¡Putísima virgen!

Tales barbaridades y atrocidades, que ya eran evidencias y hechos comprobados y manifiestos, fueron denunciados por un grupo de 180 intelectuales, en una carta enviada al ministro de Información y Turismo, señor Manuel Fraga Iribarne.

Fraga, en maniobra de manual de manipulación política, negó la existencia de torturas, aunque admitiendo la posibilidad remota de algún caso extraordinario en el que se cortase el cabello a dos mujeres de mineros en huelga. Todo ello motivado por las desmesuradas provocaciones a que había sido sometida la fuerza pública. Al mismo tiempo, llegaron rumores de que todos los que habían firmado aquella protesta estaban siendo depurados y castigados.

A principios de septiembre, Elodia dejó su trabajo, porque no se encontraba bien. Se había asustado, al parecer, por la persecución de un taxista que no dejaba de decirle groserías. Pensaba que el pánico vivido ante aquel conato de agresión, o bien, el esfuerzo realizado unos días antes al limpiar la media bañera podían ser causa de las molestias que sentía. Había cumplido solo seis meses de embarazo, pero tenía dolores de parto.

Fuimos de urgencia a la residencia del Valle de Hebrón, donde tuvo un aborto que además puso en riesgo la vida de la madre.

El doctor me preguntó para indagar el motivo del aborto. Le conté lo del taxista y lo de la bañera, pero el médico descartó ambas posibilidades, porque Elodia, aunque de apariencia frágil, estaba sana y fuerte. Me preguntó en qué trabajaba. Le expliqué que era tejedora, el turno que hacía y los telares que llevaba. Afirmó, sin asomo de duda, que esa era la causa del aborto. Los esfuerzos realizados en los telares explicaban el desprendimiento del feto desde hacía unos días.

Me llamaron al depósito de cadáveres del hospital. Allí, encima de una mesa de frío mármol, con un foco que lo iluminaba de pleno, lo vi por primera y última vez. Era varón, estaba completo y tenía los ojos semicerrados. Me lo quedé mirando unos minutos. Era un trozo de mi carne lo que allí yacía inerte. Nuestro hijo, sin vida. Me preguntaba cómo decirle a su madre que sus entrañas estaban vacías. Que su hijo estaba muerto.

Elodia lloraba en silencio, con la mirada fija en el techo. Sabía lo que había pasado, sin que nadie le hubiera dicho nada. Su vientre estaba vacío y no había ningún ser entre sus brazos.

Mi madre vino unas semanas a casa para cuidar de Elodia, que estaba hundida. Solo lloraba. En cuanto cerraba los ojos, yo veía a nuestro hijo, el que no pudo nacer. Lo veía inmóvil, esperando algún movimiento, que todo hubiese sido una pesadilla. Y así sigo viéndolo siempre que pienso en él, pese a los años transcurridos. Sobre la cruel mesa de mármol. Desamparado.

Le dije a Elodia que se despidiese de la fábrica y que no volviera a buscar trabajo. Había perdido un hijo por la explotación a que los patronos sometían a la clase obrera, y no quería perderla a ella.

A mí solo me quedaba un camino a recorrer: trabajar, trabajar y trabajar para ganar todo lo posible con el objetivo de que nada faltase a mi familia. Había jornada que solo dormía dos horas de las veinticuatro que tiene el día. Prefería morir reventado por el trabajo que dejar que mi familia sufriera la menor carencia.

Se fijó el salario mínimo en 60 pesetas diarias, 420 a la semana. Los obreros lo conocíamos como el salario del miedo y de la vergüenza, el salario del hambre. Para los patronos era una obligación, para los trabajadores una burla más. Gran parte de la clase obrera se veía obligada a vivir con ese salario mínimo, al que los patronos se acogían con holgura y a rajatabla. Pero con aquella miseria no se podía vivir.

A raíz de las amenazas y detenciones, realizadas contra los 180 intelectuales que habían firmado un manifiesto contra las atrocidades de la dictadura en Asturias, entre los que se contaba monseñor Escarré, el diario francés *Le Monde* publicó una entrevista al abad de Montserrat.

El diario recogía declaraciones que la dictadura no podía admitir: «Allí donde no hay libertad auténtica, no hay justicia, y es lo que pasa en España», «no tenemos detrás 25 años de paz, sino 25 años de victoria», «el pueblo ha de escoger su gobierno y ha de poder cambiarlo si lo desea: eso es la libertad», «la falta de información es contraria a la doctrina de la Iglesia».

Estas críticas causaron un gran impacto en el gobierno y en el propio Franco, que había tenido cierto grado de amistad con el abad en la inmediata postguerra. El abad se convirtió, ahora, en la bestia negra del régimen. En realidad, lo que sucedía era que un sector de la Iglesia Católica ejecutaba algunos tímidos pasos para distanciarse de la dictadura, pero sin perder los enormes privilegios de que gozaba.

El año terminó con grandes festejos en la Zarzuela, donde nació en diciembre Felipe, el primogénito de los Príncipes Juan Carlos y Sofía, el mismo mes en que debería haber nacido nuestro hijo. Para bautizar al recién nacido se trajo agua del río Jordán, y asistieron a la ceremonia, juntos, Franco y Juan de Borbón. ¡Cagoendioos!

Ridículo, como títeres en un guiñol. Creen que los trabajadores son unos niños inocentes y alelados que asisten atónitos y asombrados a un espectáculo infantil.

La muerte de mi hermano (1964)

El año nuevo prosiguió con la farsa de los principitos griegos, adictos al Movimiento, y el falso problema de la sucesión al Caudillo y muy general Francisco Franco, dictador de las Españas, tirano de franquistas y antifranquistas y asesino de quien se le pusiera a tiro o a garrote.

Franco no dejaba de insistir que no había llegado aún el momento de la sucesión. Y cuanto más insistía y persistía, más se preparaban los posibles candidatos, con todas las precauciones posibles, no fuera cuestión que el autócrata oyese o creyese que deseaban su muerte, más temprano que tarde.

Los carlistas peregrinaban a Roma, para asistir a la boda de Carlos Hugo de Borbón-Parma en Santa María la Mayor, como dos años antes los juanistas habían peregrinado a Atenas, para ser testigos de la boda de Juan Carlos de Borbón y Sofía. Incluso había osados que apostaban por Alfonso de Borbón-Dampierre, aspirante a la Corona de Francia. Pero todo era un tanto ridículo, ajeno y muy muy muy lejano.

Mi hermana Ana María, de la que yo seguía recordando su nombre auténtico de Libertad, decidió casarse con un compañero de trabajo y conocido del barrio, que se llamaba Juan Fontanet. De esta forma se cumplía el deseo de nuestra madre de ver casados a todos sus hijos. Cada uno con su familia, y todos en armonía, capaces de ayudarnos los unos a los otros en caso de necesidad. El nuevo matrimonio viviría con mi madre, en la calle de la Amistad. Ahora solo el Eliseico dependía de ella.

El primero de abril de 1964 Franco presidió una ceremonia en el Valle de los Caídos en conmemoración de los 25 años de paz, que el régimen franquista se ocupó y preocupó, desde entonces, en machacar y martillar con su totalitaria propaganda política. El eslogan de los 25 años de paz era una burla. No era paz; era victoria, era dictadura, era hambre, era garrote; pero aquello no era paz.

Manuel Fraga Iribarne, número uno de todas las promociones y oposiciones; ministro de Información y Turismo; instruido en las artes de Goebbels, ministro de Ilustración Pública y Propaganda del Tercer Reich entre 1933 y 1945; aspirante a

sobrevivir más regímenes que Talleyrand y modernizador del franquismo, inició una cruzada goebbeliana.

El primero de mayo se inició una extensa operación de manipulación, que duraría todo el año. Se trataba fundamentalmente, en el 25 aniversario del final de la Guerra Civil, de presentar a Franco no como vencedor militar de la contienda, sino como garante de la paz entre los españoles.

El amo de España quiso que se hiciese un documental sobre su figura, para lo que eligió como director a José Luis Sáenz de Heredia, que ya había hecho *Raza* sobre un libreto del propio general. Una comisión interministerial presidida por Fraga dio forma al guion. Pero al dictador no le gustó, porque consideraba que era demasiado blando con la derecha republicana y contrario a la doctrina de *guerra total* antirrepublicana. Al final, el resultado fue una especie de documental sobre la historia del primer tercio del siglo 20, que giraba en torno a la vida y carrera militar del salvapatrias Francisco Franco. El documental se titulaba grotesca y pomposamente: “Franco, ese hombre”

El 16 de julio tuvimos la gran satisfacción y enorme alegría de que mi hijo había sacado brillantemente el título del bachillerato elemental. Se iba cumpliendo nuestro objetivo de que algún día llegase a la universidad.

El descontento de la clase trabajadora iba en aumento, desembocando en paros esporádicos en las empresas, conflictos sociales de todo tipo en los barrios y huelgas en determinados sectores productivos.

En un congreso del vertical, reunido en Madrid, se había exigido la plena libertad de asociación sindical. En Asturias se habían reemprendido lentamente las huelgas, que sin embargo se iban ampliando significativamente, con una duración inusitada de tiempo, desde abril hasta setiembre. En Santander estalló una huelga total de 24 horas de duración. En Mieres, los mineros en huelga asaltaron una comisaría de policía. En Sestao se multiplicaron las manifestaciones. En Madrid se hicieron manifestaciones del sector siderometalúrgico en las que intervino abiertamente Comisiones Obreras, como movimiento sindical. En Guipúzcoa, los repetidores de televisión sufrieron repetidos sabotajes. El 11 de septiembre hubo manifestaciones reivindicativas en toda Cataluña.

En noviembre, en Barcelona, una manifestación de millares de obreros, encabezada por 400 enlaces sindicales, exigió un salario mínimo de 200 pesetas. El rechazo del sindicato vertical incitó a la constitución de la Comisión Obrera del Metal en Barcelona. A lo largo del resto del año el crecimiento e influencia de Comisiones Obreras no dejó de incrementarse.

Nos llegó un telegrama de Francia, en el que se nos comunicaba que mi hermano Eliseo había fallecido el día 9 de noviembre, indicándonos una dirección para los que quisiéramos asistir al entierro y no tuviésemos arreglada la documentación necesaria para atravesar la frontera. Fuimos a casa de un taxista de Pueblo Nuevo, al que contratamos para un viaje de ida y vuelta a Mirande. Esa misma noche nos pusimos en camino a Francia. Íbamos mi madre, mis cuñados Vicente y Mario, Eliseico y yo. El taxista condujo durante toda la noche, sin apenas interrupciones. Pasamos por Lérida hasta el Valle de Arán. En Viella, fuimos a la dirección indicada por mi padre. Enseñé el telegrama al hombre que nos abrió la puerta. Nos hizo esperar unos minutos. Se subió al taxi con nosotros. En la frontera estuvo hablando con los guardias, enseñándoles la documentación que llevaba en las manos. Registraron el coche y nos cachearon a todos. Luego nos entregaron un permiso de estancia en Francia por dos días, indicándonos que a la vuelta debíamos pasar por aquel mismo puesto fronterizo. Continuamos viaje a Mirande, donde llegamos justo al amanecer.

La casa de la calle Pierre Delisle estaba a oscuras. Al llamar, nos abrió María Luisa, diciéndonos que en aquel momento mi padre aún no había llegado, porque había tenido que desplazarse para arreglar asuntos de mi hermano.

Entramos en la habitación donde mi hermano Eliseo dormía el sueño eterno. Vestía una camisa a cuadros y unos pantalones tejanos. Parecía descansar sobre la cama. Llevaba una venda por debajo de la mandíbula, que se ataba por encima de la cabeza. Parecía que le quisieran cerrar la boca para siempre. No me gustó. Me aproximé y le desaté el lienzo. Se le entreabrieron algo los labios, como si quisiera decirme algo importante. Lo abracé y le besé en la frente. Estaba igual que meses antes en mi casa. Y era muy joven, sólo tenía cuarenta años.

Mi madre se desbordó en lágrimas. Al mirar alrededor, en la habitación, sólo estábamos los cinco que habíamos venido de Barcelona y María Luisa. Pensé si mi hermano no tenía amigos que vinieran a despedirle.

Llegó mi padre. Nos besó a todos. Vestía un traje de color, unos zapatos marrones y una corbata chillona. Mi madre le soltó por qué no iba de luto, de negro, como nosotros. Mi padre le respondió muy afablemente que el luto no existe, ni se lleva en la ropa. Que el dolor se lleva en el interior y que el exterior no importa nada. Ni la forma de vestir, ni la risa que uno lleve en la boca o las lágrimas, no significaban nada. Sólo en el interior de cada cual se refugia el profundo dolor que cada uno vive como puede.

Nos dijo que él no nos obligaría a nada y que nosotros decidiríamos, en todo momento, qué tipo de ceremonia queríamos. Cuanto más claro hablásemos, mejor. Que, si nosotros llevábamos al difunto a la iglesia, un 95 por ciento de quienes habían de venir no asistirían, y se marcharían desde la puerta de esta casa, después de dar el pésame, “incluido yo”. Que no por eso debíamos enfadarnos. “Si vosotros tenéis una creencia, yo la respeto. Si su madre dice que el difunto ha de ir a misa, irá”. Mi madre no sabía qué hacer, ni nosotros qué decir. Pasados unos minutos, mi madre le dijo: “Haz lo que tú creas conveniente”.

Los amigos y conocidos iban llegando y saludaban a mi padre, que nos presentaba a todos, y luego se situaban en la calle, a la espera. Reconocí a algunos, de estancias anteriores en Mirande, pero a la mayoría era la primera ocasión que los veía. Había quien hablaba en occitano, otros en vasco, algunos pocos en francés y la mayoría en español.

A la llegada del coche fúnebre, pusieron la caja en su interior, que quedó oculta bajo un montón de coronas. La corona más grande llevaba la bandera republicana. Antonio, el hijo de la señora Carmen, que había cuidado de mi madre enferma unos años antes, nos dijo que en un primer momento habían querido poner la rojinegra de la CNT-FAI, pero para no entrar en polémicas, finalmente habían optado por la republicana.

Yo no entendía de qué me hablaba, cuando hicieron su aparición los niños y niñas del colegio del pueblo. Todos los alumnos llevaban ramilletes de flores. Yo me preguntaba si aquello era una costumbre de aquel pueblo, porque no comprendía aún qué hacían allí.

En cabeza del cortejo iban mis padres, después nosotros con María Luisa, detrás iban los hijos de María Luisa, acompañados por todos los alumnos del colegio. Cerraba la comitiva una multitud de hombres y mujeres. Fuimos directamente del domicilio al cementerio, pasando frente a la iglesia y por la plaza mayor.

En el cementerio, nos detuvimos ante un enorme agujero, recién abierto en la tierra. Depositaron la caja en el agujero. Se guardaron unos minutos de silencio para que cada uno recordara al difunto. A continuación, todo el mundo fue desfilando para echar con una pequeña pala un puñado de tierra sobre el féretro, empezando por mis padres y el resto de familiares. La tierra cubrió totalmente el ataúd. Luego todos se despidieron, dándonos un apretón de manos. Quedamos solamente los familiares. Pusieron las coronas

y flores sobre la tierra de la tumba y pasados unos momentos de recogimiento, nos marchamos nosotros también.

Cuando llegamos a casa de María Luisa vimos una mesa alargada, que parecía preparada para un banquete. Tres mujeres sirvieron la comida. Todos los que habían venido de fuera del pueblo se quedaron a comer. Después de la comida se habló y habló. Me hice un lío con las conversaciones. No era sólo una cuestión babélica. No entendía qué se decía, ni en castellano. Mi cerebro lo almacenaba todo, sin comprender nada. No podía preguntar nada a nadie. Se suponía que yo lo sabía ya, pero no lo tenía claro. Algún día se lo preguntaría a María Luisa o a mi padre. No discernía si mi hermano pertenecía, o no, a aquel conglomerado de exiliados, refugiados, maquis, pasadores de fronteras, informadores e informantes de no se sabía qué ni para quién.

¿Por qué mi hermano había cruzado hacía ya 18 años la frontera, precisamente cuando estaba haciendo aún el servicio militar en Berga? ¿Cómo y quién le ayudó a pasar la frontera, sin documentación, acompañado por un maquis? ¿Por qué los franceses no le alistaron en la Legión Extranjera, como solían hacer con quienes se exiliaban en edad militar? ¿Por qué tantos viajes sorpresa entre Francia y España, entre Mirande y Barcelona? ¿Cómo había encontrado trabajo con tanta facilidad en Barcelona, sin papeles y prófugo? ¿Por qué me había dicho Antonio que habían puesto la bandera republicana en lugar de la rojinegra? ¿Había categorías de bandera según servicios prestados?

Imaginaba que su venida a Barcelona, un año antes, se debía a que sentía morir y quiso despedirse. Pero ¿por qué dijo que venía para establecerse definitivamente en España? En Francia, sin duda alguna, tenía muchos y muy buenos amigos, que le apreciaban y querían, como habían demostrado en la asistencia a su entierro.

En cuanto tuve ocasión, le pregunté a María Luisa por la vida de mi hermano Eliseo en Francia. Me respondió que, si no me lo había explicado mi hermano en vida, era mejor que le preguntase a mi padre. Ella solo podía decirme que Eliseo había sido uno más, integrado en la vida de todos los exiliados en Mirande.

Le dije que quería comprar la sepultura, para asegurarme que seguiría allí, aunque nosotros regresáramos a España. Me acompañó al ayuntamiento, habló con un funcionario y pagué lo que me pidieron por la fosa y por grabar una lápida con su nombre escrito, su fecha de nacimiento y la de su defunción. Firmé aquellos papeles y se los entregué a María Luisa.

Al partir, nos despedimos de todos los presentes. Mi padre estaba muy triste. Le dije que se viniese con nosotros. Me contestó que mientras estuviese Franco y su gobierno fascista en el poder, él no vendría a vivir a España. Nos dijo que no nos preocupásemos por él. Que no se quedaba solo. Que tenía a María Luisa y a sus hijos, y a la nieta por parte de Eliseo. Que en el Asilo-Hospital de Mirande siempre tendría un sitio para refugiarse, por ser exiliado español. Que dinerariamente no tendría ningún problema, porque cobraba una pensión por haber luchado contra los alemanes, en favor de una Francia Libre.

Allí quedó, saludando con la mano, encomendándonos besos para todos los nietos, mientras nosotros nos alejábamos en el taxi hacia la frontera. Quedaba atrás un ser que, aunque fuese mi padre, era un desconocido, pero ahora le apreciaba y quería. ¿Qué había pasado para que le reconociera como persona y le llegara a querer? ¿Quizás fue su forma de hablarnos y de comportarse en aquellos momentos trágicos y de tanto dolor? Puede ser que, lo único nuevo, era que yo había madurado. Aquellas horas, junto a mi padre, y entre aquella gente tan especial, habían cambiado mi forma de pensar y de sentir.

Reflexiones sobre los jornales de camarero

Antes de seguir escribiendo esta narración autobiográfica, he de explicar, aunque sea a grandes rasgos, mis días como camarero a jornales, o como a mí me gusta más, como jornalero de hostelería.

Ya explicaré que en enero de 1966 dejé mi trabajo de peón textil, que combinaba con el trabajo de hacer jornales de camarero. El motivo fue que pasé a ser camarero fijo. Se trata, pues, de contar mis experiencias como camarero jornalero entre 1959 y 1965.

Había aprendido los rudimentos del oficio con la práctica en antros de ínfima categoría, y en libros de cocina, servicio de restaurante y coctelería. El aprendizaje había durado más de cinco años.

En esos cinco años me había ganado fama de cumplidor, formal y gran trabajador, con el que se podía confiar para sacar adelante la faena. Y, a nivel personal, me había impuesto el rechazo total a las bebidas alcohólicas, en un oficio en el que éstas no solo son gratuitas, sino que están constantemente al alcance de la mano.

Eran muchos los jornales que había hecho desde mis primeras experiencias en la cooperativa y luego en aquel memorable banquete de ciegos, en el que para gran suerte suya y mía no habían podido ver, por razones muy evidentes, mi deplorable disfraz. Esos jornales los había hecho en restaurantes, hoteles, salas de fiestas, salones de té, cabarets, torres, mansiones, palacios y palacetes, castillos, diputaciones, ayuntamientos, *Palau de la Generalitat* y todo tipo de inauguraciones empresariales o industriales.

En una ocasión estuve en el palacete del Laberinto de Horta. Era una mansión enorme situada en una gran extensión de prados, vergeles, florestas, huertas, flores y parterres, con unos jardines maravillosos, entre los que destacaba una versión vegetal del laberinto del Minotauro. Éramos varias decenas de camareros, contratados para servir el banquete por la puesta de largo de una de las hijas del dueño de la casa, marqués de Alfarrás. Entre los innumerables cargos que ostentaba este gran señor de la aristocracia y patricio de Barcelona, destacaba el de presidente de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad.

Cuando entré en aquella mansión y recorrí algunas de las salas, tuve una sensación extraña. Reconocía lo que estaba viendo, tanto muebles como espejos, salas y salones, cuadros y relojes, muebles y ventanales. Los cuadros de clérigos, nobles y militares que colgaban de las paredes me eran familiares. Yo ya había visto aquel salón con el piano y las paredes llenas de fotografías. Era una sensación fastidiosa y sorprendente. De repente, lo recordé todo. Yo ya había estado allí hacía muchos años. Era una de las casas que mi padre nos llevó a visitar, en 1936, a mi hermano y a mí.

Iba con mi bandeja, ofreciendo canapés por aquel salón. Pasaba entre los distintos grupos y corrillos de invitados, inadvertido. Nadie notaba mi presencia, era invisible y casi inexistente. Si alguien me miraba, yo sonreía. Pero la inmensa mayoría nos ignoraba. Hablaban de sus cosas y reían alegremente. De cuando en cuando, alguien chasqueaba los dedos para que acudiésemos a mostrarle qué le ofrecíamos en la bandeja. Tomaban lo que les apetecía, con la mayor indiferencia hacia el camarero que había acudido solícitamente. Yo miraba y apreciaba sus lujosos vestidos y sus joyas. También valoraba la calidad de las telas. Los mejores paños eran siempre los usados para confeccionar las sotanas y vestiduras de los clérigos asistentes, que no bajaban de obispo.

Resonó en mi memoria auditiva la voz de mi padre: “¡Mirad, así es como viven los ricos!”. Y eso que él había visto aquello salones vacíos de gente. Y yo los veía en todo su apogeo y esplendor, con todo el lujo y boato. Y ahora comprendía plenamente lo que de niño no alcanzaba a entender, cuando mi padre me decía, y su voz resonaba diáfana en mi cerebro: “¡así es cómo viven, a costa de nuestra explotación y miseria!”. Pensé que mi

padre tenía toda la razón, “¡y si no, mírate a ti mismo!, después de trabajar toda la noche en la fábrica, sin dormir; ahora aquí para servir a toda esta gente, ¿te parece poca explotación?”.

En cuanto acababa la fiesta, empleados y camareros se peleaban en la cocina por hacerse con los canapés sobrantes, que poco antes habíamos estado ofreciendo con una sonrisa. Si nadie los cogía, se tiraban a la basura. Recordé los primeros días y meses de la ocupación fascista de Barcelona, cuando el hambre nos obligó a recoger de la basura aquellas pieles de habas. Recordé los días de mi infancia, cuando todos los niños del barrio recorrían calles y descampados buscando desperdicios e inmundicias que comer o vender. Mi generación fue la de los hijos de los vencidos en la guerra, sin infancia, maltratados por el fascismo y los vencedores; odiados, olvidados, sucios, enfermos, explotados, invisibles y anónimos, en medio de fanfarrias y absurdos triunfalismos, entre charangas y miserias vergonzantes. En la ignorancia más absoluta, sin derecho a una mínima educación o al inicio en un oficio. Rezos y brazos alzados, misas y desfiles falangistas, cánticos e himnos, que ni daban de comer ni labraban un futuro.

Por eso, yo no iba a disputar esos canapés, ni las sobras de aquellos hijos de puta. Mientras tuviese dos brazos para ganarme la vida, de la forma que fuese, no volvería a comer de la basura. ¡Antes robar o matar! Porque la dignidad es el primer paso hacia la libertad.

Otra mansión curiosa era la Casa Pallaresa del potentado de la industria del hierro, señor Mateos. Esa casa, con una ermita anexa, celebraba numerosas fiestas y banquetes con cualquier excusa. En un largo pasillo del palacete se exponían en las paredes los menús servidos en ocasiones anteriores. Toda la pared aparecía cubierta por esos menús, impresos y enmarcados, como si fuesen preciosos diplomas o cuadros de pintura. Y como si de obras maestras de arte se tratara, el dueño de la casa se ufanaba orgulloso en mostrar a sus invitados aquellos menús, relacionándolos con la época del año en que se habían celebrado. No se hubiera pavoneado tanto de aquella curiosa compilación de menús si hubieran sido diplomas de reconocimiento a su saber o inteligencia. Al término del banquete, los invitados felicitaban al anfitrión y el nuevo menú pasaba a engrosar la extravagante colección. Los banquetes eran solo una excusa para colgar otro menú en las paredes. El señor Mateos pensaba realmente que su maníaca afición era una especie de contribución a la historia de la humanidad.

Fui contratado dos veces para servir banquetes en las torres del señor Godó. Una en Pedralbes y la otra en Puigcerdá. Pero en ambas ocasiones me negué. Las razones eran que ese señor había financiado a Franco durante la guerra, y que en la posguerra había cedido su fábrica del “*cànem*” como campo de concentración de la dictadura. De hecho, allí se concentraba a los rojos, que luego fusilaban en el Campo de la Bota.

He trabajado varias veces en el Hotel-Park de Llavaneras. En una ocasión pude admirar el arte del famoso guitarrista Narciso Yepes que, con su guitarra de diez cuerdas, dio un concierto a la aristocracia y nuevos ricos allí reunidos, en su mayoría veraneantes del lugar. En ese pueblo tenía su magnífica torre el teniente de alcalde de Barcelona, señor Félix Gallardo. Muy cerquita, en Vilasar de Dalt, se levantaba la mansión preferida del alcalde señor Porcioles, alcalde casi perpetuo de Barcelona durante demasiados años. Era una mansión magnífica, con enormes jardines cruzados por múltiples caminos por los que pasear, con estupendos lugares naturales de recogimiento para la meditación y el sosiego. Eran rincones de ensueño donde, aquellos benefactores de la humanidad, fraguaban negocios fáciles y fraudes. Decían las lenguas viperinas que algunos muros y esculturas provenían de los depósitos municipales, que guardaban piezas de la época republicana, retiradas de calles y plazas públicas.

Guardianes armados y otros perros vigilaban aquella finca día y noche, como si de una fortaleza militar medieval se tratara. O de un sanctasanctórum mafioso, donde los hombres de negocios y distintas personalidades del momento, la mayoría relacionados con la construcción y el urbanismo barcelonés, podían maquinar cómo hacerse aún más ricos. Todo se mezclaba como las cartas de una baraja: posiciones, cargos, permutas de terrenos, rangos, títulos, regalos, posiciones, matrimonios de conveniencia, información reservada, favores, vicios, dádivas, dinero. Todo se compraba y se vendía. Todo tenía su precio. Entre el señor Porcioles y el señor Gallardo pululaban personajes dudosos y ciertos, bandidos, delincuentes, ladrones con guante blanco, sinvergüenzas, criminales, nacionalcatólicos, falangistas, opusdeistas y otros mafiosos de todo calibre y pelaje, algunos de lustre y alcurnia como el señor Masó, el capitán general señor Salvador Bañuls, el Conde de Caralt, el señor Santiago del Banco Central, el señor Guardans Cambó del Opus Dei, el señor Muller de Abadal, expresidente de la Diputación, y otros muchos más, todos a la búsqueda del negocio fácil y del enriquecimiento rápido. Eran personajes que se situaban más allá del bien y del mal, de la legalidad o el fraude, más allá de la prevaricación y el cohecho, de la corrupción o el soborno. Se sabían impunes y protegidos por la dictadura.

Uno de los escándalos más sonados fue el de la permuta de terrenos de la propiedad del Laberinto de Horta del señor Luís Desvalls Trías, marqués de Alfarrás y presidente de la Caja de robos de los marqueses y Monte de la Impiedad, por los de la zona noble y edificable de la Diagonal, en Pedralbes, con la inefable colaboración de la alcaldía de Barcelona, ostentada por el señor Porcioles. El cambiazo planeado entre el marqués y el alcalde fue de los que hacen época y pasan a algunos libros de historia como símbolo culminante de la corrupción del régimen franquista y del patriciado catalán del momento. Sinvergüenzas de guante blanco que se sabían impunes. Ayer, como hoy, y como mañana, porque algunas cosas no cambian nunca.

También hice jornaes en el Palacio Nacional de Montjuic, en un banquete de inauguración de un desfile de modelos, al que asistió la Begum, esposa de Ali Khan, como anfitriona.

En otra ocasión serví en el banquete del séquito del rey Faisal y autoridades barcelonesas, cuando este vino a Barcelona para operarse de la vista en la Clínica Barraquer.

Asistí, como camarero, a muchos de los banquetes ofrecidos por el alcalde Porcioles a diversas personalidades extranjeras, como el profesor Galbraight y otros muchos famosos.

La Font del Lleó era una torre, convertida en restaurante, donde la gente adinerada celebraba sus fiestas y banquetes. Tenía una filial en el paseo de Gracia, llamada La Pastelería. En el precio de los banquetes se incluía el alquiler de los uniformes del servicio. Reconocí entre los asistentes al banquete al secretario del obispado de Barcelona, doctor Piña, que además era rector de la parroquia de San Silvestre, amigo íntimo del director de los Hogares Mundet. Ese individuo me había ofrecido una recomendación para entrar a trabajar como conserje en el asilo Mundet. Tras hablarlo con Elodia decidí rechazar la oferta. En primer lugar, porque prefería no deber ningún favor a una sotana. En segundo lugar, porque había algo turbio en todo el asunto, que no sabía identificar, pero que un sexto sentido me ponía en guardia.

Otra recomendación fue la del señor Romero, alcalde de Santa Coloma. Este tal Romero era cliente asiduo del San Antonio, donde yo servía con mucha frecuencia a su secretaria y al grupo que siempre le acompañaba. El señor Romero además de esa alcaldía era jefe de la Casa de la Caridad de Barcelona.

Un día, sin venir a cuento, me ofreció una plaza en el ayuntamiento de Santa Coloma. Fui al ayuntamiento y nadie supo darme razón. A través de un amigo mío, llamado Castellet, me informé sobre el señor Romero. Castellet era conserje en el ayuntamiento de Barcelona y se encargaba de confeccionar las brigadas de camareros para los banquetes oficiales. Gracias a él pude abrir muchas puertas y hacer muchos jornales que, de otro modo, no hubiera podido obtener. Castellet me dijo que el señor Romero no era trigo limpio, y que fuera con mucho cuidado con sus ofertas de trabajo, tanto si aceptaba como si lo rechazaba. Muy confidencialmente, me dijo que él pensaba que el señor Romero era un hombre de paja de gente mucho más poderosa e influyente, y su cargo una palanca que estos utilizaban para sus estafas y negocios sucios.

Una mañana se presentó ante mi domicilio, en la calle Cantabria, un lujoso coche oficial. El chófer me condujo a la Casa de la Caridad. En el despacho del señor Romero, después de mucho parlotear y de indicarme que conocía mis antecedentes y el motivo de mi encarcelamiento, me ofreció una plaza en su plantilla de personal. Sería uno de sus hombres de confianza. Yo contaría con su protección personal y jurídica; cobraría un sueldo inmejorable y tendría unas condiciones de trabajo envidiables. Si él, alguna vez, cometía un error, yo debería asumir la responsabilidad de esa equivocación, pero en contrapartida seguiría contando con su protección y sus abogados, además de seguir cobrando el sueldo indefinidamente. Me estaba proponiendo, pues, ser el chivo expiatorio de sus delitos, el chico tonto al que le caerían los palos.

Le respondí que para asumir ese papel debía darme un tanto por ciento de lo beneficiado con el asunto de que se tratara. Que recibiría ese porcentaje del negocio tanto si salía bien como si salía mal. Y que, si no le satisfacían mis condiciones, no había trato. El coche oficial me devolvió a mi casa. No había trato, pero tampoco ninguna amenaza (real o imaginaria) que pudiera traerme problemas; solo un desacuerdo en el reparto del pastel.

Pocos meses después, el ayuntamiento de Santa Coloma se vio envuelto en diversos escándalos financieros, relacionados con la venta fraudulenta de terrenos municipales a industriales y especuladores. La prensa destapó toda clase de estafas y chanchullos. El alcalde fue destituido y su personal de confianza, encarcelado.

También realicé un jornal en casa de los marqueses de Sentmenat, en Sarriá. Era una finca con dos enormes puertas de hierro. Un alto muro cubierto de enredaderas prohibía las miradas al interior y protegía el recinto. Al entrar por la pequeña puerta del servicio, se accedía a un hermoso jardín. A lo lejos se vislumbraba un enorme edificio, antiguo y señorial. Ya en el interior de la casa, advertí que reconocía las estancias y la distribución de las habitaciones. La voz de mi padre me martilleaba el recuerdo del 36, diciéndonos a mí y a mi hermano: “¡mirad, mirad, así viven los ricos! ¡A costa de nuestras miserias!”.

De peón del textil a camarero fijo (1965)

El 2 de enero de 1965 me despedí de la fábrica textil. Fui al despacho para pedir un certificado de buena conducta, imprescindible para el papeleo en mi nuevo trabajo. Me despedí de mis compañeros de trabajo. Al salir de la fábrica y atravesar el portalón de hierro, me detuve a mirar la garita de la entrada, que sobresalía del resto del muro. Tenía la sensación de que salía de la cárcel Modelo. Pensé que allí quedaban 15 años de mi vida, malgastados como trabajador explotado al destajo.

Mi nuevo empleo era el de camarero fijo en el Restaurante-Hostal de San Antonio, en la avenida Mistral, con salida trasera por la calle Tamarit. Era un trabajo a porcentaje

sobre la nota que pagaba el cliente. El sueldo fijo asegurado era solo una formalidad legal, sin interés, ni efectos reales.

El restaurante era grandioso. El edificio tenía cuatro puertas de acceso; las dos principales por la avenida Mistral y otras dos, que se utilizaban como salidas de emergencia, por Tamarit. En el sótano estaba la cocina, el vestuario del personal, los frigoríficos, la bodega, la maquinaria y el almacén. En la planta baja estaba la barra, el office con un montacargas que subía los platos preparados en la cocina y los distintos salones del restaurante con las mesas. La capacidad de esos salones, donde se atendía a los clientes que comían a la carta, era de unos trescientos comensales. En el primer piso se celebraban las bodas, comuniones y banquetes de negocios, con una capacidad de 400 comensales. El segundo piso era la vivienda familiar de los dueños del restaurante. El resto de pisos estaban alquilados. Todo el edificio era propiedad del dueño del restaurante.

El personal fijo era de 50 obreros, sumando cocineros, camareros, ayudantes de camarero, bármanes, lavaplatos y mujeres de la limpieza. Solo en el comedor de la planta baja trabajábamos ya siete camareros y siete ayudantes de camarero. Los banquetes del primer piso eran atendidos por personal extra, que se contrataba entre jornaleros de la hostelería, que podían llegar a sumar 25 camareros.

Se trabajaban muchas horas, pero yo me ganaba bien la vida, mucho más de lo que cobraba en la fábrica, incluso añadiendo lo que ganaba con los jornales de camarero. Y además ponía un poco de orden en mi vida, ya que eso de trabajar día y noche, sin apenas dormir, no podía prolongarse indefinidamente.

Elodia estaba contentísima. Contaba que yo tenía al menos un día de fiesta a la semana, aunque fuese un día laborable. No existía un horario fijo y se trabajaban todos los festivos, pero intentaba compensar a mi familia en mi día festivo. Me compré un cuatro por cuatro, marca Renault, de segunda mano. Me era muy útil cuando salía del trabajo a altas horas de la noche y no tenía servicio público disponible.

Surgió una nueva estructura sindical, basada en la creación de comisiones obreras permanentes, que consolidaban y fortalecían lo que durante años habían sido comisionados obreros provisionales. Unos 300 enlaces sindicales fijaron una plataforma de reivindicaciones. Una manifestación de unos 3000 trabajadores, acompañó a la Comisión Obrera de Barcelona, para entregar la Plataforma a las autoridades. La policía cargó contra los manifestantes y practicó unas 130 detenciones.

A la huelga de la minería asturiana se sumó la huelga general de Bilbao, la huelga del metal en Madrid y continuas reivindicaciones en todo el país.

Los estudiantes de Barcelona se solidarizaron con los de Madrid en la demanda por sustituir el sindicato vertical falangista de estudiantes por un sindicato democrático.

Acto seguido lo hicieron estudiantes de Sevilla, Bilbao y Salamanca. Convocaban manifestaciones y asambleas que terminaban en manifestaciones callejeras y en huelgas.

El gobierno pareció ceder, proponiendo una democratización del Sindicato Español Universitario (SEU) y cediendo en reivindicaciones concretas. Al mismo tiempo expulsaba de la Universidad a determinados catedráticos o a estudiantes rebeldes e irrecuperables. Era la táctica del palo y la zanahoria. Se trataba de hacer pequeñas concesiones formales, y algunas reformas, para seguir controlando el SEU desde las instituciones estatales.

Monseñor Escarré, abad de Montserrat, fue desterrado a causa de las declaraciones publicadas meses antes en una entrevista que le había hecho el diario *Le Monde*. Las protestas y manifestaciones de sacerdotes en diversas ciudades se convirtieron en una protesta contra la dictadura de Franco. Aunque las relaciones del régimen con la Iglesia Católica seguían siendo excelentes, el aire renovador (más formal que real) que soplaba desde el Vaticano, con el papado de Juan 23 y su ímpetu reformista, causaron cierto

alarmismo entre algunos sectores oficiales y sociales del franquismo. El nuevo cambio de gobierno del 8 de julio intentó reforzar los inquebrantables lazos con la jerarquía eclesiástica y evitar cualquier fisura. El Opus Dei vio cómo se le abrían de par en par las puertas de acceso al poder en detrimento de los falangistas, especialmente en los ministerios económicos.

Electrodomésticos y utilitarios se popularizaron. Las inmobiliarias, alentadas por una creciente demanda, se convirtieron en un motor de desarrollo, una importante oferta laboral y una oportunidad para la especulación, el enriquecimiento fácil y la estafa permanente.

A finales de año, el ínclito, conspicuo y omnipresente ministro Manuel Fraga Iribarne declaró que era muy probable la sucesión de Franco por el pretendiente Juan Carlos. Éste declaró que su padre, don Juan, era el sucesor legítimo. Proseguía la sencilla obrilla del guiñol, sin apenas trama ni argumento. Los polichinelas eran unos payasos tristes que no interesaban a nadie, porque nunca acababan dando garrotes a jueces y policías.

Con el cambio de trabajo, esto es, con el paso de peón del textil a camarero, había conseguido un sueldo más elevado, mejores condiciones de trabajo y mayor bienestar; pero había perdido el compañerismo y la profunda conciencia de clase existente entre los trabajadores del textil. Había dejado de empaparme en el orgullo común y solidario que se respira en las fábricas. Había dejado de vivir aquel ambiente solidario del peón de fábrica que, minuto a minuto, defiende su jornal con hombría, donde codo a codo con el compañero defiende los derechos comunes. En el restaurante sucedía todo lo contrario. Mi primera decepción fue la de comprender que cada uno cobraba según su trabajo. Se cobraba un porcentaje del 8,5 sobre las notas de los comensales servidos. Y cada cual hacía lo posible para obtener el turno de las mejores mesas, valiéndose para conseguirlo de todas las artimañas, que podían incluir la ridiculización del compañero, así como la adulación y exaltación del dueño y sus familiares. Lo mismo sucedía con el *maître*. El señor Sebastián era el amo, así se le llamaba, y se estaba a su disposición para lo que mandase, al menos en las horas de trabajo. Había en todo ello un cierto aire feudal que apestaba y me sublevaba.

Mi segunda decepción fueron las pagas del 18 de julio y de Navidad. También fueron el motivo de que reflexionara y me trazara una férrea conducta personal, que me alejara y aislara de aquella humillante conducta seguida por mis nuevos compañeros de trabajo.

Para conmemorar el alzamiento golpista del 18 de julio de 1936, el señor Sebastián, “el amo”, terminado el servicio del día, nos ofrecía una comida a todo el personal del restaurante. El banquete era presidido por él y su familia. Ya en la mesa común, nos iba llamando uno a uno, y nos entregaba un sobre con la paga extra. Luego nos vomitó un discurso, en el que nos expresaba sus sentimientos como protector de todos nosotros. Terminó diciendo que, si al año siguiente trabajábamos más, nos daría más dinero. Alcé la mano para pedir la palabra, cosa al parecer inusual, imprevista, sorprendente, inesperada y extraordinaria. Dije que en todas las empresas se daba una comida y una paga a sus empleados por Navidad, pero que en todo caso siempre se daban dos pagas, una por el 18 de julio y otra por Navidad, porque así lo imponía la ley. La primera era para conmemorar la victoria de Franco en la guerra y el aplastamiento de los trabajadores por el clero y los capitalistas. La segunda era para que el trabajador pudiera comer algo extra el día del nacimiento de Jesucristo. Nadie dijo nada, pero la fiesta dio su punto final.

En Año Nuevo, después de servir la verbena de fin de año (“la Revetlla de Cap d’any”) era costumbre celebrar una cena de los dueños con el personal, a las seis de la

mañana. Los dueños del restaurante ya habían dejado de bailar y se despedían con reverencias de sus mejores clientes a la puerta del restaurante, todos ataviados con vestidos de noche, trajes de gala y enjoyados hasta las cejas. El señor Sebastián y el maître empezaban entonces a pasar cuentas en la caja; mientras nosotros, cansados y sudorosos por el trabajo continuo del día anterior y de toda la noche, montábamos una gran mesa para la celebración de añonuevo de todo el personal con los amos.

El señor Sebastián y familia se sentaban en la presidencia, y los demás por riguroso orden de categorías profesionales. El que más y el que menos a aquellas horas estaba físicamente agotado y, aunque ese primero de año que empezaba era festivo, para nosotros era otra larga jornada laboral, lejos de la propia familia. Las ganas de fiesta eran, pues, escasas; pero todos hacían la pelota al dueño y a su familia, dándoles parabienes y ofreciéndoles sonrisas. Y se afanaban por gastarse bromas, y ridiculizarse unos a otros para distraer y hacer reír a los dueños del restaurante. Las bromas consistían en tonterías, como poner sal o pimienta en la comida de quien estaba al costado, echar polvos de pica-pica, colocar un petardo debajo de la silla o retirársela a quien iba a sentarse, disfrazarse de mujer y hacer mariconadas, o bailar, contar chistes, deformar situaciones o casos ocurridos en el restaurante a tal o cual compañero, con más o menos gracia y picardía...

Todo valía para entretener al señor Sebastián y familia, excluidos por supuesto de cualquier diana burlesca, aún a costa de la pérdida de respeto al compañero y el ataque a su dignidad.

El señor Pedro, maître en funciones, pasó disimuladamente por detrás de mí. Noté que me echaba un líquido en el asiento de la silla. Todos esperaban que saltase, llevándome las manos al culo, para reírse a mi costa. Me quedé sentado, sin moverme, pese a que sentía un ardor insufrible que me subía por el ano hasta el estómago. El dolor subió hasta mi cara, más por la indignación que por el daño, hasta ponerme rojo de ira. Con gran esfuerzo pude controlarme y calibrar al milímetro lo que decía. Y dije: “el que me ha hecho esto es un hijo de puta y se ha equivocado de persona; si buscaba un bufón para hacer reír, creo que se basta a sí mismo como payaso”.

Me levanté, y dirigiéndome al maître le dije: “Esta no es la forma adecuada de llevar un negocio. No sé por qué estamos perdiendo el tiempo de esta forma. El señor Sebastián se acostará y se levantará cuando le plazca; pero nosotros, en espera de tus órdenes, pasaremos dos días y dos noches trabajando, sin dormir ni descansar. En lugar de hacer el payaso podríamos aprovechar estas pocas horas para dar una cabezadita, asearnos un poco y cambiarnos de ropa. De este modo, mañana, ¡qué digo, hoy mismo, dentro de unas horas!, estaríamos presentables ante el público, daríamos mayor rendimiento y así podríamos ganarnos mejor la vida, que es lo que a todos nos interesa”.

El señor Sebastián me dio la razón, y añadió que quien quisiera marcharse podía hacerlo, para regresar a la hora que indicara el señor Pedro. Solo nos marchamos tres empleados, pero ese fue el último año que se celebró aquella grotesca fiesta, tan necia y degradante para los trabajadores del restaurante San Antonio.

Bombas y elecciones (1966)

Los diarios fueron autorizados a publicar la aterradora noticia, más o menos suavizada por la propaganda del régimen, de que en el mar frente a Palomares (Almería) había caído una bomba atómica. La foto de Fraga, bañándose con un meyba más ridículo que sus desmentidos de la ausencia de radiaciones, dio la vuelta al mundo. Se trataba de tranquilizar a los turistas de sol y playa.

Lo cierto es que aquel accidente había desvelado el uso en territorio español de material atómico por parte de las tropas norteamericanas. Uso atómico que no era de dominio público, sino de carácter secreto.

Los tratados militares entre España y Estados Unidos, que justificaban la instalación de varias bases terrestres, navales y aéreas de los americanos, se justificaban como medio necesario para el equilibrio de poder entre los dos bloques, en la denominada Guerra Fría.

Ahora, trece años después, en 1966, un bombardero B-52, que transportaba bombas de hidrógeno desde la península ibérica a bases americanas en Turquía, mientras sobrevolaba cielo almeriense explotó en el aire a diez mil metros de altura, dejando restos radiactivos en una amplia zona alrededor del pueblo de Palomares. Una de las bombas cayó en el mar, sin estallar. Después de 78 días de infructuosa búsqueda por parte de la flota norteamericana, finalmente fue recuperada por un pescador, que la encontró enmarañada entre sus redes. Los mil chistes sobre el tema no podían ocultar la gravedad del incidente y las repercusiones que hubiese podido tener en toda la península y norte de África. Eran cuatro bombas con una potencia cuatrocientas veces mayores que la de Hiroshima. Dos de esas bombas presentaban roturas y fisuras que desprendían una fuerte emisión radioactiva, que contaminó la zona más inmediata a Palomares.

Se prohibió el cultivo de la tierra durante tres meses. Jamás se hicieron públicos los exámenes médicos realizados entre la población. En los meses posteriores se produjeron numerosas muertes fetales y nacimientos con malformaciones., desconocidas hasta la fecha en aquella comarca.

Mientras tanto, lo que preocupaba a los Borbones, que los chistes llamaban bobones, era quien tenía más derechos a la sucesión de Franco a título de rey, si el papá o el hijo.

Elodia me comunicó que estaba embarazada de nuevo, y que esperaba su nacimiento para el mes de octubre. Los dos esperábamos y deseábamos aquel hijo. El piso ya estaba amueblado y Agustín ya estaba acabando el bachillerato superior. Pese a los pequeños problemas cotidianos, aquel nuevo ser no representaba ninguna carga para nosotros, y los tres esperábamos con ilusión y alegría su nacimiento.

Los disturbios estudiantiles eran ya habituales en todo el país. La agitación social y laboral se extendía con mayor fuerza, exigiendo aumentos salariales equiparables al aumento del coste de la vida. El enfrentamiento obrero con la patronal se amplió a otras demandas de carácter político y sindical. En junio, las comisiones obreras, más o menos informales y más o menos permanentes de las distintas fábricas y empresas aprovecharon la convocatoria de las elecciones sindicales, que habían de celebrarse en septiembre, para iniciar una campaña de agitación laboral y de reconocimiento como organización obrera, exigiendo que se aceptaran sus candidaturas.

Así fue como, aprovechando este margen provisional de tolerancia, se convocó en Madrid una manifestación para reivindicar públicamente la libertad sindical. Unos veinte mil obreros respondieron al llamamiento a manifestarse. La policía intervino y detuvo a los líderes más destacados, entre ellos Marcelino Camacho. La respuesta a esta represión policial demostró la implantación de estas comisiones obreras, declarándose huelgas en numerosas empresas como protesta y solidaridad con los compañeros encarcelados.

El ministro Solís aceptó el desafío y desde su ventajosa posición, con todos los medios oficiales de propaganda a su alcance, hizo campaña contra las candidaturas presentadas por comisiones obreras y a favor de las candidaturas del sindicato vertical. Pretendía, además, que las elecciones serían absolutamente libres.



El resultado electoral no dejó ninguna duda, pese a la masiva utilización de los omnipotentes recursos a disposición del sindicato vertical. Los del vertical no habían triunfado. En Madrid, Barcelona y Vizcaya las candidaturas de comisiones obreras habían arrasado. En el resto de España triunfó la abstención, promovida por Alianza Sindical, formada por UGT, CNT y STV, más el Partido Nacionalista Vasco y el Partido Socialista Obrero Español. Era el descalabro de Solís. El ministro de Gobernación, Camilo Alonso Vega, anunció rápidamente que había encontrado la solución más adecuada a la inesperada derrota. No era demasiado original. Se anunció e inició una represión brutal, cruel y despiadada contra los dirigentes o militantes de comisiones obreras en todo el país. No importaba que hubieran sido elegidos como representantes sindicales por los trabajadores. Se hizo una criba ideológica entre los electos sindicales, desposeyendo de su cargo a todo aquel que fuera sospechoso de ser un opositor al régimen franquista. Muchos de aquellos cargos sindicales electos de comisiones obreras fueron encarcelados, o despedidos de su puesto de trabajo. Y aún peor, sus nombres fueron incluidos en las listas negras, para que jamás volvieran a encontrar trabajo en ningún sitio.

En aquellas elecciones yo salí elegido enlace sindical del Restaurante-Hostal San Antonio.

De los comisionados a las comisiones

Todos los trabajadores sabíamos que las elecciones sindicales eran una mascarada más del régimen. Que no servía para nada ser nombrado enlace sindical. El sindicato vertical era solo una institución creada por el régimen franquista para controlar y vigilar a la clase obrera. Nunca había sido siquiera una estructura integradora, que intentase dominar un movimiento vivo e inevitablemente reivindicativo. No llegaba a ser ni tan solo un termómetro o una burda señal de alarma, que avisara del inminente riesgo de estallido de las clases peligrosas. No llegaba ni a eso. No era más que una concesión a la ideología falangista. En la práctica, el sindicato vertical no era un sindicato, y solo servía para otorgar un sueldo a diez burócratas y cuatro matones, o como escalafón y carrera a seguir por parte de funcionarios y oportunistas con aspiraciones ambiciosas a cargos de mayor enjundia, dentro del régimen franquista. Era una escuela de buscavidas, vividores, sinvergüenzas, especuladores y otros políticos.

Para el proletariado era una losa y una cadena más de la dictadura. Solo la derrota militar en la Guerra civil y la humillación de los vencidos podían explicar la existencia de aquella organización antiobrera, que para mayor burla se llamaba sindicato.

Pero el desarrollismo de los años sesenta había convertido en obsoleta aquella organización, que en los años cuarenta se había limitado a la opresión, vigilancia y castigo de la clase obrera.

Los sindicatos obreros tradicionales, tanto UGT como CNT, habían sido destruidos. Las organizaciones que en el exilio llevaban tal nombre no eran tampoco auténticos sindicatos, y en todo caso sólo existían en el exilio, no en el interior de España.

El auge económico presentó a las empresas más modernas y eficaces un problema hasta entonces inédito, pero muy común en la Europa democrática. Los sindicatos eran necesarios para resolver eficazmente unos conflictos que, de otro modo, se eternizaban y provocaban pérdidas importantes de producción y negocio.

El propietario o director de una empresa sabía que necesitaba un interlocutor para negociar y resolver cualquier desacuerdo laboral o finalizar una huelga. Y sabía, por experiencia propia, que el sindicato vertical no servía para nada, porque no representaba a los trabajadores ni tenía la menor idea de lo que reivindicaban. Por otra parte, la magistratura laboral se colapsaba con las continuas reclamaciones y denuncias de los abusos de los empresarios. Ni era eficaz, ni solucionaba nada.

De ahí la necesidad de pactar y hablar con los representantes delegados y nombrados por los trabajadores, esto es, con aquellos comisionados que eran nombrados con carácter provisional y no decisorio por las asambleas de los trabajadores en huelga o conflicto. La continua repetición del nombramiento de algunas personas como comisionados, a veces con poder decisorio para llegar a acuerdos, creó esas comisiones obreras, reconocidas por las empresas como interlocutores válidos.

El frágil equilibrio entre la acción directa de los primeros comisionados y la representación permanente de las comisiones obreras debía romperse tarde o temprano, con la constitución de un sindicato democrático al uso europeo. Y el partido comunista iba a trabajar, cómo no, porque ese sindicato fuera su cadena de transmisión de consignas políticas y baza fundamental de su fuerza y estrategia política.

Yo conocía y entendía esa problemática sindical, pero no alcanzaba a ver soluciones. Sabía que nadie nos iba a arreglar nuestros problemas gratuitamente. Que la CNT había perecido en combate y no se la esperaba. Que el vertical y la Falange eran obsoletos. Que el entrismo en el vertical ya no era posible, porque no servía de nada meterse dentro de algo hueco y vacío. Que la acción directa no era posible ya, ni para pequeños grupos de guerrilleros. Que la mayoría (no todas) de las comisiones obreras, asomando la nariz por todas partes, queriendo arreglarlo todo, concentradas casi exclusivamente en la libertad de sus presos o la readmisión de despedidos, era ahora un apéndice al servicio del Partido.

La acción directa de aquellos comisionados obreros de los años cincuenta en las fábricas, que eran elegidos por los propios obreros en reuniones o asambleas clandestinas, que nacían, vivían y morían en cada acción concreta que les había sido encomendada, siempre habían dado buenos resultados. Pero ahora, con el desarrollismo y el progreso económico, las empresas exigían sindicatos a la europea. Por eso desaparecieron los comisionados y nacieron las comisiones obreras.

Esas comisiones obreras, con sus siglas, sus consignas y palabrería, su verborrea, sus negociaciones con la patronal en nombre de sus representados, se parecían como una gota de agua a otra, a la UGT o a la recién nacida USO. Esas siglas eran una sopa de letras indigerible, que se me atragantaba en la garganta. No me gustaban, ni satisfacían a muchos trabajadores que, para defender nuestros intereses sin ser manipulados, teníamos

que actuar por cuenta propia, como habíamos hecho durante tantos años. Continuaba siendo necesario fomentar la unión entre los compañeros de trabajo, despertando en ellos nuestra condición de obreros, no de esclavos.

Era necesario decir, gritar o susurrar que los milagros no existen. Que ningunas siglas sindicales nos arreglarían nada. Que quien me representa me está traicionando y se está cargando la acción directa. Que, si no lo hacemos nosotros mismos y en nuestro propio puesto de trabajo, nadie lo hará por nosotros. Que con la patronal no se puede coincidir, ni sonreír, ni darse un abrazo.

Me apunté al bufete de un abogado laboralista, al que pagaba sus servicios mediante una cuota mensual. Se llamaba Albert Fina Sanglas y tenía su despacho en la ronda de San Pedro, número 28. Al margen de toda acción sindical, le decía al abogado lo que quería conseguir en el restaurante San Antonio, y sopesados los pros y los contras me indicaba cómo poder hacerlo. Luego en el restaurante, con la ayuda de algunos compañeros, intentaba conseguir el propósito que nos habíamos planteado alcanzar.

Mi hija

Mi esposa ya estaba en avanzado estado de gestación. Busqué una clínica maternal donde la atendieran, en la avenida de José Antonio, llamada La Lactancia. Ingresó la madrugada del 14 y sufrió dolores durante toda la jornada. Estuvo siempre bajo observación médica, hasta que se decidió practicar una cesárea. A las 11,45 de la noche había nacido mi hija Elodia. En todo momento estuve acompañando a mi esposa Elodia, incluso en el momento de la operación, desde el umbral de la sala de operaciones.

El médico levantó sus brazos para mostrarme a la recién nacida. Entre sus manos ensangrentadas, mi hija levantó la cabeza, abrió los ojos y mirándome pegó un grito. Continuó gritando, más que llorando. En la habitación, junto al lecho de mi esposa, empecé a pensar y reflexionar, porque aquel grito y aquella mirada de la recién nacida me habían afectado en lo más profundo de mi ser. Recordé a mi hijo Agustín en el momento de nacer, al que tuvieron que sacar con ganchos, porque no quería salir, al que tuvieron luego que pegar para que llorase y aprendiera desde el principio lo dura que es la vida.

Pensé en mi segundo hijo, el sin nombre, que no pudo nacer porque había sido asesinado en el vientre de su madre por la polución de los talleres textiles y la explotación y agotamiento sufridos por su madre en el trabajo.

Me pregunté la razón de aquella mirada de mi tercer hijo, aquella niña: ¿Acaso me reprochaba que le hubiese dado la vida? Me preguntaba si se preguntaba: ¿por qué han abierto el vientre de mi madre donde tenía cobijo y abrigo?

Profundamente sumido en mis reflexiones, miré a mi alrededor en la habitación y me encontré solo; solo en la oscuridad, sin nadie con quien hablar y comunicarle lo que sentía. Por primera vez en mi vida sentía la necesidad de explicar a alguien qué era lo que sentía y pensaba. Elodia despertó de su anestesia de cloroformo y empezamos a hablar y hablar de la recién nacida. Se llamaría Elodia, como su madre, y también iría a la universidad, como su hermano.

A los diez días de la cesárea, me llevé a las dos Elodias a casa. Ahora éramos cuatro de familia, que dependían de mi trabajo.

El 22 de noviembre Franco pronunció un discurso ante las Cortes, en el que anunció el proyecto de una ley Orgánica del Estado, que sería sometida a referéndum el 14 de diciembre y promulgada en enero de 1967.

Con esta Ley se institucionalizaba la figura del presidente del Gobierno, aunque no fue hasta 1972 cuando Carrero Blanco ocupó ese cargo. En realidad, esa ley pretendía maquillar la dictadura personal de Franco, inventándose un nuevo tipo de democracia, lo

que el régimen machacó como democracia orgánica. Preparaba las atribuciones legales que ostentaría su sucesor como Jefe del Estado, sin que le afectase a él, ni a sus poderes dictatoriales. Pretendía instaurar, en el futuro lejano de su sucesión, una separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. En resumen, era otra ley que preparaba su sucesión. El concepto de democracia orgánica era absurdo y divertido. Pero, dado que esa diversión afectaba a las libertades y condiciones de vida de los españoles, no podemos sino calificarlo de tragicómico.

Fraga fue el responsable de la campaña publicitaria de la dictadura. Tuvo tal éxito que en el referéndum se obtuvieron más votos favorables que españoles habitaban el país. Por lo visto habían votado afirmativamente hasta los muertos del Valle de los Caídos. Era otro milagro imposible de la España de Franco. Al parecer, aquello era una especie de constitución del régimen franquista, pensada sobre todo para la sucesión del dictador a su muerte, que ya tardaba demasiado.

Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo abrió la campaña del referéndum en la televisión con un único, falso y repetitivo argumento: “La respuesta es Francisco Franco, nuestro Caudillo, con una vida entera dedicada al servicio de la patria y treinta años de bien gobierno”. Tenía el cinismo de preguntar: “¿Quiénes se oponen? ¿A quién disgusta?”.

Pero no era posible ninguna respuesta, ni la menor crítica o comentario adverso, y en todo caso era acallada y escondida. Los gerifaltes del régimen, como Oriol y Urquijo, decían que ellos ya habían votado afirmativamente el 18 de julio de 1936, sumándose al Alzamiento Nacional.

Lo cierto es que la gente común vivía al margen de la farándula publicitaria del referéndum y la tensión social crecía por las dificultades de la vida cotidiana. El 30 de noviembre, ochocientos obreros de la empresa de Laminación de Bandas en Frío de Echevarri, en Vizcaya, iniciaron lo que sería una de las huelgas más largas del franquismo, con una duración de seis meses. Los directores de la empresa se habían negado a negociar con los trabajadores, irritados porque la dirección había disminuido su retribución salarial al tiempo que aumentaba su ritmo de trabajo.

A lo largo del conflicto, del que novedosamente se hizo eco tanto la prensa nacional como la internacional, los huelguistas fueron combinando acciones legales con otras ilegales y clandestinas. Presentaron diversos escritos a la delegación de Trabajo (que llegaron hasta la magistratura) e hicieron uso del sindicato vertical. Pero después de que las autoridades se pronunciaran a favor de los intereses de la empresa y apoyaran el despido de 33 trabajadores, reforzaron su actitud y comenzaron a actuar en contra de la legislación vigente.

Primero se encerraron durante tres días en el comedor de la empresa, siendo desalojados a punta de metralleta por la guardia civil. Después comenzaron a distribuir las famosas octavillas, que se convirtieron en una obsesión para la policía. Eran impresas clandestinamente en diversas parroquias y en ellas se informaba a trabajadores y a los vecinos de cómo transcurría la huelga.

En Madrid, los despidos en la empresa Barreiros determinaron una reacción inesperada por parte de Comisiones Obreras y USO, que convocaron asambleas de trabajadores que decidieron iniciar una huelga para su readmisión. La policía detuvo a unos 58 trabajadores, en su mayoría cargos electos que formaban parte de los jurados de empresa.

Los trabajadores de Renfe, reunidos el 28 de diciembre en asamblea, convocaron una huelga que afectó a cinco provincias.

En Barcelona, el descontento se había generalizado y se manifestaba en numerosos estallidos espontáneos e inesperados en diversas fábricas, en todos los sectores productivos.

Franco y sus ministros se mostraban desconcertados ante el desafío de los trabajadores, pese a la dureza de la represión a que se enfrentaban. Ante el cierre de los canales de negociación entre empresas y trabajadores, éstos encontraron su fuerza y legitimación en la convocatoria de asambleas, que se radicalizaban con facilidad en lucha por sus reivindicaciones más elementales, pero también en demanda de las libertades fundamentales de manifestación, sindicación y huelga.

El régimen no tenía otra respuesta que la represión policial; pero esta aparecía como insuficiente y obsoleta. Las comisiones obreras se hubiesen convertido en un dócil sindicato, si el régimen hubiera sido algo más inteligente y reformista; pero la dureza de la represión era lo que mantenía esas comisiones como un movimiento social de amplia audiencia, abierto a la influencia, no sólo del partido comunista, sino también de otros partidos y organizaciones. De ahí el nacimiento de una tendencia autónoma en el seno de las comisiones, que pretendía oponerse a todo partido o influencia ajena al propio movimiento obrero.

Protegido del Opus Dei (1967)

La herencia del nuevo año eran las huelgas y conflictividad iniciadas a finales del año anterior. El ala más dura del gobierno quería proseguir por la vía represiva contra un movimiento obrero masivo, que se manifestaba por talleres y calles gritando “Franco, no; democracia, sí”.

En Barcelona, en enero, Seat, la Maquinista, Hispano-Olivetti y otras empresas importantes se habían unido a la huelga. Tres mil trabajadores de la Bazán, en El Ferrol, se habían manifestado por las calles, llamando a toda la población a sumarse a la manifestación y a la huelga, reivindicando la readmisión de los despedidos el año anterior.

En Asturias, los mineros se declararon en huelga. También el Transporte se paralizó en catorce provincias. La Metalurgia madrileña se movilizó el 27 de enero.

Pese al dispositivo oficial en su contra, el conjunto de las manifestaciones de todas las fábricas en huelga confluyó, al unísono, desde la periferia hasta el centro de Madrid. Cien mil obreros se enfrentaron a la policía y la guardia civil. Fueron detenidos como dirigentes unos 300 trabajadores. Al día siguiente se paralizó toda la industria madrileña, exigiendo la libertad de los detenidos. Los disturbios eran continuos en la Universidad; la policía cargó contra los estudiantes en la Facultad de Derecho, deteniendo a 52 alumnos, mientras cientos de ellos se encerraban en la Facultad de Filosofía y Letras.

Era un desafío evidente e importante al gobierno.

Comisiones Obreras declaró que no admitiría una ley sindical que no hubiera sido previamente discutida y aprobada por los trabajadores en asambleas democráticas. El 16 de febrero el Tribunal Supremo declaró ilegal la organización de Comisiones Obreras.

El movimiento huelguístico no se detuvo, sino que prosiguió su curso, extendiéndose a diversos sectores productivos por todo el país. La única respuesta del régimen era la represión.

A treinta años del inicio de la guerra civil la división entre vencedores y vencidos era más aguda que nunca. La única legitimación de Franco y del franquismo era la victoria militar sobre el pueblo español.

Durante algunos meses, el gobierno se dedicó a aprobar más y más leyes: la de libertad religiosa, la de representación familiar, la sindical, la de enjuiciamiento criminal, la reforma del código civil y de secretos oficiales, entre otras de más calado institucional,

como la Ley Orgánica del Consejo del Reino, que finalizaba la serie de leyes que preparaban la sucesión del dictador y una especie de constitución del régimen.

En julio hubo un cambio de gobierno.

El cambio más significativo fue el nombramiento del almirante Carrero Blanco como vicepresidente, en sustitución del general Agustín Muñoz Grandes. Los principales problemas, en política exterior, eran la descolonización del Sáhara y de Guinea Ecuatorial. Se impuso el iluso e irracional criterio de que esos territorios debían ser considerados provincias españolas.

Nuestro hijo Agustín consiguió traernos a casa el título de bachiller superior. Al curso siguiente podría ingresar en la universidad. Nuestros esfuerzos no habían sido en vano. No solo habíamos conseguido que Agustín estudiara, sino que habíamos mejorado nuestras condiciones de vida. Habíamos conseguido el piso, lo habíamos amueblado completamente, teníamos un coche, habíamos comprado una televisión y mi esposa podría permanecer en casa, al cuidado de nuestra hija. Mi hijo Agustín, durante las vacaciones y algunos festivos, hacía de ayudante de camarero.

Desde mi elección como enlace sindical, y con la colaboración más o menos permanente de mis compañeros de trabajo, había conseguido ciertas mejoras. Que el turno de trabajo en las mesas fuese rotatorio, en lugar de una concesión arbitraria y favorecedora del dueño del restaurante o indicación interesada del maître. El sistema anterior suponía que unos camareros ganasen más que otros y comportaba la consiguiente sumisión a los mandos, así como peleas entre los compañeros. El nuevo sistema era una auténtica revolución organizativa en el restaurante, y, sobre todo, cierta autonomía de los trabajadores.

El nuevo sistema supuso la creación de un fondo común, en el que se ponía todo lo ganado, incluyendo las propinas. Al final de la semana se repartían las ganancias según el porcentaje de cada cual. Una parte del porcentaje se destinaba al personal de la casa que trabajaba a jornal fijo, como cocineros, ayudantes de cocina, bármans y mujeres de la limpieza, tal y como marcaban las ordenanzas del sector de la hostelería. Ese fue el motivo de que se le reclamase al señor Sebastián que declarase el porcentaje que ganábamos los camareros en las hojas salariales que se entregaban, para así poder cobrar en caso de accidente o enfermedad, según la cotización realizada a la seguridad social.

Hasta entonces, el camarero que estaba de baja sólo cobraba el jornal base de la hoja, sin percibir nada de las propinas ni del porcentaje.

También conseguí que se respetase una hora entera como tiempo destinado a la comida y otra para la cena. Que cada trabajador tuviera derecho a dos consumiciones diarias, no alcohólicas, durante el servicio. Y que la comida proviniese directamente de las cazuelas, nunca de las sobras de las mesas.

Todas estas mejoras, algunas de ellas muy significativas y novedosas en el sector de la hostelería, tenían un nombre: “Guillamón”; y el señor Sebastián bien que lo sabía. También sabía que el día que él pegase un grito, todo volvería a su cauce, aunque para ello tuviera que despedirme. Pero el señor Sebastián no podía quejarse mientras todos trabajasen como burros y las ganancias fuesen aumentando. Si quería imponer su criterio en algún asunto, lo único que conseguía era poner en evidencia al maître y que ambos terminaran discutiéndose.

Al reclamarle el porcentaje que aplicaba, nos enteramos que calculaba el 8,5 por ciento, en lugar del 10 por ciento que señalaba la normativa vigente. O sea, que el señor Sebastián había estado robando a sus trabajadores un 1,5 por ciento. Dinero robado que nos habíamos ganado con el sudor de nuestra frente y las numerosas horas trabajadas.

Al pedirle que pagase el porcentaje correcto, no hizo ningún comentario, y lo pagó, aunque olvidando devolver el robo realizado durante tantos años.

Pero, a partir de ese día, las cantidades cobradas como porcentaje, fueron disminuyendo hasta llegar a la mitad de lo percibido anteriormente. Esto creó un gran descontento entre los trabajadores. Algunos propusieron volver al viejo sistema, permitir las malas artimañas del dueño y que cada cual se las apañase como pudiera. Tras varios días de discusiones y de mucho hablar y debatir, les hice ver lo que debíamos hacer.

La solución pasaba por el control por parte de los trabajadores de las cuentas de la caja. Éramos nosotros los interesados en conocer realmente cuánto se cobraba a la clientela, porque el 10 por ciento de esa cantidad nos pertenecía. De otro modo, nos sería imposible saber si el señor Sebastián nos engañaba.

Para conseguir esto, que parecía tan elemental, tuvimos que dar muchos pasos y hacer varias denuncias en magistratura y delegación del Trabajo. Y muchos disgustos por mi parte, no solo con el dueño del restaurante, sino incluso con compañeros de trabajo. Pero lo conseguí: las cuentas de la caja debían pasarse cada día entre el maître y un trabajador (elegido de forma rotativa) por una parte, y el señor Sebastián o un familiar, de la otra.

Para suerte mía, la nueva ley sindical prohibía expresamente el despido de los enlaces sindicales, posiblemente por la frecuencia con la que se producían esos despidos. La nueva normativa especificaba que el despido de un enlace sindical debería obtener, antes, el consentimiento del sindicato vertical, después de un estudio detallado de cada caso.

También tuve la suerte añadida de que una noche se presentó en el restaurante una peña automovilística, a la que asistían muchos políticos y hombres de negocio, con gran prestigio e influencia en aquel momento, como el señor Vilá Reyes (famoso más tarde por el llamado timo de “la maquineta”), el señor Samaranch (el de los Juegos Olímpicos), el ministro de Trabajo Jesús Romeo Gorría y el señor José Vilá Marsans, conocido entre sus íntimos como Pepón.

El señor Vilá Marsans era un destacadísimo industrial, muy poderoso entonces, conocido por ser miembro de la Comisión Trilateral, organización internacional creada para gobernar el mundo desde las sombras del poder económico. Había financiado a Franco durante la guerra. Fue el primer industrial que trajo a España la máquina Sanfor, que revolucionó la industria textil catalana. Era la máquina que yo había manejado en la BTA. El señor Vilá apreciaba a la Sanfor como si fuera su juguete preferido. No desaprovechaba ocasión para enseñársela a sus amistades. En algunas ocasiones me había preguntado sobre determinadas características de su funcionamiento.

El señor Vilá, cuando me vio en el restaurante, vestido de camarero, me reconoció inmediatamente, aunque yo creo que no sabía exactamente de dónde. Sea como fuere, me saludó efusivamente y me preguntó qué hacía allí. Le dije que trabajaba en el restaurante y que me había marchado de su empresa porque ahora, aquí, ganaba más dinero. Entonces él recordó de qué me conocía; prosiguió su charla conmigo y me dijo que cuando quisiera podía volver a trabajar en su empresa. Probablemente lo dijo para salir airoso de aquella situación, un tanto embarazosa para él.

La cuestión fue que el encuentro se produjo a distancia suficiente de los invitados y del señor Sebastián como para que no oyesen la conversación, pero viesan la efusiva cordialidad y la desusada amplitud del encuentro que había tenido conmigo. Así fue como todos los invitados me saludaron cordialmente, escapando a la habitual invisibilidad del oficio de camarero. Algunos incluso me dieron amistosas palmaditas de reconocimiento en la espalda. El señor Sebastián, a quien el señor Vilá ni siquiera había saludado, no salía de su asombro e incredulidad y aceptó que yo sirviera aquella mesa, en la que por lo visto todo el mundo me conocía.

Desde entonces, el señor Sebastián estaba intrigado por las personalidades que yo conocía y que me demostraban tal grado de amistad. Relacionaba esto con el hecho de que mi hijo estudiara en la universidad, para llegar a la errónea y fantástica conclusión de que yo estaba protegido por el Opus Dei.

Así que un día, ante mis compañeros de trabajo, me ofreció el cargo de maître del restaurante, diciendo que yo tenía cualidades especiales y sabía cómo tratar al personal. Me dijo que mi único trabajo sería el de acompañar a los clientes a la mesa, vestido de esmoquin de lujo, y darles la bienvenida. Yo sabía que, si aceptaba, pasarían dos cosas: la primera, que me enfrentaría a mis compañeros de trabajo, que traicionaría mi condición de obrero y que pasaría a ser un vendido y rastrero de la patronal; la segunda, que si el señor Sebastián me ponía de maître, no lo hacía por mis méritos y cualidades (como decía y repetía), sino única y exclusivamente para utilizarme mientras le interesara, y despedirme a su antojo en cuanto quisiera.

Ambos sabíamos que la nueva ley sindical se había impuesto para paliar los innumerables abusos y represalias que habían sucedido a la reciente ola de huelgas y disturbios; pero que en cuanto las aguas volvieran a su cauce la ley sería papel mojado.

Reaccioné inmediatamente, diciendo delante de todos que estaba contentísimo por la oferta que me hacía, inmerecida e inimaginable, pero que no podía aceptar. Y no podía aceptar porque en este mundo hay dos clases de personas: las nacidas para mandar y las que habían nacido para no obedecer. El sarcasmo pasó como un error de expresión, o no fue apercibido. Y proseguí que yo me reconocía entre aquellos que solo servían para trabajar. Le di las gracias repetidamente al señor Sebastián, porque conocía por experiencia propia las nefastas consecuencias de decir no, en estos casos.

El señor Sebastián, cuando empecé a hablar estaba muy sonriente, pero cuando terminé estaba muy serio y taciturno. Mi negativa le había irritado muy profundamente, aunque no creo que hubiese reparado en mi sutil desliz del “no obedecer”.

A finales de año saltó la noticia de que Agustín Muñoz Grandes había sido nombrado presidente del Consejo del Reino, el general que había lucido la cruz de hierro hitleriana y había mandado la División Azul en Rusia, y que hasta hacía muy poco había sido vicepresidente del gobierno.

A barrigazos (1968)

El año empezó con los diarios llenos de noticias sobre las relaciones del régimen con la Iglesia, de cartas cruzadas entre Franco y el Papa. De rumores sobre el descontento de los obispos con la ley de libertad religiosa.

A las pocas semanas Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, fue nombrado marqués de Peralta. Aquel iluminado, elegido por el dios omnipotente de los católicos para propagar la obra divina en el planeta Tierra, trabajó como una hormiguita para que los socios numerarios de su orden monopolizaran cargos y honores en las universidades, las empresas, los ministerios, la jerarquía eclesiástica, etcétera, con el objetivo de construir una santa mafia de profesionales y directivos que acaparasen, como protagonistas indiscutibles, el control del aparato estatal, económico y cultural del país.

Reclutaban sus numerarios entre la alta burguesía y los puestos claves de la educación, la administración y los negocios. Mientras tanto, la conflictividad laboral y universitaria se instala de forma permanente.

A finales de enero, Franco se reúne con la familia real, con ocasión del bautizo del nuevo principito, al que ponen el nombre de Felipe.

En agosto, los periódicos atestiguan el asesinato de Melitón Manzanos González por ETA. Melitón era un policía vasco, colaborador de la Gestapo durante la segunda

guerra mundial y jefe de la Brigada político-social de Guipúzcoa. Siniestro torturador de centenares de antifranquistas. Gozaba de una absoluta impunidad. Se trataba del primer atentado preparado metódicamente por ETA.

El gobierno declaró el estado de excepción en Guipúzcoa durante tres meses, que prorrogó otros tres meses más. El régimen multiplicó detenciones, interrogatorios, registros domiciliarios, torturas...

Fue por entonces cuando, estando en el despacho del abogado, para informarme de qué hacer ante la agresión del señor Sebastián a un ayudante de camarero, llamado Francisco Blanco, que se había quejado de las condiciones de trabajo, ambos fuimos alertados de la inminente llegada de la policía.

La poli venía con órdenes de detener a todo aquel que encontrara en el despacho laboral. Salimos instantes antes de que la policía entrara en el edificio. En realidad, y de ahí el previo aviso, se trataba de una redada generalizada contra todos los despachos de abogados laboristas de Barcelona. Se detenía no solo a los abogados, sino también a enlaces sindicales y obreros clientes.

Después del abuso físico del dueño del restaurante contra aquel muchacho, que se quejaba por el excesivo número de horas trabajadas, el señor Sebastián reunió a toda la plantilla para decirnos que él mandaba en su casa y que allí se hacía lo que él quería. Que, a nadie, ni tan solo a Franco, que era lo que más quería en este mundo, le iba a permitir que mandara en su casa. Y dirigiéndose a mí, dijo que yo era el culpable y quien incitaba a la protesta y a la rebelión, y que esperaba que cuando llegase el representante sindical, al que ya había llamado, que saliesen voluntariamente testigos de lo que estaba afirmando, para así poderme echar a la calle. Que en la calle era donde debía estar. Y que ya se encargaría él de que aquellos testigos tuvieran su recompensa.

Yo le respondí que no podía pegar al muchacho; mientras el señor Sebastián con su barrigón me iba dando empujones y gritaba que en su casa él era quien mandaba, que era el amo y que hacía su santa voluntad y que quien no aceptara su forma de ser que se marchara de su casa.

Lo que quería el señor Sebastián era que yo le devolviera los empujones que me estaba dando, delante de testigos. Así podría acusarme de agresión. Yo veía que mis compañeros de trabajo estaban acojonados y que nadie salía en mi ayuda. En eso, que empezaron a llegar clientes a comer en el restaurante. En un instante, todos se marcharon deprisa a sus diferentes turnos de trabajo.

El señor Sebastián me dijo que yo no empezara a trabajar, que esperásemos al delegado sindical en el salón, llamado de la paja por la decoración pintada en las paredes. Ya los dos en el salón, seguía gritando y levantando los brazos, amenazante, sin darse cuenta de que ya no había testigos y estábamos los dos solos. Entonces le dije: “eres un cerdo y un hijo de puta”, al tiempo que le daba con el puño cerrado, y con todas mis fuerzas, un golpe que le dio en el brazo, rompiéndoselo y echándolo al suelo con sus 90 kilos de peso. Parecía un cerdo gritando en el matadero. Al darse cuenta de que estábamos solos, sin testigos, se puso blanco como la harina. Cogí un cuchillo y se lo puse en el cuello. Y le dije: “si me echas a la calle, te prometo que la próxima vez que te vea te degüello, como cerdo que eres, de un solo tajo”. Luego me marché serena y lentamente a mi turno de trabajo.

Al salir del salón de la paja observé que mis compañeros de trabajo, y los pocos clientes que había en el restaurante, me miraban con curiosidad, quizás por los gritos que habían oído. Pero nadie sabía, a ciencia cierta, qué había pasado dentro del salón. Al poco, salió el señor Sebastián, cogiéndose el brazo izquierdo con la mano derecha, y susurrando con un hilillo de voz: “¡está loco, está loco!”.

Llevó el brazo enyesado durante cuarenta días. Nada respondí a las preguntas de mis compañeros sobre qué había pasado en el salón de la paja. Lo que sí les dije, y recriminé, era su cobardía y su nula colaboración en defensa del chaval golpeado por el señor Sebastián. El muchacho, ayudante de camarero Francisco Blanco, tuvo que presentar una demanda en magistratura de trabajo por malos tratos de palabra y de obra por parte del dueño del restaurante San Antonio. Obtuvo, eso sí, la firma en la demanda de los cinco testigos de la agresión. Muchos meses después llegó una amonestación formal al señor Sebastián, remitida por el sindicato vertical de hostelería, sin ninguna importancia ni consecuencia.

Era evidente que el único método válido de lucha era la acción directa. Con el patrono sobraban diálogos, pactos y componendas. Yo me había comportado de aquella forma tan violenta al entender que peligraba mi puesto de trabajo. No podía consentir que me despidieran, y mucho menos por motivos ajenos a mí o a mi rendimiento laboral.

Desde aquel momento, viendo que, sin quererlo, me había convertido en cabeza de turco, o en un cabecilla, más por la cobardía de mis compañeros que por mi valentía y arrojo, y para que no me pasara lo mismo que a mi padre, que por motivos parecidos siempre estaba sin trabajo, decidí seguir los consejos de mi abogado. Este era el único que conocía lo sucedido en el salón de la paja del Hostal de San Antonio.

El consejo de mi abogado era que, antes de intervenir como enlace en cualquier problema que surgiera en el restaurante, quien pidiera mi auxilio debería firmar un escrito en el que solicitase mi intervención sindical. De esta forma, podía actuar sindicalmente sin que nadie pudiera acusarme de inquina personal contra el empresario.

A partir de ese día, mi hijo Agustín no volvió a pisar el restaurante San Antonio para hacer jornales como ayudante de camarero. Se buscó trabajo en otro sitio, el restaurante L'Ást de Miramar, en Montjuic, donde ganaba más dinero que en el San Antonio.

La madre de Elodia se quedó paralítica a causa de una embolia, quedando postrada en una silla de ruedas. Se reunieron los tres hermanos: Elodia, Manuel y Teresa.

Decidieron que como Teresa viviría con ella, le haría de cuidadora, mientras Manolo y

Elodia correrían con los gastos, en general. Yo sabía que aquella mujer no se merecía nada por mi parte, y que se había portado muy mal con nosotros, pero como era la madre de mi esposa no dije nada, y lo que ella dijera o decidiera para mí era lo que debía hacerse. Mis días festivos, que yo hacía siempre en día laboral, íbamos de paseo o excursión con el coche. Elodia, aunque nunca me dijo nada, me agradecía el comportamiento que tenía con su madre; sabía que solo lo hacía por ella.

El abogado me animó a que me apuntase como lector en la biblioteca del sindicato vertical de vía Layetana, diciéndome que podría consultar libros y documentos que iban a interesarme. Y así lo hice. Todos los libros de aquella biblioteca estaban relacionados con el mundo del trabajo. Además, se hacían reuniones para hablar de temática sindical, conducidas por un par de monitores que llevaban la voz cantante y respondían a todas las preguntas. Por muy difícil, delicada o prohibida que fuera la cuestión a tratar, dado el régimen franquista que todo lo impregnaba, siempre había un debate libre y abierto.

Aquel ambiente me agradaba, y siempre que podía acudía allí a pasar algunas horas que tuviese libres. Leía y leía, sobre todo temas de derecho laboral.



Al poco tiempo recibí una carta del sindicato vertical en el restaurante, en el que solicitaban mi presencia para realizar unos cursillos de tres días por semana durante un mes. La empresa estaba obligada a pagarme el jornal completo. Al terminar el curso había adquirido unos conocimientos sindicales teóricos de gran valía. En las aulas de aquel cursillo había coincidido con destacados militantes sindicales de distintas ramas productivas. A algunos los conocía por haber coincidido en la biblioteca; a otros los había visto en el despacho del abogado laboralista de comisiones obreras. Algunos de ellos los había tratado en la época de las asambleas de la CNT. Otros, en fin, habían salido de la cárcel tras cumplir condenas por actividades sindicales, como el Solé, que hacía jornales de camarero donde podía y le contrataban. De este tal Solé, se decía que era militante del partido comunista y estaba afiliado a Comisiones Obreras.

Cuando terminó el curso, quienes habíamos aprobado fuimos premiados con unas vacaciones, con la familia, en paradores nacionales a escoger en todo el territorio nacional. Pasadas esas vacaciones, seríamos seleccionados para una formación superior, que nos capacitara para ocupar cargos sindicales de responsabilidad. Yo ya no veía claro todo aquel tinglado. Me sentía completamente manipulado, aunque sin saber aún para qué. Dije allí mismo que no contaron conmigo, y me marché sin más explicaciones.

Al restaurante seguían llegando las cartas del sindicato vertical, lo cual me beneficiaba, porque el señor Sebastián había abierto muchas de aquellas cartas, por equivocación decía su hijo al entregármelas. Aquellas cartas daban a entender que yo podía ocupar un cargo sindical de alta responsabilidad.

A fines de año se comprobó que aquel eslogan de la España Grande de la propaganda franquista se empequeñecía, pues el 12 de octubre la provincia de Guinea Ecuatorial se independizaba de España, tras una serie de incidentes sangrientos que culminaron con la evacuación de toda la población de origen español.

En diciembre, se supo que Carlos Hugo de Borbón-Parma y Bourbon-Busset, pretendiente al trono, era invitado por la policía a abandonar el país. Días después se hizo lo mismo con Javier, su padre. Juan de Borbón aprovechó el incidente para manifestar que aceptaría la corona, si el gobierno se la ofrecía. ¡Dale con coronas y coronados, cuando todo el mundo sabe que los Magos llegan el 5 de enero por la noche!

Confidencias de la señora Rosa (1969)

El 4 de enero, Franco entregó Ifni al reino de Marruecos. Corrieron rumores de que Hassan segundo había cancelado la deuda española, contraída por la financiación marroquí de la guerra civil.

Aparecieron nuevos grupos de extrema derecha, apoyados por la policía y la judicatura, fomentados desde las instituciones oficiales. Se adueñaban de calles y sectores enteros de las grandes ciudades. Se crearon grupos especiales para operar en el interior de las universidades y enfrentarse a los grupos izquierdistas. Una multitud de siglas, generosamente financiadas, que finalmente se coordinaron en los llamados Guerrilleros de Cristo Rey. Uno de sus dirigentes se llamaba Blas Piñar, fundador de Fuerza Nueva. Su impunidad era total y absoluta.

En todas las universidades españolas se recrudecieron los disturbios y la represión. El 17 de enero, los estudiantes universitarios asaltaron el rectorado de la Universidad de Barcelona, rompieron algunos muebles, arrojaron por la ventana el busto de Franco a la calle y quemaron una bandera. Agustín, que había llegado a casa con una pierna ensangrentada, nos explicó que había habido varias asambleas y manifestaciones. Que la protesta a la que había asistido se inició después de debatir en asamblea, en el patio de Letras, con el decano de la Facultad de Filosofía y Letras y de reprocharle la supresión de los cursos nocturnos, mientras el rector parloteaba sobre la creación de una universidad popular... que se concretaba en abrir los jardines al público todos los festivos y fiestas de guardar. ¡Una burla y una provocación!

Luego, en el rectorado, hubo una trifulca entre falangistas y gente del sindicato democrático, pero todo estaba ya planificado por algunos grupúsculos que sabían qué querían hacer y lo hicieron. Mientras se tiraba el busto por la ventana, uno del SEU, con la nariz rota y ensangrentada, subido a una mesa, peroraba sobre si aquello era democracia. Que no se había votado lo del busto. Agustín concluyó que todo era un tanto cómico y absurdo: ¡un falangista reclamando democracia! Le recomendamos que fuera con cuidado, porque no pagaban igual los hijos de obreros que los de la burguesía.

Luego nos comunicó que dejaba la universidad, porque no quería perder más el tiempo allí, y que además era imposible estudiar nada en aquellas condiciones. Que era imposible trabajar y estudiar al mismo tiempo. Y que no permitiría que nosotros lo mantuviésemos. Que ya tenía 19 años. Que sentía mucho que nosotros no lo entendiéramos, pero era su decisión. Nosotros nos quedamos sorprendidos, y sentimos una profunda desilusión por la pérdida de las esperanzas depositadas en el afán de que nuestro hijo estudiase en la universidad. Pero Agustín, muy determinado, dijo que no volvería a la universidad en tanto no fuera lo que debería ser.

Pocos días después empezó a preparar unas oposiciones a banca en una academia, al tiempo que presentaba instancias para ingresar en distintas entidades financieras. El 1 de julio empezó a trabajar en el Hispano Americano.

En Madrid, el estudiante Enrique Ruano fue suicidado por la policía, que lo había lanzado al vacío desde un séptimo piso.

El 24 de enero se decretó el estado de excepción en toda España. Se intensificaron las huelgas, las detenciones y las protestas. Los protagonistas más destacados se exiliaron para evitar torturas y cárcel. La represión se cebaba en estudiantes y obreros izquierdistas, comunistas y sindicalistas de comisiones obreras, pero también empezaba a atacar incluso a sectores cristianodemócratas.

El 26 de enero, en la plaza de la Universidad de Barcelona, se organizó un acto fascista de desagravio a Franco y a la bandera. La asistencia de funcionarios y policía de

paisano fue obligatoria. Acudieron todos los simpatizantes del franquismo. El acto finalizó con cánticos falangistas y saludos a la romana, brazo en alto.

El 21 de julio Neil Armstrong pisó la Luna. El 23 Juan Carlos, príncipe de España, juró ante las Cortes franquistas como sucesor de Franco, a título de rey. También juró los principios fundamentales del movimiento nacional del 18 de julio de 1936. Franco se saltaba, por pura antipatía e inquina personal, la continuidad dinástica, que recaía en Juan de Borbón. Juan de Borbón no renunció a sus derechos hasta muchos años después.

El hombre había llegado a la Luna, pero los españoles seguíamos con Franco y las ridículas componendas sobre su sucesión. El muy ladino y cuco Torcuato Fernández-Miranda, preceptor de Juan Carlos, le guiñó el ojo al principito, explicándole que “al jurar las Leyes Fundamentales, las juráis en su totalidad, también el artículo 10 de la Ley de Sucesión, que dice que las leyes pueden ser derogadas y reformadas”.

Es necesario que todo cambie, para que todo siga igual.

Franco siguió conservando todo su poder y Carrero Blanco se veía como el hombre fuerte que aseguraría la continuidad del régimen a la muerte del dictador.

Juan Carlos fue ascendido a general de brigada del ejército del aire, a contralmirante de la armada española y a general de brigada de infantería. Pero sin la menor parcela de poder o de influencia sobre la realidad. Y a esperar.

Todo atado y bien atado.

Ese mismo día 23 empezó a correr el rumor sobre un escándalo financiero de enormes proporciones, que se llamaba Matesa.

El director general de aduanas denunció a la empresa Maquinaria Textil del Norte (MATESA) ante el tribunal de delitos monetarios, que intervino la empresa y encarceló al principal accionista de la sociedad, Juan Vilá Reyes, así como a otros accionistas y directivos. Matesa, fundada como empresa familiar en 1956, mantenía una deuda superior a los diez mil millones de pesetas con el Banco de Crédito Industrial. La empresa había comprado en 1957 la patente francesa de un telar sin lanzadera, capaz de tejer cualquier tipo de material.

Matesa había iniciado una fuerte expansión internacional, exportando el citado telar. Pero el fraude quedó al descubierto con la visita a España del ministro argentino de Industria, que comprobó que solo se habían vendido realmente 120 telares de los 1500 que Matesa decía haber enviado a Argentina, con el objetivo de cobrar los créditos a la exportación.

El proceso judicial sólo condenó a Vilá Reyes, que estuvo poco más de seis años en prisión, finalmente amnistiado por Juan Carlos primero. Los tres exministros: Mariano Navarro Rubio, Espinosa San Martín y Faustino García Moncó, y otros altos cargos inicialmente procesados quedaron libres por el indulto de Franco y posteriormente solo comparecieron como testigos. Matesa fue embargada en 1969, después del escándalo.

Lo que convirtió el caso en excepcional fue el tratamiento de la prensa que, al amparo de la Ley de Prensa de 1966, impulsada por Manuel Fraga Iribarne, fue animada a tratar particularmente este asunto con entera libertad durante un par de meses. Destacó de forma muy especial la revista *SP*, próxima a sectores falangistas.

Excepcionalmente se creó una comisión de investigación en las Cortes, que elaboró un informe con conclusiones muy duras para los tres exministros y también para el insustituible tecnócrata López Rodó.

En realidad, se produjo un enfrentamiento a muerte entre dos sectores del gobierno, entre falangistas y tecnócratas.

Fraga aprovechó el caso Matesa para dañar a los tecnócratas, y como ministro portavoz y de Información favoreció la destacadísima publicidad del caso. El final de la crisis gubernamental se produjo el 29 de octubre, con un profundo reajuste ministerial.

Fueron sustituidos 13 de los 18 ministros. Franco dictó una medida salomónica; destituyó tanto a los corruptos como a los que habían magnificado el escándalo. Tecnócratas como García Monco (Comercio) y Espinosa San Martín (Hacienda), por un lado; y azules como el propio Manuel Fraga y José Solís, ministro del movimiento. Sin embargo, esta decisión no impidió que los hombres de López Rodó fueran en ascenso y once miembros de este nuevo Consejo de Ministros, que fue llamado "gobierno monocolor", estarían relacionados, en mayor o menor medida, con el Opus Dei. Carrero Blanco había conseguido finalmente el triunfo, por goleada, de los tecnócratas.

El Opus Dei fue apasionadamente exculpado en un artículo de José María Gil-Robles, dirigente de la CEDA en la etapa republicana y abogado de Vilá Reyes en el proceso judicial. El artículo fue publicado el 17 de septiembre de 1978. Acusaba a Fraga de haber inflado y vilipendiado desmesuradamente el escándalo Matesa.

Franco, con el objetivo de librar al régimen del desprestigio que suponía aquel escándalo financiero, y para evitar que se prolongara en el tiempo, decidió indultar a los inculpados, ¡antes de que se dictara sentencia!

La vinculación de Vilá Reyes, presidente del Real Club Deportivo Español, con los ministerios económicos, a través del Opus, era la parte más sustanciosa del escándalo. Pero nadie subrayaba que la Santa Mafia mantenía posiciones de poder en los dos bandos, empezando por el funcionario de aduanas que lo desveló. De ahí la salomónica solución que Franco dio al asunto, pues, además de los encausados, salieron del gobierno dos de los ministros identificados como sus adversarios: el propio Fraga y José Solís Ruiz, conocido como la *Sonrisa del Régimen*. El propio Vilá Reyes negaba su condición de miembro del Opus Dei.

La señora Rosa, criada de 55 años del señor Sebastián, vivía con la familia en el segundo piso, encima del restaurante. Era una especie de herencia, recibida como un regalo de boda de la familia de la novia, que era la propietaria original del restaurante. El señor Sebastián no dejaba de ser un advenedizo. La señora Rosa gozaba de la plena confianza de los dueños que, en los días de mucho trabajo, la dejaban como vigilante de todos los trabajadores. Me confió que se estaba quedando ciega y me pidió, como enlace sindical que era, que le arreglara los papeles para cobrar una pensión de invalidez. Era analfabeta y el papeleo se le hacía una escabrosa montaña inaccesible. Le respondí que se lo arreglase el señor Sebastián, que dado que ella era persona de su confianza no le importaría encargárselo a un gestor. Me dijo que nadie sabía qué tipo de persona era el amo, que ella lo conocía lo suficiente como para no pedirle nada, y que yo fuese con especial cuidado con él.

Me contó muchas cosas de la intimidad del hogar del dueño del Hostal, me relacionó todos sus bienes y me explicó cómo había hecho fortuna; cómo había doblado la fortuna heredada de sus suegros. Me contó que durante la guerra civil estuvo escondido, junto con otros burgueses de Barcelona, en unas cuevas de su pueblo, Cadaqués. La mayoría pertenecían a la quinta columna. Me confió que, desde el día de la victoria de Franco, el restaurante se convirtió durante varios meses en un almacén donde los moros guardaban lo que saqueaban en la ciudad y el dinero obtenido con sus ventas callejeras. Allí se habían amontonado sacos repletos de todo tipo de objetos de valor. Oro y plata, sobre todo. También comestibles de toda clase, custodiados por los moros día y noche. La familia del señor Sebastián, además del profundo respeto de los moros, cobraba un diez por ciento de todo lo guardado en su casa. No era extraño que recibiera visita frecuente de falangistas, requetés, militares y personalidades del régimen.

Me relató, entre otras muchas confidencias, que, en 1950, en una enorme torre que tenían en Vallirana, el señor Sebastián había regalado dos monumentales campanas de bronce a la iglesia. Cada una de las campanas tenía grabado el nombre de cada uno de sus

hijos. En una capilla lateral de esa misma iglesia hizo levantar un altar, dedicado a San Sebastián, que fue inaugurado con la bendición del obispo Modrego.

Un día, mientras gozaba de las sabrosas revelaciones de la señora Rosa, me telefoneó un camarero que había instalado un bar por cuenta propia, para ofrecerme un buen empleo, que podía interesarme muchísimo, que era una ocasión de las que no se presentan dos veces en la vida. Fui a ver de qué se trataba. Me estaba ofreciendo que trabajara en un famoso *meublé* barcelonés, la Casita Blanca. Yo serviría las consumiciones solicitadas en las habitaciones. Había un no sé qué en la oferta de trabajo que no me gustaba, y no tenía nada que ver con lo de que fuera una casa de citas para follar. Le dije a aquel “amigo” que no me interesaba el trabajo. Me explicó que el dueño era un gran compañero y cliente suyo. Me insistió en que, como mínimo, ya que se había comprometido, que fuese a verlo. Desde el primer momento, le dije al gestor de aquel local que no me interesaba el trabajo y que solo había ido por insistencia de mi “amigo”, y para no dejarle en entredicho. El dueño del *meublé* me instó a que me lo pensara y le respondiera al día siguiente. Que no encontraría otro trabajo más seguro y mejor pagado. Supe, por soplo especial y muy confidencial de la señora Rosa, a quien debía guardarle el secreto, que aquel empleo me había sido ofrecido por arreglo intermedio del señor Sebastián. Se trataba de echarme del restaurante a toda costa, ofreciéndome un chollo al que no pudiera renunciar.

Al día siguiente le manifesté al señor Sebastián que quería hablar con él en privado. Me hizo entrar en uno de los salones del restaurante, con la temerosa precaución de dejar las puertas bien abiertas. Estaba sonriente y esperaba que le pidiera el finiquito. Ya me veía fuera de su casa. Le dije de sopetón, con voz firme y calmada, casi acariciante y muy suave: “usted no escarmienta, y no entiende que, a mí, si me falta el trabajo me sobra todo, porque lo tengo todo perdido, hasta las ganas de vivir, y puedo hacer cualquier barbaridad. En cambio, a usted le sonríe la vida, tiene de todo”. Y proseguí, mientras la cara se le ponía blanca, con la enumeración de todas sus propiedades, incluidas las campanas y su último ingreso bancario. Rematé el final diciéndole que era una lástima que tuviese dedicada una capilla a San Sebastián, bendecida por el obispo Modrego, pero que no supiera actuar en consecuencia con la vida de aquel santo, mártir acribillado a flechazos. Que Sebastián sería su santo patrono, y de los homosexuales, pero que yo no iba a dejar que él me diese por el culo. Que me dejara tranquilo. Que, si no lo hacía, que se acogiera a las consecuencias. Que, mientras yo cumpliera con mi trabajo, no consentiría que me echase a la calle por puro capricho. Que antes de ingresar en la legión de los parados, que deambulaban por las calles, prefería ingresar en la prisión por no me importaba qué. Que se había equivocado conmigo, ofreciéndome a través de terceros un trabajo de palanganero. Que se lo guardara pare él o para sus hijos. Que me dejara en paz. Que por qué no se jubilaba y se dedicaba a vivir la vida sin preocupaciones.

Le arreglé la documentación a la señora Rosa, que al poco tiempo obtuvo su pensión de invalidez. En su último día de trabajo, la señora Rosa no dejaba de llorar y de besarme las manos, en presencia del señor Sebastián, de los clientes y de todos los compañeros de trabajo, pese a que yo rechazaba y evitaba semejante homenaje feudal de agradecimiento.

La muerte de mi padre (1970)

Los conflictos obreros y las huelgas eran innumerables en todo el país. Desde las minas asturianas de Hunosa hasta los astilleros de Cádiz y los vinicultores del Marco de Jerez, o bien desde la General Eléctrica de Bilbao hasta los Autobuses de Canarias, desde la Maquinista Terrestre y Marítima hasta la Philips, ambas en Barcelona.

En la Seat de la Zona Franca se había encrespado el conflicto y la huelga a causa del despido de seis trabajadores, que más tarde fueron readmitidos. Pero la movilización en la SEAT, empresa gigantesca con más de veinte mil obreros en plantilla, significaba un motor permanente de agitación en Barcelona y toda su área industrial. A las sempiternas reivindicaciones salariales, se sumaban mejoras en las condiciones de trabajo y nuevos cauces de representación sindical obrera.

El movimiento estudiantil volvió con fuerza por sus fueros, con constantes huelgas y manifestaciones. Las pintadas en las paredes y recintos universitarios eran ya habituales. Nuestro hijo Agustín nos sorprendió con la publicación de un escrito en el que analizaba y explicaba las dificultades para el estudio de los trabajadores universitarios. Ahora entendíamos mejor su decisión de abandonar la universidad. Me impresionó una frase, en la que decía: “No existe reforma universitaria que anule el carácter clasista de la universidad española”.

Ante la problemática y el anunciado cierre de los estudios nocturnos tuvo que matricularse en la UNED. Era la única fórmula posible para combinar su trabajo en el banco con los estudios universitarios. Los libros se amontonaban en su habitación y la esperanza volvía a renacer en nuestros corazones. Estaba formando una biblioteca considerable y muy variada. Mi hijo me introdujo y aficionó en la lectura de una selección de clásicos grecolatinos, muy bien traducidos. A veces, los comentábamos.

Villar Palasí, ministro de educación, implantó su nueva reforma educativa y publicó el denominado Libro Blanco, que no resolvía el clasismo esencial de la educación. Continuaron las protestas y huelgas estudiantiles.

Elodieta fue por primera vez a la escuela. También depositamos en ella la esperanza de que algún día accediera a los estudios universitarios. Su hermano, le abría el camino. De momento, gracias al trabajo de Agustín, y el nuevo sueldo que entraba en casa, nuestra posición económica había mejorado muchísimo, y esto contaría lo suyo en los estudios de Elodieta. La llevaríamos al Liceo Francés.

A primeros de junio, nos llegó una carta de Francia en la que María Luisa nos informaba de la muerte de mi padre, que había fallecido el 25 de mayo en el Hospital-Hospicio de Mirande. Se excusaba por anunciarnos su defunción con tal retraso y no habernos enviado un telegrama. Decía que eran cosas que sucedían. María Luisa nos contaba que nuestro padre siempre había dicho “que como sabía adónde habían de enterrarle el día que muriese, ya se las arreglaría para ir solo al agujero”. Se refería a la tumba donde reposaba mi hermano, que yo había comprado. Y aludía también a su deseo de que nadie le acompañara al sepelio de su cuerpo, porque solo había venido a este mundo y solo quería marcharse. Y así sucedió.

María Luisa nos explicaba que, cuando nuestro padre murió en el Hospital, ella comunicó a todos sus amigos y conocidos día y hora del entierro. Todos fueron concentrándose y agrupando ante las puertas del Hospital. Pasado un tiempo, y ante la aglomeración del gentío, salió un empleado para decirnos que el cadáver de Eliseo estaba en el depósito de cadáveres del cementerio. Como en el Hospital sabían que no era creyente, ya habían trasladado su cuerpo directamente al cementerio, porque no había de pasar por la iglesia.

Cuando María Luisa, nietos, amigos y conocidos llegaron al cementerio, el sepulturero ya estaba dando las últimas paladas de tierra sobre el ataúd. Su nieta Mimí le dijo a su madre María Luisa: “mamá, ¡ha sido tal como decía el abuelo!”.

Cuando terminé de leer la carta, sentí que algo se había roto dentro de mí. Un vacío oprimía mis entrañas. Y mi pensamiento volvió al recuerdo de aquellas palabras de mi padre: “Agustín, los hombres no lloran”.

Después de comunicárselo a la familia, marché al trabajo. Como un día cualquiera. Sin poder decirle a nadie que mi padre había muerto. Porque, para todos, mi padre había muerto ya en enero de 1939, cuando tuvo que huir a Francia porque las tropas fascistas entraban en Barcelona.

Y aún después de muerto, muerto ahora del todo, tenía que guardar en secreto que nuestro padre había sido un revolucionario, un rojo, un exiliado, un hombre que había luchado toda su vida contra Franco y el fascismo. Un ser que, por situaciones extraordinarias de la vida y por su carácter, había pasado su existencia sin apenas preocuparse por tener esposa y cinco hijos. Un hombre que había buscado, con las armas en la mano, la libertad para la clase obrera, pero que solo consiguió ser perseguido por la policía, que su nombre se incluyera en las listas negras de la patronal. Primero, largas épocas de paro y de despidos continuos; luego las calamidades de la guerra y el éxodo. Sin nada, sin su familia, solo tuvo el vacío del destierro, los campos de concentración y los trabajos forzados. La fuga y el refugio en el monte. Un simpapeles buscado por los nazis y la gendarmería. Leñador, carbonero y *maquisard*. Con sus compañeros de lucha y sus ideales. Combatiente y resistente. Un exilio en el que siempre se pensaba “que el año que viene en Barcelona”. Dos medallas y una pensión. La terrible y confusa derrota de haber cambiado, en el trascurso de ocho años de continua lucha armada contra el mismo enemigo fascista, su naturaleza y ser de revolucionario anarquista por la de libertador de la nación francesa.

Para morir solo en el Hospital; olvidado por todos, ignorado por todos.

Yo no soy nadie para juzgar sus actos, ni quiero hacerlo. Si no supo ser padre, o no pudo serlo, dadas las circunstancias (¡circunstancias del tamaño de una guerra civil y de una guerra mundial!) que le tocó vivir, sí que debo reconocer que fue un hombre, en todo el profundo significado de la palabra; un hombre libre del que, pese a todos sus graves defectos, me siento orgulloso.

En julio, fuimos avisados por un piquete de huelga de los sindicatos clandestinos que se preparaba una acción de condena y reivindicación por los asesinatos de tres obreros de la construcción en Granada, muertos a tiros por la policía. Antonio Huertas Remigio y Manuel Sánchez Mesa eran peones de albañil. Cristóbal Ibáñez Encinas era marmolista. Habían sido asesinados por reclamar sus derechos en una manifestación callejera masiva. La patronal granadina trataba a los obreros de la construcción como a esclavos, con contratos verbales, por un jornal que apenas llegaba a las 15 pesetas a la hora. Solían trabajar a destajo, sin protección social. Sin nada.

En una reunión del personal del restaurante San Antonio se decidió participar en la jornada de protesta, realizando un paro de media hora. En aquel momento había en el restaurante varias personalidades destacadas. Enrique Masó, asesor del INI (Instituto Nacional de Industria), el constructor de las antenas de Radio Liberty, emisora de radio instalada en la Costa Brava para transmitir propaganda de la CIA a toda Europa Oriental, dueño de diversas empresas eléctricas y electrónicas, constructor de las bases norteamericanas en España y promotor de industrias bélicas para la OTAN.

Otro de los comensales era el presidente de la Diputación de Barcelona, señor José María Muller Abadal, marqués de no sé qué y caballero noble de no sé cuánto, condecorado con cruces de todo tipo de méritos, aunque todas olían a cruces de hierro nazis, íntimo amigo y compinche de Masó, presidente de una ingente cantidad de bancos y empresas. Con tantos títulos y cruces dudábamos si la puerta del restaurante sería demasiado estrecha para que pudiera franquearla.

Cuando anunciamos el paro, el señor Sebastián se puso de color morado. Gritaba que eso no pasaba ni pasaría en su casa. Y menos en presencia de tales personalidades.

Un instante pensó en llamar a la policía, pero no lo hizo para no dar mala imagen al establecimiento. Llamó a un comisario de policía muy amigo suyo, como favor particular.

Todo el personal del restaurante nos habíamos concentrado en la cocina. El señor Sebastián vociferaba y amenazaba que ahora sí nos iba a echar a todos a la calle. Y más de la mitad íbamos a la cárcel. De la cocina regresaba al salón para dar la bienvenida a los clientes y explicar a los comensales que había un pequeño problema técnico en la cocina. Que pronto se solucionaría. Para entretenerles les invitaba gratuitamente a fumar buenos habanos de gran calidad.

El jefe de policía, acompañado por dos de la secreta, bajó a la cocina, y dirigiéndose a mí, por indicación del señor Sebastián, me dijo que todos quedábamos detenidos. Le respondí que lo adecuado y conveniente era llamar a un médico que atendiera al señor Sebastián. Que ninguno de nosotros comprendía por qué se había puesto tan nervioso y fuera de sí. Que no comprendíamos las cosas extravagantes que hacía, como parar el servicio y anunciar nuestro despido en pleno trabajo, con el restaurante lleno. Y todo porque le habíamos solicitado que pagara la extra del 18 de julio, que Franco había concedido en conmemoración de la victoria. Paga que aún no nos había sido abonada. No entendíamos que dijera a los clientes que la cocina estaba estropeada, pero que no se marcharan porque pronto estaría arreglada. No aprobábamos que se invitara a los comensales a fumar habanos antes de comer, porque no era gastronómicamente aconsejable. Que no entendíamos qué pasaba.

El comisario se quedó sin saber qué hacer y muy sorprendido. Mudo. Habló un rato con los clientes y luego nos pidió que continuásemos con nuestro trabajo, que él hablaría a solas con el señor Sebastián. Este alborotaba y voceaba exaltado que todo era mentira, que no era cierto lo que decíamos. Que todo era falso. Parecía al borde de un ataque de nervios. Finalmente, el comisario consiguió llevárselo al despacho y calmarlo. Nosotros habíamos cumplido con nuestro compromiso de parar media hora. En realidad, el incidente con el alterado señor Sebastián había prolongado el paro a las dos horas.

Casi todos los comensales se habían marchado a comer a otro lugar. La mayoría del personal estaba más asustado que envalentonado por el éxito del paro; temían las consecuencias de nuestra osadía.

Por la tarde, el señor Sebastián reunió a todos los trabajadores. Después de mucho parlotear y amenazar que nos echaría a todos a la calle, empezó por despedir a los dos ayudantes que le habían insultado y se habían mofado de su persona, y en su misma cara, a la vista de todos.

Esa misma tarde, telefoneé a un inspector de trabajo, que había conocido en los cursillos sindicales. Se apellidaba Cardenal, su nombre era Ferran, y era muy joven; demasiado joven para ser inspector. Se había dejado la barba para parecer mayor y causar más respeto. Fue profesor en los cursillos sindicales y se me había ofrecido para solucionarme cualquier problema que tuviera en el ejercicio de mis tareas como enlace. Que no dudara en llamarle si yo creía que podía ayudarlo. Tenía sus teléfonos, tanto de magistratura del trabajo como de su despacho de abogado. Y así lo hice, dejando recado de que era muy urgente.

Antes de cerrar el restaurante ya se había presentado allí como inspector de trabajo, preguntando por mí. Le puse al corriente de todo lo que había sucedido aquel mismo día. El señor Sebastián no daba crédito a lo que estaba viendo y oyendo. Yo, el rojo rebelde, hablando amistosamente de tú a tú con un inspector de trabajo del sindicato vertical, que a él no le hacía el menor caso. Debía pensar que si para eso habían ganado la guerra.

Finalmente, el señor Cardenal llamó al señor Sebastián para que le trajese los libros del negocio. Los estuvo hojeando minuciosamente un buen rato. Luego, le dio una

semana para que los pusiera en orden, so pena de ponerle una multa e incluso llevarle a juicio. Le manifestó que nosotros hacíamos demasiadas horas de trabajo. Que era necesario planificar un horario de trabajo más racional. Que cuando el personal excediera las ocho horas de trabajo, debía percibir el resto como horas extra, pero solo excepcionalmente. Que eso era lo que señalaba la reglamentación laboral vigente.

El señor Sebastián empezó a berrear que en su casa se hacía lo que él quería. Que la legislación no la cumplía nadie, y menos en hostelería. Que en su casa él era la ley.

El señor Cardenal ni se inmutó. Puso por escrito en el libro de visitas una nota sobre el carácter antisocial del empresario. Le reiteró que tenía una semana para arreglar los libros. Y que organizara mejor las cuestiones laborales y el horario de trabajo. Antes de irse, le advirtió que no tomase ninguna represalia contra ningún trabajador, porque de otro modo se las vería con inspección del trabajo. Que cumplierse las normativas y la ley, o que se acogiera a las consecuencias. Que los tiempos habían cambiado.

No se pudo hacer nada por los ayudantes, que se convirtieron en los chivos expiatorios, fueran más o menos culpables, porque había numerosos testigos de sus insultos.

Cambio de patrono

Normativas laborales y leyes había muchas y, en ocasiones, contradictorias entre sí; modificadas, arbitrarias o contundentes, con anexos, muy antiguas o complementarias, de obligado cumplimiento o provisionales. Era un galimatías que, además, en el ramo de hostelería se hacía aún más caótico. Había ordenanzas de trabajo del siglo 19, otras de tiempos de la república, que no habían sido derogadas, otras impuestas por el franquismo en 1942, que tenían anexos incluidos o suprimidos posteriormente. Había leyes orgánicas superiores al resto de normativas o legislación, que debían someterse a su criterio y validez en aquello que discreparan. En resumen, un caos ininteligible de ordenanzas, artículos y anexos que pedía a gritos una nueva reglamentación, que los inútiles del vertical nunca se habían planteado.

Llegué a la conclusión de que, en aquel maremágnum kafkiano de leyes, reglamentos, ordenanzas, anexos, modificaciones suprimidas, añadidas o modificadas, disposiciones, artículos vigentes, obsoletos o torticeros, etcétera, etcétera, etcétera, todo podía ser reclamado y todo podía ser rechazado.

Me armé, pues, con cuatro artículos, tres anexos, cinco disposiciones y dos cojones, apuntando bien el número de cada artículo, anexo o disposición para poder citarlos de corrido. Y, así equipado, me lancé a la batalla. Se trataba de poner en un brete al vertical, depositando sobre la mesa un articulado legal favorable a las demandas de los trabajadores. No importaban tanto las leyes como que el sindicato tenía que darme una respuesta y, mientras no me la diera, como enlace sindical que era, aquello que había solicitado tenía ya vigencia y se ponía en práctica.

Yo sabía bien que la intervención del inspector, señor Ferran Cardenal, me había salvado momentáneamente de la quema, pero también sabía que no se juzgaría a ningún patrono, por antisocial y cabrón que fuera. Intuía, además, que el señor Sebastián tomaría represalias contra mí, a no ser que le diese algún motivo mayor de preocupación, que le hiciera olvidar la ojeriza que me tenía.

Tomé una serie de artículos de las ordenanzas de trabajo, referentes a los turnos de ocho horas; las vacaciones pagadas y no trabajadas de 21 días, en las que el camarero debía ser sustituido por un extra; la exclusión de familiares del patrón en el cobro del porcentaje del personal, que afectaba a los hijos del señor Sebastián y a su yerno; la obligación del empresario de hacer factura triple (una para el cliente, otra para el

empresario y una tercera para el control del personal); el conflictivo y confuso pago de los camareros extra, a repartir entre el empresario y los camareros fijos.

Todos estos problemas y conflictos fueron denunciados a la Comisión Paritaria Mixta del sindicato de hostelería, bien fundamentados en los artículos correspondientes de la normativa laboral vigente. Era un magnífico trabajo, fruto de mi doble colaboración con los abogados laboristas e inspección de trabajo. Mi experiencia laboral, concreta y vivida cotidianamente, en estrecha ligazón con abogados e inspectores. Aquello no eran denuncias; eran destructores y acorazados contra una barquichuela.

El letrado asesor del sindicato, señor Ángel García Carrés, notorio ultraderechista, dio curso a mis denuncias, obligado a hacerlo por ley. Mientras tanto, y hasta que se diera solución a las demandas presentadas, estas entraban en funcionamiento y se aplicaban en la práctica diaria del restaurante.

Todo lo que denunciaba se iba aplicando en la práctica, mucho antes de que la Comisión Paritaria diera respuesta. El San Antonio era el único restaurante de Barcelona en el que se había conseguido implantar todas aquellas conquistas y mejoras.

El señor Sebastián se retiró, decían que, por razones de salud, de la gestión directa del restaurante. A partir de entonces el Hostal San Antonio sería dirigido por su hija y su yerno Luís, y el Hostal Park de Montjuic por su hijo Antonio.

El señor Luís nos reunió a todos para comunicarnos oficialmente que se hacía cargo de la dirección del restaurante. Nos dijo, con amabilidad y buenas palabras, que cualquier problema que surgiera lo deberíamos tratar personalmente con él. Me pidió, delante de todos, que dejara de ser enlace sindical y asumiera el cargo de primer maître. Todos quedaron en suspense, esperando oír mi respuesta. Le respondí que yo no me vendía por un jornal más elevado. Me replicó que buscaba que las rencillas existentes entre mí y su suegro desaparecieran. Contesté que no se trataba de rencillas, sino de la existencia de un patrono duro y déspota, con el que no se podía tratar civilizadamente, porque era antisocial y estaba acostumbrado a tratar al personal a puntapiés. Que todos, no solo yo, sino todos, conocíamos nuestros derechos y nuestras obligaciones. Que, si nos respetaba y respetaba nuestros derechos, todo iría bien, y cada cual estaría en su sitio.

El cambio de patrono fue mi salvación. El señor Luís era joven y no tenía la mentalidad fascista de su suegro. Las mejoras conseguidas por el personal del San Antonio eran un modelo a seguir por toda la hostelería barcelonesa. El sindicato vertical se vio desbordado por una cascada de denuncias y reclamaciones en serie. Todos querían conseguir lo que habíamos conquistado en el San Antonio.

En algunos restaurantes, directores o propietarios de perfil fascista habían efectuado despidos. Una de esas empresas era el restaurante L'Ast de Montjuic, donde estaba de enlace un viejo conocido, el Solé, que había hecho jornales conmigo y con el que luego coincidí en los cursos de la biblioteca del vertical. En esa empresa trabajaba como camarero el Quimet, que había sido ayudante mío en el San Antonio. Quimet, uno de los despedidos del restaurante L'Ast, me explicó que el Solé, que hacía de maître, les había incitado a reclamar sus derechos, pero después de organizar el follón se había pasado al bando de la patronal.

En septiembre, en mitad de una conflictividad generalizada, millones de espectadores vimos por televisión cómo un ciudadano se quemaba a lo bonzo, intentando lanzarse sobre Franco. Las cámaras apuntaron rápidamente hacia el techo del frontón que iba a ser inaugurado en Vasconia por el Caudillo de las Españas. Varios minutos de silencio televisivo con las cámaras desenfocadas. Luego publicidad y ningún comentario ni explicación.

Días más tarde, apareció alguna información desdibujada sobre el atentado, que todo el mundo conocía ya por los relatos de la prensa extranjera.

En la sexta asamblea de ETA se había producido una triple escisión organizativa, entre un sector nacionalista, otro trotskista y un tercero autónomo.

El 3 de diciembre se reunió un consejo de guerra contra 16 militantes etarras, en el que se pedían varias penas de muerte, en condena por la comisión de actos terroristas. Se le conocía como “el proceso de Burgos”, por el lugar donde se celebraba el juicio. La prensa internacional siguió atentamente ese juicio. Comisiones Obreras organizó una jornada de lucha en protesta por el proceso y 300 intelectuales se encerraron en Montserrat de forma permanente para pedir que se dejaran sin efecto las peticiones de pena de muerte. El Vaticano pidió clemencia al gobierno español. En diversas capitales europeas se produjeron imponentes manifestaciones contra la dictadura franquista. En San Sebastián se produjo el secuestro del cónsul alemán. Se declaró la huelga general en todo Euzkadi. Los acusados en el proceso de Burgos aprovecharon la ocasión para convertirlo en una plataforma política, en una acusación contra el régimen franquista. Cada sesión del proceso se convertía en un escándalo político.

La extrema derecha organizó, como hacía habitualmente, su manifestación de adhesión a Franco en la plaza de Oriente, en Madrid.

El consejo de ministros declaró el estado de excepción en Euzkadi y la suspensión de varios artículos del Fuero de los españoles en todo el país, referentes a detenciones y registros domiciliarios. El 25 de diciembre ETA liberó al cónsul

El 28 de diciembre se conocieron las sentencias, con la confirmación de las seis penas de muerte iniciales y tres más, en total nueve sentencias de muerte, quinientos diecinueve años de cárcel y multas por valor de seis millones de pesetas. El 29 de diciembre se reunió el Consejo del Reino y el 30 el consejo de ministros en El Pardo, acordando por unanimidad conmutar las penas de muerte por las inmediatamente inferiores en grado. Franco, en su mensaje de fin de año, explicó la conmutación de las penas de muerte, como expresión de la fortaleza de su régimen.

Lo cierto fue que el proceso de Burgos acentuó el desprestigio del régimen y aceleró las ansias modernizadoras de amplios sectores empresariales, que apuntaban a la necesidad de democratizar el país y situarse a la par de cualquier otro país europeo.

La encerrona del vertical (1971)

Durante el primer trimestre de 1971 continuó el estado de excepción, pero las manifestaciones y conflictos laborales no se apagaron, sino que se enquistaron y extendieron. Prosiguió la represión del movimiento obrero y no cesaron las detenciones de sindicalistas por la participación en acciones de protesta por el juicio de Burgos. La agitación universitaria adquirió características de permanencia y segunda naturaleza.

Carrero Blanco entendió que no se acabaría con ETA mediante el montaje de grandes procesos judiciales, y optó por combatir el terrorismo etarra con el terrorismo blanco (policial y estatal). Como en tiempos de Martínez Anido.

Vinieron a comer al restaurante familiares y amigos del señor Tarragona, cliente habitual y amigo personal del señor Sebastián. Tarragona era muy conocido como procurador en Cortes por el tercio familiar en la provincia de Barcelona. Se había hecho popular por sus formas populistas y americanizadas. Hablaba y hablaba muy bien, y con grandes dotes oratorias, para no decir nada sustancial o interesante. Era un antiguo falangista, propietario de la empresa Muebles Tarragona, sociedad anónima.

Estaba cotorreando en una mesa con sus amigos, afirmando que no le importaba el fútbol, ni las rencillas familiares, ni la política, ni nada de nada, a excepción de su imperio. Y que todo lo subordinaba a levantar ese imperio. El imperio que estaba construyendo con sus negocios.

En cuanto se fueron, el señor Luís nos reunió a todos los camareros para decirnos que el señor Tarragona se había quejado del servicio, especialmente de mí. Añadió que anteriormente ya había recibido quejas de otros clientes sobre mi persona y mi trabajo. Así se lo había manifestado el maître, señor Pedro, allí presente, que asentía con la cabeza las afirmaciones del señor Luís, el yerno del amo.

Sin dejarme apabullar, me dirigí al maître para manifestarle que el obrero acostumbra a ser cobarde con el único objetivo de guardar su puesto de trabajo. En el restaurante todos los trabajadores habían reaccionado bien en el momento de defender sus propios intereses. Pero que a él no sabíamos cómo clasificarlo, porque no había reaccionado de ningún modo cuando, en dos ocasiones, me habían ofrecido su trabajo como maître. Si yo hubiese aceptado, a él lo habrían despedido.

Añadí que cuando pasaba cuentas con el dueño, lo hacía contra nuestros intereses, porque no hacía contar la totalidad de lo facturado, sino solo una parte, lo cual repercutía en la disminución del porcentaje cobrado por el personal. Para nosotros era peor que un ladrón, porque robaba a sus compañeros de trabajo para dárselo al patrón.

El señor Sebastián, como era habitual en él, aullaba que todo era mentira. Que se me estaba terminando el tiempo de ser enlace sindical. Que entonces me echaría a mí y a quien me ayudase.

El Manel salió en mi defensa y le dijo que yo había dicho la verdad que todos conocíamos. Que era un desgraciado. Que los patronos de su estilo deberían estar todos colgados. Que le decía todo aquello porque se despedía del restaurante. Que sabía que el señor Pedro, el maître, había cobrado del dueño para actuar de aquella forma. Que lo sabía porque el señor Sebastián también le había ofrecido dinero y otras promesas a él, para acusar a Guillamón de todo tipo de falsedades.

Manel se fue enzarzando en una discusión, cada vez más violenta y desmadrada, contra los señores Pedro y Sebastián, lavando la ropa sucia delante de todo el personal. La trifulca terminó con el despido del señor Pedro y del Manel por parte del señor Sebastián.

A los pocos días, ingresaron en el restaurante dos nuevos camareros, Julián y Germán. A los dos se les había prometido el cargo de maître, pero solo uno podía serlo. Se rumoreaba que ambos eran de la confianza del señor Luís. Que habían venido para hacer limpieza entre el personal más díscolo.

Finalmente, el elegido para ocupar el cargo fue Julián, con gran disgusto de Germán. Julián hacía todo lo que le ordenaban los dueños, sin titubear ni pestañear.

Una noche en la que estaba de guardia, a la hora de cerrar, encontré en un rincón del salón del primer piso al Julián, follándose a la hija del señor Sebastián, casada con el señor Luís. Los dos estaban sofocados y semidesnudos. Ella estaba sobre una mesa, con las faldas subidas y las bragas en la mano. Al verme, ambos intentaron componer su vestimenta y disimular lo evidente. Ella me contó, como disculpándose, que su marido era impotente, ofreciéndose a joder conmigo si quería, a cambio de no decir nada de lo que había visto. Pese a la oportunidad de alcanzar una merecida justicia poética, le dije que ella lo valía, pero que a mí nada me importaba lo que hiciera o dejara de hacer con su cuerpo y con su vida. Que yo no era ningún degenerado. Que era éticamente incapaz de aprovecharme de la situación. Que pensaba, además, que la relación amorosa entre ella y Julián merecía una oportunidad. Me veía a mí mismo como al prudente Ulises, midiendo cuidadosamente sus palabras para no ofender o espantar a Nausícaa.

Pasados unos días, y comprobado que yo no había dicho nada, y que nada diría, Julián me confió que la hija del dueño ya había tenido antes un amante. Se llamaba Mestres, era dueño del taller mecánico que estaba frente al restaurante. Era un hombre maduro, casado y con hijos mayores.

Julián y la hija del dueño habían alquilado un apartamento para verse sin peligro de que volviera a suceder lo que había ocurrido conmigo. Me comunicó que ambos estaban muy agradecidos por mi actitud y silencio. Que valoraban mi discreción.

Desde entonces, Julián guardaba las apariencias, pero se portaba muy bien conmigo. Yo sabía que contaba con un buen aliado. Se comportaba muy bien con todos los trabajadores del restaurante y me pasaba información relevante sobre la marcha de la empresa y todo aquello que pudiera interesarme como sindicalista.

Germán, ya sin ninguna posibilidad de ascender, se integró entre los demás trabajadores. Me explicó que era andaluz. Que su padre trabajaba en un cortijo. Que en su niñez nunca había gastado zapatos, por pobre. Que al final de la guerra, a su madre la habían rapado al cero, le habían dado a beber aceite de ricino y la habían metido en la cárcel. Por roja. Un día, me confesó que se había afiliado a Comisiones Obreras. Yo le daba a leer libros de política y de historia, de los que tenía mi hijo en casa. Trataban temas de luchas sociales y del movimiento obrero. Nuestra amistad se fue fortaleciendo. Pero debía tener mucho cuidado con él, porque era demasiado violento e impulsivo.

Algunos meses después, conseguí que se apuntara a la Confederación Nacional del Trabajo, no por proselitismo o sectarismo, sino porque la mayoría de los trabajadores del San Antonio ya militábamos en ese sindicato.

Con el adecuado asesoramiento legal se redactó una petición dirigida a la Comisión Paritaria Mixta, en la que se solicitaba respuesta a la rogativa que yo había presentado hacía ya un año. Esa solicitud estaba firmada por varios trabajadores de hostelería. Mi rogatoria hacía referencia a la necesidad de aclarar la confusa normativa del convenio colectivo vigente en hostelería.

El sindicato vertical no podía ya diferir por más tiempo una respuesta clara. El escrito estaba firmado por representantes sindicales de varias e importantes empresas de restauración: San Antonio, Café Español, Hotel Presidente, Restaurante Amaya, Restaurante L´Ast, etcétera.

El sindicato vertical de hostelería nos citó un miércoles por la tarde para darnos la respuesta oralmente. Se podía acudir con el empresario de cada establecimiento, con el objetivo de hallar un acuerdo pacífico al conflicto planteado.

Se anunció que, si alguien se presentaba acompañado por un asesor legal, no se le permitiría la entrada, porque aquella reunión se había convocado para buscar una solución amistosa. Tal condición, unida al hecho de que se había emplazado en aquel pequeño local del paseo de Gracia, con una capacidad máxima de 20 personas, nos puso en alerta.

¿Por qué no se hacía la reunión en las grandes salas del sindicato vertical de vía Layetana? El tema tratado merecía una asistencia masiva de trabajadores ¿Por qué esa insistencia en la ausencia de asesoramiento legal y la ausencia de abogados? ¡Aquello era una encerrona!

La presidencia del acto estaba constituida por Ignacio Cuadrillera Cuevas, secretario del sindicato provincial de hostelería; Ángel García Carrés, letrado asesor sindical (nazi, hermano del destacadísimo nazi Juan García Carrés) y el presidente de la Unión Provincial de Hostelería y diputado en Cortes, don Luís Pevidal.

Se pasó lista de los asistentes al acto. Solo éramos seis trabajadores. Empezó la criba. La presidencia le dijo a Martínez del restaurante Amaya que, dado que en su empresa no se hacían banquetes, no le interesaba lo que iba a discutirse, por lo cual le instaban a que se fuera. A Fernando le dijeron que, dado que Quimet ya representaba a los extras, no era necesario un segundo representante, por lo cual ya podía irse. Sin hacer el menor caso de nuestras protestas se abrió la sesión con la presencia de tan solo cuatro trabajadores. Solo quedábamos el Germán, el Solé, el Quimet y yo.

En un rincón de la sala, sin hacerse notar demasiado, estaban los cuatro matones del vertical, prestos a cumplir las órdenes de sus superiores. Eran la solución final, que podía ir desde una advertencia cordial hasta un par de bofetadas o una pierna rota, y en casos más graves, una paliza de muerte, o, si se terciaba, un “suicidio” desde la terraza del edificio sindical. Todo el mundo lo sabía, todo el mundo los conocía, todo el mundo les temía. Su mera comparecencia en aquella sala anunciaba la posibilidad de aplicación de esa solución final. Pero la presidencia justificaba su presencia como necesario servicio de orden.

Por parte de la patronal no faltaba nadie, no sobraba ningún representante, ni se negaba el acompañamiento por cuantos abogados a sueldo quisieran llevar. La presidencia del acto no paraba de saludar efusivamente a todos los empresarios asistentes y a los lacayos que les asesoraban.

La guinda del acto se centraba en la presencia del dueño de la cadena HUSA, propietario de numerosos hoteles, tanto en España como en el extranjero, representante de la patronal catalana de hostelería.

Alguien dijo que empezaba la sesión porque era la hora programada. Que se cerraran las puertas y no se admitiera ninguna entrada a nadie. Preguntamos si se había avisado de la convocatoria de aquel acto a todos los interesados, esto es, a todos los trabajadores que habían firmado la reclamación. Respondieron que se había avisado a todo aquel que había realizado una firma legible.

Empezó a hablar el señor Gaspar. Y habló, habló y habló lo que quiso. Era de aquellas personas encantadas por oírse la propia voz. Cuando te miraba, tenías la incómoda sensación de ser invisible. Explicó la privilegiada posición de que disfrutábamos los camareros y el personal de hostelería. Del exquisito trato que recibíamos de los patronos, tanto en igualdad como en limpieza. Que teníamos la inmensa suerte de compartir la mesa y la vida familiar que se practicaba en las empresas de hostelería. Que se comía lo mismo, desde los patronos y clientes hasta los camareros y el último ayudante o el friegaplatos. Que el ramo de hostelería conformaba una gran familia, aunque algunos camareros no se lo merecían, dada su deslealtad y la conducta conflictiva seguida con su patrono, después de que este los sacara de las fábricas, donde estos debieran permanecer, por su forma de ser y comportarse, porque habían estado en la cárcel.

Yo me levanté y le corté inmediatamente, diciéndole que, si toda su verborrea era para decirnos que yo provenía de la fábrica, pues le daba la razón y le confirmaba que parte de mi vida había transcurrido como peón en manufacturas textiles. Y que por ello podía afirmar que la explotación padecida en el taller era la misma que en el restaurante. Que, si me acusaba de haber estado encarcelado, le confirmaba de nuevo su afirmación. Que sí, que había estado encarcelado, y que a ver quién, de los allí presentes, podía afirmar que no lo estuviera en un futuro cercano, ya que motivos para ser juzgados todos los tenían, dado que el sindicato vertical era un pozo de corrupción de patronos y empleados, en el que todo el mundo robaba a sus obreros y a las instituciones. Afirmé que, si yo había estado preso era porque el patrono no me había pagado lo suficiente para vivir, y me había ganado con mi trabajo. Y por ello se lo tuve que robar. Y así lo hice constar en el juicio que me hicieron a puerta abierta, hasta que el juez la hizo cerrar para que no se oyeran mis acusaciones y mi defensa. Y para que nadie pudiera juzgar de qué parte estaba la justicia y la verdad. Señalé que la reunión a que asistíamos no se había convocado para juzgarme a mí, o a mi pasado, sino para solucionar los errores laborales continuados de la patronal de hostelería, que perjudicaban gravemente los derechos de los trabajadores del sector. Que estábamos allí para confeccionar una nueva reglamentación de hostelería. Que el único punto de discusión del orden del día era dar respuesta a mi denuncia. Y

publicar la solución hallada en el nuevo convenio de hostelería. Que juzgarme a mí, en lugar de tratar la problemática existente en hostelería, era un grosero e incalificable montaje de distracción. Que los cuatro trabajadores presentes en aquella reunión no permitiríamos que convirtiesen aquella asamblea en una farsa de la patronal.

El presidente provincial de hostelería, señor Pevidal, me instó a que me comportara y controlase mi forma de hablar y mi vocabulario; de otro modo me expulsaría y me abriría un expediente disciplinario. Los de la solución final, en el fondo de la salita, se removían incómodos en sus sillones, fregando sus culos sobre el cuero.

Respondí al señor Pevidal si debía comportarme como él, que gracias a su conducta había dejado de ser un extra, que suplicaba trabajo en la calle de la Unión, a presidente del sindicato vertical de hostelería, ocupando una plaza meritoria de maître en el Ritz; todo ganado gracias a su servicial proceder con la patronal.

Todos los presentes, excepto los cuatro trabajadores, se pusieron a vociferar, rugir y berrear. Patronos y mandamases del vertical, unidos, se levantaron de sus asientos, indignados. El Germán, con un vozarrón proletario que derrotaba el amariconado guirigay de la patronal y del vertical, les calificaba de vampiros que chupaban la sangre de la clase obrera. Que todos merecían ser colgados por los cojones. Luego, el Quimet intentó hablarles de los numerosos despidos injustificados de las últimas semanas, consentidos por el vertical, pero casi nadie le oía, y quienes lo hacían, no le escuchaban.

Mientras tanto, el presidente de HUSA, con un gesto de contención de la palma de su mano en dirección a los de la solución final, puestos en pie de alarma al fondo de la salita, nos susurraba a mí y al Germán que nada sacaríamos enfrentándonos a los patronos. Que, si nosotros queríamos, nos buscaría un buen empleo, parecido al del señor Pevidal o al del señor Cuadrillero. De lo contrario, nuestros nombres podían ser incluidos en las listas negras de la patronal. Rechazamos indignados, tanto los sobornos como las amenazas. Le daba igual. Vivía en otra galaxia. Le éramos indiferentes y consideraba que la ética era, para nosotros, un lujo inalcanzable, y, para él, un inútil estorbo. Estaba acostumbrado a la compraventa de voluntades y pensaba que solo era cuestión de modular el precio o la amenaza. Era un ser asqueroso y despreciable que solo respetaba el dinero, porque solo el dinero le daba fuerza y poder. No era una persona, era un arquetipo y paradigma del capitalista.

Exhortamos a Solé a que hablase, ya que aún no había dicho nada. Era una persona muy cualificada y un excelente orador. Había pasado parte de su vida en prisión, enfrentado siempre a la dictadura franquista. Había sido sindicalista antes y durante la guerra civil.

En cuanto empezó a hablar nos invadió una honda decepción. Rebuscaba las palabras, echaba más flores que un jardinero y, peor aún, hacía que la sonrisa se dibujara en las caras de los patronos. El señor Luís, dueño del restaurante L´Ast, donde trabajaba el Solé, le interrumpía a cada instante, ya fuera para rectificarle como para que dijese lo que él quería oír. De cuando en cuando, decía: “Solé, calla”; y Solé callaba. Si decía: “Solé, habla”; Solé completaba los argumentos de su amo.

Los otros tres trabajadores nos quedamos de piedra. El Quimet se puso a gritar, más que a hablar: ¡que ya nos habían dicho que el Solé era un vendido! Realmente, el Solé era un juguete en manos de la patronal. Ya había conocido a otros como él, viejos luchadores que al final habían quebrado bajo la presión, con tanta cárcel a sus espaldas. Un día cedían a las amenazas. No me atrevía a juzgarlos, solo podía tomarse nota de lo evidente: estaban rotos.

Al terminar la sesión, pedí un certificado de lo que allí se había hablado. Se trataba de saber en qué habíamos quedado, después de tanta confusión. Me dieron una cuartilla en la que se leía:

“Ignacio Cuadrillero, secretario del Sindicato Provincial de Hostelería y Turismo, CERTIFICO:

Que, según datos obrantes en la secretaría de mi cargo,

RESULTA:

Que se celebró una reunión de la Comisión Paritaria del Convenio para discutir, como único punto del orden del día, la repercusión en los trabajadores fijos de los salarios fijados en el convenio para los eventuales o extras.

Que, en dicha reunión no existió acuerdo entre las partes afectadas por este problema, quedando la misma en suspenso hasta que no se dicte por la autoridad competente la solución correspondiente.

Firmado y sellado”.

Algunos años más tarde supimos que el Solé, en la etapa de la Transición y de los primeros gobiernos democráticos, alcanzaría la secretaría general del Sindicato de Hostelería de Comisiones Obreras, probablemente por servicios prestados a la patronal. Pero esa es otra historia, ¿o no?

La ausencia de acuerdo, significaba que, en la aplicación del día a día, todo seguía igual. Hicimos fotocopias del documento extendido por el sindicato vertical y las distribuimos por todos los restaurantes.

Pusimos en práctica todo lo que decía el convenio y la reglamentación de hostelería que nos interesaba. Lo que no, no lo aplicábamos y en paz. Y después, gloria.

Si el señor Sebastián, o su yerno el señor Luís, protestaban y presentaban denuncia a magistratura, seguíamos aplicándolo por muy absurdo que fuera hasta obtener respuesta del sindicato.

El señor Sebastián, según confidencias de Julián, recibía constantes llamadas de todos los patronos del sector, diciéndole que los problemas que surgieran en su empresa no los planteara en el sindicato, porque lo único que conseguía era extender los conflictos y problemas a todos los demás restaurantes. Cuando en un restaurante se enteraban que en el San Antonio habían conseguido esto o aquello, inmediatamente querían aplicarlo en el suyo.

Elecciones sindicales

En mayo de 1971, se celebraron elecciones sindicales en el San Antonio. Fui reelegido por mayoría. Pero, al presentar mis credenciales en el vertical, fui rechazado. No era el único. Cuando pedimos explicaciones, motivos e información, nos dijeron que no sabían. Pronto nos dimos cuenta que se rechazaba a todos los que habíamos presentado algún conflicto o reivindicación más o menos destacada. En muchas empresas se había nombrado como cargos sindicales a los nombres indicados por el patrono. Era un abuso generalizado. Un pucherazo mal preparado y peor amagado. Una chapuza de principio a fin.

En algunas empresas, los nombres presentados por la patronal habían sido nombrados como enlaces sindicales ya antes de las elecciones. Era un escándalo mayúsculo.

En el San Antonio había sido nombrado como enlace sindical un tal Román, pariente del dueño, que juró y perjuró que él no se había presentado a las elecciones, ni sabía nada del asunto. Denuncié el caso en magistratura, al mismo tiempo que preguntaba por el señor Cardenal. Solo me dijeron que le habían trasladado de provincia, pero no

pudieron, o no quisieron, darme ningún teléfono ni dirección. Decían desconocer su nuevo destino.

Fui al abogado laboralista, quien me dijo que obtuviera un escrito firmado de Román, en el que dijera que era ajeno a toda la manipulación realizada en su nombre. Que conocía la magnitud del pucherazo, impresentable incluso para las propias autoridades franquistas.

Finalmente, el vertical tuvo que dar por válido el resultado de las votaciones efectuadas en el San Antonio. Esta solución, tan rápida y favorable, se debió a la saturación de protestas que inundaban el sindicato y magistratura.



El escándalo de mayor magnitud fue el de Seat, donde se había votado masivamente la candidatura de Silvestre Gilabert, que había obtenido más de siete mil votos, la cifra más elevada alcanzada por un dirigente sindical desde 1936. Y, sin embargo, su elección había sido rechazada por el vertical. La ulterior protesta fue criminalizada y se produjo el despido de numerosos trabajadores. Esto, a su vez, desembocó en disturbios en el interior de los talleres. En octubre, la fábrica fue ocupada por ocho mil trabajadores, que decidieron resistir las cargas policiales. La policía antidisturbios asaltó los distintos sectores y dependencias de la fábrica utilizando gases lacrimógenos. Coches policiales y policías a caballo penetraron en diversas naves. Los obreros respondieron con el lanzamiento de herramientas, tornillos y piezas metálicas. Se luchaba taller a taller. El resultado final se saldó con varios trabajadores heridos y uno muerto. La fábrica fue desalojada.

Antonio Ruiz Villalba, trabajador de Seat, había sido asesinado por las balas de los grises durante la ocupación de la fábrica de la Zona Franca, el 18 de octubre de 1971, en el curso de los durísimos enfrentamientos en el interior de la empresa.



A partir de entonces, los secretas de la policía política crearon una unidad especializada, dirigida por el comisario Navals, conocido torturador, que se introdujo en la plantilla de Seat para controlar a los alborotadores. Pese a todo, la solidaridad vecinal en los barrios populares y en numerosas fábricas del Baix Llobregat, donde trabajaban y vivían trabajadores de Seat y familiares, produjo un movimiento huelguístico de masas desconocido hasta entonces bajo el régimen franquista, con un carácter permanente e irresoluble. El objetivo ya no podía ser otro que la defensa de la dignidad y la libertad de la clase obrera.

A raíz del asesinato de Antonio Ruiz, se produjeron numerosos paros en empresas de toda Barcelona, así como manifestaciones de solidaridad en toda la ciudad.

Un piquete de obreros llegó a las puertas del San Antonio exigiendo el cierre del establecimiento y que nos sumáramos a la huelga general y a la manifestación, en protesta por lo sucedido en Seat.

El señor Sebastián amenazó que quien dejara el trabajo, antes de que él cerrase la puerta, podía darse por despedido y que los clientes serían testigos de su abandono injustificado del trabajo. Quien más y quien menos permanecía indeciso, pues se jugaba el puesto de trabajo. Ahora no se trataba de dos horas de plante o de poner una denuncia. Se trataba de unirse, o no, a la huelga general y de jugarse el curro.

El señor Sebastián así lo vio y empezó a gritar: ¡venga, todos al trabajo, y quien no trabaje, a la calle!”.

Yo me bajé al vestuario, aún no sabía para qué. Me seguía el Germán. Ambos comentamos la cobardía del resto de compañeros. Habíamos empezado a cambiarnos de ropa, pero ambos dudábamos aún qué hacer. Entonces, oímos un griterío y fuertes golpes procedentes de arriba. Las voces tronaban imperativas: ¡a la huelga general! El griterío procedía, sin lugar a dudas, del interior mismo del restaurante. Tronaba el ruido de objetos, platos y cristales rotos. Y voces y alaridos, muchos insultos y chillidos, gritos y gruñidos y golpes sordos. Subimos corriendo desde el sótano. Vimos, entonces, que el señor Sebastián intentaba cerrar las puertas, al tiempo que los clientes intentaban huir apresuradamente por la puerta de la avenida Mistral, pero era tarde porque los huelguistas ya estaban dentro del establecimiento. Algunos clientes imploraban protección personal a los mismos que estaban rompiendo cristales, muebles y enseres. El restaurante fue arrasado en cuestión de pocos minutos. Me pareció vislumbrar que el señor Sebastián se había llevado algunos palos.

Salimos a la calle por la puerta opuesta, que daba a Tamarit. Una parte del piquete había cruzado el restaurante de puerta a puerta. Era solo una avanzadilla de la enorme

manifestación masiva que le seguía. Detrás del piquete, a un centenar de metros, avanzaba lenta y majestuosamente una imponente manifestación popular.

Iba muy, muy despacio. Nada podía resistirse a su avance. Unas voces roncadas por el esfuerzo, firmes por la indignación, gritaban acompasadamente: ¡unidad, unidad, el obrero unido jamás será vencido!

Su cadencia era militante y liberadora. La clase obrera en acción. Los obreros, dueños de la calle. Germán y yo corrimos hacia la manifestación y nos fundimos en aquella masa. Gritamos con ellos, forjando un efímero dominio obrero en las calles de una Barcelona nueva... hasta que fuimos disueltos por las mangueras de agua a presión y por los gases, lanzados por los antidisturbios al servicio de los hijos de puta de siempre.

Al día siguiente me presenté en el trabajo, con muchos interrogantes abiertos. Fue una sorpresa enterarme de que el señor Sebastián estaba enfermo y guardaba cama, porque tenía contusiones por todo el cuerpo. Me explicaron que los del piquete le golpearon por su actitud agresiva y expulsaron a empujones a todos los trabajadores y clientes que había dentro del restaurante.

Las huelgas continuaron y se extendieron por toda España. El año terminó con numerosísimas protestas, huelgas y manifestaciones, fruto del malestar social y político que reinaba entre la masa obrera del país. El menor conflicto o desacuerdo laboral terminaba convirtiéndose en un problema político y de orden público, porque no había cauces de negociación.

En Barcelona, en el mes de diciembre, se reunieron 300 delegados y representantes de la mayoría de organizaciones de la oposición antifranquista catalana, creando lo que dio en llamarse Asamblea de Cataluña. La sopa de letras de quienes la componían era interminable e indigesta, desde partidos republicanos y socialistas o comunistas a sindicatos, movimientos y frentes de todo tipo y color.

Todas esas siglas, más o menos reales e influyentes, aunque nunca vistas en las duras luchas y huelgas de los últimos años, acordaron cuatro puntos de coincidencia. Primero, una amnistía general. Segundo, libertades democráticas fundamentales. Tercero, restablecimiento del Estatuto de Núria de 1932. Cuarto, coordinación de la lucha de todos los pueblos de España con el objetivo de alcanzar la democracia. Se olvidaban de explicar cómo y a favor de quién.

Nos llegó carta de Francia. María Luisa nos pedía una partida de nacimiento de mi padre. Se trataba, probablemente, de arreglar en Francia la documentación pertinente para que María Luisa pudiese seguir cobrando la pensión de mi padre. Nos hablaba de las mil y una dificultades que tenía el cónsul francés para realizar el trámite. Fui al gestor para solicitar una partida de nacimiento. Cuál fue mi sorpresa cuando se recibió la respuesta de que Eliseo Guillamón Herrándiz no figuraba inscrito en los libros del registro civil de su pueblo. Reclamé, de nuevo, la partida de nacimiento; pero en esta ocasión añadí el acta de matrimonio de mis padres. A los pocos días, recibí del ministerio de Justicia una certificación negativa, en la que se decía que dicha persona no figuraba en el registro civil de Torrechiva, “seguramente por haber sido destruidos todos los libros de este Registro Civil en la pasada contienda”.

Pensé en las ironías que nos guarda el destino. Después de tantos años negando y silenciando que tenía un padre, incluso bajo una lluvia de bofetadas de la policía, y ahora resultaba que oficialmente no existía, ni nunca había existido.

Sin embargo, aquella certificación negativa le fue útil a María Luisa para resolver los trámites burocráticos que le pedían. Y de eso se trataba.

La corte de los milagros (1972)

El 19 de enero, el mismo día de su cumpleaños, mi hijo Agustín ingresaba en el servicio militar, destinado a Baleares. Tuvo que presentarse en el cuartel Jaime primero, desde donde los llevarían en formación hasta el puerto, para embarcarse. No les dejaron despedirse de los familiares. Salieron del cuartel custodiados por la policía militar. Las broncas, protestas y gritos de los familiares contra el ejército y los mandos allí presentes fueron en aumento. El malestar y enfado entre los reclutas era evidente en sus caras. La tensión no decreció hasta la partida del buque.

Al día siguiente, los periódicos informaban que un grupo de objetores de conciencia habían intentado una marcha de protesta desde Ginebra hasta la prisión de Valencia, donde cumplía condena Pepe Beunza, siendo detenidos en la frontera franco-española. La paralización de esa manifestación de objetores provocó protestas en toda Europa. Esa era la razón de que los ineptos mandos del cuartel de Intendencia impidieran la despedida de los reclutas de sus familiares.

ETA militar raptó en Bilbao al industrial Lorenzo Zabala, exigiendo como condición exclusiva de su liberación la readmisión de los 900 trabajadores despedidos en su empresa. Aceptada tal condición, finalmente fue liberado.

Bazán, en El Ferrol, como consecuencia de una serie interminable de conflictos laborales, decidió suspender de empleo y sueldo a todos los enlaces sindicales de la empresa y a dos jurados. Se inició un paro de protesta. La policía desalojó la factoría y cerró las puertas de la fábrica.

El 10 de marzo, los trabajadores respondieron al lock-out con la celebración de una asamblea, que decidió salir en manifestación hacia Carranza, con el objetivo de que los trabajadores del astillero Astano se sumaran a la huelga. La policía exigió que se disolviera la masiva manifestación obrera por las calles del Ferrol. Ante la negativa, la policía cargó contra los manifestantes con armas de fuego y munición real. Los trabajadores se defendieron con piedras. Hubo dos muertos: Amador Rey y Daniel Niebla. También se produjeron más de 30 heridos de bala, que evitaban los hospitales para no ser detenidos. La ciudad se paralizó totalmente. Ninguna actividad. Todo cerrado: fábricas, talleres, colegios, comercios. Era la huelga general.

La policía recibió refuerzos desde otros puntos de España. Los enfrentamientos con la clase obrera son constantes en las calles, que se convierten en la batalla de cada día. Los huelguistas son detenidos y multados con fuertes cantidades de dinero. Los cargos sindicales son expedientados. Los presos que la policía califica como dirigentes son condenados, en procesos rapidísimos, a varios años de cárcel. La situación es tan tensa que se encarga el mantenimiento del orden público a la marina de guerra.

A finales de marzo fuimos ocho días a Mallorca y por las tardes podíamos estar con Agustín. Había sido destinado a Jefatura de Ingenieros en Palma, una especie de oficina que gestionaba los planos de las fortificaciones de la isla. Gracias a que cobraba el 75 por ciento del sueldo del banco pudo alquilar una habitación y sacarse todos los permisos que pudo: pernocta, comer fuera, vestir de civil...de forma que no tenía que pisar el cuartel para nada. Regresamos a Barcelona, contentos por la suerte de nuestro hijo, y por cómo había conseguido zafarse de la ociosa, inútil y odiosa vida de cuartel.

En Barcelona, se produjo una enorme explosión en la calle Capitán Arenas. Se hundió el edificio y se contaron ocho víctimas mortales. Algunos rumores apuntaban a un atentado de ETA; otros a que era una explosión de gas natural en tuberías antiguas, no acondicionadas debidamente. La prensa no era de fiar y el sumario del caso desapareció de los juzgados. Un chanchullo más del momento. La gente no sabía qué pensar.

En este ambiente de huelgas, conflictos encrespados y centenares de obreros detenidos, los periódicos destacaron y magnificaron la boda en la capilla del palacio del Pardo de don Alfonso de Borbón y Dampierre, nieto de Alfonso 13, aspirante a la corona francesa y primo del principito heredero de Franco, con la nieta del muy general caudillo de las Españas.

Los invitados y el lujo exhibido eran apoteósicos y obscenos. Se especulaba, más o menos acertada y abiertamente, con un cambio de sucesor del dictador. Que si tratamiento de alteza, que si título de príncipe, que si condición de infante de España y otras lindezas. Finalmente, solo se le concedió el título de duque de Cádiz.

A Franco le dio por crear una nueva aristocracia franquista y empezó a conceder títulos nobiliarios a diestro y siniestro. Jarana y chulería, milagros y estafas, negocios y corruptelas, parranda y macana, embrollos y más gansadas en la corte decadente de un déspota babeante, con imbecilidad incipiente y *párkinson* galopante.

Los políticos del régimen se dividieron en dos tendencias. Los liberales y el Opus apoyaban a Juan Carlos, en quien veían un motor de cambio y reformas. Los ultras veían en Alfonso una pieza de recambio en caso de fallecimiento de Juan Carlos, o en el caso de que este no fuese fiel a los principios fundamentales que había jurado defender. Un clavo ardiendo para anclar el búnker.

La conflictividad laboral continuaba siendo grave. Destacaban la huelga de Vigo, los incidentes de Vizcaya y las numerosas detenciones en el País Vasco.

En Pozuelo de Alarcón, la policía detuvo a un grupo de militantes de Comisiones Obreras, su cúpula dirigente, que se había reunido en un convento. Al parecer, era una reunión de alcance nacional. Con estas detenciones se iniciaba el proceso 1001, que era un proceso a ese movimiento social y al asociacionismo obrero, de origen más o menos espontáneo y desarrollo autónomo, que ahora estaba ya muy colonizado por el partido comunista.

Tras el proceso de Burgos, las tensiones entre el régimen franquista y la Iglesia Católica se incrementaron, sobre todo después de que en mayo de 1971 fuera nombrado arzobispo de Madrid el cardenal Tarancón, partidario de terminar con el nacionalcatolicismo y la complicidad con el régimen. Franco percibió la desafección de la Iglesia y su jerarquía con auténtico desconcierto y profunda amargura, estimándola en privado como una auténtica puñalada por la espalda.

El 7 de diciembre, el vicepresidente Carrero Blanco leyó en el consejo de ministros unas cuartillas de felicitación a Franco, en el ochenta aniversario de su nacimiento, en el que reprochaba a la Iglesia su alejamiento del régimen, pese a las enormes inversiones realizadas por el Estado y el trato de privilegio recibido.

El diario *Pueblo* llegó a comentar esas cuartillas como el mazazo de Carrero a la Iglesia. En el discurso de final de año, el excelso y muy general caudillo suavizó el encontronazo con la Iglesia, afirmando que el régimen estaba a su servicio, pero advirtiendo de la necesidad de un trato recíproco, que evitara las injerencias de la Iglesia Católica en el Estado.

Ruedo ibérico (1973)

El cardenal Tarancón, mediante unos comentarios de la conferencia episcopal, afirmaba que era necesario establecer unas nuevas relaciones entre la Iglesia y el régimen, porque el concordato había dejado de ser útil y no respondía ya a las necesidades del momento.

El veto del gobierno a las candidaturas de Gil Robles y Tierno Galván a presidir el colegio de abogados de Madrid provocó una crisis que se extendió con la suspensión de las elecciones en otros colegios de abogados del país.

ETA secuestró al empresario navarro Felipe Huarte. Para liberar al empresario exigía la readmisión de todos los despedidos en Torfinasa y la mejora de las condiciones laborales, además de 50 millones de pesetas. Felipe Huarte fue liberado después de 10 días de secuestro, en cuanto fueron satisfechas las condiciones impuestas por sus secuestradores.

El 5 de enero falleció Teresa, la madre de Elodia. Como habíamos hecho en vida, repartimos los gastos del entierro entre los tres hermanos. Pusimos un telegrama a Agustín, que consiguió un breve permiso para asistir al entierro. A las pocas semanas se licenció del ejército como zapador, aunque nunca había visto más minas que la del lápiz. Pocas semanas después marchó a Madrid para participar en unos cursillos de ascenso profesional.

Dado el deficiente estado de la enseñanza pública, decidimos enviar a Elodieta a estudiar a un colegio laico y extranjero, las Escuelas Francesas de Barcelona. Era mucho más caro, pero incluía la media pensión y además recibía una triple enseñanza en francés, catalán y español. Dos días a la semana, a la salida del Liceo, asistía a clases de danza. Hicimos todo el esfuerzo necesario para que gozara de una enseñanza completa, rigurosa y eficaz, que la capacitara para el día de mañana. Y, además, ajena a toda influencia religiosa o franquista.

En el restaurante, ni patronos ni compañeros de trabajo entendían mi obsesión por una enseñanza de calidad, ni hubieran asumido nunca esos gastos en sus familias. Las protestas estudiantiles se convirtieron en habituales en todas las universidades españolas.

En San Adrián de Besós se construía una central térmica a orillas del mar. El encargo se repartía entre tres constructoras. Trabajaban 1700 obreros, en su mayoría subcontratados en condiciones miserables, sin medidas de seguridad de ningún tipo. Se

inició un proceso de reclamación de derechos laborales, que la subcontratación ninguneaba hasta dejarlos en nada. Reclamaban 40 horas semanales de trabajo, en lugar de las 56 que hacían, un incremento de los sueldos de cuatro mil pesetas para compensar las subidas de precios, cobrar el salario íntegro en caso de enfermedad y el derecho de reunión en la empresa. Formaban parte de aquel gigantesco seísmo de organización autónoma de la clase obrera, un movimiento que se había convertido, sin duda alguna, en el enemigo más consciente y combativo del régimen. Inasimilable y anticapitalista.

La respuesta patronal no fue otra que el cierre de la empresa y la sanción de cinco días de suspensión de sueldo a todos los trabajadores. Intentaron ocupar la fábrica, pero la policía se lo impidió. En las manifestaciones callejeras, en el barrio cercano, se produjeron enfrentamientos. Los antidisturbios, llegados de Valladolid, utilizaron munición real y asesinaron a balazos al emigrante extremeño Manuel Fernández Márquez. Murió por gritar que no quería morir de hambre. Hubo varios heridos de bala. Era el 3 de abril de 1973.

Inmediatamente se iniciaron paros de solidaridad, aquel mismo día y los siguientes, en Barcelona y en todo el cinturón industrial. Los enfrentamientos con la policía, las masivas manifestaciones y la amplitud de la huelga apuntaban a una jornada de lucha y huelga general en toda Cataluña.

El arzobispo de Barcelona aprobó la lectura de una homilía que exigía normas claras y técnicas en la regulación de las actuaciones “profesionales” de la policía. Existían otros medios policiales, que no pasaban por disolver las manifestaciones a tiros. No dejaba de ser curioso que la Iglesia aconsejara al régimen cómo reprimir con mayor eficiencia y menor desgaste. Quizás era fruto de su propia experiencia como asociación

de fomento de la pederastia y protección de pedófilos, especialmente en la orden de los maristas. O puede que solo fuese consecuencia de su propia naturaleza hipócrita y cínica, refugio seguro de la homosexualidad a la vez que rechazo histérico, solo verbal, de su práctica.

Se convocó huelga general en Barcelona. La solidaridad y la protesta se extendieron a otros numerosos puntos de España, pero de forma muy desigual. La empresa Michelin de Pamplona extendió la huelga general a todo el cinturón industrial de la ciudad. Pero en Guipúzcoa, la dura actuación policial y los millares de detenciones, consiguieron acallar las manifestaciones y romper la huelga.

En Barcelona, el vertical se cuidó de avisar con antelación suficiente a todos los enlaces sindicales de hostelería que cualquier ausencia no justificada al trabajo sería sancionada con el despido. A la puerta de cada establecimiento se situaría un guardia, junto al dueño o responsable de la empresa. Su misión era detener y encarcelar a quienes incitaran al paro, o la protesta, por el asesinato de Manuel Fernández en la térmica del Besós.

En las reuniones de las organizaciones sindicales clandestinas, desde Comisiones hasta CNT y UGT, tras mucho parlotear, se decidió la formación de piquetes. Su misión era la información y extensión de la huelga y de las manifestaciones de solidaridad, si fuera necesario con el amedrentamiento de los patronos. En hostelería, la iniciativa y el éxito de la huelga se centraban en impedir la apertura de los establecimientos hoteleros y restaurantes. De esta forma quedarían en suspenso las medidas coercitivas de despidos. Era necesario sumarse a la huelga, pero también la defensa del puesto de trabajo. Y ambos objetivos se conseguirían si las empresas no abrían.

Al día siguiente no se presentaron a la formación de piquetes todos los que debían hacerlo. Pero éramos suficientes para empezar. El grupo al que fui asignado estaba compuesto por doce personas. Quien lo coordinaba sabía muy bien lo que se hacía y parecía muy experimentado. Nos dijo que los palos debían ser gruesos y contundentes, pero cortos, para poder esconderlos entre la ropa. Y repartió algunos. Nos comunicó verbalmente el orden de los restaurantes que debíamos visitar. Estaban todos en la misma zona, muy cercanos unos de otros. El Hostal de San Antonio estaba entre los elegidos. Nos recomendó que fuésemos por la calle en grupos de tres, para no llamar la atención de la policía.

La táctica consistía en agruparnos todos en la esquina más próxima al establecimiento a asaltar. Si estaba cerrado aporrearíamos la puerta y gritaríamos las consignas acordadas. Si estaba abierto, entraríamos en trompa y destruiríamos todo el mobiliario, vajillas, vasos y botellas, así como todo aquello que pudiera hacerse añicos. A la señal convenida, abandonaríamos rápidamente el local, cada uno individualmente por sus medios, para reunirnos de nuevo en el punto previamente acordado antes del ataque.

De esta forma, fuimos golpeando o destrozando varios establecimientos. Los esquiroles recibieron más palos de los que podían esperar, pero menos de los que se merecían. Al llegar al San Antonio, vi que el dueño y un guardia esperaban a la puerta, que mantenían semicerrada. En el interior había varios trabajadores. En cuanto oyeron los gritos del piquete, y muy curiosamente, en lugar de esconderse y cerrar la puerta, salieron a curiosear qué pasaba.

En eso que apareció otro piquete, mucho más numeroso que el nuestro, en el que iba el Germán. Iban todos apiñados, a grito pelado, sin tomar precaución alguna. Al vernos frente al San Antonio, vinieron en nuestro apoyo con tal rapidez que nos tomaron la delantera. Abombaron y derribaron la puerta que acababan de cerrar y sacaron a los

esquiroles, a palo limpio, a la calle, descalabrados. Destrozaron el interior del restaurante, todos los cristales exteriores, las enormes pilas de platos y la botellería del mostrador.

Nuestro grupo se reunió en el lugar acordado y se disolvió. Las noticias contaban las numerosas detenciones de piqueteros realizadas por la policía. Se acordó que, efectuada con éxito nuestra misión, lo mejor era que cada cual fuera a su casa y no comentara nada con nadie.

Al día siguiente el Germán y yo nos presentamos en el San Antonio. El señor Sebastián se había ido a descansar a Cadaqués. Durante toda la semana, y mientras prosiguieron los disturbios y manifestaciones, el señor Luís atendía a nuestras indicaciones de cerrar o abrir el establecimiento.

Finalmente, todo pasó y se olvidó, como siempre, porque había sucedido lo de siempre: otro obrero asesinado a tiros por la policía franquista.

Pero el año se caracterizó por las constantes huelgas y plataformas reivindicativas de los trabajadores. Las negociaciones de los convenios colectivos desembocaban inevitablemente en conflictos laborales, porque el régimen franquista y su sindicato vertical se mostraban obsoletos e inadecuados frente al renacer del nuevo movimiento obrero.

El proceso 1001 contra los dirigentes de Comisiones Obreras aumentaba exponencialmente su importancia. Era un duelo entre el régimen y la clase obrera.

En abril, mi hijo Agustín consiguió un premio por la publicación de un ensayo sobre el tema “ciencia y política” en la revista *Mundo Joven*.

En verano, todo el barrio de La Verneda se alzó en manifestaciones de protesta por la delincuencia existente en La Perona, junto al Puente del Trabajo. Quinquis, mafiosos, proxenetas, ladrones armados y delincuentes de medio pelo habían convertido aquel barrio de barracas, que antaño había sido habitado por emigrantes recientes, sin recursos, en un nido de malhechores y criminales.

Mi esposa Elodia participó en las manifestaciones vecinales y en los cortes de tráfico en contra de las aberraciones urbanísticas que sufría el barrio, así como de la limpieza de la delincuencia y prostitución asentada en las barracas de La Perona. La prensa progresista, que no entendía nada, ni le importaba un comino la vida cotidiana de los trabajadores del barrio, calificó las protestas como racismo. ¡Informadores y demócratas de tal calaña eran quienes se proponían como sucesores de los franquistas!

La conflictividad se agravaba en todas partes. El primero de mayo una organización muy desconocida y algo turbia apuñaló a un gris en Madrid. No venía a cuento. Pero el hecho desencadenó una ola de violencia de la extrema derecha, dirigida especialmente contra trabajadores militantes y curas obreros.

Salen a la luz las fortísimas tensiones en el seno de la Iglesia, entre inmovilistas y aperturistas. Se grita “Tarancón al paredón”. El malestar social y político se extiende por todo el país y en todos los sectores sociales.

En junio se produjo un cambio de gobierno. Carrero Blanco, muy escorado en favor del búnker, asume la presidencia del gobierno, hasta entonces detentada por Franco. Era la primera vez que el régimen separaba las funciones de Jefe de Estado y presidente del gobierno. Carrero aparecía como la figura clave, que aseguraría la continuidad del régimen a la muerte del autócrata.

Se afianzaba la monarquía y la sucesión en la persona de Juan Carlos, siempre y cuando este se mantuviese leal a los principios fundamentales que había jurado. Y el garante no era otro que Carrero. La corte de los milagros franquista bullía en los mentideros, entre rumores, dudas y certezas. La verborrea y la habitual oratoria vacía no conseguían amagar la intranquilidad y el nerviosismo de las distintas familias políticas del régimen franquista. Pero con Carrero todo parecía atado y bien atado.

El 19 de diciembre, Kissinger visitaba Madrid y cenaba con el nuevo presidente español, señor Carrero Blanco. Carrero era un obstáculo y un gran problema para la Administración Nixon, porque el almirante se oponía a la renegociación de las bases militares y a la entrada de España en la OTAN. Como fiador de la sucesión de Juan Carlos primero, impedía la intervención directa y una creciente influencia de Estados Unidos en la transición del ruedo ibérico hacia la democracia. Carrero molestaba. Mucho.

El 20 de diciembre era el día fijado para el inicio del esperado y ansiado proceso 1001, que la oposición antifranquista pretendía convertir en una acusación contra la dictadura. El régimen, por su parte, quería transformar aquel juicio en una derrota total y definitiva del movimiento obrero y demostrar su carácter ilegítimo y subversivo.

Se habían programado multitud de protestas y manifestaciones en todo el país, que fueron desconvocadas en cuanto llegó la noticia de la muerte de Carrero Blanco. Al principio se habló de una extraña explosión de gas que había hecho desaparecer el coche del presidente; más tarde de un atentado de ETA que había hecho volar el automóvil de Carrero por encima del vecino edificio, hasta hacerlo caer en un patio interior.

Entre los encausados se propagó una atmósfera de terror. Acusados y abogados defensores sufrieron todo tipo de amenazas fascistas. En algún momento temieron ser linchados en la sala donde se celebraba el proceso. Finalmente, las condenas oscilaron entre los diez y los veinte años de prisión.

Con la muerte de Carrero, el régimen se halló, de pronto, ante un callejón sin salida. La muerte de Franco oteaba en el horizonte. El pánico se extendió entre la ultraderecha. Me gustó mucho aquel chiste que bromeaba: “Carrero voló, López rodó”, porque definía muy bien la nueva situación política, caracterizada por la derrota de los tecnócratas del Opus.

Leyendo los análisis, más o menos acertados y apocalípticos de la prensa del momento, recordé aquella famosa frase de la Medea de Séneca, aprendida en mis lecturas de derecho laboralista en la biblioteca del vertical: “*cui prodest scelus, is fecit*”, que tantas veces había repetido, con éxito fulminante, delante del señor Sebastián, cuando quería desconcertarle. ¡Un camarero que sentenciaba en latín, sin traducirlo al román paladino!

De un bombazo, habían volado y desaparecido del camino y del futuro todos los obstáculos que taponaban la diplomacia de Kissinger. “*Aquel a quien beneficia el crimen es quien lo ha cometido*”; pero claro que no, segurísimo que aquel magnicidio era pura casualidad. ¡Ni Séneca, ni puñetas!

¡Viva mi dueño! (1974)

A primeros de año, Julián buscó trabajo en otro restaurante, quizás porque no soportaba tratar cada día con Luís, el cornudo al que ponía los cuernos.

El 3 de enero se constituyó un nuevo gobierno, presidido por Carlos Arias Navarro, apodado el carnicero de Málaga por su activísima actuación como fiscal en la represión de los republicanos en esa ciudad. Durante la primera semana de la toma de Málaga por las tropas franquistas, del 8 al 14 de febrero de 1937, los franquistas ejecutaron sin juicio previo a 3.500 personas y hasta 1944, otras 16.952 fueron condenadas a muerte y fusiladas. Lo de Málaga fue un genocidio y su principal ejecutor era Arias Navarro.

Ese era el presidente de gobierno nombrado por Franco a la muerte de Carrero. Si se tiene en cuenta que Arias era el responsable de Gobernación, puede decirse que Franco, algo idiotizado y que ya chocheaba, premió al inútil que no había sabido evitar el atentado contra su preciado amigo Carrero Blanco.

El 10 de enero presenté mi dimisión como enlace sindical. Entregué personalmente mi carta de renuncia en el edificio del vertical. Estábamos en pleno desarrollo de la nueva legislación sindical. Mi escrito decía así:

“Muy señores míos:

El que suscribe, Agustín Guillamón Nebot, trabajador en el Restaurante San Antonio, sito en la avenida Mistral 27, con la categoría de camarero, nombrado enlace sindical en 1966 y 1971, proclama por la presente su irrevocable dimisión a su cargo sindical, por las siguientes razones:

1. La reglamentación nacional del trabajo en Hostelería data de 30 de mayo de 1944. En la actualidad está totalmente desfasada y hace inútil cualquier intento de defensa de los trabajadores.
2. Mis siete años de experiencia como enlace sindical me han conducido a la conclusión de que, sin una actualización de la citada reglamentación, mis acciones como enlace son totalmente imposibles, ineficaces y nulas, por lo que **en conciencia** me veo obligado a abandonar mi cargo de enlace.
3. Honestamente, creo que no tengo otra opción. No dejo ningún asunto laboral pendiente en mi empresa.

Les saluda

Agustín Guillamón Nebot”

Esta renuncia no solo denunciaba explícitamente una reglamentación caduca y obsoleta, sino que respondía además a las presiones recibidas por el vertical. A raíz de la reunión entre la representación obrera y los patronos, en 1971, cuando el presidente de HUSA quiso sobornarnos a mí y al Germán, la Organización Sindical Española (OSE) se había convertido, sin disimulo alguno, en portavoz y juez decisorio y ejecutor de las órdenes de la patronal. Era una situación insostenible e insoportable para cualquier sindicalista honesto.

La patronal percibió inmediatamente el peligro que latía tras mi renuncia. Que fuese imitada y provocara una cascada de dimisiones. Ello significaría un desprestigio absoluto y definitivo para el vertical.

Al poco recibí una carta de respuesta:

“Sindicato Provincial de Hostelería.

Señor Agustín Guillamón Nebot.

Querido amigo y compañero:

He leído su escrito, por el que solicita la dimisión de su cargo de enlace sindical de la empresa Restaurante San Antonio, y enterado de las razones alegadas es por lo que le pido que retire su dimisión. Ya que no existen motivos fundamentales para que pudiera ser admitida.

Por otra parte, nos consta que durante estos últimos años de mandato ha sido un digno representante de sus compañeros, así como su actuación ha sido muy favorable para la resolución de cuantos conflictos se han planteado en su empresa, habiéndolos resuelto siempre en colaboración con el sindicato y en favor de la justicia y de sus compañeros.

Por lo que no estimamos que deba usted presentar esta resolución, habida cuenta que el incidente que nos ha explicado es del todo irrelevante, por cuanto se trata de un error de imprenta de la reglamentación que usted utilizaba y que hemos observado que en algunas ediciones consta el error en la puntuación de los porcentajes para los ayudantes de camarero.

Con tal motivo y con el deseo que continúe su labor en favor del sindicalismo y de los trabajadores, se despide cordialmente.

Luís Pevidal López.”

Con esta respuesta, llena de alabanzas y elogios que no venían a cuento, desviaban y evitaban el meollo de las razones de mi dimisión. Llamaban solicitud de renuncia al cargo a lo que era una dimisión irrevocable. ¿No tenía ni el derecho a dimitir? No respondían en ningún momento a mis denuncias. Se inventaban no sé qué incidentes, y hablaban no sé qué de ayudantes de camarero. Se inventaban increíbles errores de imprenta en la edición de mi reglamentación, ¡qué no habían visto nunca!

Conocedores otros enlaces sindicales de mi dimisión, se presentaron renuncias semejantes en numerosas empresas de hostelería. Otros prefirieron denunciar solo la obsolescencia de la reglamentación vigente y el convenio colectivo en vigor. Fueron actos de mayor o menor solidaridad conmigo, que me alegraron y justificaron la oportunidad de mi decisión.

Durante el mes de febrero, con motivo de la avalancha de denuncias del convenio colectivo, que finalizaba su vigencia el 31 de marzo, se produjeron algunas deliberaciones sobre su nueva formulación en el vertical, que fueron denunciadas con ásperas críticas por la parte obrera.

En el tablero de avisos del vertical, y en su Boletín informativo, apareció una nota informativa que anunciaba la celebración de una reunión, convocada por el presidente del sindicato con la patronal (sin participación obrera) que había remitido la nueva ordenanza laboral de hostelería para su publicación en el Boletín Oficial del Estado. Días después, varios periódicos comentaban esa nueva ordenanza, asegurando que actualizaba la vigente desde 1944.

El señor Sebastián, en cuanto se enteró de mi dimisión como enlace, quiso intimidarme delante de todo el personal del restaurante. Afirmaba que todas las mejoras conseguidas hasta entonces serían barridas por la nueva reglamentación laboral en hostelería. Le respondí que no podría retirar ninguna de las conquistas que habíamos alcanzado, porque en todas las ordenanzas siempre se incluye un apartado de disposiciones transitorias, en el que se asegura taxativamente, sin dejar espacio alguno a la duda, que se respetarán prioritariamente las condiciones más beneficiosas para los obreros.

Y proseguí que solo aquello ya era suficiente para asegurar la permanencia de nuestras conquistas en el San Antonio. Que, por otra parte, los abogados vivían de pleitear. Que tuviese en cuenta que su empresa, y él mismo, habían sido clasificados como antisociales, por las irregularidades y abusos cometidos, como no pagar la seguridad social de sus trabajadores. Que los antecedentes de su empresa ponían en alerta incluso al funcionario más fascista. Que perjudicar los derechos adquiridos y reconocidos por las disposiciones legales y laborales de los convenios estaba penado con multas y con cárcel.

Y terminé diciéndole que yo sabía que todo aquello eran palabras, escritas o no, que se lleva el viento, pero que siempre podíamos recurrir a la acción directa, que él ya conocía. Que el régimen franquista ya no iba a durar demasiado. Que los tiempos estaban cambiando. Que me dejase tranquilo. Que el nuevo enlace era mi amigo Germán, que era mi *alter ego*. El latinajo le dejó noqueado.

Germán intervino para rematar, y dijo, delante de todo el personal, que el señor Sebastián, cuando le nombró maître, también quiso hacerle enlace sindical. Le propuso darle un sobre con dinero, aparte de su porcentaje, si conseguía hacer limpieza y cambiarle toda la plantilla de camareros. Que se negó a recibir ningún sobre y aún menos a despedir a ningún compañero. Le espetó que estaba muy a gusto en su labor de maître y de enlace sindical, aunque no sabía si del vertical o de la CNT, porque en esa organización militaban casi todos los trabajadores del restaurante.

El señor Sebastián, muy apurado, se deslizó veloz hacia su vivienda en el segundo piso, entre las risas de todos los presentes. Ahora, por fin, se había enterado de que yo continuaba en mis tareas sindicalistas, aunque por intermedio de mi amigo Germán. Era un dos por uno. ¡Qué desilusión la del señor Sebastián, que creía haber eliminado los sindicalistas de su restaurante!

El 12 de febrero, Carlos Arias Navarro expuso ante las Cortes su plan de gobierno, caracterizado por unas tímidas reformas que se concretaban en la promulgación de una ley sobre asociaciones políticas. Esas asociaciones, que debían acatar los principios fundamentales del franquismo, eran un extraño híbrido que se quedaba a medio camino de los partidos políticos vigentes en Europa. Arias no tenía suficiente autoridad ni liderazgo y su credibilidad era nula, mientras diera vivas a su dueño y señor.

Ese reformismo franquista, conocido como el espíritu del 12 de febrero, fracasó rápida y estrepitosamente cuando ni siquiera pudo enfrentarse al búnker para impedir la ejecución de Salvador Puig Antich.

El proceso de Salvador fue una farsa. Estaba condenado a muerte de antemano; era la venganza de Franco por la muerte de Carrero Blanco. Franco, asesino. Ojo por ojo, diente por diente, muerto por muerto...

Salvador fue entregado a los camaradas del policía que había muerto en la reyerta previa a su detención. Nunca se investigó si los disparos que mataron al policía procedían de la pistola de Salvador o de los otros policías. Era un asesinato en el que se garantizaba plena inmunidad a los policías que le habían apresado, y que saciaban de este modo su sed de venganza. Salvador fue un juguete en sus manos. Su agonía duró media hora. Hicieron y martirizaron lo que quisieron. No dejaron que asistiera a la ejecución ningún testigo, ni siquiera sus abogados. Me hizo reflexionar, mucho, una frase de mi hijo sobre el asesinato de Puig Antich: “No era solo un luchador antifranquista, sino sobre todo un combatiente anticapitalista”.

El 27 de febrero, el gobierno había promulgado un decreto que permitía la inmediata expulsión de emigrantes sin papeles del territorio nacional. Sin ninguna garantía legal, sin ningún derecho. El decreto aseguraba que estaba pensado para expulsar a indeseables, estafadores, ladrones, drogadictos, delincuentes, blanqueadores de dinero negro, traficantes y un largo etcétera. Pero algunos rumoreaban, maliciosamente, ignoro si con fundamento, o no, que era una excusa para deshacerse de todos aquellos ultraderechistas, nazis y fascistas que habían encontrado refugio en España desde los años cuarenta hasta la fecha. Era necesario lavar la cara al régimen y que dejara de ser cobijo de los ultras de toda Europa.

El 11 de marzo fue aprobada la nueva Ordenanza laboral de hostelería. Papel mojado sin la acción directa de los trabajadores, si no se luchaba por cada nueva conquista, si no se le arrancaba una nueva mejora a la patronal. Como siempre ha sido.

Desde el asesinato de Puig Antich la conflictividad no dejó de crecer, no tanto por las protestas que denunciaban su asesinato, como porque este se había producido, entre otras razones, para acallar la imparable protesta obrera por mejorar sus condiciones de vida. Brotaba a la luz un nuevo movimiento obrero y social, independiente de partidos y sindicatos. Había una nueva conciencia proletaria, una solidaridad fortísima y sobre todo una confianza infinita en la creencia compartida de que nada podía conseguirse sin la lucha de clases autónoma y la acción directa de los trabajadores. Y todo esto, mientras el franquismo entraba en una difícil etapa final de decadencia y liquidación

El gran notición apareció el 9 de julio en toda la prensa. Francisco Franco ingresaba en la clínica Francisco Franco de Madrid. Era la primera ocasión, desde el disparo en la mano de 1961, que Franco necesitaba atención médica. A su párkinson, muy avanzado, se le sumaba una tromboflebitis, y ya en el hospital, llegaron las hemorragias.

Vicente Gil, su médico particular, decidió ingresarle. Franco había vivido el mes anterior anclado y alelado en una incómoda butaca frente al televisor. Se había jugado el Mundial de fútbol y Franco se puso hasta las cejas de Cruyff y Beckenbauer, agravando sus problemas circulatorios.

Lo más destacado de aquel episodio fue la constatación de que Franco, a sus 81 años, podía fallecer como cualquier hijo de vecino. Su ingreso, las pruebas que le hicieron, los partes médicos (más o menos fiables) y los rumores que siguieron situaron la figura de Franco en su edad y estado físico reales. La propaganda del régimen ya no podía maquillarlos. Políticamente, el hecho más importante fue el traspaso de poderes que se realizó en la persona del principísimo Juan Carlos, que fue interinamente Jefe de Estado durante poco más de 15 días, hasta el 2 de septiembre. Franco, de nuevo, asumía el poder. Pero nunca más las cosas serían como antes: ¡Franco era mortal!

Todo el mundillo político quiso tomar posiciones en la carrera de sucesión que se adivinaba próxima y reñida. Martínez Bordiu regresó de Filipinas para asumir las decisiones médicas y defender los intereses de la tribu de los Franco. Juan de Borbón repetía, a los pocos que querían escucharle, que estaba preparado y dispuesto a cumplir con su deber. La oposición antifranquista creaba la Junta Democrática, que iba del partido comunista al Opus Dei. La extrema derecha, el búnker, exigía mano dura y echar a la basura todo el proceso aperturista. El congreso del PSOE, reunido en Francia, decidió que los socialistas no participarían en la Junta.

Se hacían y deshacían todo tipo de pactos oportunistas entre los distintos partidos, organizaciones de carácter más o menos real o ficticio. Todos querían su parte del pastel y recoger algo de poder. Los intereses de la clase obrera iban por otro lado.

La tribu de los Franco

El 21 de octubre comenzó el juicio en la Audiencia de Pontevedra, con una gran expectación mediática. El tribunal estaba presidido por Mariano Rajoy Sobredo. Sostenía la acusación pública el fiscal Cándido Conde-Pumpido Ferreiro. Uno de los abogados del caso fue José María Gil Robles, en una de sus primeras apariciones públicas tras su retorno del exilio, que puso especial interés en destacar la implicación en el caso del administrador de la sociedad, señor Nicolás Franco Bahamonde, aunque éste no había sido procesado. La sala estaba abarrotada de público, prensa, radio y televisión precisamente por la implicación en el escándalo de Nicolás, el hermanísimo.

El caso había surgido y naufragado en un mar de aceite almacenado por la Comisaría de Abastecimientos y Transportes (CAT) para satisfacer las exigencias del mercado y regular los precios. Pero la CAT carecía de instalaciones adecuadas y debía recurrir a depósitos alquilados a empresas privadas. En Vigo, esos depósitos estaban en la comarca de Guixar y la empresa encargada de su almacenamiento era Reace (Refinería del Noroeste de Aceites y Grasas, SA). Esa empresa había contratado con la CAT, entre 1966 y 1972, el almacenamiento de más de 12 millones de kilos de aceite. Estaba claro que la CAT era el único propietario de ese aceite, y un seguro dejaba a cubierto la mercancía contra cualquier eventualidad. El contrato regulaba también el procedimiento para las entregas, con la obligada anotación y el precintado de la válvula de salida.

El 25 de marzo de 1972, debido a la falta de aceite de oliva en la CAT, se comprobó que en los depósitos de la empresa Reace, situados en la estación de Guixar (Redondela) no había el aceite previsto. Los grandes depósitos no estaban llenos, como debieran estarlo, sino totalmente vacíos. El Director General de la CAT, José María Romero González, denunció en el juzgado de guardia de Vigo la desaparición de 4.036.052 kilos de aceite de oliva, por un valor de 167.615.172 pesetas.

Los libros de contabilidad de Reace habían desaparecido, como el aceite. Cuatro días más tarde, el 29 de marzo de 1972, Isidro Suárez Díaz, uno de los socios mayoritarios de Reace, fue detenido en el tren Madrid-Bilbao. El 30 de setiembre de 1972 aparecieron muertos, en un piso de su propiedad, en Sevilla, el director general de Reace, José María Romero González, junto a su mujer e hija. El juez que llevaba el caso recibió una carta en la que Romero hablaba de su suicidio, y de que tenía la conciencia tranquila por no estar involucrado en el Caso Reace. Los expertos dudaron de la autenticidad de esa carta, que no parecía, ni por su extensión ni por su tono, la de un suicida. Pero, si no era un suicidio familiar, era un asesinato múltiple.

Reace había sido fundada en 1956 por Rodrigo Alonso Fariña, con el fin de dedicarse al refinado y envase de aceite. Eran socios Oswaldo Alonso Fariña, Salvador Guerrero, Eufrasio Juste y Francisco Carrión. Su sede radicaba en las cercanías de Redondela. En 1964, se incorporó al Consejo de Administración Nicolás Franco Bahamonde, hermanísimo de Francisco Franco, y también Isidro Suárez Díaz Moris.

Nicolás Franco Bahamonde llegó a presidir siete grandes corporaciones industriales, cómo Transmediterránea y Fasa-Renault, entre otras. En 1968, Rodrigo Alonso Fariña cesó como presidente de Reace, sustituido por Isidro Suárez Díaz Moris, que apareció muerto en Vigo en “extrañas circunstancias”. Decían que a causa de una fuga de gas. También fue asesinado un taxista en extrañísimas circunstancias, igual que un empresario del sector conservero vigués. Eran asesinatos colaterales del caso Reace. A su vez, el señor Mañas, representante de los acreedores, falleció muy oportunamente de una angina de pecho. En 1970, Carlos Nogueira cesó como director de Reace, sustituido por José María Romero González.

Rodrigo Alonso Fariña, nacido en Vigo en 1915, había desempeñado, entre otros cargos, el de presidente del Real Club Celta de Vigo, hasta junio de 1973, año en el que presentó su dimisión, debido al “escándalo” de Reace. El juzgado dictó auto de procesamiento contra Rodrigo Alonso Fariña, enfermo grave del corazón, el 11 de noviembre de 1973 “por haber encontrado indicios racionales de criminalidad como presunto artífice en los hechos enjuiciados”.

El juicio se inició con el sorprendente comunicado de que se había perdido el sumario. ¡Escándalo sobre escándalo, apuntaba a un escandalísimo! Aunque había sido depositado en la Audiencia de Pontevedra, se había perdido a causa de las reformas realizadas en el edificio para ganar más espacio.

¿Qué pasó con los asesinatos o suicidios? Los muertos gozaban de una gran ventaja, dado que no podían testificar, ni acusar a nadie. Pío Cabanillas Gallas era ministro de Información y Turismo, y no estaba dispuesto a consentir que la prensa (sobre todo la prensa falangista) aireara el escándalo. ¡Escándalo que salpicaba al propio hermanísimo! Pío dictó medidas para controlar la prensa y expedientar las informaciones demasiado audaces. El método deductivo de Sherlock Holmes estaba vigilado, y bajo sospecha de subversión contra el régimen.

El presidente del Tribunal, señor Mariano Rajoy Sobredo, llevó férreamente la vista, evitando que salieran a la luz los aspectos más comprometidos de aquel gravísimo escándalo. Que había muertes por en medio, para taparlo todo. Que, además, esas muertes eran asesinatos, disimulados como suicidios. Y, sobre todo, que era evidente la plena implicación en todo el asunto de Nicolás Franco, el hermanísimo.

La causa quedó vista para sentencia el viernes 25 de octubre de 1974. ¡Qué rapidez! El común de los españoles, y la prensa extranjera, percibió que no se había investigado lo suficiente, porque no interesaba a las altas esferas del poder político. A nadie le importó investigar adónde fueron a parar las toneladas de aceite de oliva propiedad del Estado, ni porqué se hacían trasvases de aceite entre los depósitos de la

CAT y los de Reace. Nadie quiso saber dónde se vendía el aceite sustraído, dónde se almacenaba y quiénes eran los dueños de las empresas que luego lo comercializaban, ni cómo se repartían las ganancias del fraude. Tampoco se investigó la incesante casualidad (quizás causalidad) de las numerosas muertes, en cadena, de personas relacionadas con el caso. Mariano Rajoy se cubrió de gloria y sesgado servicio a la tribu de los Franco.

Era evidente que esas muertes eran asesinatos maquillados como ataques al corazón, suicidios o accidentes. La única explicación racional era la existencia de un comando de élite con carta blanca, licencia para matar y financiación estatal ilimitada. ¡Pero nadie sabía nada! Y nadie quería, ni debía, saber nada. Pese a lo manifestado en medios oficiales, relativos a una investigación exhaustiva “caiga quien caiga”, lo cierto es que a las personalidades implicadas jamás les sucedió absolutamente nada. Y del aceite de Redondela nunca jamás se volvió a tener noticia. ¿Estaban en el banquillo de los acusados todos los que debían estar? ¿Cómo se llevaba a cabo el tráfico de influencias? ¿Qué papel jugaba el hermanísimo? Sin duda, preguntas sin respuesta, porque no interesaban al régimen.

Pero el caso de Nicolás Franco, que salió a la luz en 1974, no era ninguna novedad. Lo nuevo era que la corrupción de la tribu de los Franco saliera a la luz y se hiciera tan evidente. El gran negocio de Francisco Franco, su gran oportunidad crematística, fue la Guerra civil. El dictador se apropió de las donaciones a la causa nacional, ya en plena guerra. El generalísimo tenía en agosto de 1940 una fortuna multimillonaria y el holding empresarial del Pardo acumuló sueldos, comisiones, regalos y gratificaciones para amasar su riqueza.

Franco era un corrupto que siempre ejecutó mordidas y agradeció generosamente voluntarias donaciones. Un opresor que debilitó las cuentas públicas del Estado y fortaleció un entramado inmoral y deshonesto que derramaba riqueza en su figura omnímoda. “Nuestra Cruzada es la única lucha en la que los ricos que fueron a la guerra salieron más ricos”, dijo el dictador en un discurso leído en Lugo, en 1942. Es el lado oscuro e ilícito de una fortuna que engrosó impudicamente en plena hambruna, y que luego se multiplicó exponencialmente con el desarrollismo, al calor de la corrupción sistémica del régimen franquista.

El perfil cleptómano del militar arrancó con el golpe de Estado de 1936 y se incrementó durante la cruzada contra la República. Francisco Franco disfrutó cuatro décadas como Jefe de Estado, acumulando constantemente cesiones, sueldos, entregas, legados, beneficios, gracias, concesiones, dividendos, joyas, ofrendas, dádivas, tributos, inmuebles, fincas, finezas, acciones, cortesías, mercedes, embargos y comisiones.

Recibió innumerables y valiosos regalos, más o menos voluntarios o impuestos por la dictadura; como el Pazo de Meirás, comprado mediante generosas donaciones recaudadas en todo Galicia por intimidadores falangistas, con pistola al cinto.

Todo era posible bajo su manto omnipotente. Como lo era la gratificación mensual de diez mil pesetas que recibía de la compañía Telefónica, no se sabe bien a cuento de qué. Con una nómina en 1935 de 2.493 pesetas y de 50.000 como Jefe de Estado, la fabulosa riqueza del militar llegaba en agosto del año 40 a 34,3 millones de pesetas.

Franco se consideraba el Estado, porque era el salvador de España. Su acceso a la Jefatura del Estado, como Caudillo, era de carácter providencial y divino. Había sido elegido por la gracia de dios para salvaguardar la patria, protegerla y defenderla. Si quería apropiarse de algo, ya fueran fincas, acciones o dinero, se lo quedaba sin otras explicaciones que no fueran la expresión de su deseo.

Tenía un plan de expropiaciones y robó lo que quiso. Copió la idea del mismísimo Hitler: el *Führerprinzip*, esto es, que el líder supremo puede hacer lo que le venga en gana porque es fuente de derecho. No es que estuviera por encima de la ley, es que él era la

ley. Esto es una clara influencia nazi. Franco no podía delinquir, porque como fuente de derecho que era, todos sus actos y deseos eran ley. Hasta 1959 usó e instrumentó leyes reservadas y ocultas al Boletín Oficial del Estado y disposiciones secretas, que no tenían otro objetivo que su propio enriquecimiento. Solo eran conocidas por los privilegiados que se ocuparon de llevarlas a la práctica.

La Ley de Responsabilidades Políticas no fue otra cosa que la sistemática expropiación de los vencidos en la guerra por los vencedores. Tenía un objetivo doble: castigar a los republicanos y enriquecer y premiar a los franquistas adictos. Las donaciones a la causa nacional engrosaron sus cuentas personales, con el objetivo de asegurarse un futuro confortable en el extranjero, en caso de fracaso de su dictadura.

Los sobornos y el apoyo económico a la rebelión militar contra la República inauguraron en octubre del 36 la cuenta corrupta de Franco, que tuvo una memorable aportación al final de la guerra con las 600 toneladas de café entregado por el dictador brasileño Getulio Vargas. Un regalo al Estado español que Franco pasó a la Comisaría de Abastecimientos y Transportes dependiente del ministerio de Industria y Comercio, cobrando personalmente, y por adelantado, su precio de 7,5 millones de pesetas.

Sin embargo, ha perdurado la convicción de que Franco era un hombre honesto y austero, fruto de la omnipotente propaganda del régimen. El dictador, y su mujer, recibían regalos de varios tipos, desde collares de perlas a fincas rurales (con pronta licencia de urbanización), desde medallas de oro hasta automóviles de lujo, desde yates hasta los peces que los submarinistas colocaban en el anzuelo de la caña de Franco, desde el coste de las cacerías hasta las perdices que le ponían a tiro de escopeta.

En su afán recaudatorio, en beneficio propio y familiar, el general golpista trazó negocios secretos y oscuros manejos de testaferros familiares. Era el holding empresarial forjado desde la corte de los milagros instalada en el palacio del Pardo, en el que su hermano Nicolás jugaba un papel destacado. Un patrimonio difícil de digerir y explicar a base de simples sueldos públicos.

Había empresas que, agradecidas por las autorizaciones administrativas alcanzadas por favores especiales, traspasaban sus acciones gratuitamente, porque sabían que ese era el uso establecido por el régimen. De este modo, el dictador percibía dividendos, disimuladas mordidas, así como porcentajes por negocios revueltos y resueltos entre consejos de ministros y de administración. La corrupción estaba en la propia naturaleza de la dictadura. Era su esqueleto organizativo y legal.

Franco era un narcisista sin freno ni espejo. Llegó a convencerse, y a convencer a su entorno, de que él era el único capaz de interpretar providencialmente los intereses de España, idea que mantuvo hasta el final, y que la omnipotente propaganda del régimen convirtió en una verdad indiscutible y un pilar de la dictadura. En su testamento llegó a decir que nunca había tenido más enemigos que los enemigos de España. Era tan narcisista que se lo creyó. Franco, como los faraones, era el representante terrenal de la divinidad.

El régimen de Franco institucionalizó el pillaje, a través del castigo a los derrotados que algo tenían. El soporte legal, la Ley de Responsabilidades Políticas, era en esencia un mecanismo para justificar el expolio sistemático de los vencidos.

La corrupción lo controlaba todo y la afición cinegética del generalísimo era como una especie de oficina gubernamental ambulante. Importantes sumas de dinero cambiaron de manos, sucios negocios y fabulosos fraudes se fraguaron a la sombra del muy general y favores, subvenciones o permisos a empresarios y multinacionales cayeron como frutos maduros, previo paso por caja, cesión de acciones o acuerdo de porcentajes; mientras los aspirantes a los favorísimos de Franco promocionaban cacerías a fin de conseguir acceso a la fuente de todo poder.

El enriquecimiento ilícito no se limitaba a la persona del autócrata, sino que se desparramó generosamente sobre la oligarquía franquista, desde 1936 hasta la Transición.

Franco, corruptor y corrupto, unió a la clase dirigente en la confusión premeditada entre lo público y lo privado. Y ese carácter sistémico brotaba en cualquier aspecto de la vida, con el estraperlo como gran ejemplo cotidiano: el comercio prohibido con artículos intervenidos por el Estado o sujetos a racionamiento. Amén del tráfico de penicilina en el ámbito sanitario, el “trabajo esclavo” como inagotable fuente de recursos e incluso la necesidad de recomendaciones para salvar la vida. Todo estaba en venta.

Sin el trabajo esclavo de los presos republicanos, vencidos en la guerra, no se hubiera construido la faraónica obra del Valle de los Caídos. Y el apelativo de faraónico, en este caso, no es una metáfora, sino una definición. En Cuelgamuros, el faraón Franco levantó su tumba gracias al trabajo de los esclavos vencidos en su victoriosa guerra. La cruz del Valle de los Caídos debe ser dinamitada, algún día, porque es una cruz impía y fascista.

El dictador lideraba la patria, convertido en una suerte de gestor único y portero sagaz que controlaba las puertas giratorias. Corrupción y desarrollo se dieron la mano para amasar patrimonios y consolidar el capitalismo español. Familias del régimen, pobladas de empresarios de fortuna, buscavidas con labia y camisa azul, católicos de clase media, funcionarios oportunistas, latifundistas de gatillo fácil, altos cargos a la búsqueda de multinacionales... unidos a la caza del dinero y entrenados en la autarquía de la posguerra para enriquecerse con el desarrollismo a partir de 1959. Dado que Franco se benefició personalmente de la victoria, parece sensato que no pensara mal de quienes le imitaban.

En ese capitalismo del franquismo destacaban apellidos como los Fierro, Peydró, Coca, Banús, Meliá, Barreiros, Ruiz-Mateos y Vilá Reyes. Yo sentía una especial debilidad por el pragmatismo del consuegro de Franco, el señor José María Sanchiz Sando, intermediario en la compra de la finca de Valdefuentes.

El capitalismo franquista estaba jalonado de escándalos y pérdidas colosales para el Estado, como Matesa, Sofico, Rumasa, el aceite de Redondela y un largo etcétera. Pero ya hay libros que describen toda esta corrupción, todas estas estafas mejor que yo pueda hacerlo nunca. Y es de presumir que una mínima democratización les hará brotar como setas.

Solo quiero plantear y plantearme una pregunta: esa corrupción sistémica del capitalismo español, ¿terminará con la dictadura, o está tan arraigada que condicionará una futura democracia y la hipotecará por mucho tiempo, sino es que se incrusta en la misma como su segunda naturaleza, como ocurre con el régimen franquista?

A finales de octubre de 1972 se produjo la primera crisis del gobierno Arias Navarro. Pío Cabanillas fue destituido por su política informativa de corte aperturista, lo que provocó la solidaridad y dimisión del ministro de Hacienda, señor Barrera de Irimo. La minicrisis implicó la dimisión de varios altos cargos de la Administración que se habían distinguido por sus posiciones reformistas: Marcelino Oreja, Ricardo de la Cierva, Francisco Fernández Ordóñez... Estos cambios supusieron la sentencia de muerte del espíritu del 12 de febrero, que había venido soportando fuertes críticas desde los sectores inmovilistas: el llamado "Gironazo" y las explosivas declaraciones de Blas Piñar contra los "enanos infiltrados", en clara alusión a Pío Cabanillas, o las descalificaciones contra cierta prensa, tildada de "canallesca".

Aquel año, pese a su conflictividad social y política, lo despedimos con alegría y esperanza. En julio me había comprado un Dyan-6 que nos permitía independencia y movilidad. Por otra parte, mi hijo Agustín había ganado unas reñidas oposiciones para ingresar en una caja de ahorros, donde duplicaba el sueldo que cobraba anteriormente en

banca. Y empezaba ya a primeros de año. Económicamente, se abría un horizonte esperanzador, lleno de ilusiones.

Conflictividad e inestabilidad (1975)

Vicente Pozuelo Escudero fue el nuevo doctor encargado de atender médicamente al Caudillo. Inició una terapia adecuada para animar al decaído enfermo. A puerta cerrada, y con discos traídos de su fonoteca particular, Pozuelo hacía desfilar a Franco a los sonos de *Soy valiente y leal legionario*. Una logopeda se encargó de hacer audibles los murmullos balbuceantes de Franco, ya ganado por un párkinson galopante. Lo que más le gustaba engullir a Franco era *foie-gras*, yogur con *nescafé* y *fanta*. Por el tétrico palacio del Pardo deambulaban cuarteros ayudantes de cámara, severos tricornos de charol y encorvados servidores, propios de la lúgubre, lamentable, triste, casposa, incómoda, aburrida y grisácea corte de los milagros franquista.

Mientras tanto, la poderosísima maquinaria desinformativa del régimen mostraba en los nodos cómo las lucecitas del despacho de Franco, en el Pardo, se apagaban muy tarde, ya en la madrugada... porque Franco trabajaba muchas horas, velando por el bien de los españoles, ¡españoles todos!

El 3 de enero celebramos el 73 aniversario de mi madre, reunida toda la familia en un banquete celebrado en Can Soteras, en Diagonal/paseo de San Juan. Asistieron todos sus hijos, nietos, yernos y nueras. En un momento dado, recordó a su marido e hijo, fallecidos y enterrados en Francia. Le prometí que en vacaciones la llevaría a visitar su tumba en Mirande. Iríamos en coche, con mi mujer y Elodieta.

El día 15 tenía fiesta en el San Antonio. Aproveché para arreglar la documentación necesaria para viajar a Francia. Al poco de atravesar la plaza de Cataluña, oí unos gritos. Eran unos manifestantes que exigían pan, trabajo y libertad; en ese orden. Los antidisturbios parecían marcianos que acababan de aterrizar de sus blindados. Empezaron a disparar botes de humos y balas de goma contra la multitudinaria manifestación. Unos grises cercanos aporreaban con rabia a diestro y siniestro. Una multitud enloquecida me arrastró hacia las escaleras del metro. En el fondo de un pasillo fui aplastado contra la pared. Éramos muchos los que nos quejábamos de las heridas y contusiones recibidas. Toda mi vida transcurrió diáfana y detalladamente ante mí, como proyectada sobre una pantalla. Había sido un segundo, pero en ese segundo había revivido años y años de mi vida. Era muy consciente de aquella paradoja. Era una especie de túnel del tiempo; una disfunción entre los segundos reales que habían transcurrido en el reloj y los años revividos, con todo detalle y precisión, en la mente. Toda mi vida en un instante. Tomé la decisión de escribirlo todo. Volcaría en unas libretas toda mi experiencia, vivida y sufrida bajo la abyecta dictadura de Franco. Me lo prometí a mí mismo. Además, probablemente sería la única herencia que iban a recibir mis hijos.

La conflictividad social y laboral no decrecía, sino que se intensificaba. Entre las múltiples huelgas en curso destacaba la de Seat. Habían suspendido de empleo y sueldo a 23.000 trabajadores. Y 3.500 habían sido despedidos definitivamente. La agitación se había trasladado de la empresa a la calle, donde se realizaban las asambleas obreras. Franco moriría seguramente en la cama, jugando a la brisca con su párkinson, su idiotez y su trombo. Siempre existía la esperanza de que los americanos, o la ETA, o ambos, le consiguieran billete para un vuelo anticipado al infierno, como habían hecho ya con Carrero Blanco. Pero la dictadura fascista solo podía morir en las calles.

Me llegó la triste noticia de que la Cátex, la antigua beteá en la que había trabajado 15 años, cerraba sus puertas a causa de un expediente de crisis. Los trabajadores fueron suspendidos de trabajo y sueldo, expediente de crisis mediante. La mayoría, trabajadores

mayores de 45 años, fueron directamente al paro, después de cobrar una mísera indemnización. Algunos pocos aceptaron ser trasladados a las nuevas instalaciones, en Olesa de Montserrat. Era una tragedia para muchos compañeros de trabajo, que había conocido personalmente.

Meses después, en el solar donde se había asentado la fábrica, surgieron, de la nada, varios bloques de viviendas. El señor Vilá, el que había ayudado financieramente a Franco a ganar la guerra, había culminado otro de sus suculentos negocios, amparado en las leyes de los vencedores. Pagaba el obrero con sus penas y sufrimiento; como siempre.

Viejas y señeras figuras del régimen iban cayendo, una tras otra. Mohamed Ben Mizzian fallecía el 2 de mayo. Amigo de Franco desde los tiempos de la Legión en los años veinte. Se unió al golpe militar contra la República, ayudó a la conquista de Melilla con su tabor. Fue uno de los primeros mandos de tropas regulares en trasladarse a la península. Formó parte de la columna Castejón que avanzó rápidamente por Extremadura

hacia Toledo y Madrid, exterminando en su retaguardia a todos los prisioneros republicanos. La toma de Toledo se saldó con el asesinato de doscientos milicianos heridos que yacían en las camas de hospital. Participó en la toma de Teruel, el avance sobre el Mediterráneo y la batalla del Ebro. Premiaba a sus tropas moras con la violación múltiple de las jóvenes españolas y el saqueo de los pueblos tomados al asalto. Terminada

la guerra ascendió a teniente general. Llegó a capitán general del ejército español y a mariscal del ejército marroquí. Fue capitán general en Galicia. En 1956, con la independencia de Marruecos, solicitó baja en el ejército español. En 1958 participó en la salvaje represión de la sublevación del Rif. Ministro de Defensa en 1964. Desde 1966,

Hassan segundo le nombró embajador marroquí en Madrid. La incierta situación del Sáhara amenazaba con explotar a corto plazo, y la muerte de Ben Mizzian, supuso la desaparición del único mediador posible en el conflicto, ya muy encrespado, entre España y Marruecos.

Josemaría Escrivá, fundador del Opus, fallecía poco después en Roma. Pero este óbito carecía de importancia alguna, porque el mediador entre dios y Franco era la mano incorrupta de Santa Teresa, a la que el Caudillo había añadido la cruz laureada de San Fernando, con incrustaciones de perlas y oro.

En Euzkadi se producían detenciones masivas y se proclamaba el enésimo estado de excepción. Aquí no había mediadores posibles, sino una interminable guerra sucia entre el terrorismo de Estado y los terroristas nacionalistas vascos. De terror a terror y tiro porque me toca más horror. Quien siempre perdía era la clase obrera y el pueblo llano. Se vivía un clima de guerra civil y de ocupación militar.

La visita del presidente norteamericano Ford, que se llamaba como los coches, colocó en primer plano el ingreso de España en la OTAN y confirmó la sumisión del régimen a los yanquis.

Se discutió en las Cortes el proceso asociacionista. Se acababa de constituir la Unión del Pueblo Español, cuyo presidente coordinador era el falangista Adolfo Suárez. Figuraban entre los asociados destacadas figuras del régimen, afectos a Arias Navarro.

Se fundó la sociedad anónima TEDISA, que tenía por objetivo el encuentro, selección y promoción de la reforma sociopolítica y económica del país. Entre los promotores de esa sociedad se contaba a Manuel Fraga, Pío Cabanillas, Areilza, Fernández Ordóñez, González Seara, Muñoz Alonso y otros conocidos aperturistas del régimen.

Vacaciones en Francia

A primeros de agosto, como le había prometido a mi madre, salimos rumbo a Mirande. En el Valle de Arán tuvimos noticias alarmantes de acciones armadas de la ultraderecha contra emigrados y exiliados españoles en Francia.

Cuando llegamos a Mirande no reconocíamos ya al atrasado pueblecito rural de finales de los años cincuenta. Mirande se había convertido en una especie de segunda residencia de lujo del área industrial de Toulouse. Solo reconocimos la enorme mole de la iglesia que marcaba su inconfundible silueta, llena de arbotantes y pináculos, en el centro de la urbe.

La calle Delisle, donde vivía María Luisa, estaba llena de casitas reformadas. Planta baja y un primer piso, pintadas en vivos colores. Aquello era un pueblo de veraneantes, vacaciones y fines de semana. La casa de María Luisa estaba en obras. En el momento en que llegamos le estaban arrancando las ventanas y la puerta; aquella puerta por donde años atrás había salido a hombros el féretro de mi hermano Eliseo.

¿Dónde estaban todos los españoles que había conocido en mi anterior estancia? ¿Dónde estaban todos aquellos seres que tan intensamente habían vivido el combate contra el fascismo en Europa? ¿Quién recordaba sus terribles y heroicas aventuras? ¿Quién las había recogido para que no cayeran en el olvido? ¿Qué hubiese dado por encontrarlos de nuevo! ¡Ahora que tenía las preguntas adecuadas, no estaban vivos para responder! ¿Cómo recordar y revivir todo lo que me habían contado veinte años antes?

Recorrí todas las casas y lugares en los que había estado y donde me había reunido con exiliados y resistentes. Ya no conocía a nadie. Nadie sabía nada. Todo el mundo hablaba francés, ya no se escuchaba hablar en castellano por la calle. Era como si aquella gente nunca hubiera existido. No podía saber dónde encontrar a María Luisa, pero gracias a Elodieta, que hablaba francés, pudimos conocer la nueva dirección de María Luisa.

María Luisa se puso muy contenta al vernos. Nos explicó lo sola que se encontraba. Sus hijos vivían en París y Lyon y solo iban a Mirande a pasar las vacaciones. Pocas veces dejaban a sus nietos una temporada. Estuvimos mirando fotografías. Nos pidió disculpas por hablar tan mal el castellano, pero es que prácticamente ya no lo usaba nunca. Cuando le comentamos lo cambiado que habíamos encontrado el pueblo, nos respondió que los años no pasaban en vano. Y que los españoles, antaño mayoría, habían muerto de viejos y que sus hijos, la nueva generación, se sentía francesa y casi todos habían emigrado a otros lugares más prósperos. Los pocos viejos exiliados españoles, que aún quedaban, se sentían aislados y, después de tantos años de persecuciones, se habían cerrado sobre sí mismos.

Fui al cementerio. La inscripción de la losa estaba equivocada. El nombre de mi hermano estaba escrito correctamente, pero a mi padre le habían puesto Guillamot en lugar de Guillamón. ¿Lo habían afrancesado? Mi pensamiento voló hacia el pasado y escuché las palabras de mi padre: “los franceses son como camaleones que todo lo hacen suyo y lo convierten en francés; al contrario de los españoles, que destierran a los mejores y con el tiempo los ocultan y destruyen en el olvido”.

Recordé las palabras de mi hermano: “Mientras viva Franco solo regresaré a España de paso, para ver a la familia; pero prefiero vivir en Francia, refugiado y libre, que bajo una dictadura en la que me siento preso”.

Evoqué la forma de ser de mi hermano y de mi padre.

Reviví el último día que vi a mi padre en Barcelona, preparado para huir a Francia porque los fascistas estaban entrando en la ciudad. Con su chaqueta de cuero y su mosquetón. No sé por qué empecé a canturrear “Los hijos del pueblo” y “A las

barricadas”. Negras tormentas. Antes que esclavo prefiero morir. La hiena fascista con nuestros cuerpos sucumbirá. El bien máspreciado es la libertad.

Un viejo, en el que no había reparado, se aproximó lentamente y me dijo en español que aquella tumba era de María Luisa y de su familia, y que a mí no me conocía. Le dije que aquella tumba era mía, pagada con mi dinero, y que los difuntos allí enterrados eran mi hermano y mi padre. Que María Luisa era mi cuñada. Le dije que, aunque español, yo tenía allí, en aquella tumba, mi pedazo de tierra francés.

Me respondió que, si yo moría en Francia y me enterraban en aquella tumba, y me cubría aquella tierra francesa, yo, al igual que mi hermano y mi padre, sería francés. Que uno era de la tierra donde estaba sepultado.

Finalicé aquel amable e interesante debate confesándole mi voluntad de ser incinerado y de que mis cenizas fuesen entregadas al Mediterráneo, a poder ser en la playa de Pueblo Nuevo, sin patria y sin banderas.

Me confesó que era español, exiliado, y que solo le quedaba el recuerdo de una España, la del 36, que ya no existía más que en su pensamiento y en su corazón. Que sus hijos y nietos eran y se sentían franceses. Que iba muy a menudo al cementerio porque allí estaban todos sus amigos. Me señaló unos surcos en el suelo, en un rincón del camposanto. Era una tierra muy blanca, que parecía labrada. Y en el centro de aquel pedazo de tierra aparte se levantaba un monolito, dedicado “a los españoles que habían luchado por Francia y por la libertad”. Una inscripción, en francés, así lo proclamaba.

Nos despedimos con un abrazo. Y con una sonrisa le dije que a mí me sobraba eso de luchar por Francia, pero que lo de combatir por la libertad me parecía un gran honor.

Gracias a María Luisa, nos enteramos en profundidad de lo que estaba sucediendo en España, donde las revistas más democráticas y creíbles como *Triunfo*, *Cambio 16* y *Destino* habían sido secuestradas y expedientadas. Incluso la prensa diaria extranjera era secuestrada y no cruzaba la frontera.

Nos explicó María Luisa, que además tenía amigos en el País Vasco francés, que el 24 de abril se dio el alto a dos etarras, uno fue asesinado y el otro torturado, con magníficos resultados para la policía. El 25 se decretó el estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa. El 26 ya se publicó en el BOE y entró en vigor. Inmediatamente se desencadenó una represión masiva y arbitraria. Las viviendas eran registradas salvaje y continuamente, los controles de carretera eran exhaustivos y la policía torturaba sistemáticamente, no importaba que fueran menores, curas o mujeres. Se rumoreaba que la plaza de toros de Bilbao se había convertido en un centro de detención masiva y de duros interrogatorios policiales. No se permitía ninguna información sobre la aplicación de medidas antiterroristas. La prensa española más abierta y democrática había sido secuestrada o expedientada y, en la práctica, había desaparecido. En el País Vasco francés habían aparecido grupos terroristas de la policía española, que amedrentaban a los etarras y exiliados españoles. Por tal razón, abandonamos la idea de hacer una visita a los amigos de María Luisa en la región vasca francesa y practicar algo de turismo allí, acompañados por ella.

Fuimos de excursión al Batardó. Era una zona del río donde nos habíamos bañado y donde habíamos pescado la última vez que habíamos estado en Mirande. Tal y como había pronosticado mi hermano, ahora allí se había levantado un hermoso núcleo turístico, con piscinas, campos deportivos, aparcamiento, zona de acampada y albergues de madera para las colonias juveniles.

Era una zona turística de ámbito internacional, con jóvenes de toda Europa conviviendo juntos. Era un ambiente de libertad absoluta y de fraternidad internacional, muy lejos de las confrontaciones bélicas de pocos años atrás, y en una galaxia diferente a la dictadura franquista, a años luz de la opresiva vida cotidiana que vivíamos en España.

¿Cómo era posible que, en 1975, la legitimación del gobierno español no fuera otra que la victoria militar del ejército sobre su pueblo, en 1936? Los franquistas aún hablaban de vencedores y vencidos.

Llegó el día del regreso a Barcelona. María Luisa nos informó que las protestas de los agricultores franceses coincidían con el rechazo de la ciudadanía francesa a la actuación armada, en Francia, de comandos fascistas españoles contra los etarras. Que fuésemos con prudencia y respetásemos a los manifestantes. Que no respondiésemos a ninguna provocación.

Nos despedimos de María Luisa, muy emocionados porque todos preveíamos que era la última vez que nos reuníamos. Volvimos por Toulouse, para comprar libros y discos en una librería de habla española, en la que encontramos ejemplares de la editorial Ruedo Ibérico, prohibidos en España. Llevábamos una lista que nos había encargado mi hijo Agustín. Compramos varios discos. Recuerdo uno con canciones anarquistas y otro de *chants du monde* en el que un tal Chicho Sánchez Ferlosio cantaba gallo rojo y gallo negro. Escondimos libros y discos entre la tapicería del coche, para pasar la frontera sin riesgo de que nos incautasen el material.

En Carcassonne, como nos había advertido María Luisa que podía suceder, nos encontramos con manifestantes que derramaban las mercancías de los camiones españoles. Había algunos vehículos incendiados. En algunos tramos de la carretera íbamos muy despacio. Mi hija Elodia nos traducía las pancartas de protesta de los agricultores franceses. Existía el peligro de que algunos carteles indicativos hubieran sido cambiados o modificados. Era preciso seguir en un plano el orden del nombre de los pueblos que dejábamos atrás. Hicimos noche en Perpiñán. Elodia y yo aprovechamos para ir al cine, para ver alguna película de las que estaban prohibidas en territorio español.

Pasamos por la costa y vimos por la ventanilla las playas que, en febrero de 1939, se habían convertido en infernales campos de concentración de los refugiados españoles que huían de la barbarie fascista. Ahora eran maravillosas playas, lujosos centros turísticos y puertos deportivos. En Saint-Cyprien era donde mi padre había sufrido el horror del castigo a los vencidos, al raso, sin más refugio del frío y de la tramontana que el agujero cavado en la arena. Se lo comentaba a mi familia, sin odio ni rencor, como recuerdo en su honor por los sufrimientos allí pasados, porque el peor suplicio hubiera sido el olvido.

Cerca de la frontera, en rocas y muros, en paredes y puentes o en pancartas junto a la carretera, aparecían numerosas consignas antifranquistas. La frase más repetida era la de “Franco, asesino”. No se dejaba transitar a los camiones, en ninguna dirección.

Ya en la aduana, ni siquiera nos detuvieron en el puesto francés. Pero en el español, nos hicieron abrir el maletero, tuvimos que apearnos y registraron el interior del coche. Todo bajo la atenta mirada de unos guardias civiles armados con metralleta.

Finalmente, nos ordenaron proseguir. Ya varios kilómetros dentro de la zona española, nos volvió a parar un segundo control.

Solo cuando llegamos a Barcelona pudimos afirmar con seguridad que habíamos conseguido salvar nuestro pequeño contrabando de libros y música. Al poner los discos descubrimos, sorprendidos, una canción dedicada al vuelo final de Carrero Blanco y otra a la cercana y ansiada muerte de Franco. Su irreverencia y desatada alegría asombraba nuestros domesticados y sumisos oídos, acostumbrados a la triste prudencia y el recato.

La cruz de la espada

España acababa de firmar, ese mes de agosto, en la conferencia de Helsinki, su adhesión a la declaración de los derechos humanos y el respeto a las libertades

democráticas fundamentales. Pero, ya se sabe, que del dicho al hecho hay un trecho. Y en el caso español, un buen trecho.

A finales de ese mismo mes fueron detenidos en Barcelona varios militantes etarras. También se anunció la detención en diversas ciudades de militantes del FRAP. En Cataluña, la policía daba por desmantelada la organización que había bautizado como OLLA. El consejo de ministros aprobó, el 27 de agosto, un decreto sobre represión del terrorismo. Ese decreto significaba, en la práctica, que el estado de excepción se extendía a toda España, y que adquiriría un carácter permanente.

La atmósfera de la calle era asfixiante. La dictadura se hacía insoportable.

Desde la proclamación del estado de excepción en Vizcaya y Guipúzcoa (el 26 de abril) se habían producido unas cuatro mil detenciones y siete muertos por disparos de la policía. Eran frecuentes las manifestaciones de protesta contra la represión, que se saldaban con numerosos heridos. Cuando se asesinaban policías, a muchos nos parecía que actuaban como justiciero vengador. “¡Quién a hierro mata...!”

Se iniciaron varios procesos sumarísimos en los que se pidieron numerosas penas de muerte. El régimen franquista preparaba a conciencia un baño de sangre que escarmentase a las nuevas generaciones, porque no habían conocido la guerra o los peores años de la inmediata posguerra, y eso les hacía demasiado osados, excesivamente rebeldes e insumisos.

El 26 de setiembre el consejo de ministros aprobó cinco sentencias de muerte de las once que tenía sobre la mesa, dos etarras y tres militantes del FRAP. Los fusilamientos se produjeron al día siguiente, al alba. Ángel Otaegui fue ejecutado en el penal burgalés de Villalón. Juan Paredes Manot (*Txiki*) fue asesinado en Barcelona. En el campo de tiro de Hoyo de Manzanares (Madrid), fueron fusilados en intervalos de 20 minutos, José Humberto Baena, Ramón García Sanz y José Luis Sánchez Bravo.

En el País Vasco se inició una huelga general de tres días de duración. Era la tercera huelga general de aquel mismo mes. Ni la bestialidad del aparato represivo fue capaz de evitar un efectivo paro general y masivo en Euzkadi.

En Barcelona solo hubo alguna manifestación, duramente reprimida por la policía con numerosos heridos y detenidos. La situación era insostenible e indigna de un país europeo moderno e industrializado.

Se cerraron las fronteras, numerosos embajadores marcharon de España a sus respectivos países. Muchas embajadas españolas en el extranjero fueron acosadas y rodeadas por airadas manifestaciones de repulsa. La de Lisboa fue asaltada e incendiada. El aislamiento del régimen volvía a ser tan acusado y extenso como en los cuarenta.

El primero de octubre, la ultraderecha organizó una manifestación de adhesión a Franco y al régimen en la socorrida plaza de Oriente, en Madrid. La organizada, unos días más tarde, por Martín Villa en la plaza de Sant Jaume, en Barcelona, fue un sonado fracaso, pese a la acostumbrada movilización de policías de paisano, y lo reducido del espacio.

Pero a mediados de octubre regresaron los embajadores y todo se normalizó. Kissinger inició un período de negociaciones con el ministro de exteriores español, con el objetivo de renovar los pactos de cooperación económica entre España y Estados Unidos, que incluían la prórroga de las bases militares. La complicidad norteamericana con la dictadura era impagable para los franquistas, en aquellos momentos de crisis del régimen.

En España se vivía un clima de ansiedad, miedo y guerra. El estado de excepción permanente, y extendido a todo el país, gracias a la ley antiterrorista en vigor, era inaceptable e inadecuado para una sociedad avanzada económicamente, como era ya la española.

Sin una democratización mínima, aunque solo fuera formal, el horizonte natural de integración en el mercado europeo era inalcanzable. La dictadura no solo era ineficaz, era imposible.

La policía, uniformada o de paisano, codo a codo con grupos de comandos de extrema derecha, ejecutaba con plena inmunidad cuantos asaltos, palizas, atentados o acciones represivas quería hacer, siguiendo su santa voluntad. Tanto en Barcelona y Madrid como en Euzkadi, habían asaltado varias librerías y suspendido cuantas conferencias, debates o actos culturales les había venido en gana, de modo que en un momento dado ya no se convocaba ningún acto público.

La policía, atrincherada en el enorme acuartelamiento de la avenida Guipúzcoa, tenía allí un enorme aparcamiento de camionetas blindadas y autos. El barrio de La Verneda era el primero en conocer la magnitud o cantidad de disturbios existentes en la ciudad, según el movimiento que se apreciaba en aquel parque automovilístico. Era un excelente termómetro de la conflictividad existente en la ciudad.

La vigilancia exterior frente a las puertas del cuartel doblaba, ahora, la habitual. Un rondín daba vueltas alrededor del perímetro del enorme edificio y aparcamiento de la policía antidisturbios. Los ciudadanos no podían acercarse demasiado y, en ocasiones, se les obligaba a cruzar por el otro lado de la avenida. Los grises también empezaban a estar cansados y exhaustos por la tensión acumulada y el constante estado de alerta. Se les veía nerviosos y cabreados.

A las explosiones inesperadas del tubo de escape de un coche, el retén de guardia respondió con el ametrallamiento del conductor y acompañantes. Todos los transeúntes que pasábamos en aquel momento por el lugar nos tiramos al suelo. Algunos se escondieron en los portales. La gente era cacheada por los grises, mientras las ambulancias se llevaban los cuerpos sin vida de lo que pocos minutos antes era una familia viajando en su coche. Durante una hora el tráfico se paralizó totalmente en la avenida Guipúzcoa, una de las arterias de entrada y salida a la ciudad. La noticia corrió por el barrio como la pólvora. Los vecinos, al día siguiente, buscaron en vano en los periódicos noticia o aclaración de lo sucedido. No había pasado nada, porque cualquier información sobre las acciones antiterroristas en curso estaba prohibida.

El goteo de muertes de manifestantes o huelguistas era continuo y preocupante. Pero no pasaba nada, porque así lo censuraba la dictadura, y nada decía la escasa prensa que aún salía a la venta en los quioscos, y que precisamente por eso, porque nada decía, aún podía venderse. Los diarios extranjeros no pasaban la frontera.

Todas las organizaciones políticas y sindicales eran perseguidas con saña. Las revistas más destacadas y creíbles habían sido cerradas, expedientadas o secuestradas, y ya no salían a la calle: *Destino*, *Triunfo*, *Posible*, *Cambio 16*, *Doblón*, *Por favor*, *Blanco y Negro*, *Mundo*, *Canigó*, o las revistas de humor: *Hermano Lobo*, *Papus* y *Barrabás*.

La cuestión del Sáhara había dejado de ser materia reservada para convertirse en el problema principal de la política exterior española. Hassan segundo prometía públicamente al pueblo marroquí la anexión de los territorios ocupados por España. Anunció la Marcha Verde sobre el Sáhara español, que ya hacía 18 meses que había preparado metódicamente. Más de trescientos mil civiles avanzarían por el desierto para entrar en el Sáhara, mientras el ejército marroquí, a su retaguardia, aseguraría definitivamente el territorio ocupado. Después del Sáhara, Hassan anunciaba la liberación de Melilla, Ceuta, islas Chafarinas, Vélez y Alhucemas.

Se reúnen la Junta de Defensa Nacional y el consejo de ministros, bajo presidencia de un Franco intubado y controlado médicamente desde la habitación contigua, para enfrentarse a la provocación del rey de Marruecos. El embajador español en la ONU solicitó que se exigiera a Marruecos que detuviera la Marcha Verde, por el evidente

peligro de enfrentamiento bélico existente. Magníficos discursos de Castiella, pero Hassan sabía que era el momento adecuado para aprovecharse de la debilidad del régimen franquista.

Rumores inciertos hablaban de un Franco que había declarado la guerra a Marruecos, mientras un Arias Navarro acojonado se había atrevido a congelar la orden del dictador, en tanto el generalísimo estuviese guerreando en su cama con la muerte.

Todo el país se había habituado a escuchar, entre divertido e incierto, el parte médico habitual sobre la salud de un Franco hospitalizado y agonizante. Muchos sospechábamos que se alargaba inútil y artificialmente la vida de Franco, por razones políticas. Teníamos la razonable esperanza de que esa prolongación de la vida del dictador fuera una sádica tortura, que le hiciera pagar una ínfima millonésima parte del dolor que había provocado. Era evidente que se intentaba alargar la vida de Franco hasta el 26 de noviembre, para evitar el nombramiento de Torcuato Fernández-Miranda como presidente de las Cortes.

Corría un divertido chiste, que divulgaba una original ocurrencia: la fecha del golpe de estado del 18-07-1936, sumada a la del final de la guerra civil, el 01-04-1939, daban la fecha del 19-11-1975 como la probable del fallecimiento del generalísimo. Hubo quien afirmó que Franco había muerto el 19, pero que no se comunicó hasta la madrugada del 20, porque de este modo coincidiría con el aniversario de la muerte de José Antonio (el 20 de noviembre de 1936). Poco importa y, además, solo eran cábalas sin sentido, propias del oscurantismo y de la falta de información fiable.

Juan Carlos, ante la gravedad del muy general, había asumido interinamente, desde el 30 de octubre, las funciones de Jefe del Estado. Y había presidido un consejo de ministros en la Zarzuela.

El domingo 2 de noviembre hizo una visita relámpago a El Aiún, para saludar a las autoridades militares. En la mente de todos estaba muy presente la revolución de los claveles portuguesa de abril de 1974, promovida por suboficiales reacios a la guerra colonial en África. El personal civil empezó a ser evacuado del Sáhara. En El Aiún se había implantado el toque de queda. El ejército español retrocedía ante el lento pero imparable avance de la Marcha Verde. No había ni la menor resistencia española. Se descartó conceder la independencia a los saharauis.

Aunque no podía demostrarse, parecía evidente que borboneando de macuto y entre bambalinas, el principísimo Juan Carlos había acordado a primeros de noviembre un pacto con Estados Unidos y Marruecos. Estados Unidos quería consolidar las dos monarquías, como seguros aliados suyos en el Mediterráneo occidental. Marruecos quería el Sáhara para asegurar el trono de Hassan. Juan Carlos pensó que su corona bien valía un Sáhara, si le aseguraba la alianza de Kissinger en la difícil transición a la democracia que se dibujaba en el horizonte. El 14 de noviembre se firmó oficialmente un pacto tripartito entre España, Marruecos y Mauritania.

El parte médico habitual aburría ya, por repetitivo. ¡Que no se muere nunca! ¡Que lo desenchufen ya, pobrecito cabrón! Que si mejora. Que si empeora. Que si persiste la mejoría o el empeoramiento. Que si hemorragia. Que si parada cardíaca. Que si otra operación. Y el yernísimo torturando a su suegro, quién sabe por qué. Hasta que el 20 de noviembre, por fin, el carcamal de Arias Navarro lloriqueó la muertísima por televisión.

Franco había muerto en la cama, pero la dictadura seguía vivita y coleando.

El dictador fue sepultado en el Valle de los Caídos, al lado de José Antonio, fundador de Falange. Cuando la losa de granito blanco de cinco toneladas cerró el féretro en un agujero del que ya no podría salir, ni resucitado, comprendí que aquella losa cerraba también una época.

Mientras el dictador era enterrado como un faraón en su pirámide, con una gigantesca cruz excavada en la roca, la media España de los miserables que perdió una guerra, y que fue fusilada, exiliada y humillada hasta el hartazgo, por su ejército, su iglesia, sus amos y los asesinos a sueldo, disfrazados de falangistas o policías, seguía sufriendo, como en los últimos cuarenta años, la prohibición de enterrar y honrar a sus muertos.

En España se han muerto de viejos muchos de los padres y hermanos de quienes fueron fusilados y echados como perros en las cunetas. Hijos y nietos aún tenían que batallar como jabatos para recuperar los huesos de sus antepasados. Asesinaron y robaron lo que quisieron y se sabían impunes. Que un criminal de guerra, confeso y victorioso, hubiera ocupado la Jefatura del Estado durante cuarenta años no se borraría fácilmente, y sus secuelas serían innumerables y persistentes. Ya es demasiado tarde para muchos, pero la ignominia continúa, el combate por conocer toda la verdad, también.

La guerra civil no fue una guerra fratricida, fue una guerra de clases. El franquismo represalió, claro está, a las minorías democráticas, pero sobre todo impuso el terror a una clase obrera derrotada por las armas, vencida.

No hay otro remedio al dolor, ni existe otra solución que saberlo todo, por todos los medios, con todas las fosas abiertas, con todos los archivos abiertos, sin traba alguna, con los recursos económicos que sean necesarios. Quiero saberlo todo, quiero todos los nombres, de asesinados y de asesinos, de cómplices y delatores, quiero saber el cómo, dónde, cuándo y por qué de cada muerto. Quiero saber cómo, dónde, cuándo, por qué y quién se enriqueció o detentó el poder gracias a tanta muerte, a una represión tan feroz, a tanto dolor.

Todos los allí enterrados habrían de ser devueltos, algún día, a sus familiares, empezando por Franco y José Antonio. El monasterio debería transformarse en un museo de la guerra civil y del horror de la dictadura.

Y la cruz del Valle de los Caídos ha de ser dinamitada, porque es una cruz impía, porque es una cruz de victoria, porque es una cruz construida con el trabajo esclavo de los vencidos republicanos, con el objetivo de honrar y glorificar la salvaje cruzada del ejército sublevado contra su pueblo. Debe ser destruida y rota, no en un furtivo atentado, sino como solemne aplicación de una ley de dignidad y reparación del sufrimiento de los vencidos. Y debe ser volada, troceada y despedazada en piedras pequeñas, porque esa cruzada exaltó la cruz de la espada, pero esa cruz era la gamada.

Sin saber por qué empecé a silbar y a tararear aquello de “hijos del pueblo que oprimen cadenas, antes que esclavo prefiero morir...”, y también lo de “negras tormentas que agitan los aires... el bien máspreciado es la libertad...”.

Estuve silbando y tarareando un buen rato, mientras meditaba y evocaba profundas y dolorosas sombras del pasado. Empuñé un boli, cogí algunas hojas perforadas en su borde y empecé a pergeñar un esbozo de mis memorias. Mis vivencias y recuerdos no podían perderse en el olvido y la nada. Eran la pequeña historia de los míos; la mejor herencia de mis hijos. Ya tenía el final. Y empezaría por el principio, por la vida de mis abuelos.